

UNIVERSIDAD FEDERAL DE MINAS GERAIS
Facultad de Filosofía y Ciencias Humanas - Departamento de Ciencia Política
Posgraduación en Ciencia Política

Nerea Ramírez García

**LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LOS SISTEMAS DE PARTIDOS EN
AMÉRICA DEL SUR (2000-2013): UNA NUEVA MIRADA AL CONCEPTO Y
SU OPERACIONALIZACIÓN**

Belo Horizonte
2019

**LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LOS SISTEMAS DE PARTIDOS EN
AMÉRICA DEL SUR (2000-2013): UNA NUEVA MIRADA AL CONCEPTO Y
SU OPERACIONALIZACIÓN**

Tesis presentada al Programa de Doctorado en
Ciencia Política de la Facultad de Filosofía y
Ciencias Humanas - Departamento de Ciencia
Política, como requisito para la obtención del
título de Doctora en Ciencia Política.

Orientadora: Profa. Dra. Helcimara de Souza
Telles

Co-orientadora: Leticia Ruiz Rodríguez

Área de investigación: Comportamiento
Político y Opinión Pública.

**Belo Horizonte
2019**

Nerea Ramírez García

**LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LOS SISTEMAS DE PARTIDOS EN
AMÉRICA DEL SUR**

Tesis presentada al Programa de Doctorado en
Ciencia Política de la Facultad de Filosofía y
Ciencias Humanas - Departamento de Ciencia
Política, como requisito para la obtención del
título de Doctora en Ciencia Política.

Profa. Dra. Helcimara de Souza Telles - UFMG (Orientadora)

Profa. Dra. Leticia Ruiz Rodríguez – UCM (Co-orientadora)

Prof. Dra. Ana Paula Karruz – UFMG (Banca Examinadora)

Prof. Dra. Geralda Luiza de Miranda – UFMG (Banca Examinadora)

Prof. Dra. Gabriela da Silva Tarouco – UFPE (Banca Examinadora)

Prof. Dr. Oswaldo Martins Estanislau do Amaral – UNICAMP (Banca
Examinadora)

Belo Horizonte, 22 de febrero de 2019.

A las mujeres de mi vida, por su ejemplo.

AGRADECIMIENTOS

Hoy pongo fin a una fase especial tanto para mi formación académica como para mi vida personal. Inicié este camino cinco años atrás, a ciegas, sin saber que me depararía esta experiencia. Han sido los peores y los mejores años de mi vida. Una experiencia única que me ha enseñado que soy más perseverante, resiliente, y tenaz de lo que pensaba. Desarrollar una tesis no es un trabajo cualquiera, requiere dedicación y exigencia en cualquier circunstancia. Sin embargo, emprender el doctorado en un país desconocido, a más de 8.000 kilómetros de tu casa, familia y amigos, sin conocer el idioma ni su cultura, significaron más desafíos y obstáculos. El comienzo fue duro, pero poco a poco fui construyendo otra vida que entrelazaba a quienes ya formaban parte de ella y aquellos que gané a lo largo de estos años. Sin vuestro apoyo este recorrido habría sido mucho más complicado. Soy muy afortunada y tengo mucho que agradecer.

Agradezco a mi codirectora de tesis, Leticia Ruiz Rodríguez, por ser, además de un ejemplo de profesionalidad y conocimiento, un gran apoyo. Gracias por confiar en mí y haberme guiado durante estos años de aprendizaje. Sin tu apoyo y sin tu incentivo nunca habría llegado hasta aquí, ni habría emprendido esta aventura. Agradezco a mi directora de tesis, Mara Telles, por sus consejos y oportunidades para convertirme en una investigadora mejor y por su comprensión cuando decidí, a mitad del doctorado, cambiar de tema e iniciar una nueva investigación.

Agradezco a mi familia y amigos por su apoyo incondicional en cada una de las decisiones que he tomado. Especialmente a mi madre, mi mayor ejemplo. Mamá, te quiero muchísimo y nunca podré agradecerte todo lo que haces por mí. También quiero reconocer a mi abuela, a mi padre y a mi hermano por tenerme siempre presente estando tan lejos. Agradezco a mi otra familia, la que he construido aquí día a día. Ilio, mi marido, ha sido un pilar fundamental. Siempre seré grata por tu comprensión y nobleza, por recordarme que tengo que ser menos autocrítica y confiar más en mí misma. Gracias por compartir a tu madre conmigo, Angela, quién me ha acogido como una hija y siempre me hace sentir en casa. Agradezco a mis amigos por recordarme que la vida con buena compañía y entre risas es más leve. Roberto, muchísimas gracias por todo, siempre tendrás una amiga con la que contar; Mariela, gracias por ayudarme desde el primer día, por ser como una hermana mayor para mí; Valquiria, muchísimas gracias por la amistad

y la paciencia; y, gracias a esa generación maravillosa del Grupo Opinión Pública a la que tuve la suerte de pertenecer.

Finalmente, agradezco al Departamento de Ciencia Política, al Programa de Posgraduación y a la FAPEMIG por la beca y el apoyo institucional, el cual ha sido fundamental para llegar hasta aquí. Así como a todos aquellos que contribuyeron a mi investigación con comentarios, sugerencias y críticas en congresos y tribunales de proyecto y cualificación; a mis colegas de doctorado, Paulo Victor Melo y Noelle del Giúdice, durante los seminarios; y, a los miembros del proyecto “Competición ideológica y sistema político: escenarios de estabilidad y escenarios de cambio” del cual formo parte, especialmente a Leticia Ruiz Rodríguez y Mikel Barreda, por cederme datos utilizados en esta tesis.

RESUMEN

En los últimos años, la experiencia de algunos países latinoamericanos ha contrariado las teorías clásicas sobre la institucionalización de los sistemas de partidos, generando una nueva oleada de estudios. El presente trabajo contribuye a este debate analizando la institucionalización de los sistemas de partidos de América del Sur durante el periodo 2000-2013. Los casos seleccionados son Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador y Uruguay. Tras una revisión teórica del concepto y sus limitaciones se propone una operacionalización novedosa que visa generar mediciones más precisas. Al entender la institucionalización como la estabilidad electoral, la estabilidad de la oferta partidista y la estabilidad interpartidista se operacionaliza mediante la volatilidad exógena del sistema de partidos, la fluidez del sistema de partidos y la estructura de la competición del sistema de partidos. Mediante un Análisis Cualitativo Comparado se comprueba que los sistemas sudamericanos pueden institucionalizarse pese a no contar con todas sus dimensiones institucionalizadas. La dimensión estabilidad de la oferta partidista institucionalizada no es una condición necesaria. Así, a partir de un índice agregado formado por las otras dos dimensiones se concluye que la región es heterogénea. Bolivia y Ecuador son sistemas incipientes; Argentina y Colombia son sistemas difusos; Brasil y Uruguay están relativamente institucionalizados; y, Chile está plenamente institucionalizado. Finalmente, tras analizar el impacto de las organizaciones partidistas robustas, de los partidos estructurados programáticamente y del contexto económico positivo se confirma la equifinalidad causal de la institucionalización. Específicamente, dos combinaciones de estas condiciones son suficientes: organizaciones partidistas robustas y un contexto económico positivo o organizaciones partidistas robustas y estructuradas programáticamente. Además, se comprueba que las organizaciones partidistas robustas son una condición necesaria para que los sistemas se institucionalicen, pero los partidos estructurados programáticamente no lo son.

Palabras clave: Institucionalización del Sistema de Partidos, Solidez de los Partidos Políticos, Estructuración Programática de los Partidos Políticos, Contexto Económico, QCA.

ABSTRACT

In recent years, the experience of some Latin American countries has countered the classical theories about the institutionalization of party systems, generating a new wave of studies. This paper contributes to this debate by analyzing the institutionalization of party systems in South America during the period 2000-2013. The selected cases are Argentina, Bolivia, Brazil, Chile, Colombia, Ecuador and Uruguay. After a theoretical revision of the concept and its limitations, a new operationalization is proposed that aims to generate more precise measurements. By understanding institutionalization as electoral stability, the stability of partisan supply and interpartisan stability is operationalized through the exogenous volatility of the party system, the fluidity of the party system, and the structure of the competition of the party system. A Comparative Qualitative Analysis shows that South American systems can be institutionalized even though they do not have the stability dimension of the institutionalized partisan offer. Thus, from an aggregate index formed by the other two dimensions we conclude that the region is heterogeneous. Bolivia and Ecuador are incipient systems; Argentina and Colombia are fuzzy systems; Brazil and Uruguay are relatively institutionalized; and, Chile is fully institutionalized. Finally, after analyzing the impact of robust partisan organizations, programmatically structured parties and the positive economic context, the causal equifinality of institutionalization is confirmed. Specifically, two combinations of these conditions are sufficient: robust partisan organizations and a positive economic context or partisan organizations robust and programmatically structured. In addition, it is found that robust partisan organizations are a necessary condition for systems to be institutionalized, but programmatically structured parties are not.

Keywords: Party System Institutionalization, Political Parties Strength, Programmatic Structure of Political Parties, Economic context, QCA.

LISTA DE PARTIDOS POLÍTICOS

ADN	Acción Democrática Nacionalista (Bolivia)
ARENA	Alianza Renovadora Nacional (Brasil)
ARENA	Alianza Republicana Nacionalista (El Salvador)
ARI	Afirmación por una República Igualitaria (Argentina)
CONDEPA	Conciencia de Patria (Bolivia)
CR	Cambio Radical (Colombia)
DEM	Demócratas – antiguo PFL (Brasil)
DP	Democracia Popular (Ecuador)
FA	Frente Amplio (Uruguay)
FG	Frente Grande (Argentina)
FMLN	Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (El Salvador)
FMP	Frente del Movimiento Popular (Argentina)
FREPASO	Frente por un País Solidario (Argentina)
FSLND	Frente Sandinista de Liberación Nacional (Nicaragua)
ID	Izquierda Democrática (Ecuador)
MAL	Movimiento Apertura Liberal (Colombia)
MAS	Movimiento al Socialismo (Bolivia)
NFR	Nueva Fuerza Republicana (Bolivia)
MIR	Movimiento de Izquierda Revolucionaria (Bolivia)
MNR	Movimiento Nacionalista Revolucionario (Bolivia)
MUPP-NP	Movimiento de Unidad Plurinacional Pachakutik – Nuevo País (Ecuador)
PAIS	Patria Altiva I Soberana (Ecuador)
PC	Partido Conservador (Colombia)
PCB	Partido Comunista Brasileño (Brasil)
PCdoB	Partido Comunista de Brasil (Brasil)
PD	Polo Democrático (Colombia)
PDC	Partido Demócrata Cristiano (Chile)
PDS	Partido Democrático Social (Brasil)
PDT	Partido democrático Laborista (Brasil)
PFL	Partido del Frente Liberal (Brasil)
PJ	Partido Justicialista (Argentina)
PL	Partido Liberal (Colombia)

PL	Partido Liberal (Brasil)
PL	Partido Liberal (Uruguay)
PMDB	Partido del Movimiento Democrático Brasileño (Brasil)
PMN	Partido de la Movilización Nacional (Brasil)
PN	Partido Nacional (Uruguay)
PODEMOS	Poder Democrático Social (Bolivia)
PPB-CN	Plan Progreso para Bolivia – Convergencia Nacional (Bolivia)
PPD	Partido por la Democracia (Chile)
PPR	Partido Progresista Reformador (Brasil)
PPS	Partido Popular Socialista (Brasil)
PR	Partido de la República (Brasil)
PRD	Partido de la Revolución Democrática (México)
PRD	Partido Revolucionario Democrático (Panamá)
PRE	Partido Rodolsista Ecuatoriano (Ecuador)
PRIAN	Partido Renovador Institucional de Acción Nacional (Ecuador)
PRSD	Partido Radical Socialdemócrata (Chile)
PS	Partido Socialista (Chile)
PSB	Partido Socialista Brasileño (Brasil)
PSC	Partido Social Cristiano (Brasil)
PSC	Partido Social Cristiano (Ecuador)
PSDB	Partido de la Social Democracia Brasileña (Brasil)
PSD	Partido Social Demócrata (Brasil)
PS-FA	Partido Socialista Frente Amplio (Ecuador)
PSUN	Partido Social de la Unidad Nacional (Colombia)
PT	Partido de los Trabajadores (Brasil)
PTB	Partido Laborista Brasileño (Brasil)
PV	Partido Verde (Brasil)
RN	Renovación Nacional (Chile)
UCR	Unión Cívica Radical (Argentina)
UCS	Unidad Cívica Solidaridad (Bolivia)
UDI	Unión Demócrata Independiente (Chile)
UN	Unidad Nacional (Bolivia)

ÍNDICE DE CUADROS

Cuadro 1. Principales partidos de la Cámara Baja (1980-2010) en América del Sur ...	36
Cuadro 2. Coherencia interna de los principales partidos políticos de América del Sur (1990-1999) según Ruiz (2006)	42
Cuadro 3. Dimensiones de la ISP por autor	75
Cuadro 4. Indicadores presentes en la literatura para las dimensiones de la ISP de Mainwaring y Scully (1995)	80
Cuadro 5. Clasificación de la ISP en América del Sur por autores	89
Cuadro 6. Aproximaciones teóricas sobre los factores relacionados con la ISP	97
Cuadro 7. Resultados de los principales estudios empíricos sobre las explicaciones de la ISP	123
Cuadro 8. Conceptualización de la ISP	143
Cuadro 9. Propuesta propia de operacionalización de la ISP	144
Cuadro 10. Índice de Pedersen aplicado para calcular volatilidad exógena	145
Cuadro 11. Índice de Toole aplicado para calcular la fluidez del sistema de partidos	146
Cuadro 12. Clasificación de la ISP según el tipo de medición utilizada	150
Cuadro 13. Operacionalización de las condiciones causales: la estructuración programática de los partidos, la solidez de los partidos y el contexto económico positivo	151
Cuadro 14. Tipos de partidos programáticos según Dasgupta et al. (2011)	154
Cuadro 15. Índice aplicado para calcular la coherencia programática interna	156
Cuadro 16. Índice de Pedersen aplicado para el cálculo de la volatilidad endógena	160

Cuadro 17. Configuraciones de condiciones con el resultado de interés: expresión booleana	181
Cuadro 18. Configuraciones de condiciones sin evidencia empírica: expresión booleana de los remanentes lógicos	183
Cuadro 19. Minimización lógica de las condiciones necesarias: implicantes primarios	185
Cuadro 20. Clasificaciones ISP en América del Sur por otros autores para el periodo 2000-2013	195
Cuadro 21. Configuraciones de condiciones con el resultado de interés: expresión booleana	215
Cuadro 22. Minimización lógica de las condiciones necesarias: remanentes lógicos	217
Cuadro 23. Minimización lógica de las condiciones necesarias: implicantes primarios	218

ÍNDICE DE GRÁFICOS

Gráfico 1. Identificación programática en América Latina (2008) según Morales (2016)	40
Gráfico 2. Evolución de la confianza de los partidos en América Latina y la Unión Europea (1997-2016)	44
Gráfico 3. Edad ponderada de los sistemas de partidos sudamericanos según Morales (2016)	47
Gráfico 4. NEP ponderado medio por país (1993-2015) en América del Sur	49
Gráfico 5. Polarización ideológica media por país (1993-2015) en América del Sur ...	51
Gráfico 6. Volatilidad electoral media de la Cámara Baja por país (1993-2015) en América del Sur	55
Gráfico 7. Volatilidad exógena por observación en América del Sur (2000-2013)	166
Gráfico 8. Volatilidad exógena agregada media por país en América del Sur (2000-2013)	166
Gráfico 9. Fluidez de los sistemas por observación en América del Sur (2000-2013)	168
Gráfico 10. Fluidez media por país en América del Sur (2000-2013)	169
Gráfico 11. Nivel medio ISP por país en América del Sur (2000-2013)	191
Gráfico 12. Tasa de crecimiento económico anual por observación (año anterior a la elección) en América del Sur (2000-2013)	198
Gráfico 13. Tasa de inflación con relación al IPC (%) por observación (año anterior a la elección) en América del Sur (2000-2013)	199
Gráfico 14. Tasa desempleo (%) por observación (año anterior a la elección) en América del Sur (2000-2013)	200

Gráfico 15. Volatilidad endógena de la Cámara baja por observación en América del Sur (2000-2013)	203
Gráfico 16. Volatilidad endógena media de la Cámara baja por país en América del Sur (2000-2013)	204
Gráfico 17. Coherencia programática principales partidos por observación en América del Sur (2000-2013)	205
Gráfico 18. Coherencia programática media principales partidos por país en América del Sur (2000-2013)	206

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1. Organizaciones partidistas de éxito en América Latina según Levitsky, Loxton y Van Dyck (2016)	33
Tabla 2. Organizaciones partidistas de éxito en América del Sur aplicando el criterio de Levitsky, Loxton y Van Dyck (2016)	34
Tabla 3. Identificación partidista en América del Sur (1995-2014)	39
Tabla 4. Confianza en los partidos políticos sudamericanos (1997-2016)	43
Tabla 5. NEP ponderado por país en América del Sur (1993-2015)	50
Tabla 6. Polarización ideológica en América del Sur (1993-2015)	53
Tabla 7. Volatilidad electoral de la Cámara Baja en América del Sur (1993-2015)	56
Tabla 8. Reglas institucionales relacionadas con el sistema electoral en América del Sur	60
Tabla 9. Propuesta de clasificación de la ISP en Sudamericana a partir del Índice Agregado de Institucionalización (0-1)	148
Tabla 10. Mediciones de la ISP: agregada versus mono-operacionalizada vs multidimensional desagregada vs agregada	150
Tabla 11. Estructura de la competición de los sistemas de partidos por observación en América del Sur (2000-2013)	171
Tabla 12. Índice agregado de institucionalización: medición por observación en América del Sur (2000-2013)	173
Tabla 13. Atribución de valores dicotómicos para cada una de las condiciones (estabilidad electoral, de la oferta partidista y de la estructura de la competición) y el resultado (ISP)	176
Tabla 14. Matriz de datos dimensiones ISP y resultado (ISP): análisis de condiciones necesarias	178

Tabla 15. Tabla de Verdad: condiciones suficientes para la operacionalización de la ISP en América del Sur (2000-2013)	180
Tabla 16. Índice agregado bidimensional de la institucionalización (estabilidad electoral y estructura de la competición): medición por observación en América del Sur (2000-2013)	187
Tabla 17. Clasificación de ISP en Sudamérica por país y observación (2000-2013) a partir del índice agregado bidimensional de la ISP	192
Tabla 18. Índice agregado del contexto económico por observación relativo al año anterior a la elección en América del Sur (2000-2013)	201
Tabla 19. Coherencia programática por partido político: principales partidos en América del Sur (2000-2013)	208
Tabla 20. Atribución de valores dicotómicos para cada una de las condiciones (contexto económico, solidez de los partidos y estructuración programática de los partidos) y el resultado (ISP)	210
Tabla 21. Matriz de datos condiciones ISP y resultado (ISP): análisis condiciones necesarias	212
Tabla 22. Tabla de Verdad: condiciones suficientes para la operacionalización de la ISP en América del Sur (2000-2013)	214

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	22
--------------------	----

CAPÍTULO I

LA FRAGILIDAD DE LOS PARTIDOS Y LA INESTABILIDAD DE LOS SISTEMAS DE PARTIDOS EN AMÉRICA DEL SUR	31
--	-----------

1.1 La debilidad de los partidos políticos sudamericanos	32
--	----

1.2 Los sistemas de partidos sudamericanos: sistemas inestables	45
---	----

1.3 ¿Qué explica la debilidad de los partidos políticos y sus sistemas de partidos en América del Sur?	57
--	----

1.3.1 El entorno institucional en el que operan los partidos políticos	58
--	----

1.3.2 El momento de creación de las organizaciones partidistas	62
--	----

1.3.3 Las elites políticas y sus decisiones sobre liderazgo	63
---	----

1.3.4 La desafección con los partidos políticos y los gobiernos débiles	65
---	----

1.3.5 La falta de lazos robustos de tipo ideológico y/o programático entre partido y elector	66
--	----

CAPÍTULO II

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LOS SISTEMAS PARTIDISTAS EN AMÉRICA DEL SUR: LAS PRINCIPALES TEORÍAS Y SUS DESAFIOS	70
---	-----------

2.1 La institucionalización de los sistemas de partidos como objeto de estudio	70
--	----

2.2 Las limitaciones del concepto clásico de institucionalización del sistema de partidos	82
---	----

2.3 Las clasificaciones de la institucionalización en América del Sur	86
---	----

CAPÍTULO III

FACTORES RELACIONADOS CON LA INSTITUCIONALIZACIÓN Y LA DESINSTITUCIONALIZACIÓN: UN FENÓMENO CAUSAL COMPLEJO	95
--	-----------

3.1 Las explicaciones relacionadas con la institucionalización de los sistemas de partidos en la literatura	95
---	----

3.1.1 Factores relativos a las características de los partidos y sus sistemas	98
---	----

3.1.2 Factores relativos a las instituciones políticas	105
--	-----

3.1.3 Factores relativos a las características sociales	113
3.1.4 Factores relacionados con las acciones gubernamentales	115
3.1.5 Factores relacionados con las trayectorias históricas	119
3.2 ¿Qué explica la institucionalización en América Latina?: resultados contradictorios	127
3.3 La institucionalización en América del Sur: ¿cuál es el impacto de la estructuración programática, del contexto económico y de la robustez de los partidos políticos? ...	139

CAPÍTULO IV

OPERACIONALIZACIÓN DE LA INSTITUCIONALIZACIÓN Y DE LAS CONDICIONES CAUSALES

142

4.1 Una propuesta propia de operacionalización de la institucionalización del sistema de partidos	142
4.2 La operacionalización de las condiciones causales	151
4.2.1. La estructuración programática de los partidos	151
4.2.2 La solidez de los partidos políticos	157
4.2.3 El contexto económico	160

CAPÍTULO V

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LOS SISTEMAS DE PARTIDOS DE AMÉRICA DEL SUR: MEDICIÓN, CLASIFICACIÓN Y EQUIFINALIDAD CAUSAL

163

5.1 Medición de las dimensiones de la institucionalización en América del Sur	163
5.2 Condiciones suficientes y necesarias para la operacionalización de la institucionalización en América Latina: testando la operacionalización propuesta mediante un Análisis Cualitativo Comparado	174
5.2.1 La matriz de datos dicotómica: análisis de condiciones necesarias	174
5.2.2 La tabla de la verdad: análisis de condiciones suficientes	178
5.2.3 Solución para los remanentes lógicos	182
5.2.4 Minimización lógica: reducción de la complejidad	184
5.3 La clasificación de la ISP en América del Sur	186

CAPÍTULO VI

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LOS SISTEMAS DE PARTIDOS DE AMÉRICA DEL SUR: EQUIFINALIDAD CAUSAL

.....	197
5.1 Contexto económico, solidez de los partidos y partidos estructurados programáticamente: la realidad sudamericana	197
5.2 Análisis Cualitativo Comparado de condiciones causales: el contexto económico, la solidez de los partidos y los partidos estructurados programáticamente	208
5.2.2.1 La matriz de datos dicotómica: análisis de condiciones necesarias	209
5.1.2.2 La tabla de la verdad: análisis de condiciones suficientes	213
5.1.2.3 Solución para los remanentes lógicos	216
5.1.2.4 Minimización lógica: reducción de la complejidad	217
CONCLUSIÓN	224
REFERENCIAS	229
ANEXO	243

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo tiene como principal objetivo contribuir a los estudios sobre los sistemas de partidos, específicamente, se analiza la institucionalización en América de Sur. La literatura ha tendido a definir la institucionalización de los sistemas de partidos (ISP) como el establecimiento de un proceso mediante el cual una práctica específica se establece, es ampliamente conocida y universalmente aceptada (MEDINA y TORCAL, 2006). Las prácticas conocidas en el seno del sistema partidista dotarían de estabilidad al propio sistema político puesto que sus actores tomarían decisiones en base a dichas expectativas. Según las principales teorías sobre ISP, su presencia está condicionada por la estabilidad de la competición electoral, la existencia de vínculos programáticos entre los electores y los partidos, la legitimidad de los partidos y una organización fuerte de los mismos (MAINWARING y SCULLY, 1995). No obstante, esta operacionalización del concepto no ha conseguido capturar adecuadamente la realidad de los sistemas sudamericanos durante las últimas décadas (LUNA, 2015).

La existencia de vínculos programáticos entre los partidos y la sociedad es entendida, por estas teorías, como una condición indispensable para la ISP, y, por lo tanto, la literatura tradicional incluía esta dimensión en la operacionalización clásica del concepto¹. En cambio, Kitschelt (2000) fue pionero al afirmar que los sistemas de partidos pueden institucionalizarse sin la necesidad de vínculos programáticos y que, de hecho, podría ocurrir con más frecuencia de la que se consideraba. Estudios recientes han demostrado que existen sistemas estables como el brasileño² (MELO y CÂMARA, 2012; BRAGA, RIBEIRO y AMARAL, 2016) sin la presencia de vínculos programáticos. De lo que se infiere que algunos sistemas de partidos dominados por vínculos personalistas y escasas raíces de los partidos en la sociedad estarían institucionalizados o institucionalizándose. Estos sistemas han sido denominados sistemas de partidos hidropónicos (ALTMAN y LUNA, 2011; LUNA, 2015; ZUCCO, 2009). Este hallazgo evidenció la necesidad de revisar las teorías y operacionalizaciones existentes para conseguir explicar la realidad de las nuevas democracias latinoamericanas. La nueva oleada de estudios, motivada por este tipo de contradicciones, propone nuevas operacionalizaciones y mediciones más precisas que permitan captar realmente su complejidad. Para estas nuevas investigaciones, el principal problema de la institucionalización estaría producido por la medición lineal de

¹ Aunque, excepcionalmente, reconocían que sería posible la coexistencia de otras conexiones.

² Al menos hasta las elecciones de 2018.

las dimensiones que conforman el concepto, considerando erróneamente que están relacionadas entre sí³, como por las dimensiones escogidas. La literatura continúa dividida sobre la operacionalización de la ISP (MAINWARING et al., 2018; CASAL BÉRTOA, 2017).

Con este debate como punto de partida, el presente trabajo plantea dos preguntas de investigación. Primera, ¿cuáles son los diferentes niveles de institucionalización presentes en la región? En líneas generales, los sistemas de partidos sudamericanos han sido categorizados como incipientes (MAINWARING et al., 2018). Existe un cierto consenso sobre qué sistemas de la región están más o menos institucionalizados. De los sistemas considerados como institucionalizados por Mainwaring y Scully en 1995, únicamente Uruguay y Chile continúan siéndolo. Venezuela se ha colapsado totalmente, y, Argentina y Colombia parcialmente. Bolivia, Ecuador y Perú continúan siendo sistemas débiles, y, Brasil ha sido el único capaz de institucionalizarse (LEVITSKY et al, 2016). Ya para Luna (2015), Chile y Uruguay son sistemas institucionalizados; Ecuador, Perú y Bolivia incipientes; y, Argentina, Colombia y Brasil hidropónicos, es decir, sistemas institucionalizados pero que no cuentan con la presencia de vínculos programáticos entre la sociedad y los partidos.

Así, las mediciones clásicas de la ISP que incluyen los vínculos programáticos como una de sus dimensiones presentaron ciertos problemas, no consiguen capturar los niveles de institucionalización alcanzada a inicios del siglo XXI por Brasil, por ejemplo. Este hecho colocó en jaque las teorías que defendían la existencia de vínculos programáticos como un indicador de la institucionalización. Los vínculos programáticos pueden ser un indicador apropiado en las democracias europeas, pero parece no ser así en las democracias sudamericanas. En la región latinoamericana, a pesar del paso del tiempo y el ejercicio democrático, los partidos no han conseguido establecer una identificación partidista ni vínculos programáticos con su electorado (MAINWARING y ZOCO, 2007). Mientras que en 1945 los partidos en Europa eran vehículos de movilización social que lograban crear vínculos con su electorado, enraizándose, y, consecuentemente, estabilizando el sistema; en las democracias posteriores no han tenido ese papel, o si lo han tenido ha sido marginal (MAINWARING y ZOCO, 2007). Consecuentemente, se opta por una operacionalización, basada en indicadores que ya han sido utilizados en

³ Para Luna (2015) es necesaria una estructura conceptual que no entienda las dimensiones de forma lineal ya que los sistemas pueden contar con unas dimensiones más institucionalizadas que otras.

algunos estudios, pero no de manera combinada, dejando algunos flancos importantes desatendidos. Esta operacionalización parte del entendimiento de la institucionalización como sistemas con una clara estabilidad de los patrones de la competición partidista, considerando tanto el plano electoral, la dinámica de los partidos y la formación de gobiernos en el seno del sistema. Los indicadores seleccionados son: volatilidad exógena del sistema de partidos (TORCAL y LAGO, 2015), fluidez del sistema de partidos (RUIZ y OTERO, 2014) y la estructura de la competición del sistema de partidos, calculada a partir de la fórmula de gobierno (MAIR, 1996; CASAL BÉRTOA y ENYEDI, 2014; CASAL BÉRTOA, 2016). La volatilidad exógena mide los cambios en las preferencias del electorado fuera del equilibrio, es decir, la volatilidad generada por los partidos que entran y salen del sistema; la fluidez mide los cambios en la oferta partidista, es decir, la estabilidad de los partidos; y, la estructura de la competición de los sistemas de partidos, calculada a partir de la fórmula de gobierno, hace referencia a si la composición del gobierno es familiar o innovadora. A partir de esta operacionalización se genera un índice agregado que permite clasificar los niveles de institucionalización de los siguientes sistemas sudamericanos: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador y Uruguay⁴.

Sin embargo, conforme mencionado anteriormente, esta medición agregada podría no ser adecuada para capturar los resultados de la región. Consecuentemente, antes de responder la primera pregunta de esta investigación, se propone un Análisis Cualitativo Comparado (QCA) que compruebe si realmente un índice agregado como el propuesto captura la realidad de los sistemas de partidos latinoamericanos de manera eficiente. Es decir, si las tres dimensiones propuestas son necesarias y/o suficientes para capturar la institucionalización en Sudamérica o si, por el contrario, bastaría con una o dos. Las investigaciones más recientes recalcan la necesidad de revisar los índices agregados para lograr comprender mejor estos sistemas, pero ¿es realmente el problema el uso de un índice agregado o la inclusión de dimensiones que realmente no son necesarias para capturar la institucionalización? Una nueva corriente de estudios considera que un Análisis Cualitativo Comparado (QCA) permite distinguir cuales de esas dimensiones son condiciones suficientes y necesarias (GOERTZ, 2005; LUNA, 2015; ALTMAN y LUNA, 2011) para incluir en la operacionalización únicamente las dimensiones suficientes. Para ello se propone un análisis cualitativo comparado *crispy set* (csQCA).

⁴ Paraguay, Perú y Venezuela son excluidos del análisis debido a la falta de datos comparables.

El QCA es la única técnica que, al utilizar algebra booleana, permite entender la ISP de manera multidimensional y no lineal, capturando las peculiaridades de cada sistema y sistematizando que dimensiones realmente captan la institucionalización de los sistemas sudamericanos. La elección del crisp set QCA se debe a su distinción binaria de la realidad, donde los casos son miembros o no de un conjunto, ayudando a lidiar con la complejidad de este fenómeno. Además, esta técnica es ideal cuándo el número de casos es bajo o intermedio⁵ dado que la utilización de técnicas cuantitativas requiere de una selección de casos mayor (RAGIN, 2000).

Este tipo de análisis supone entender que diferentes sistemas pueden alcanzar niveles similares de institucionalización pese a no obtener los mismos niveles de institucionalización en cada una de las dimensiones de su operacionalización, es decir, mediante diferentes combinaciones de dimensiones. Sistemas con un nivel agregado similar, como Chile y Brasil, pueden ser muy diferentes entre sí. Por otro lado, conocer las condiciones suficientes para la presencia de la ISP en Sudamérica permitirá realizar mediciones más apuradas y ajustadas a las características específicas de la región. Por tanto, pese a reconocerse la multidimensionalidad de la institucionalización, espera demostrarse cuales son de esas dimensiones condiciones suficientes, es decir, que dimensiones bastan para capturar los niveles de ISP en el subcontinente. Este análisis permitirá comprobar si la operacionalización agregada anterior es adecuada o si alguna de las dimensiones propuestas debería desconsiderarse. Se espera que la estabilidad electoral y la estructura de la competición partidista sean dimensiones suficientes para capturar la institucionalización en la región. La estabilidad de la oferta partidista no sería una dimensión necesaria.

Segundo, ¿la existencia de partidos políticos sólidos, partidos estructurados programáticamente y un contexto económico positivo son condiciones causales suficientes o necesarias para que se alcancen niveles de institucionalización considerables en la región? En general, las explicaciones causales en los trabajos sobre institucionalización han recibido menos atención y se han centrado en entender que factores favorecen la ISP de forma global, sin especificar el poder explicativo que dichos factores pueden tener en las diferentes regiones (MAINWARING y ZOCO, 2007; MAINWARING et al., 2018; CASAL BÉRTOA, 2016). Al mismo tiempo, los análisis

⁵ La proporción ideal de casos en los análisis de QCA oscila entre 5 y 50 (RAGIN, 2000).

centrados en comprender que factores condicionan los niveles de institucionalización en América del Sur han alcanzado resultados contradictorios (MAINWARING et al., 2018). La comprensión de los factores que incentivan la ISP en cada sistema se torna especialmente relevante. Así pues, en este trabajo se tomarán en consideración algunos de estos factores que contribuyen a un fenómeno multicausal como es la ISP.

En concreto, se opta por analizar tres factores: la solidez de las organizaciones partidistas, la estructuración programática de los partidos y el contexto económico. Esta elección está justificada por las siguientes razones. Primero, durante décadas, la relevancia de los partidos políticos fuertes, entendidos como organizaciones estructuradas programáticamente que consiguen establecer conexiones programáticas con el electorado, han sido consideradas como una de las teorías explicativa más relevante y consolidada. No obstante, los trabajos sobre dichos factores han alcanzado resultados contradictorios en la región. Mientras que para algunos autores los partidos estructurados programáticamente explican los diferentes niveles de institucionalización en la región (LUPU, 2016; ROBERTS, 2014; SEAWRIGHT, 2012), para otros su impacto es bastante limitado (MAINWARING et al., 2018). Segundo, las organizaciones robustas, es decir, los partidos políticos que logran estructurar la competición electoral de una elección a otra no están necesariamente estructuradas programáticamente. De ahí que sea pertinente considerar ambos factores como condiciones causales diferentes. Tercero, las teorías relativas al impacto del desempeño del gobierno son más recientes, por lo que cuentan con un número de análisis inferior para la región. Al mismo tiempo, los factores relativos a la economía se han mostrado determinantes para la institucionalización en regiones como la del Este Europeo (CASAL BÉRTOA, 2016), aunque, una vez más, los estudios centrados en los sistemas latinoamericanos han alcanzado resultados discrepantes (MAINWARING et al., 2018).

Los resultados contradictorios de los estudios han motivado la elaboración de nuevas teorías. Mainwaring et al. (2018) tras evidenciar que, en su último estudio estadístico comparado, ni los factores relativos a la institucionalización de los partidos ni sus conexiones programáticas con el electorado ni el crecimiento económico parecen tener un efecto estadístico homogéneo, afirma que tal vez, estos factores tengan su efecto causal determinado por su interacción con otros factores. Por tanto, el presente trabajo testa las siguientes hipótesis:

H1. La existencia de partidos políticos sólidos en el seno del sistema es necesaria para que el sistema de partidos esté institucionalizado. Este tipo de organizaciones ayuda a que los electores conecten con los partidos políticos de una forma más estable y consistente, reduciéndose los niveles de volatilidad. A su vez, las organizaciones partidistas fuertes minimizan el impacto de factores que incentivan la inestabilidad como el mal gobierno y la corrupción, evitando la entrada de nuevos partidos y construyendo la estructura de la competición del sistema.

H2. La presencia de partidos programáticamente estructurados es necesaria para que el sistema de partidos esté institucionalizado. Cuando las decisiones de los partidos están basadas en aspectos programáticos e ideológicos, son más estables y coherentes, y, el elector se adhiere a él al considerarlo como la mejor de las opciones para representar sus ideas e intereses. Como las preferencias ideológicas tienden a ser más estables, la volatilidad se reduce y la entrada de nuevos partidos a la estructura de la competición del sistema de partidos se ve limitada.

H3. Un contexto económico positivo es necesario para que el sistema de partidos esté institucionalizado. Se considera que un contexto económico positivo incentiva bajos niveles de volatilidad, dado que los electores continúan teniendo incentivos para votar a los partidos tradicionales, desestimulando la formación de nuevas agrupaciones partidista y su entrada al seno del sistema. Además, un contexto económico positivo tiende a favorecer la reelección del gobierno incumbente, manteniendo la estructura de la competición del sistema de partidos cerrada.

El presente trabajo está concebido como un estudio comparado de la región Sudamericana. La elección de la región está justificada por tres características (LEVITSKY et al., 2016). Primero, casi todas las democracias de América del Sur poseen tres o cuatro décadas de democracia plena, celebrándose elecciones libres y competitivas de manera regular. Segundo, poseen una trayectoria histórica y cultural similar. Tercero, sus estructuras sociales e institucionales también son similares. Combinan el presidencialismo con formas de representación proporcional o mixta. Sin embargo, pese a que la mayor parte de sus sistemas son fluidos, algunos sí se muestran institucionalizados. Como recorte temporal se selecciona el periodo 2000-2013 que hace

referencia a las dos últimas legislaturas con datos disponibles. Esta elección está justificada porque la mayor parte de los países se redemocratizaron a finales del siglo XX y la literatura ha tendido a considerar que la práctica del ejercicio democrático contribuye a la institucionalización de los sistemas de partidos, por lo que se marca la entrada del siglo XXI hasta los últimos datos disponibles como periodo de análisis. Los casos analizados de la región sudamericana, teniendo en cuenta la disponibilidad de datos comparables, son: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, y Uruguay⁶. Para evitar el problema de la diversidad limitada⁷ y la presencia de remanentes lógicos⁸ en los análisis QCA, los casos se desdoblaron en las siguientes observaciones: Argentina 2003-2007, Argentina 2007-2011, Bolivia 2002-2006, Bolivia 2006-2010, Brasil 2003-2007, Brasil 2007-2010, Chile 2000-2006, Chile 2006-2010, Colombia 2002-2006, Colombia 2006-2010, Ecuador 2002-2006, Ecuador 2007-2008, Uruguay 2005-2010, y, Uruguay 2010-2015. Es decir, la unidad de observación son los periodos electorales, incluyendo tanto las elecciones presidenciales como legislativas, permitiendo discernir si los sistemas de partidos sudamericanos sufren cambios de una elección a otra o si se mantienen estables, independientemente de su grado de institucionalización. Los datos utilizados son de tipo agregado y secundarios, provenientes de la base de datos Elites Parlamentarias de América Latina (PELA), el Barómetro de las Américas, Electoral Resources, Political Database of the Americas y el Banco Mundial⁹.

Este trabajo supone una contribución para esta área de estudio tanto a nivel teórico como empírico por varias razones. Contribuye a entender el funcionamiento de los sistemas de partidos latinoamericanos y su relación con la estabilidad del sistema político. Profundiza en las lagunas del concepto de institucionalización y su medición. Se realiza un análisis más minucioso que permite conocer las dimensiones que la operacionalización de la ISP debe incluir, teniendo en cuenta los últimos hallazgos y debates teóricos. Además, permite entender el impacto de los factores causales analizados entendidos como una configuración de combinaciones.

⁶ Paraguay, Perú y Venezuela son excluidos del análisis debido a la falta de datos comparables para el periodo analizado (2000-2013).

⁷ El número de casos no puede ser inferior al de configuraciones posibles.

⁸ Configuraciones de combinaciones que no poseen casos empíricos.

⁹ Páginas web donde encontrar estos datos o solicitarlos: http://americo.usal.es/oir/elites/bases_de_datos.htm (PELA), <https://www.vanderbilt.edu/lapop-espanol/acceso-gratuito.php> (El Barómetro de las Américas), <http://electionresources.org/> (Electoral Resources), <http://pdba.georgetown.edu/> (Political Database of the Americas), y, <https://datos.bancomundial.org/> (Banco Mundial).

Como ya fue mencionado, durante los últimos años los estudios sobre institucionalización afirmaron que los sistemas sólo conseguirían volverse estables cuando las organizaciones partidistas se tornasen sólidas y estableciesen vínculos programáticos con la sociedad. Debido a consideraciones como estas, la identificación partidaria y las conexiones programáticas han sido constantemente objetos de estudio en las democracias recientes. No obstante, la realidad latinoamericana puso en jaque dichas consideraciones con el descubrimiento de los sistemas hidropónicos y la persistencia de partidos débiles en la mayor parte de la región. Como ya afirmaron Mainwaring y Torcal (2005:142), tanto las diferencias estructurales como comportamentales de estas nuevas democracias requieren la reconsideración de algunas suposiciones. De manera que este trabajo es una oportunidad para profundizar en el conocimiento de los sistemas sudamericanos, partiendo de su propia realidad y no desde la perspectiva de las democracias consolidadas y su evolución. Tanto por realizar una medición más apropiada para su realidad cuanto de sus factores causales.

Continuando con la relevancia atribuida a los elementos programáticos y/o ideológicos para la institucionalización de los sistemas de partidos, el electorado latinoamericano ha sido caracterizado por sus tendencias personalistas y clientelistas (MAINWARING Y SCULLY, 1999; MAINWARING y TORCAL, 2005; ROBERTS, 2014; RUIZ, 2014). Comportamiento considerado como negativo y restrictivo para el éxito de sus democracias. De forma que este estudio también pretende demostrar que los partidos y los sistemas de la región no necesitan seguir una evolución similar a la de las democracias consolidadas para alcanzar estabilidad. Es más, tampoco debe ser considerado como negativo la ausencia de este tipo de patrones, al menos para la institucionalización del sistema de partidos, otra cuestión es si la falta de conexiones programáticas afecta a la consecución de democracias consolidadas de calidad.

Antes de comenzar con el primer capítulo, queda por señalar que este trabajo se ha estructurado en torno a seis capítulos, precedidos por esta introducción y seguidos por una conclusión. En el capítulo I, se expone brevemente el contexto sudamericano de los partidos y sistemas de partidos, describiendo sus peculiaridades y la heterogeneidad de la región. El capítulo II se centra en la variable dependiente, la institucionalización de los sistemas de partidos, revisando las cuestiones teóricas y metodológicas tradicionalmente aceptadas por la literatura para, posteriormente, revisar sus principales limitaciones. El capítulo III está enfocado a los factores causales, compilando por enfoques teóricos las

explicaciones que la literatura ha barajado para explicar la institucionalización, tanto a nivel global como en la región de América del Sur, y, a continuación, se establecen cuáles son los factores causales analizados y las hipótesis testadas. En el capítulo IV se propone la operacionalización de la institucionalización, así como de los factores causales analizados. El capítulo V recoge los resultados alcanzados para la primera pregunta de investigación propuestas en el presente trabajo: cuáles son los diferentes niveles de institucionalización presentes en la región. El capítulo VI recoge los resultados alcanzados para la segunda pregunta de investigación: cuál es el poder explicativo de factores causales como la existencia de partidos políticos sólidos, partidos estructurados programáticamente y un contexto económico positivo en los niveles de institucionalización de la región.

CAPÍTULO I

LA FRAGILIDAD DE LOS PARTIDOS Y LA INESTABILIDAD DE LOS SISTEMAS DE PARTIDOS EN AMÉRICA DEL SUR

La mayor parte de los países de la región iniciaron su transición democrática en la década de los ochenta del siglo pasado. En pocos años, América del Sur transitó desde el autoritarismo a la consolidación de sus democracias. Este hecho desencadenó que los expertos en ciencia política se centrasen, especialmente, en estudiar sus partidos y sistemas de partidos. Estos trabajos rápidamente evidenciaron las múltiples diferencias entre los partidos y los sistemas de partidos de las democracias consolidadas y los de la región. Han sido sistemáticamente juzgados por la literatura de forma negativa y pesimista (CARRERAS, 2012), razón por la que la mayor parte de los estudios se han centrado en comprender sus debilidades (MAINWARING y SCULLY, 1995; TANAKA, 2008).

Los sistemas de partidos latinoamericanos han tenido que enfrentarse, desde la redemocratización, a la quiebra de sus partidos tradicionales, a la aparición del anti-partidismo y a los movimientos carismáticos y personalistas (ALBALÁ y VIEIRA, 2014; HAWKINS, 2003; LEVITSKY, LOXTON y VAN DYCK, 2016). Aunque los partidos sean considerados débiles continúan siendo los principales actores políticos en las democracias latinoamericanas. En este sentido pese a su debilidad, desarrollan funciones fundamentales para el sistema político: históricamente, han sido los principales actores tanto en las quiebras democráticas como en las transiciones democráticas; son la principal vía de acceso al gobierno; continúan expresando las preferencias ciudadanas; organizan el gobierno y la oposición; ayudan a moldear las identidades ciudadanas; y, para algunos autores, son un atajo informativo para los ciudadanos (MAINWARING et al., 2018).

Los expertos consideran que los países con partidos débiles poseen sistemas de partidos inestables. Esa fragilidad de las organizaciones partidistas habría generado, según estos estudiosos defienden, que la mayor parte de los sistemas de partidos latinoamericanos se hayan fragilizado durante las últimas décadas (MAINWARING et al., 2018, LEVITSKY et al., 2016). Entender por qué tanto los partidos como sus sistemas han sido sistemáticamente categorizados como débiles e inestables es especialmente relevante para contextualizar y familiarizarse con el modo en que estas unidades políticas han sido estudiadas y como se han construido las teorías de la institucionalización de los sistemas de partidos. Al mismo tiempo, este análisis permite identificar las diferencias entre los

propios países de la región y su relación con la ISP. A continuación, se realiza una descripción de las principales características de las organizaciones partidistas y de sus sistemas de partidos.

1.1 La debilidad de los partidos políticos sudamericanos

Los expertos sobre partidos han sentenciado durante décadas que la democracia moderna es impensable sin partidos políticos (MAINWARING y SCULLY, 1995; SARTORI, 1976; SCHATTESNEIDER, 1942). Sin embargo, también han señalado constantemente la debilidad de los partidos políticos latinoamericanos, por lo que esta afirmación quedaría en entredicho. Si bien es verdad que durante las últimas décadas ha surgido un intenso debate, para algunos autores las organizaciones partidistas latinoamericanas no serían tan débiles ni tan ineficientes como la literatura ha sentenciado. Para ellos, los partidos políticos latinoamericanos difieren fuertemente de las organizaciones partidistas de las democracias consolidadas, pero si consiguen mediar entre el Estado y la sociedad (ALBALÁ y VIEIRA, 2014; ALCÁNTARA, 2004; GIMENES, 2015; RUÍZ, 2014). A su vez, señalan que la mayor parte de los estudios y tipologías sobre partidos están construidas a partir de teorías basadas en la realidad de los partidos europeos durante el siglo XX. Es decir, estas teorías no consiguen explicar la realidad de los partidos políticos de las democracias en consolidación (DIAMOND y GUNTHER, 2001) ni la situación actual de los partidos europeos.

Para Levitsky, Loxton y Van Dyck (2016), el hecho de que numerosos partidos latinoamericanos hayan desaparecido es el reflejo de su fragilidad. En líneas generales, pocos años después de la redemocratización de la región, durante los años 90 del siglo XX y los primeros años del 2000, los partidos que conformaban los sistemas sufrieron una fuerte pérdida de apoyo electoral (LEVITSKY, LOXTON y VAN DYCK, 2016; WILLS-OTERO, 2009). Sentencian que la mayor parte de los partidos políticos latinoamericanos surgidos tras la redemocratización se han colapsado. Concluyen mediante un estudio empírico que de los 255 partidos presentes en América Latina entre 1978 y 2005, apenas 11 de ellos lograron ser lo suficientemente sólidos como para enraizarse en el sistema¹⁰. Además, señalan que los partidos enraizados tienen como denominador común haber surgido durante el autoritarismo o sus años finales¹¹. La falta

¹⁰ Entienden como partido enraizado aquel que alcanza, como mínimo, el 10% de los votos en el legislativo durante más de cinco elecciones consecutivas.

¹¹ A excepción del Partido Social Demócrata Brasileño (PSDB) creado en democracia en el año 1988.

de elementos programáticos y/o ideológicos es señalada como la principal causa responsable, quedando relegados a ser meras máquinas electorales y vehículos personalistas, en parte debido a las propias condiciones socio-estructurales de la región (ALDRICH, 1995; MAINWARING, BEJANO y PIZARRO, 2006).

Tabla 1. Organizaciones partidistas de éxito en América Latina según Levitsky y Van Dyck (2016)

Partido	Año de formación	Contexto creación	Herencia organizacional
PT (Brasil)	1980	Autoritarismo burocrático*	Movimiento social
PSDB (Brasil)	1988	Democracia	Ninguna
PFL (Brasil)	1985	Autoritarismo burocrático*	Sucesor autoritario
UDI (Chile)	1983	Autoritarismo burocrático*	Sucesor autoritario
RN (Chile)	1987	Autoritarismo burocrático*	Sucesor autoritario
PPD (Chile)	1987	Autoritarismo burocrático*	Ninguno
ARENA (El Salvador)	1981	Guerra civil/Insurgencia	Sucesor autoritario
FMLN (El Salvador)	1992	Guerra civil/Insurgencia	Sucesor insurgente
PRD (México)	1989	Autoritarismo	Movimiento social
FSLND (Nicaragua)	1979	Guerra civil/Insurgencia	Sucesor insurgente
PRD (Panamá)	1979	Autoritarismo	Sucesor autoritario

Fuente: Levitsky, Loxton y Van Dyck (2016).

*Partidos creados en los últimos años de la dictadura militar anticipándose a la transición.

Al aplicar este estudio al resto de países de la región sudamericana analizados en el presente trabajo y que no han sido analizados por Levitsky et al. (2016), se alcanza una conclusión similar: la mayor parte de los partidos políticos sudamericanos surgidos tras la redemocratización se han colapsado. Entre 1978 y 2005, apenas siete de ellos lograron ser lo suficientemente sólidos como para haberse enraizado en el sistema¹². Dos de estos siete, se mantienen frágilmente como enraizados, son el PC y el PL colombiano que desde los años 2000 han visto su situación deteriorada. Todos ellos han surgido inmediatamente después a la independencia y estaban marcados por sus posicionamientos durante la lucha contra el colonialismo. Las únicas excepciones son el PJ argentino, heredero del peronismo, y el FA uruguayo, partido formado a partir de la unión de los diversos partidos de izquierda del país en contra de los principales partidos, el PN y el PC.

¹² Manteniendo como criterio para entender una organización como enraizada alcanzar, como mínimo, el 10% de los votos en el legislativo durante más de cinco elecciones consecutivas.

Tabla 2. Organizaciones partidistas de éxito en América del Sur aplicando el criterio de Levitsky, Loxton y Van Dyck (2016)

Partido	Año de formación	Contexto creación	Herencia organizacional
UCR (Argentina)	1891	Insurgencia	Sucesor insurgente
PJ (Argentina)	1946	Autoritarismo	Sucesor autoritario
PL (Colombia)	1848	República	Ninguna
PC (Colombia)	1849	República	Ninguna
PN (Uruguay)	1836	Guerra civil	Sucesor insurgente
PC (Uruguay)	1836	Guerra civil	Sucesor insurgente
FA (Uruguay)	1971	Semidemocrático	Sucesor partidos izquierda

Fuente: elaboración propia.

Mientras que para Alcántara (2004), los partidos latinoamericanos se crearon para dar respuesta a la cita electoral y su principal articulador es la conquista del poder. Para él, los partidos políticos están presentes en América Latina desde la independencia y no fueron fundados en su mayoría por caudillos y si por grupos de individuos. Los partidos más relevantes de la región tienen una edad media respetable, equiparable a la de muchos partidos europeos pese a contar con una estructuración programática y una organización débil. Estos partidos han sabido mantenerse a lo largo del tiempo, substituyendo sus liderazgos y adaptando sus estrategias (ALCÁNTARA, 2004). Además, los partidos continúan realizando funciones centrales en los sistemas políticos, pese a que puedan desempeñar mejor o peor su función de representación y articulación de demandas, y pese a que los ciudadanos los evalúen pesimamente en comparación con otras instituciones. En palabras de Alcántara (2004):

Los partidos siguen participando y estructurando la competición política: seleccionar a los representantes; dirigen el gobierno y la administración; establecen la agenda pública; actúan como oposición fiscalizando; y, en fin, hacen operativo el sistema político (...) Los partidos en América latina “también” son grupos de individuos que, compartiendo con otros ciertos principios programáticos y asumiendo una estructura organizativa mínima, vinculada a la sociedad y al régimen político de acuerdo con las reglas de este para obtener posiciones de poder o de influencia mediante las elecciones.

No obstante, no todos los partidos latinoamericanos son iguales. La realidad de los partidos políticos varía fuertemente entre países. La propia actuación de los partidos políticos ha sido clave para su supervivencia (WILLS-OTERO, 2009). Por ejemplo, países como Chile y Uruguay cuentan con partidos fuertes y estables en comparación con

los de la región andina. Para Alcántara (2004) este es el principal reto para los estudios sobre Latinoamérica:

Las diferencias entre países de la región, entre partidos de un mismo país, y, entre épocas son a veces extremas y contribuyen a cierta confusión, que se hace aún más patente al intentar establecer visiones omnicomprensivas, únicas y generalizadoras. Probablemente este es el principal reto que se tiene cuando el análisis se circunscribe al marco latinoamericano (2004:59).

Un rápido análisis de los principales partidos en la cámara baja desde la redemocratización hasta el 2010 permite distinguir los siguientes escenarios. Aquellos países cuyos partidos se han mantenido desde la redemocratización como Argentina, Chile y Uruguay. Aquellos en los que algunos de los principales partidos han desaparecido para dar lugar a otros que se han afianzado como en Brasil (BRAGA, RIBEIRO y AMARAL, 2016). Aquellos países en los que los principales partidos fluctúan, apareciendo y desapareciendo constantemente como Ecuador y Bolivia. En Ecuador dicha desaparición desencadenó el colapso del sistema de partidos. Ya en Colombia, los viejos partidos perdieron escaños en detrimento de los nuevos; mientras que, en Uruguay, los partidos dominantes cedieron poder a otros que tradicionalmente habían protagonizado una oposición minoritaria. Consecuentemente, la mayor parte de los partidos se han mantenido estables o han cedido su protagonismo a otros que se han afianzado en el seno del sistema. Las únicas excepciones son los países andinos, sistemas de partidos que no cuentan con organizaciones partidistas estables.

Cuadro 1. Principales partidos de la Cámara Baja (1980-2010) en América del Sur

País	T1	T2	T3	T4
Argentina (1983-1999-2005-2011)	PJ/UCR	PJ-FREPASO/UCR	PJ/UCR	PJ/UCR
Bolivia (1985-1997-2005-2009)	MNR/ADN	MNR/ADN/MIR/ CONDEPA/UCS	MAS/PODEM OS	MAS/PPB-CN
Brasil (1986-1998-2006-2010)	PFL/PMDB/ ARENA- PDS-PPR	PT/PMDB/PSDB/ PFL	PT/PMDB/ PSDB/PFL	PT/PMDB/ PSDB/PSD
Chile (1989-1997-2005-2009)	UDI/PDC/ RN/PPD	UDI/PDC/RN/ PPD	UDI/PDC/RN/ PPD	UDI/PDC/RN/ PPD
Colombia (1982-1998-2006-2010)	PC/PL	PC/PL	PL/PSUN/PC	PL/PSUN/PC
Ecuador (1988-1997-2006-2009)	ID/PRE/ PSC/DP-UDC	PSC/ID/PD-UDC/ MUPP-NP	PRIAN/PSP/ PSC/ID	PAIS/PSP/PSC
Uruguay (1984-1994-2009-2014)	FA/PC/PN	FA/PC/PN	FA/PC/PN	FA/PC/PN

Fuente: Database de las Américas.

Mientras que las organizaciones partidistas europeas y norteamericanas pueden ser caracterizadas, utilizando las palabras del propio Alcántara (2004), de la siguiente manera:

Las instituciones partidistas poseen una lógica de actuación basada en el conjunto de los tres elementos que suponen su subsistencia a lo largo del tiempo procesando y adaptando sus características originarias. En especial dicho proceso se lleva a cabo en lo relativo a su paulatina desvinculación de liderazgos personalistas, su sólida e inequívoca apuesta por un programa que vertebré su ideología y su estructuración a través de ciertos principios organizativos que articulen su funcionamiento cotidiano, de acuerdo con criterios de racionalidad y eficacia, así como los procesos de selección de los líderes y las relaciones de estos con el núcleo de los militantes más activos (2004:62).

Quienes consideran que los partidos políticos latinoamericanos son únicamente máquinas electorales los definen, según Alcántara (2004), como:

Instrumentos temporales de actuación de caudillos, entre cuyas finalidades no figura precisamente la de su trascendencia a la figura del caudillo fundador. Carecen de programa o, en su caso, cuentan con un programa desideologizado que pretendidamente aboga por propuestas tecnocráticas y apolíticas con una organización irregularmente establecida, que está supeditada a la estrategia del líder. El perfil personal-caudillista de los partidos políticos es algo que, por otra parte, se encuentra fácilmente en la literatura más clásica relativa a los mismos (ALCÁNTARA, 2004:62).

Por lo que al compararlos se concluye que los partidos sudamericanos serían débiles debido, básicamente, a dos motivos (LEVITSKY et al., 2016). Primero, su escasa estructuración programática e ideológica, provocando que el personalismo los permee fuertemente. Una marca de partido claramente distinguible por el electorado protege a los partidos de los vaivenes electorales. Segundo, su frágil articulación organizativa. Construir una organización territorial es fundamental para que los partidos logren sobrevivir en periodos de crisis, movilizar apoyo electoral y alcanzar cotas de poder en el mayor número de instancias posibles, lo que les dotaría de más fuerza y presencia como marca de partido. A continuación, se analizan ambas características y su impacto en los partidos políticos de la región.

La relevancia de la estructuración programática e ideológica de los partidos se debe a la importancia atribuida a la ideología y los posicionamientos políticos de los partidos a la hora de conectar con el electorado. La ideología y los clivajes han sido considerados como los principales elementos de anclaje entre el partido y la sociedad (LIPSET y ROKKAN, 1967). Se considera que la noción izquierda-derecha sintetiza las posibles orientaciones ideológicas del elector y funciona como un anclaje psicológico del voto (MAINWARING y TORCAL, 2005). Dicho anclaje se expresaría como preferencia o identificación partidista¹³. Sin embargo, durante el proceso de Independencia Latinoamericana, los partidos que surgieron, como el PL y el PC colombiano o el PN y el PC uruguayo, se convirtieron en meros defensores de los intereses de la elite, excluyendo sistemáticamente a los más pobres y a las minorías étnicas (BAQUERO, 2000; RUIZ, 2014). Como consecuencia, los únicos clivajes que se establecieron fueron el Liberal/Conservador y el Estado/Iglesia (RUIZ, 2014). Posteriormente, con la expansión del Estado populista, durante mediados del siglo XX, el contenido ideológico de los partidos se restringió aún más. Por una parte, se asimilaban a las versiones europeas de los partidos *catch-all*, en la medida en que eran interclasistas, y, por otra, su ideología era un subproducto del sistema político en el que el Estado y la clase dirigente desempeñaban el papel hegemónico (ALCÁNTARA, 2004). Hasta la redemocratización a finales del siglo XX, los partidos

¹³ Pese a existir un amplio debate sobre qué factores son los responsables por la preferencia, para una amplia parte de la bibliografía estadounidense, la identificación partidista obedece a las condiciones sociales y a los grupos a los que pertenecen los individuos, y, a la supervivencia de los clivajes sociales que definen la competición partidista (CREWE, 1995; LAZARFELD, BERELSON y GAUDET, 1944). Este enfoque conecta directamente con la teoría de clivajes de Lipset y Rokkan (1967) pues los partidos reproducirían las fisuras societales de manera que los electores se identificasen con ellos.

latinoamericanos no pasaron a estar algo más estructurados. A su vez, no surgieron nuevos clivajes, como el socioeconómico y el étnico, hasta dicho periodo.

A pesar de haberse incrementado el número de clivajes, la práctica del ejercicio democrático y el paso del tiempo, los partidos no han logrado establecer niveles de identificación partidista considerables ni vínculos programáticos con su electorado. Al menos, no han alcanzado niveles similares a los de los partidos europeos a finales del siglo XX. Es más, el escenario sudamericano está dominado por los partidos menos estructurados (ALTMAN, LUNA, PIÑEIRO y TORO, 2009). Para Altman, Luna, Piñeiro y Toro (2009), los partidos más estructurados tienden a tener una participación más discreta en el sistema al alejarse del votante medio (ALTMAN, 2008). Analizando los niveles de identificación partidista en América del Sur, durante las últimas décadas, se observa que los niveles de identificación han disminuido pese al aumento del número de clivajes y la práctica del ejercicio democrático. En general, los niveles medios de identificación en 2012 son inferiores a los de 1997. Mientras que en 1997 la media de la región se situaba en torno al 43%, en el 2012 se redujo hasta el 33%.

La mayor parte de los países sudamericanos poseen niveles de identificación partidista bajos, pero algunos países presentan niveles superiores, por lo que pueden ser clasificados en dos niveles¹⁴: alta y baja. Países con un nivel medio de identificación alto, en torno a un 50% o superior, como Uruguay que alcanza un 58,39% y aquellos países donde la identificación es baja, es decir, inferior al 33%, tal y como sucede en Colombia (30,54%), Bolivia (31,68%), Perú (29,89%), Brasil (29,17%), Argentina (27,02%), Ecuador (30,78%) y Chile (23,94%). Comparando estos datos con los de las democracias consolidadas se observa que los niveles de identificación partidaria también han disminuido durante las últimas décadas. Además, las democracias consolidadas también presentan niveles heterogéneos. Por ejemplo, en Estados Unidos el 61% de los ciudadanos manifiestan preferencia partidaria, en Reino Unido el 50%, en los países nórdicos - Noruega, Dinamarca y Suecia- la media se sitúa por debajo del 50%, y, como contrapunto en Holanda y Alemania los niveles de identificación partidista son similares a los de la mayor parte de los países de la región pues se sitúan en torno al 30%.

¹⁴ Clasificación a partir de la media de la identificación partidista durante el periodo analizado (1995, 1997, 2003, 2006, 2008, 2010, 2012 y 2014).

Tabla 3. Identificación partidista en América del Sur (1995-2014) (%)

País	1995	1997	2003	2006	2008	2010	2012	2014	Media
Uruguay	67,1	67,5	50,5	52,8	49,6	66,2	53,4	60	58,39
Bolivia	s.d	46,1	44,4	s.d	26,9	31,1	15,9	25,65	31,68
Ecuador	s.d	42,3	39,9	s.d	18,7	16,1	22,5	45,18	30,78
Chile	34	43,9	29	25,3	20,5	11,6	14,1	13,09	23,94
Colombia	s.d	37,5	28,4	28,3	28,7	37,2	25,5	28,21	30,54
Argentina	37,5	33	23,3	s.d	23,4	19,5	26,8	25,67	27,02
Brasil	32,4	27,5	32,5	32,7	24,7	30,2	30,4	22,96	29,17

Fuente: Latinobarometro de las Américas (hasta 2003) y LAPOP (2003-2014).

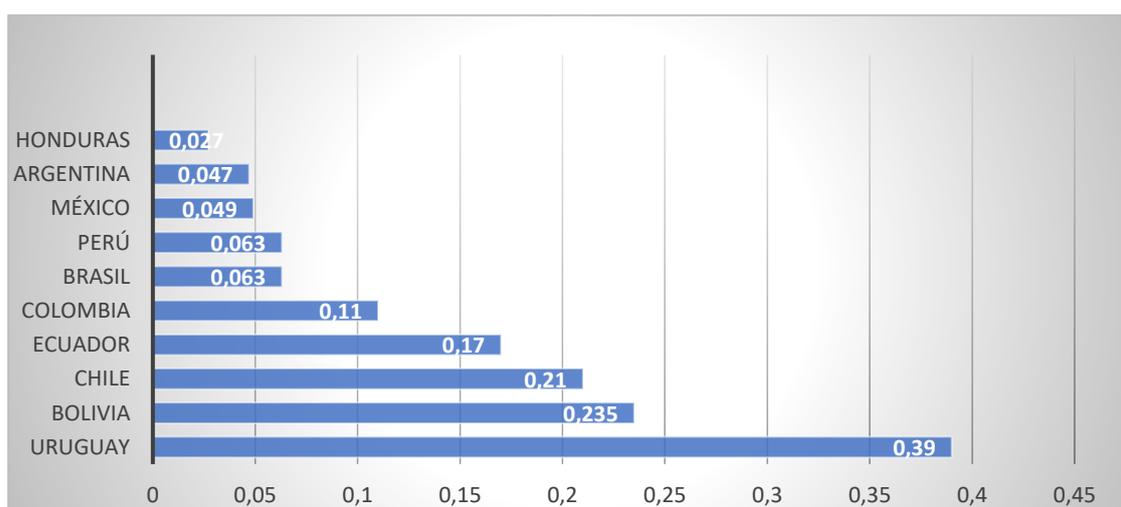
*Respuestas no sabe o no contesta contabilizada como encuestados sin identificación.

Ahora bien, para Montero (2015), pese a que los niveles de identificación entre las democracias consolidadas y las democracias en consolidación clave reside en que la intensidad del vínculo no es la misma. En América del Sur es, considerablemente, más débil. Los muy partidistas suman únicamente el 13%, los algo partidistas son el 22% y los poco o no muy partidistas son el 14%. Ya en cada uno de los ejemplos pertenecientes a democracias consolidadas la mayoría de los partidarios son partidarios fuertes (oscilando entre un 70% y un 82%). Por tanto, pese a contar con niveles similares de identificación a los de Europa, debido al fuerte descenso que han vivenciado durante las últimas décadas, los partidos políticos de ambas regiones difieren. Para algunos autores esta diferencia podría radicar en el impacto que el personalismo tiene en la formación de la identificación partidista (SAMUELS, 2004; RUIZ, 2014). Al mismo tiempo, un análisis por partidos y no por país permitiría observar que, en la mayoría de los casos, la identificación partidista puede estar vinculada a únicamente un par de partidos. Así, mientras que algunos partidos latinoamericanos han conseguido enraizarse en la sociedad, estableciendo vínculos estables con su electorado; otros han perdido parte de esa identificación; y, algunos nunca consiguieron establecer dichas conexiones (ALCÁNTARA, 2004).

Morales (2016) realiza un estudio sobre la identificación partidista en América Latina y mide la identificación programática en la región durante el año 2008. Él va más allá y señala que la identificación puede estar construida a partir de lógicas diferentes, pudiendo ser programática o, simplemente, estar construida sobre intercambios clientelistas y/o percepciones personalistas. Esto le lleva a distinguir entre dos tipos de identificación: la

programática y por convicción (ver Morales, 2016). A partir de esta distinción afirma que sistemas con niveles de identificación partidista similares, como Honduras y Uruguay, estarían contruidos a partir de lógicas diferentes. En cuanto Uruguay contaría realmente con una identificación partidista de tipo programática, en Honduras los electores se identifican con los partidos por motivos ajenos a su ideología. Este estudio confirma una vez más la heterogeneidad de la región y la escasez de identidad partidista de tipo programática. Para Morales (2016), Uruguay, Bolivia y Chile son los países con mayor identificación programática, frente a Colombia, México y Argentina¹⁵. Al no existir una medición de la identificación programática en Europa a partir del mismo índice no puede concluirse si los niveles alcanzados en Latinoamérica son inferiores, aunque, a priori, cabe esperar que así sea.

Gráfico 1. Identificación programática en América Latina (2008) según Morales (2016)



Fuente: Morales (2016).

Al analizar la coherencia de los partidos políticos se concluye que las organizaciones partidistas tienden a mostrar niveles aceptables porque los partidos tienden a auto delimitar su disenso. La coherencia consiste en el grado de coincidencia entre los miembros del partido en relación con asuntos político-partidistas (RUIZ, 2006). Cuando los partidos están fuertemente estructurados programáticamente cabe esperar que la cohesión en torno a cuestiones programáticas y/o ideológicas sean mayores. Analizando la cohesión programática de los partidos latinoamericanos durante finales del siglo XX,

¹⁵ Su medición se limita al año 2008.

a partir del desvío padrón, Ruiz (2006)¹⁶ concluye que los partidos más estructurados son el PPD chileno, el uruguayo EP-FA y la UCR argentina. Estos partidos poseen un alto grado de acuerdo sobre programa y a la ideología. En el otro lado de la balanza, el boliviano ADN se reveló como el partido más incoherente. Casi todos los partidos poseen la dimensión ideológica relativamente coherente a excepción de los partidos de los países andinos. Ya la coherencia organizacional se muestra bastante más heterogénea. Ruiz (2006) también sugiere que cuanto más acuerdo existe en cuestiones sustantivas, mayor probabilidad de acuerdo en cuestiones organizacionales y viceversa. Sin embargo, la coherencia organizacional es la dimensión que presenta peores resultados en la mayor parte de los partidos analizados. Es decir, su organización interna es bastante frágil y vulnerable a los factores coyunturales.

Para Ruiz (2006) puede concluirse que los partidos políticos latinoamericanos tienen una articulación ideológico-programática propia. Ahora bien, Ruiz (2006) y Luna y Zeichmeister (2005) afirman que estos mayores niveles de estructuración programática podrían estar incentivados por el “Consenso de Washington”, dado que durante finales del siglo XX la elite política de la región apostó por la continuidad de las reformas neoliberales. Pero con la entrada del siglo XXI y el descontento del electorado con este tipo de medidas, nuevas propuestas programáticas surgieron y con ello la coherencia de los partidos podría haberse visto perjudicada nuevamente, alcanzando niveles inferiores.

¹⁶ Calcula la coherencia interna de los dos partidos con el mayor rendimiento electoral en trece sistemas políticos (Argentina, Bolivia, Chile, Costa Rica, Guatemala, Honduras, Ecuador, El Salvador, México, Nicaragua, República Dominicana, Uruguay y Paraguay) a lo largo de los años noventa.

Cuadro 2. Coherencia interna de los principales partidos políticos de América del Sur (1990-1999) según Ruiz (2006)

Partido	Ideológica	Programática	Organizacional	Total
PPD/Chile	Alta	Media	Alta	Alta
EP-FA/Uruguay	Alta	Alta	Alta	Alta
UCR/Argentina	Alta	Alta	Media	Alta
MUPP-NP/Ecuador	Alta	Baja	Alta	Media
PC/Uruguay	Alta	Media	Baja	Media
MNR/Bolivia	Baja	Media	Alta	Media
DP/Ecuador	Baja	Alta	Baja	Media
PJ/Argentina	Media	Baja	Media	Media
ADN/Bolivia	Baja	Alta	Baja	Baja

Fuente: Ruiz (2006).

Por tanto, pese a que a las organizaciones partidistas divergen de las democracias consolidadas, estas discrepancias no parecen ser tan sustantivas y están directamente relacionadas con las dinámicas que condicionaron el origen y la evolución de los partidos en la región (RUIZ, 2014). Dichas dinámicas son el personalismo, el elitismo y el clientelismo. Los partidos de la región no son únicamente ni máquinas electorales donde los miembros convergen en cuestiones concretas, como ganar unas elecciones o apoyar a un determinado líder; ni tampoco se limitan a partidos “busca políticas” preocupados por la defensa e implementación de determinados programas (RUIZ, 2006:107). Las organizaciones partidistas latinoamericanas consiguen mediar entre el Estado y la sociedad (ALBALÁ y VIEIRA, 2014; ALCÁNTARA, 2004; GIMENES, 2015; RUÍZ, 2014) y las democracias latinoamericanas han demostrado ser más resilientes y duraderas de lo que cabía esperar a priori (MAINWARING y PÉREZ LIÑAN, 2015).

Finalmente, para algunos expertos, otro de los motivos que evidencian la debilidad de las organizaciones partidistas de la región es la escasa confianza que generan en la ciudadanía. Analizando rápidamente los niveles de confianza entre 1997 y 2016 se llega en las siguientes conclusiones. Primero, que a comienzos del siglo XXI los niveles de confianza cayeron drásticamente en todos los países, alcanzando un 12% de media. Esta caída fue más drástica en Uruguay, Argentina y Chile dado que poseían en 1997 niveles superiores al del resto de países (superiores al 29%). Segundo, que dichos niveles inician su recuperación entorno a finales de la primera década del siglo XXI, alcanzando en 2007 un 18% y en el 2011 un 22%. Tercero, que en 2016 los niveles se reducen nuevamente

hasta un 17%, manteniéndose en niveles similares a los europeos. Finalmente, que la mayor parte de los países poseen niveles similares de confianza, oscilando entre el 15 y el 22%, a excepción de Uruguay que alcanza niveles bastante superiores, en torno al 34%.

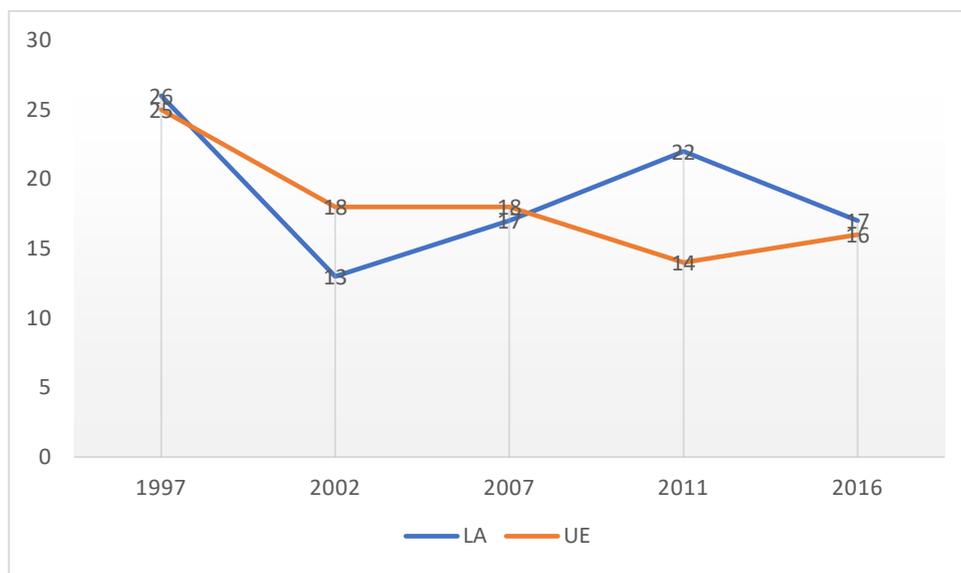
Tabla 4. Confianza en los partidos políticos sudamericanos (1997-2016) (%)

País	1997	2002	2007	2011	2016
Argentina	29	4	14	24	17
Bolivia	20	9	14	18	19
Brasil	18	13	16	16	16
Chile	35	12	20	17	5
Colombia	21	10	18	17	12
Ecuador	16	7	8	33	16
Uruguay	45	28	34	41	26
LA	26	12	18	22	17
UE	25	18	18	14	16

Fuente: Latinobarómetro y Eurobarómetro.

Al comparar la media de la región con la de la Unión Europea queda patente que los partidos políticos no están en su mejor momento ni en las democracias consolidadas ni en las democracias en consolidación. En Europa los partidos también han perdido confianza desde 1997, además de poseer niveles similares a los latinoamericanos, al menos desde entonces. La principal diferencia radica en que los ciudadanos latinoamericanos son menos constantes en sus opiniones sobre los partidos, experimentando altos y bajos en breves periodos de tiempo.

Gráfico 2. Evolución de la confianza de los partidos en América Latina y la Unión Europea (1997-2016)



Fuente: elaboración propia.

Luego, existe una crisis de los partidos a nivel global y el declive de los partidos en América Latina está circunscrito a esa tendencia mundial, en cierta medida, cíclica (ALBALÁ y VIEIRA, 2014; DALTON, 2013; MAIR, 2007; MANIN, 1998; PUTMAN, 2003). Sin embargo, las diferentes culturas políticas que ambas regiones poseen pueden provocar que el impacto y las consecuencias de los bajos niveles de confianza en los partidos sean diferentes (ALBALÁ y VIEIRA, 2014). En cuanto en las democracias consolidadas las consecuencias de esa desconfianza parecen no alterar el orden político, en algunos países de la región sudamericana, caracterizados por una cultura democrática débil y sociedades civiles poco desarrolladas (MOISÉS y MENEGUELLO en ALBALÁ y VIEIRA, 2014), la desconfianza incentiva los vaivenes electorales, pudiendo provocar la desaparición de algunos partidos y, con ello, el colapso del sistema de partidos.

Los partidos sudamericanos son claramente diferentes de los de las democracias consolidadas. En general, no cuentan con una estructuración programática e ideológica sólida ni con una organización especialmente coherente y robusta. Pero, las diferencias entre países de la región son sustanciales. Mientras que algunos países poseen partidos que consiguen estructurar la competición electoralmente de una elección a otra como Chile, Brasil, Argentina, Colombia y Uruguay; otros como Bolivia, Ecuador y Perú poseen organizaciones partidistas débiles, condenadas al fracaso de manera sistemática. Es decir, pese a la mayor parte de las organizaciones partidistas no ser como la de los

países europeos y norteamericanos, no pueden ser juzgados como organizaciones condenadas al fracaso de manera generalizada. El hecho de los parámetros de base estar establecidos por la realidad de las democracias consolidadas durante el siglo XX (ALBALÁ y VIEIRA, 2014; ALCÁNTARA, 2004; GIMENES, 2015; ROBERTS, 2012) y la región andina contar con una alta tasa de natalidad y mortalidad partidista han generado una fuerte estigmatización de los sistemas de la región.

1.2 Los sistemas de partidos sudamericanos: sistemas inestables

Para los expertos en partidos y sistemas de partidos, si las organizaciones partidistas de un país son débiles, su sistema de partidos y, en última instancia, su democracia también lo serán (LEVITSKY et al., 2016). Así como los partidos han sido considerados débiles por una parte importante de la literatura, los estudios sobre sistemas de partidos latinoamericanos también han tendido a considerar sus sistemas como débiles. Es decir, como estructuras susceptibles de sufrir importantes alteraciones en su seno e incluso de colapsarse (MORGAN, 2011). Existe un cierto consenso sobre qué sistemas de la región están más o menos institucionalizados (LEVITSKY et al., 2016) y, únicamente, Uruguay y Chile son considerados como sistemas plenamente institucionalizados, asemejándose a los sistemas de las democracias consolidadas. Brasil ha aumentado sus niveles de institucionalización desde comienzos del siglo XXI, aunque parece temprano para afirmar si este aumento de la institucionalización se consolidará. Países como Argentina y Colombia han perdido institucionalización, colapsándose parcialmente. Mientras que los países andinos, como Bolivia y Ecuador, continúan siendo sistemas débiles.

Tras la redemocratización sudamericana, entre 1978 y 1985, considerando que los sistemas de partidos pueden mantenerse estables, sobrevivir pese a experimentar ciertos cambios como la entrada y/o salida de algunos partidos o colapsarse¹⁷, los sistemas de partidos sudamericanos y sus organizaciones contaban con tres posibles escenarios (ALCÁNTARA y FREIDENBERG, 2002). Primero, países con tradiciones partidarias sólidas como Argentina, Chile, Uruguay y Perú, por lo que cabría esperar que sus sistemas de partidos se mantuviesen estables. Segundo, países con tradiciones partidistas anteriores que conviven con el surgimiento de nuevos partidos como en Bolivia, Brasil y Ecuador, por lo que cabría esperar que sus sistemas de partidos se mantuviesen en el tiempo pese

¹⁷ Un sistema de partidos se colapsa debido a la pérdida de apoyos electorales de los partidos tradicionales hasta su eventual desaparición (WILLS-OTERO, 2009), dando lugar a la conformación de un nuevo sistema, que poco o nada tiene que ver con el anterior.

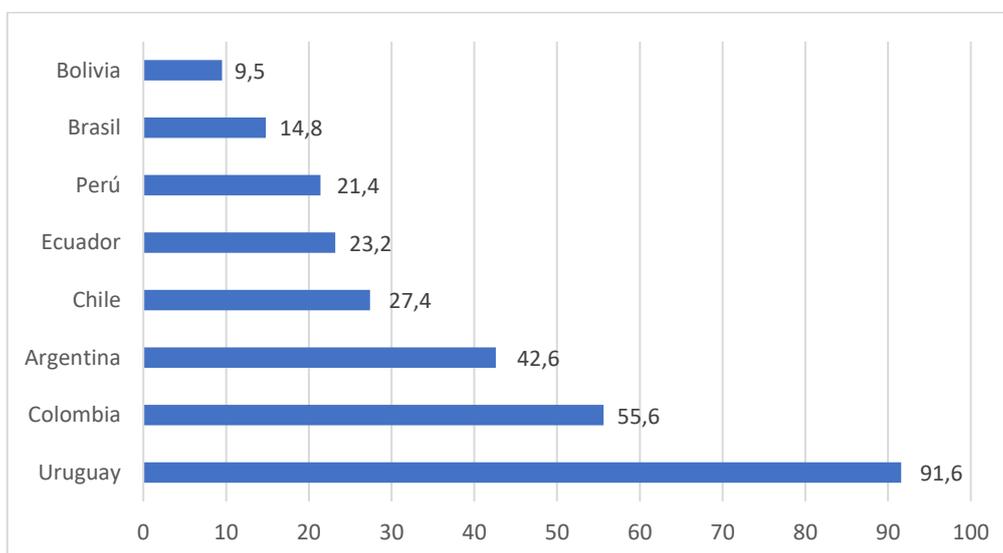
a la introducción de esos cambios. Tercero, aquellos países en los que no existía un marco mínimo de partidos debido a su debilidad histórica como Colombia, generando una cierta incertidumbre sobre la estabilidad del sistema conformado. No obstante, todos mantuvieron una estructura del sistema de partidos similar a la que existía en 1980 hasta, prácticamente, la entrada del siglo XXI, a excepción de Perú y Brasil (ALCÁNTARA y FREIDENBERG, 2002). Así, los sistemas latinoamericanos contaban con una cierta estabilidad pese a que las organizaciones partidistas poseían una débil articulación y estructura interna, incentivando la aparición y desaparición de partidos políticos. Sin embargo, durante la última década del siglo XX, muchos de los sistemas de partidos latinoamericanos sufrieron cambios debido a la pérdida de apoyo electoral de los partidos tradicionales. Este es el caso de Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Brasil y Uruguay; en cuanto el resto de los países se mantuvieron relativamente estables (ALCÁNTARA, 2012). Bolivia, Perú y Ecuador fueron descritos por la literatura como los países más afectados por la pérdida de apoyos electorales de los partidos tradicionales, produciéndose el colapso del sistema de partidos anterior para dar lugar a nuevos sistemas muy inestables. Mientras que Colombia, Brasil y Uruguay establecieron un nuevo sistema de partidos que se consolidaría tras la redemocratización.

Esto generó que los expertos en partidos y sistemas de partidos centraran su interés en entender por qué los sistemas de la región estaban atravesando periodos por una serie de cambios, tornándolos inestables y vulnerables. Tradicionalmente, los estudios sobre sistemas de partidos utilizaban la antigüedad de los partidos del sistema para delimitar si el sistema se mantenía estable, se transformaba o se colapsaba (MAINWARING y SCULLY, 1995). A través de este indicador se concluye que sistemas de partidos son más longevos, es decir, que sistemas poseen en su seno partidos más longevos. Para Morales (2016), que calcula la edad ponderada de los sistemas de partidos de la región¹⁸, Uruguay, posee el sistema de partidos más longevo de la región. En él sobreviven partidos que remontan sus orígenes a finales del siglo XIX y principios del XX, y, que cuentan con un amplio respaldo ciudadano hasta hoy. En cambio, Colombia, pese a contar con un sistema relativamente longevo, no puede ser incluido en esta categoría pues esos partidos han visto su apoyo fuertemente disminuido en detrimento de otros nuevos, así en el caso del sistema mexicano. Los países andinos y Brasil son los países con sistemas menos

¹⁸ Propone una especie de índice de número efectivo de partidos, pero con referencia a la edad ponderado por su peso electoral.

longevos, es decir, los principales partidos del sistema poseen una edad relativamente baja.

Gráfico 3. Edad ponderada de los sistemas de partidos sudamericanos según Morales (2016)



Fuente: Morales (2016).

Sin embargo, al reparar que la edad del sistema de partidos no era suficiente para capturar si estos sistemas eran más o menos estables y entender sus diferentes funcionamientos, los estudiosos recurrieron a otros indicadores. Durante décadas la fragmentación y la polarización se convirtieron en los indicadores estrella. La literatura consideró que la fragmentación y la polarización eran indicadores suficientes para capturar estas dinámicas (BIELASIAK, 2002; SARTORI, 1976), pero posteriormente se crearon otros indicadores como la volatilidad y la institucionalización para superar las lagunas todavía existentes (MAINWARING y SCULLY, 1995; MAINWARING y TORCAL, 2005). A continuación, se analizan los niveles de fragmentación, polarización y volatilidad de los sistemas de partidos latinoamericanos desde su redemocratización a finales del siglo XX.

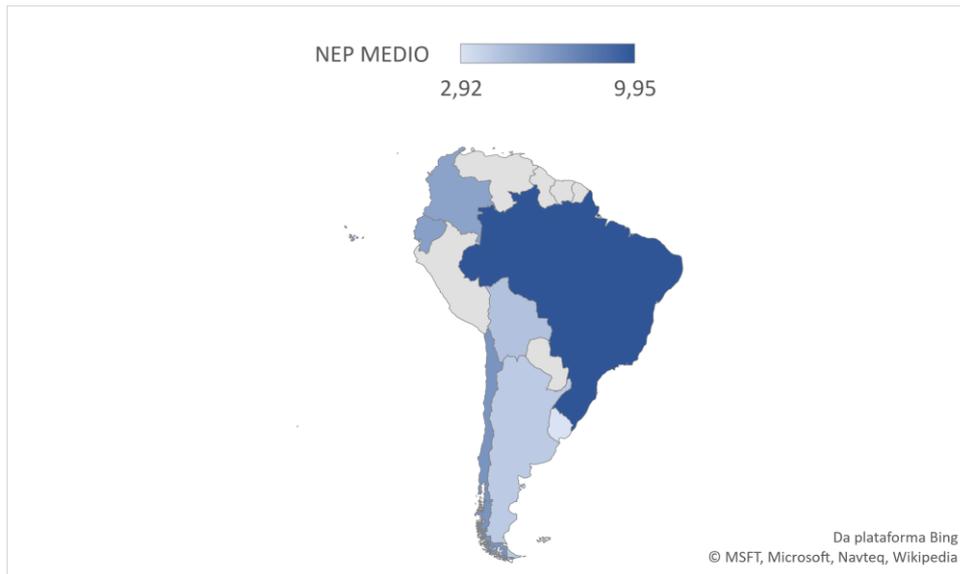
Comenzando por la fragmentación, este indicador hace referencia al número de partidos presente en el sistema y refleja la dispersión o concentración del poder en su seno. En palabras de Sartori (1980:156): "el número de partidos indica inmediatamente, aunque sólo sea de modo aproximado, una característica importante del sistema político: la medida en que el poder está fragmentado o no fragmentado, disperso o concentrado". Para Sartori (1980:156), "cuanto mayor es el número de partidos (que tienen voz) mayor será la complejidad y probablemente la complicación del sistema". Por tanto, la literatura

clásica sobre partidos consideraba el bipartidismo como el mejor formato para un sistema de partidos mantenerse estable. Se consideraba que:

1) si hay sólo dos partidos compitiendo por el favor del electorado, tenderán a concentrar su atención en los votantes del centro del espectro político, y, tenderán en última instancia, a favorecer la eficacia y estabilidad a largo plazo; 2) el bipartidismo conduce a un gobierno mayoritario, de un sólo partido, que fortalece al ejecutivo, y lo hace más estable y eficaz, contando además con una sólida mayoría parlamentaria; 3) el sistema bipartidista clarifica las opciones entre el electorado, al reducir las a dos, y construye un gobierno con un programa también claro, el de partido ganador, sancionado directamente por el electorado; y 4) la mayoría parlamentaria que sostiene al gobierno, es sin ninguna duda, la última responsable del ejercicio del poder gubernamental (LIJPHART, 1991:123-125).

A partir del cálculo del número efectivo de partidos ponderado, abarcando aproximadamente desde 1993 hasta 2015, puede afirmarse que ningún sistema de partidos de la región que parece corresponderse con un bipartidismo perfecto. El país que más se aproxima es Uruguay con un número efectivo ponderado medio de 2,92. Uruguay se caracteriza como un sistema de tres partidos, donde uno de ellos posee un papel más débil, confinado a la oposición. Mientras que Brasil con un NEP medio de 9,9; Ecuador con un 6,28; Colombia con un 6,11; y, Chile con un 6,85 son los sistemas con mayor número efectivo de partidos. Es decir, son sistemas de partidos multipartidistas, siendo extremo en el caso de Brasil. Argentina y Bolivia cuentan con unos cuatro partidos aproximadamente, categorizándose como sistemas con un multipartidismo leve. Consecuentemente, cabría esperar que los sistemas de partidos latinoamericanos fuesen inestables debido a la ausencia de bipartidismo. Sin embargo, la inestabilidad política parece estar poco relacionada con el criterio numérico de los partidos ya que se da tanto en sistemas bipartidistas como multipartidistas, dependiendo de otros elementos (ALCÁNTARA, DEL CAMPO y RAMOS, 2001). Además, el multipartidismo no siempre está relacionado con una mayor inestabilidad y permite representar todos los clivajes presentes en la sociedad (LIJPHART, 1991).

Gráfico 4. NEP ponderado medio por país (1993-2015) en América del Sur



Fuente: elaboración propia a partir de datos cedidos por Ruiz y Barreda.

Al analizar la evolución del número de partidos durante dicho periodo Brasil, Uruguay y Chile son los sistemas de partidos que mantienen más estables su NEP, independientemente de sus niveles de fragmentación. En cambio, Argentina, Bolivia, Colombia y Ecuador muestran un patrón más inestable, es decir, el número de partidos varía fuertemente de un periodo a otro. Argentina se caracterizó como un sistema de tres partidos y medio desde 1993 hasta 2007, pero en el 2007 se configuró como un sistema multipartidista al pasar de un NEP de 3,50 aproximadamente, al 5,42. Bolivia se caracterizaba por ser un sistema más fragmentado durante la última década del siglo XX y la primera del XXI. Sin embargo, con la entrada del MAS en el escenario político, el número de partidos disminuyó considerablemente, aproximándose de un bipartidismo imperfecto o un sistema de dos partidos y medio, donde el MAS se sitúa como partido hegemónico. Colombia en 1998 se caracterizaba por ser un sistema de tres partidos y medio, pero desde el 2002 hasta el 2008 se transformó en un sistema extremadamente fragmentado con un NEP superior a 7,24. Fenómeno que se revierte en el 2010, recuperando un NEP similar al de 1998 (3,46). Por último, Ecuador se ha caracterizado por ser un multipartidismo extremo hasta 2008, cuando el NEP comienza a reducirse. En 2012 se había convertido en un sistema de tres partidos y medio, en parte, este cambio se debió al fuerte apoyo electoral que movilizó el partido PAIS, liderado por el expresidente Rafael Correa, y su posición como partido hegemónico.

Tabla 5. NEP ponderado por país en América del Sur (1993-2015)

PAÍS	PERIODO	NEP
ARGENTINA	1995-2003	3,56
	2003-2007	3,48
	2007-2012	5,42
BOLIVIA	1993-1997	4,51
	1997-2002	5,92
	2002-2007	5,73
	2007-2010	2,62
	2010-2014	2,09
BRASIL	2002-2006	9,27
	2006-2010	10,63
CHILE	1993-1997	6,63
	1997-2001	7,16
	2002-2006	6,57
	2006-2010	6,57
	2010-2014	7,32
COLOMBIA	1998-2002	3,5
	2002-2006	7,24
	2006-2010	8,59
	2010-2014	3,46
ECUADOR	1996-2002	6,42
	2002-2006	8,9
	2006-2008	5,79
	2008-2012	4,82
	2012-2017	3,27
URUGUAY	1995-2000	3,31
	2000-2005	3,12
	2005-2010	2,49
	2010-2015	2,75

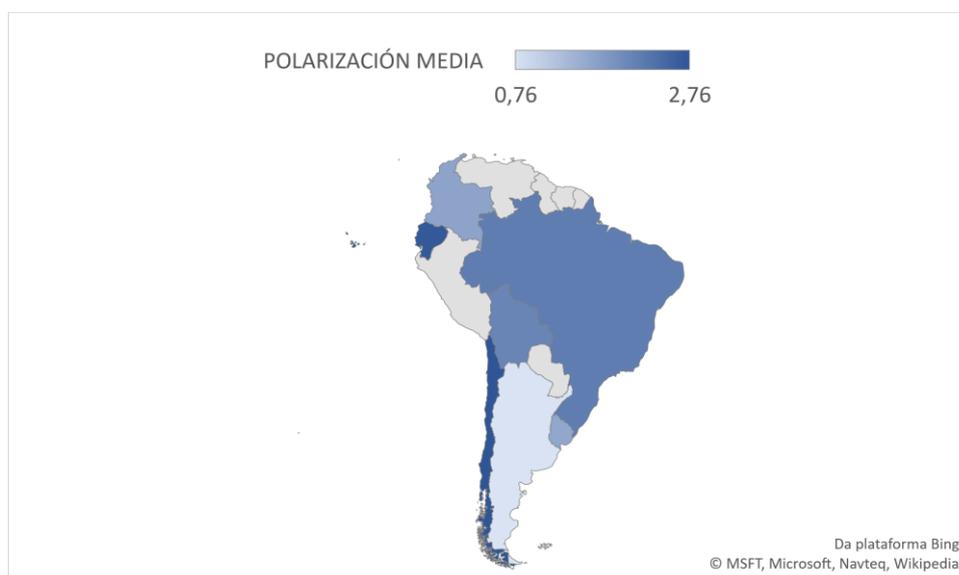
Fuente: datos cedidos por Ruiz y Barreda.

Por tanto, la fragmentación no parece estar relacionada con la institucionalización de los sistemas de partidos, al menos en la región sudamericana. Dado que la fragmentación no lograba capturar la estabilidad de los sistemas, el grado de polarización surge como un contrapeso. Se esperaba que la polarización ayudase a capturar y entender mejor la fragmentación, así como su efecto en la estabilidad de los sistemas. Presuponían que

aquellos sistemas en los que los mecanismos democráticos han funcionado relativamente bien y de forma estable, a pesar de la fragmentación de sus sistemas de partidos, serían aquellos que poseían un grado moderado o bajo de polarización (ALCÁNTARA, DEL CAMPO y RAMOS, 2001). Es decir, una mayor proximidad ideológica entre los partidos que conforman el sistema permitiría que incluso siendo fragmentados fuesen estables.

A partir del auto-posicionamiento de los diputados sudamericanos en la escala izquierda-derecha se mide la polarización de la región desde 1993 hasta 2015. Esta medición permite concluir que la polarización ideológica es relativamente alta en todos los sistemas de partidos, a excepción de Argentina con una polarización media de 0,76. En un nivel intermedio se encuentran Uruguay y Bolivia con una polarización media de 1,6, 1,48 y 1,66, respectivamente. Finalmente, los sistemas con mayores niveles de polarización son Bolivia con un 2,08, Brasil con un 2,2, Ecuador con un 2,71, y Chile con un 2,76, que se sitúa como el sistema más polarizado de la región.

Gráfico 5. Polarización ideológica media por país (1993-2015) en América del Sur



Fuente: elaboración propia a partir datos cedidos por Ruiz y Barreda.

Al analizar la evolución de la polarización de los sistemas de partidos sudamericanos por país se observa que tiende a oscilar de un periodo a otro. En líneas generales, estas variaciones pueden agruparse en tres: países en los que la polarización ha aumentado, países en los que ha disminuido y países en los que se ha mantenido relativamente estable, pese a la existencia de cambios puntuales. En este último grupo se sitúan Argentina y Ecuador. Argentina mostraba niveles bajos de polarización durante 1995-2003, que

aumentaron durante el 2003-2007 hasta un 1,49, para volver a disminuir en el 2007-2011 hasta un 0,44. Ecuador se ha mantenido en niveles algo superiores, situándose en torno al 2, alcanzando una polarización mínima de 1,75 durante el 2002-2006 y una polarización máxima de 2,74 durante el 2006-2008.

Los países que han aumentado sus niveles de polarización desde finales del siglo XX, es decir, la distancia ideológica entre los miembros del sistema ha tendido a aumentar. Son: Chile, Bolivia, Brasil y Uruguay. Chile pasa de un 1,91 en 1993-1997 a un 3,13 en el 2010-2014. Bolivia pasa a duplicar prácticamente sus niveles de polarización de 1993 en 2010-2014, alcanzando un 3,63. Uruguay también duplica sus niveles, pasando de un 1,19 en 1995 a un 2,75 en el 2010-2015. Brasil aumenta ligeramente su polarización, pasando de un 1,88 en el 2002-2006 a un 2,52 en el 2006-2010. Finalmente, el único partido que ha disminuido sus niveles de polarización es Colombia, que ha pasado de un 2,39 durante 1998-2002 a un 0,78 en el 2010-2014. Luego, Colombia es el único sistema en el que los diputados han tendido a aproximar sus posiciones ideológicas, disminuyendo considerablemente los niveles de polarización.

Tabla 6. Polarización ideológica en América del Sur (1993-2015)

PAÍS	PERIODO	POLARIZACIÓN
ARGENTINA	1995-2003	0,65
	2003-2007	1,49
	2007-2012	0,44
BOLIVIA	1993-1997	1,59
	1997-2002	0,78
	2002-2007	2,19
	2007-2010	3,91
	2010-2014	3,63
BRASIL	2002-2006	1,88
	2006-2010	2,52
CHILE	1993-1997	1,91
	1997-2001	2,94
	2002-2006	2,47
	2006-2010	3,09
	2010-2014	3,13
COLOMBIA	1998-2002	2,39
	2002-2006	2,00
	2006-2010	1,85
	2010-2014	0,78
ECUADOR	1996-2002	2,25
	2002-2006	1,75
	2006-2008	2,74
	2008-2012	2,13
	2012-2017	2,39
URUGUAY	1995-2000	1,19
	2000-2005	1,28
	2005-2010	1,86
	2010-2015	2,75

Fuente: datos cedidos por Ruiz y Barreda.

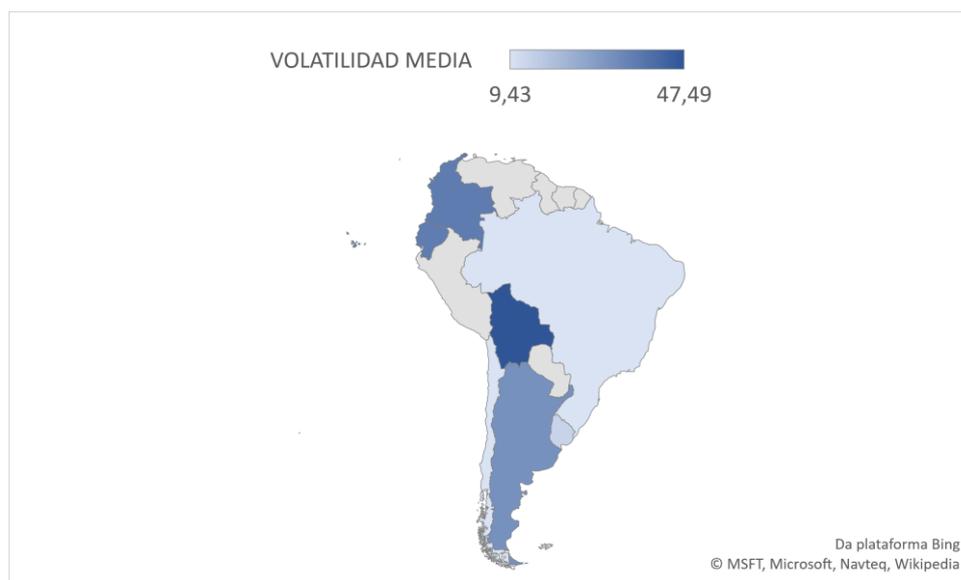
Una vez más, parecía que la premisa teórica que pretendía capturar la estabilidad de los sistemas a partir del grado de polarización tampoco parecía ser cierta. La literatura esperaba evidenciar que aquellos sistemas altamente fragmentados estarían estabilizados debido a sus niveles bajos de polarización. En palabras de Sani y Sartori (1983:8) “aquellos sistemas en los que los mecanismos democráticos han funcionado relativamente

bien, a pesar de la fragmentación de sus sistemas de partidos, son también aquellos caracterizados por un grado bajo o moderado de polarización”. Sin embargo, los niveles de polarización en la región tienden a ser elevados, independientemente de si sus sistemas están más o menos fragmentados. Por ejemplo, según esta teoría, cabría esperar que Chile, un sistema fragmentado pero estable, fuese estable debido a sus bajos niveles de polarización; aunque, el país alcanza los mayores niveles de polarización en la región. Consecuentemente, la estabilidad de los sistemas de partidos parecía depender de otros elementos (ALCÁNTARA, DEL CAMPO y RAMOS, 2001). Así, los expertos se centraron en el análisis de la volatilidad, es decir, en cómo cambian las preferencias del elector de una elección a otra. Entendían que los sistemas más volátiles evidenciaban su inestabilidad.

Estos estudios concluyen que la mayor parte de los países de América del Sur se caracterizan por poseer niveles medios y altos de volatilidad pese a la heterogeneidad de la región. Mientras que la región sudamericana se sitúa en torno al 30%, las democracias consolidadas de Europa presentan niveles inferiores, que en ningún caso superan el 17% (MAINWARING y ZOCO, 2007). La literatura ha considerado que los altos niveles de volatilidad de la región afectan negativamente a sus sistemas de partidos, y, en última instancia, a la consolidación democrática. La volatilidad alta está relacionada con el apoyo a candidato outsiders en la región y la inestabilidad de sus sistemas de partidos (MAINWARING y SCULLY, 1995). La medición de la volatilidad de la Cámara Baja llevada a cabo en el presente trabajo permite distinguir tres escenarios: países con una volatilidad baja, media y alta. Si bien es verdad que, en general, los niveles de volatilidad legislativa tienden a ser bastante inferiores a los de la volatilidad presidencial en la región.

Chile y Brasil son los sistemas con menos volatilidad electoral durante el periodo analizado, alcanzando, respectivamente, un 9,47 y un 9,43. Mientras que Uruguay alcanza niveles intermedios para el conjunto de la región. Uruguay presente una volatilidad media de 13,76 y México de 22,87. Finalmente, Argentina, Colombia, Ecuador y Bolivia son los países con mayor volatilidad, situándose en valores superiores al 30%. Bolivia es el caso más extremo con un 47,49%. Todos estos países se caracterizan por niveles extremadamente elevados, es decir, los electores tienden a cambiar su voto de una elección a otra. Esto evidencia la debilidad de los partidos para estructurar la competición electoral, en parte, debido a su fragilidad organizativa y a las dificultades para establecer conexiones estables con el electorado.

Gráfico 6. Volatilidad electoral media de la Cámara Baja por país (1993-2015) en América del Sur



Fuente: elaboración propia a partir de Database de las Américas, Electoral Results y OPAL. Cálculo a partir del Índice de Pedersen.

Al analizar la evolución de volatilidad de la Cámara Baja por país se observa la alta variabilidad de la volatilidad, demostrando que las preferencias del electorado tienden a cambiar bruscamente de una elección a otra, a excepción de Brasil y Chile. Uruguay también se ha caracterizado por niveles bajos de volatilidad, pero en el 2005-2010 los niveles de volatilidad del país se dispararon, llegando casi a triplicarse, situándose en torno al 25%. Argentina presenta niveles elevados en cada medición, pero, por ejemplo, la volatilidad se duplicó del 2003-2007 (22,93%) al 2007-2012 (41,14%). Bolivia atraviesa una situación similar, en 1993-1997 los niveles llegaban casi al 40% para caer en picado en 1997-2002, reduciéndose cerca de la mitad. Sin embargo, en 2005-2010 los niveles volatilidad alcanzaban su pico histórico con un 69,6%. Ecuador también muestra niveles elevados, superiores al 20%, que durante el 2002-2006 se duplicaron, situándose en torno al 40%.

Tabla 7. Volatilidad electoral de la Cámara Baja en América del Sur (1993-2015)

PAÍS	PERIODO	VOLATILIDAD C. BAJA
ARGENTINA	1995-2003	30,49
	2003-2007	22,93
	2007-2012*	41,14
BOLIVIA	1993-1997	39,23
	1997-2002	25,9
	2002-2005*	55,21
	2005-2010*	69,6
BRASIL	2002-2006	10,4
	2006-2010*	8,45
CHILE	1993-1997	8
	1997-2001	14
	2002-2006	11,41
	2006-2010*	4,45
COLOMBIA	1998-2002	39,59
	2002-2006	49,58
	2006-2010*	21,8
ECUADOR	1996-2002	33,97
	2002-2006	42,2
	2006-2008*	33,83
URUGUAY	1995-2000	11,9
	2000-2005	9,7
	2005-2010*	25,91
	2010-2015*	7,52

Fuente: elaboración propia a partir de Database de las Américas, Electoral Results y OPAL. Cálculo a partir del Índice de Pedersen.

Consecuentemente, los niveles de volatilidad parecen un indicador mucho más adecuado para capturar la estabilidad de los sistemas, dado que parece existir una cierta correlación entre institucionalización y volatilidad: a mayor volatilidad, menor institucionalización. Sistemas con una volatilidad baja o media como Chile, Uruguay y Brasil son sistemas institucionalizados. Mientras que sistemas con una alta volatilidad como Ecuador y Bolivia son sistemas fluidos. No obstante, la literatura ha percibido que la volatilidad entendida de forma tradicional puede no ser un indicador adecuado para capturar los

niveles de ISP (TORCAL et al., 2015). De manera que los expertos continúan procurando por conceptualizaciones y operacionalizaciones más eficientes, conforme se evidenciará en el siguiente capítulo.

Luego, los sistemas de partidos sudamericanos son entendidos como sistemas débiles, caracterizados por los constantes cambios en su seno consecuencia de la falta de organizaciones partidistas robustas que consigan estructurar las preferencias del electorado de manera estable (LEVITSKY et al., 2016). Ahora bien, ¿qué explica para la literatura clásica que los partidos sudamericanos y sus sistemas sean débiles? A continuación, se exponen los principales factores que la literatura ha considerado responsables.

1.3 ¿Qué explica la debilidad de los partidos políticos y sus sistemas de partidos en América del Sur?

La literatura ha intentado comprender por qué los partidos y los sistemas de partidos de la región son tan débiles comparados con los de las democracias consolidadas. Para ello, se han centrado en diferentes aspectos como: qué factores provocan que los partidos latinoamericanos colapsen, qué factores favorecen la creación de organizaciones partidistas sólidas y qué factores generan partidos políticos inestables. Estas preguntas constituyen uno de los principales objetos de estudio de la ciencia política, que pese a la existencia de numerosas teorías y trabajos sigue siendo un tema dominante en la política comparada y en los estudios sobre las democracias en consolidación. Que este objeto de estudio continúe siendo tan explorado se debe, para los expertos, a que las teorías clásicas ofrecen poca tracción (LUPU, 2018), tornándose necesario continuar procurando mecanismos causales.

A grandes rasgos, aunque la fragilidad de los partidos y sus sistemas está relacionada con numerosos factores como los relativos a las actitudes y elecciones de los votantes, las principales teorías pueden agruparse en cinco enfoques teóricos: las características institucionales de estos sistemas; el momento de creación de las organizaciones partidistas; las decisiones de las élites políticas relativas al liderazgo; la falta de lazos robustos entre partido y elector de carácter programático y/o ideológico; y, la desafección ciudadana con los partidos políticos. A lo largo de esta sección se explica brevemente cada una de ellas.

1.3.1 El entorno institucional en el que operan los partidos políticos

La literatura sobre sistemas electorales ha analizado el impacto de las reglas institucionales en los partidos y sus sistemas de manera consistente. En líneas generales, han argumentado que las reglas afectan a los partidos políticos al incentivar determinadas estrategias y comportamientos, hecho que acabará generando sistemas de partidos con rasgos específicos. Los elementos más determinantes del sistema para los partidos y sus sistemas son: el umbral electoral, el tipo de lista, la fórmula electoral y la magnitud del distrito (CAREY y SHUGART, 1995). El tipo de representación, proporcional o mayoritaria, también impacta en las estrategias de los partidos, así como el financiamiento y las reglas de campaña. La representación proporcional, de lista abierta, con magnitudes de distrito mayores y barrera electoral menor favorecen la entrada de nuevos partidos, desestabilizando los sistemas tradicionales al mismo tiempo que desincentivan las organizaciones partidistas robustas. Para Alcántara (2012), el presidencialismo y la americanización de la campaña electoral limita, también, la capacidad de actuación tradicional de los partidos. Mientras que la descentralización de la política o la autoridad fiscal (MORGAN, 2011), minan a los partidos tradicionales, permitiendo la entrada de nuevos partidos. En el caso de los partidos que dependen del mecenazgo pueden tener dificultades para movilizar apoyos sin acceso a los fondos estatales (MORGAN, 2011). Tener una organización territorial es extremadamente costoso (MAINWARING et al, 2016) por lo que el financiamiento es fundamental. Para muchos autores, la construcción de una organización territorial ayuda a la supervivencia de los partidos en los momentos de crisis; además de movilizar apoyo electoral y ayudar a alcanzar cuotas de poder en otros niveles de la competición (LEVITSKY et al., 2016). Sin embargo, en América Latina el acceso a recursos públicos ha sido limitado, es decir, la falta de fondos estatales debilita a los partidos.

La mayor parte de los países de la región poseen voto obligatorio, salvo Chile, Colombia y Uruguay; la elección presidencial se realiza en dos turnos y por mayoría absoluta menos en Ecuador que puede ser relativa; la elección de la Cámara Baja es proporcional, salvo en Bolivia donde el sistema es mixto y en Ecuador que es mayoritario, y los votos se distribuyen mediante la fórmula D'Hont; y, los partidos poseen financiación mixta, menos en Bolivia que se limita al financiamiento privado. Las principales diferencias están en el tipo de lista y la magnitud del distrito. Argentina, Bolivia y Uruguay poseen listas cerradas y bloqueadas; en cuanto, Brasil, Chile, Ecuador y Perú utilizan listas

abiertas que permiten el voto en el partido o escoger los candidatos. Ya Colombia, desde el 2006, permite que los candidatos elijan si su lista será cerrada y bloqueada o abierta permitiendo escoger los candidatos que el elector prefiera. Con relación a la magnitud del distrito, Chile, Colombia, Perú y Argentina poseen una magnitud inferior; por el contrario, Brasil y Bolivia poseen magnitudes de distrito mayor. De manera que Brasil es el sistema con menos incentivos institucionales para la existencia de partidos y sistemas estables; Chile, Colombia, Perú y Argentina pese a contar con listas abiertas, la magnitud del distrito es menor, por lo que la inestabilidad no está tan incentivada.

Tabla 8. Reglas institucionales relacionadas con el sistema electoral en América del Sur

País	Voto	Turno presidencial	Fórmula electoral	Reelección Presidencial	Duración Mandato	Elección Cámara Baja	Formula electoral	Lista	Magnitud de distrito Media*	Financiación partidos
Argentina	Si	2	Mayoría relativa	Limitada	4	Proporcional	D'Hondt	Cerrada y bloqueada	5,4	Mixto
Bolivia	Si	2	Mayoría absoluta	Limitada	5	Mixto	Plurinominal: D'Hondt Uninominal: Mayoría simple	Cerrada y bloqueada	14,4	Privado
Brasil	Si	2	Mayoría absoluta	Limitada	4	Proporcional	D'Hondt	Abierta con voto en la leyenda	19	Mixto
Chile	No	2	Mayoría absoluta	No consecutiva	4	Proporcional	D'Hondt	Abierta con voto en la leyenda	2,0	Mixto
Colombia	No	2	Mayoría absoluta	Limitada	4	Proporcional	D'Hondt	Cerrada y bloqueada o voto preferente*	4,9	Mixto
Ecuador	Si	2	Mayoría relativa	No	4	Mayoritario en circunscripciones plurinominales	Mayoría simple	Abierta con voto en la leyenda	4,5	Mixto
Uruguay	No	2	Mayoría absoluta	No consecutiva	5	Proporcional	D'Hondt modificada	Cerrada y bloqueada	**	Mixto

Fuente: elaboración propia

*Datos en Zovatto (2005).

**19 circunscripciones de tamaños variados, pero la fórmula para asignar escaños se aplica a los porcentajes de votos en el ámbito nacional, funcionando como una única circunscripción nacional

Por otro lado, pese a que las reglas electorales tienen un fuerte impacto, estas son las mismas para todos los partidos del sistema por lo que la capacidad de adaptación del partido es fundamental, si bien es verdad que las reglas no afectan igual según las características del partido. Como consecuencia en América del Sur conviven partidos sólidos y débiles en países con realidades institucionales divergentes. Por ejemplo, existen partidos sólidos en países federales como Brasil y en países unitarios como Chile; en sistemas con magnitudes de distrito altas como Brasil y con magnitudes bajas como Chile; con constitución de poderes amplios como Chile y Brasil; en contextos poco propicios institucionalmente, en líneas generales, como Brasil; mientras que en otros donde las reformas han intentado estimular la creación de organizaciones partidistas fuertes han fracasado constantemente, como en Perú (AMES, 2001; LEVITSKY et al., 2016; MAINWARING, 1999). A su vez, los partidos también pueden enfrentarse a nuevos ambientes sociales, especialmente en los países en desarrollo donde las diferencias económicas, son elevadas. (ROBERTS, 2014). Los partidos que se adaptan a estos cambios sobreviven, demostrando su mayor robustez. Para algunos autores, si las organizaciones partidistas están fuertemente institucionalizadas, pero privilegian a algún sector de la sociedad y/o su base activista es muy débil tendrán dificultades para adaptarse a los cambios de preferencias de los electores, ya estén incentivados por las reglas institucionales o cualquier otro elemento (COPPEDGE, 2005; SEAWRIGHT, 2012).

Los partidos deben saber adaptarse a las reglas institucionales; sin embargo, los cambios bruscos institucionales pueden tener un impacto importante, llegando incluso a amenazar su sobrevivencia (COX, 1997; LEVITSKY y CAMERON, 2003; MAINWARING y ZOCO, 2007). Las crisis y las reformas en América del Sur durante la década de los 80 y 90 del siglo pasado fueron constantes, de manera que los partidos tuvieron que adaptar sus estrategias para este nuevo contexto. Los cambios institucionales, especialmente cuando son relativos a las reglas electorales más permisivas, tienen consecuencias dramáticas para los partidos adaptados al contexto anterior (REMMER, 2008). Los cambios constantes en las reglas electorales de las democracias latinoamericanas, para algunos autores, pueden ser consideradas más como características endógenas que como un determinante para la robustez de los partidos (REMMER, 2008).

1.3.2 El momento de creación de las organizaciones partidistas

Los académicos consideraron, durante décadas, consecuencia de las teorías sobre los vínculos programáticos y/o ideológicos entre elector y partido que la identificación de los partidos con el elector se desarrollaba con el tiempo y con la práctica del ejercicio democrático (LUPU, 2015). Afirmaban que ese vínculo era pasado de padres a hijos y que si lo aceptaban se reforzaba con el tiempo (ACHEN, 1992; CONVERSE, 1969). Aunque, las democracias latinoamericanas, cuentan con tres o cuatro décadas de experiencia democrática, continúan enfrentando dificultades para conseguir que sus electores se identifiquen con los partidos políticos (MAINWARING, 1999). De manera que, a diferencia de las democracias consolidadas, la existencia de elecciones y la práctica del ejercicio democrático no son suficientes para inducir a los partidos de las democracias más recientes a establecer organizaciones robustas.

Esta realidad llevó a los expertos a repensar esta teoría, concluyendo que las secuencias históricas en la construcción de los partidos son extremadamente importantes, pudiendo determinar sus robustez o fragilidad (LEVITSKY et al. 2016; MAINWARING et al., 2018). Para muchos autores, hoy en día no existe más un contexto propicio para la construcción de vínculos programáticos y/o ideológicos tan fuertes como en el pasado (MAINWARING y TORCAL, 2005). Por ejemplo, los medios de comunicación actuales permiten que los candidatos políticos no necesiten del partido para transmitir su mensaje y llegar al electorado, de manera que las organizaciones partidistas se limitan a ser vehículos personalistas o máquinas electorales, sin incentivos para la creación de partidos fuertes (LEVITSKY y CAMERON, 2003). En cambio, en las democracias consolidadas los partidos surgieron en un momento histórico crucial que permitió la construcción de organizaciones partidistas sólidas y el establecimiento de fuertes vínculos con el electorado. Las democracias fundadas durante la primera (1828-1926) y la segunda (1945-1960) oleada desarrollaron sistemas con una estructuración programática superior y organizaciones partidistas más fuertes, generando niveles de volatilidad inferiores y dificultando la entrada de nuevos actores a la Cámara Baja y al Gobierno (MAINWARING y ZOCO, 2007).

Pero, algunos de los partidos latinoamericanos si lograron erigirse como organizaciones fuertes y saludables, lo que llevo a Levitsky et al. (2016) a preguntarse en qué condiciones surgieron esos partidos. Concluye que los partidos robustos de las democracias de la tercera y cuarta ola no aparecen durante el periodo de redemocratización. Son anteriores

y surgen en un escenario de intenso conflicto, periodos de intensa movilización social y polarización política, e incluso, en muchos casos, en momentos de violencia y represión. En este contexto, los partidos lograron establecer fuertes conexiones con su electorado, un enraizamiento profundo en la sociedad y una cohesión partidista importante. Consecuentemente, este enfoque teórico conecta con las teorías de los vínculos ideológicos o programáticos: los partidos tienen más éxito cuando están creados en base a su marca partidista y/u organizaciones infraestructurales provenientes de movimientos sociales, guerrillas o dictaduras previas.

1.3.3 Las elites políticas y sus decisiones sobre liderazgo

Las decisiones de la elite política son cruciales para los partidos y su solidez. Mientras que en las democracias consolidadas la élite política posee menor capacidad de decisión, en América Latina el papel de sus líderes es mucho más relevante (ALCÁNTARA, 2012). En parte debido a la falta de vínculos ideológicos y/o programáticos (MAINWARING y TORCAL, 2005); pero, principalmente debido al presidencialismo. Mientras que en el parlamentarismo el presidente del ejecutivo es elegido por los partidos y puede ser depuesto por los mismos, en el presidencialismo es elegido de manera directa por el electorado, por lo que los candidatos no necesitan trazarse una carrera larga en el seno del partido para convertirse en líder y cuentan con un amplio poder (MAINWARING et al., 2018; SAMUELS y SHUGART, 2010). En este contexto, el personalismo y el clientelismo se convierten en realidades frecuentes. Pese a que los vínculos clientelistas y personalistas también pueden generar estabilidad en el sistema (KITSCHOLT et al., 1999), este tipo de vínculos no contribuye, por lo general, a la consolidación de partidos sólidos.

Cuando el elector decide su voto de manera personalista significa que basa su elección en la simpatía por los rasgos personales del candidato, evidenciando las fragilidades de dicho partido (MAINWARING y TORCAL, 2005). En América Latina, los líderes y la personalización de la política son cada vez más relevante, favoreciendo la fragilización de los partidos. Los outsiders son comunes en la región¹⁹, especialmente en los países andinos, y no suelen incentivar el fortalecimiento de sus organizaciones partidistas. En este contexto, los líderes con personalidades dominantes y carismáticos actúan en

¹⁹ Desde la redemocratización latinoamericana varios outsiders han acaparado la presidencia: Fernando Collor en Brasil (1992); Evo Morales en Bolivia (2001); Rafael Correa en Ecuador (2006); Fernando Lugo en Paraguay (2008); y, Alberto Fujimori (1990), Alejandro Toledo (2001) y Ollanta Humala (2011) en Perú.

detrimento de la creación de organizaciones partidistas sólidas. Generalmente, estos líderes consideran que carecen de incentivos para mejorar las organizaciones partidistas, pues consideran al partido como un mero vehículo para alcanzar votos y, en última instancia, el poder. Al mismo tiempo, esto genera que las conexiones con el partido se generen a partir de los elementos personalistas, dificultando la identificación de la marca del partido, más allá de la figura del líder, lo que le convierte en una organización partidista débil y subyugada a la presencia del líder. No obstante, los líderes pueden fortalecer al partido por dos vías. Primero, los líderes también pueden funcionar como una fuente de cohesión para el partido. Segundo, en las democracias presidenciales la figura del líder puede ser fundamental dado que los partidos que no cuentan con un candidato con opciones reales de alcanzar la presidencia, raramente se convierten en competitivos electoralmente (SAMUEL y SHUGART, 2010).

Cuando el elector elige su voto a partir del clientelismo, el candidato puede ser más distante de su posicionamiento ideológico y/o programático. El voto clientelista permite al elector defender y garantizar sus intereses materiales de una forma que no sería posible mediante la implementación de políticas públicas. Aunque la mayor parte de la literatura ha considerado el clientelismo como una práctica en detrimento de los partidos. Entre otros motivos, por no estimular el fortalecimiento de las organizaciones mediante la cohesión del partido y la construcción de una organización territorial, y, por su utilización del partido como meros vehículos personalistas o máquinas electorales (MAINWARING y SCULLY, 1995; MAINWARING y TORCAL, 2005). Sin embargo, para algunos autores latinoamericanistas, el clientelismo sí ha ayudado a numerosos partidos de la región a sobrevivir y consolidarse, pese a reconocer que no contribuyen de forma directa a la creación de organizaciones sólidas. Consideran que el clientelismo puede ayudar a mantener sus bases locales durante décadas e invertir en la marca partidista, fortaleciéndola a largo plazo (LEVITSKY et al., 2016). Los populismos de éxito movilizan a un importante sector de la sociedad, y, al mismo tiempo, desencadenan una oposición intensa, favoreciendo la estructuración de la competición. Por tanto, sí generarían el material necesario para, en el futuro, la polarización generada conseguir formar identidades partidistas fuertes y cohesionadas. Al mismo tiempo, el clientelismo tiende a movilizar a los electores que ya se identifican con el partido o candidato (STOKES et al., 2013). Así, aunque los partidos de tipo clientelistas pueden ser más sólidos de lo que parecen a priori, este tipo de vínculo no garantiza la supervivencia de

los partidos cuando el contexto cambia. Como este tipo de intercambio es desigual no consigue asegurar millones de votos.

Finalmente, el electorado latinoamericano, por su perfil, es más proclive al establecimiento de conexiones clientelistas ya que un amplio segmento de la población no posee sus necesidades básicas cubiertas (KITSCHOLT, 1999). Sin embargo, el clientelismo no parece ser la base de la relación entre partidos y electorado latinoamericano (LUPU, 2015). Mientras que el personalismo sí parece ser la base de las conexiones entre electores y partidos (MAINWARING y SCULLY, 1995; MAINWARING y TORCAL, 2005).

1.3.4 La desafección con los partidos políticos y los gobiernos débiles

La valoración colectiva de los partidos como legítimos y necesarios para el desempeño de la democracia (DALTON, 2004) es fundamental para la existencia de organizaciones partidistas fuertes. Cuando los electores se consideran, en general, contra los partidos tienden más a apoyar nuevos partidos y candidatos outsiders, facilitando el colapso de los partidos tradicionales. Mientras que cuando los gobiernos son débiles evidencian partidos frágiles, que no consiguen desarrollar legislaturas claras y sobreviven la inmovilidad y la estabilidad (STOKES, 2001). El descrédito de los partidos gobernantes en las democracias en consolidación (REMMER, 1991; ROBERTS y WIBBELS, 1999, TAVITS, 2005) y el descrédito generalizado de los partidos como representantes favorece el personalismo y la aparición de candidatos outsiders, en detrimento de las conexiones fuertes de tipo programático o ideológico (MAINWARING y TORCAL, 2005).

En América Latina, los ciudadanos manifiestan sentimientos diversos respecto a la relevancia y el papel de los partidos políticos en la democracia, pese a que los partidos políticos tienen una importancia real (ALCÁNTARA, 2012). Muchos se sienten lejos de los partidos, denunciando una fuerte oligarquización de sus estructuras, señalando que no son representantes de los intereses ciudadanos ni del segmento electoral que los ha elegido y sí de los suyos propios. Los partidos en América Latina han sido descritos por los expertos como organizaciones oligárquicas, con bajos niveles de democracia interna, lo que perjudica su imagen ante los ciudadanos (FREIDENBERG, 2005). Pese a que la mayor parte de los partidos llevaron a cabo reformas para reforzar el vínculo entre electores y partidos, se han mantenido, a groso modo, débiles e inestables. Todo esto,

provocó que el foco se colocase en el funcionamiento interno de los partidos (FREIDENBERG, 2005).

Esta desafección de la población latinoamericana con los partidos está desencadenada por los siguientes factores. No ser capaces de mantener lazos efectivos con organizaciones sociales, ser inclusivos, y representar alternativas en las políticas públicas implementadas (HAGOPIAN, 2005), mermando su función clásica de articulación y de agregación de intereses. No conseguir lo que para algunos es su función más importante, la cual no es otra que la de generar y mantener confianza entre los ciudadanos, y, con ello, capital social (ALCÀNTARA, 2012). La débil actuación de los partidos en el Gobierno es una de las principales teorías en la política comparada (LUPU, 2018).

Muchos partidos implementan políticas inconsistentes con sus posiciones tradicionales, provocando conflictos internos en el partido; y dando lugar a alianzas con la oposición. Este tipo de actitudes erosiona las percepciones que los votantes tienen sobre la marca partidista, volviéndose más vulnerables a las retrospectivas de corto plazo del elector (MAINWARING et al., 2018). Los constantes escándalos de corrupción, sumado a la débil actuación de los partidos en el gobierno, acaban generando un rechazo generalizado al partido de gobierno, llevándolo al colapso (COPPEDGE, 2005). Sin embargo, los gobiernos débiles y la desafección partidista están más extendidos que la quiebra de los partidos, de manera que algunos partidos tradicionales han sobrevivido a la desafección ciudadana, las fuertes crisis económicas y las pésimas gestiones de gobierno.

1.3.5 La falta de lazos robustos de tipo ideológico y/o programático entre partido y elector

Durante décadas ha sido el enfoque teórico más barajado a la hora de explicar la debilidad de las organizaciones partidistas en las democracias de la tercera y cuarta ola. La mayor parte de las teorías relativas a la lealtad del electorado con los partidos se centran en la existencia de vínculos ideológicos o programáticos, es decir, los votantes deben conectarse a los partidos a partir de sus posiciones ideológicas o programáticas (MAINWARING y TORCAL, 2005). Así, lo que mantiene al partido conectado con el electorado son un grupo de identidades (SEAWRIGHT, 2012). No obstante, otro tipo de vínculos como los clientelistas o personalistas pueden llegar a estabilizar la competición (KITSCHOLT et al., 1999), aunque la mayor parte de los académicos consideran este tipo de conexiones como la principal forma de estabilización de las organizaciones partidistas.

Defienden que la robustez de las organizaciones partidistas está directamente relacionada con el enraizamiento de los partidos en la sociedad, para lo cual es necesario establecer vínculos ideológicos y/o programáticos. Afirman que los partidos con grandes grupos de ciudadanos identificados son más robustos en tiempos de crisis. De hecho, la erosión de la identificación partidista es una condición necesaria para el colapso de los partidos establecidos y del sistema (SEAWRIGHT, 2012) cuando el elector está conectado programáticamente con los partidos.

¿Qué explica este tipo de conexiones? Los ciudadanos pueden estar conectados programática y/o ideológicamente a los partidos por motivos, por lo que se distinguen tres corrientes explicativas diferentes: los modelos espaciales, la teoría de clivajes y las teorías psicosociológicas. Para las teorías espaciales, el elector elige partido o candidato a partir de su ideología o posiciones programáticas pues estas le sirven como atajo para tomar la decisión (COX, 1990; DOWNS, 1957; HINICH y MUNGER, 1994). Para estos teóricos, el elector se adhiere a un partido porque consideran que este representa mejor sus intereses. Es decir, la congruencia ideológica en la escala izquierda-derecha entre el electorado y sus partidos preferidos son la clave (MAINWARING y TORCAL, 2005). Las teorías espaciales direccionales difieren de las anteriores al considerar que no es la escala izquierda-derecha la que determina la aproximación del elector. Para estos expertos, los electores prefieren a aquellos partidos que tienen orientaciones ideológicas similares en aquellos temas por lo que tienen una preferencia más intensa.

La teoría de los clivajes sociales (LIPSET y ROKKAN, 1967) presupone que el voto es directamente ideológico y/o programático. Consideran que el electorado identifica sus intereses en base a su posición sociológica en la sociedad: clase social, religión, etnia, residencia, etcétera. En este argumento está implícito que los partidos defienden una posición determinada en relación con cada una de estas fracturas sociales, de manera que el electorado se identificará con el partido que defienda sus intereses programáticos e ideológicos (BARTOLINI y MAIR, 1990; MAINWARING y TORCAL, 2005). Las teorías basadas en clivajes esperan que los partidos y los sistemas de partidos cambien únicamente cuando un clivaje social importante lo hace (DALTON et al., 1984). Estas teorías son útiles para explicar los cambios a largo plazo, pero no la rápida oscilación electoral en América Latina (LUPU, 2018). Finalmente, las teorías psicosociológicas consideran que la escala izquierda-derecha sustenta los cimientos ideológicos,

funcionando como un ancla psicológica que estabiliza el voto del elector al persistir en el tiempo (CAMPBELL et al., 1960).

Sin embargo, este tipo de vínculo es más débil en las democracias pos-1978. La literatura ha tendido a considerar que en parte se debe a que los partidos políticos latinoamericanos son más difusos programáticamente (KITSCHOLT et al., 1999; MAINWARING, 1999) dificultando que los electores puedan determinar cuáles de ellos están más próximos de sus posiciones. Para Stokes (2001), las democracias latinoamericanas adolecen de ciudadanos con preferencias políticas mal definidas, debilitando el enraizamiento de los partidos. Para otros autores, como el individuo construye la imagen del partido es fundamental. Consideran que esta es construida a partir de lo que el elector percibe, determinando si se aproxima o no de sus identidades. Luego, las actitudes del partido a corto y largo plazo son fundamentales para su supervivencia (LUPU, 2013). Estas actitudes conforman la marca del partido que podrá ser más fuerte o débil, según su capacidad de actuar y la del electorado para reconocerla.

De manera que la inconsistencia de las organizaciones partidistas latinoamericanas y la convergencia programática e ideológica con otros partidos, sumado a los cambios bruscos en sus posiciones ideológicas (STOKES, 2001) habrían erosionado, de manera general, la marca de los partidos. Esta erosión tendría provocado, en algunos casos como, por ejemplo, en los países andinos, incluso el colapso de algunos partidos al diluirse fuertemente su marca (LUPU, 2018). En la región andina, las organizaciones partidistas tradicionales desaparecieron en apenas una década (ALCÁNTARA, 2012; MAINWARING et al., 2006). Por tanto, el electorado deja de apoyar al partido cuando ya no logra identificar la marca del partido, disparando la inestabilidad electoral. Para Lupu (2016), las quiebras de los partidos suelen estar precedidas por un descenso en el partidismo por lo que las organizaciones partidistas deberían prestar especial atención a esta cuestión. Ahora bien, esta alerta sirve más para los partidos de las democracias consolidadas o las organizaciones que logran establecer este tipo de conexión con su electorado puesto que en regiones como la latinoamericana muchos partidos no alcanzan niveles mínimos de identificación.

Por otro lado, cada una de las explicaciones teóricas que han precedido esta sección también ayudan a explicar la falta de vínculos programáticos. Destaca especialmente la importancia del personalismo. Cada vez más votantes latinoamericanos eligen a sus candidatos basados en los rasgos personales en detrimento de su ideología o propuestas

programáticas (MAINWARING y TORCAL, 2005). Para autores como Levitsky y Cameron (2003), se debe, en parte, a los nuevos medios de comunicación, que permiten que el candidato conecte con el electorado de manera directa, desincentivando la construcción de organizaciones partidistas robustas con una marca de partido claramente identificable.

A lo largo de este capítulo se han evidenciado las múltiples diferencias entre los partidos y los sistemas de partidos de las democracias consolidadas y los de la región estudiada. Los sistemas de partidos y las organizaciones políticas sudamericanas se caracterizan por numerosas diferencias juzgadas como “debilidades” y que son juzgadas como las responsables por la fuerte inestabilidad. Por ende, estudiar los sistemas de partidos de América del Sur, específicamente, la ISP, a partir de teorías construidas mediante la experiencia de las democracias consolidadas parece no ser la mejor de las estrategias. Mientras que los sistemas de partidos sudamericanos se enfrentan a la quiebra de los partidos tradicionales, la aparición del anti-partidismo y de los movimientos carismáticos; los sistemas de las democracias consolidadas gozan de una estabilidad basada en patrones y características inexistentes en América Latina. Las teorías clásicas en ISP están construidas desde la óptica occidental y las experiencias de las democracias consolidadas. Construida a partir de la teoría del congelamiento de los clivajes de Lipset y Rokkan (1967), presuponen que todo sistema que aspire a institucionalizarse debería congelar su estructura de clivajes para establecer vínculos de identificación partidista y minimizar los posibles cambios (MAINWARING y SCULLY, 1995; MAINWARING y TORCAL, 2005).

A su vez, cada vez es más patente que estas democracias no van a conseguir replicar estas características, dado que surgieron en un contexto muy específico difícil de replicar hoy en día. Es decir, la literatura debe dejar de insistir en la necesidad de los partidos y sus sistemas tener que reconstruirse a imagen y semejanza de las democracias consolidadas. Los expertos deben esforzarse en realizar nuevas teorías que se ajusten y expliquen la realidad de estas nuevas democracias, así como de sus partidos y sistemas de partidos. Continuar insistiendo en la necesidad de acercarse a los modelos de las democracias consolidadas dificulta la aplicación del concepto a realidades tan diferentes como las de las democracias en consolidación. Consecuentemente, a continuación, se aborda en el siguiente capítulo el marco teórico de la institucionalización del sistema de partidos desde una perspectiva crítica y, por tanto, más adecuada a la realidad de América del Sur.

CAPÍTULO II

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LOS SISTEMAS PARTIDISTAS EN AMÉRICA DEL SUR: LAS PRINCIPALES TEORÍAS Y SUS DESAFÍOS

Este capítulo profundiza en el resultado u *outcome*, la institucionalización de los sistemas de partidos. Para ello, se lleva a cabo una revisión teórica del concepto que recopila las principales definiciones y operacionalizaciones, así como los principales debates y lagunas teóricas. Finalmente, se traza un perfil de los niveles de institucionalización de los sistemas de partidos en América del Sur.

2.1 La institucionalización de los sistemas de partidos como objeto de estudio

Hasta finales de los ochenta, los expertos en sistemas de partidos consideraban que la fragmentación y la polarización bastaban para capturar sus dinámicas (SARTORI, 1976; BIELASIAK, 2002). Esta creencia radicaba en la comprensión de los sistemas de partidos como un mero reflejo de los clivajes sociales presentes en cada país. Consideraban que, si la polarización y la fragmentación eran estables, los sistemas de partidos estaban estabilizados (BIELASIAK, 2002; KUENZI y LAMBRIGHT, 2005). Sin embargo, la tercera oleada democrática dejó en evidencia la ineficiencia explicativa de este modelo teórico por sí sólo, tornándose necesario un nuevo concepto que permita captar todas las dinámicas de estos nuevos sistemas (MAINWARING y SCULLY, 1995; MAINWARING y TORCAL, 2005; MAINWARING, 2006). Así surge el concepto de institucionalización del sistema de partidos y su relevancia como objeto de estudio en la ciencia política. Mientras que los estudios sobre sistemas de partidos buscan, a grandes rasgos, comprender las interacciones entre los partidos políticos, los estudios sobre ISP se centran en la estabilidad de dicha competencia.

La ISP se sustenta teóricamente en el término institucionalización de Selznick (1962). La institucionalización siempre se ha caracterizado como la estabilidad de los procedimientos y el reconocimiento de los mismos. Con la definición de Huntington²⁰ (1968) comienza a incrementarse el número de estudios centrado en la institucionalización y los sistemas políticos. Mainwaring y Scully (1995), aplican esta definición a los sistemas de partidos con la esperanza de capturar, realmente, las

²⁰ Quien entendía la institucionalización como el proceso mediante el cual adquieren valor y estabilidad las organizaciones y procedimientos políticos, operacionalizando el concepto en los siguientes indicadores: adaptabilidad, complejidad, autonomía y coherencia.

dinámicas y diversidad de los sistemas de partidistas latinoamericanos. Tras esta publicación, la ISP se convierte en una de las principales áreas de la ciencia política. Entienden la ISP como un proceso por el cual una práctica se establece y se torna bien conocida, aunque no necesariamente aceptada por todos (MAINWARING y SCULLY, 1995:3). Así, los actores políticos y sociales generan expectativas, orientaciones y conductas basadas en la suposición de que esas prácticas prevalecerán en el tiempo, proporcionando al sistema estabilidad.

Para Mainwaring y Scully (1995), la ausencia de institucionalización se evidencia mediante: (i) la falta de vínculos programáticos, provocando el predominio del personalismo político; (ii) la alta volatilidad – los partidos aparecen y desaparecen oscilando los resultados electorales fuertemente-; y, (iii) la existencia de organizaciones partidistas débiles – poco articuladas y estructuradas. Además, el funcionamiento de los mecanismos de control político se ven mermados (MAINWARING y TORCAL, 2005:167). Los sistemas de partidos que presentan dichas características son denominados como incipientes (MAINWARING y SCULLY, 1995). La ISP es un continuo bidireccional que varía entre sistemas institucionalizados e incipientes (MEDINA y TORCAL, 2006) generando procesos de institucionalización y desinstitucionalización (MAINWARING y TORCAL, 2005; MEDINA y TORCAL, 2006). Mainwaring y Scully (1995) concluyen que:

Si bien en ocasiones hacemos una distinción dicotómica entre sistemas de partidos institucionalizados e incipiente, en realidad hay una continuidad. Tampoco suponemos que la institucionalización sea un proceso lineal (...) algunos sistemas de partidos latinoamericanos se volvieron menos institucionalizados estos últimos quince años. (1995: 93).

Aunque no se establezca una definición unánime entre los expertos y el debate haya sido constante, la definición y operacionalización de Mainwaring y Scully (1995) se convirtieron en referencia. Como mínimo común denominador, la mayor parte de las definiciones recalcan la relevancia de la estabilidad y la aceptación de un conjunto de reglas (BENJAMIN, 2012; BIELASIAK, 2001; CASAL BÉRTOA y MAIR, 2012; MELESVIACH, 2007; RANDALL y SVASAND, 2002, entre otros). Para Markowski (2000), la principal aportación de Mainwaring y Scully (1995), fue enfatizar el grado de institucionalización del sistema en relación al contexto institucional, social y político. Es decir, cómo las relaciones con el contexto institucional determinan la forma en que los

partidos interactúan y se identifican con la sociedad, independientemente del grado de fragmentación y polarización.

No obstante, es importante recalcar que esta visión de la ISP está construida desde la óptica occidental y las experiencias de las democracias consolidadas. Se construye a partir de la teoría del congelamiento de los clivajes de Lipset y Rokkan (1967)²¹, generando un fuerte etnocentrismo (ALBALÁ y VIEIRA, 2014) que dificulta la aplicación del concepto a realidades tan diferentes como las de las democracias en consolidación. Como consecuencia, los estudios sobre ISP han tendido a caracterizar, de manera generalizada, los sistemas de partidos latinoamericanos como incipientes (CARRERAS, 2012). Es decir, poco o nada institucionalizados, y, condenados a ser sistemas precarios. Presuponen que todo sistema que aspire a institucionalizarse debería congelar su estructura de clivajes para establecer vínculos de identificación partidista y minimizar los posibles cambios (MAINWARING y SCULLY, 1995; MAINWARING y TORCAL, 2005).

Estas teorías obvian que los sistemas de partidos nunca han sido especialmente estables y que la hipótesis del congelamiento se ha exacerbado. De ser así, los partidos tendrían una cierta resistencia a adaptarse a nuevos clivajes y realidades, a pesar de los partidos tener como objetivo final adaptarse para, en última instancia, sobrevivir y perpetuarse (MAIR, 1998). Por tanto, la ISP como objeto de estudio no está ajena a importantes controversias como: la falta de una definición homogénea y menos vaga del concepto (RANDALL y SVASAND, 2002); una operacionalización del concepto que no esté construida desde la lógica occidental y que permita captar la realidad eficientemente (TORCAL et al., 2015); y, la necesidad de procurar indicadores estadísticos que se adapten adecuadamente a la formulación teórica (CRISP, OLIVELLA y POTTER, 2016).

Entre los múltiples estudios de la ISP destacan las mediciones regionales comparadas del sistema de partidos nacional (BIELASIAK, 2008; ROBERTS, 2014; POWELL y TUCKER, 2014; MAINWARING, GERVASONI y NÁJERA-ESPAÑA, 2016) y los estudios de caso (MEDINA y TORCAL, 2006; LUNA, 2009; ALTMAN y LUNA, 2011). La mayor parte de estos trabajos han adoptado el enfoque teórico, y, por tanto, la

²¹ La teoría del congelamiento defiende que los conflictos que estructuran el sistema de partidos se congelan, manteniendo la estabilidad electoral, y, en última instancia, el sistema de partidos estable.

operacionalización de Mainwaring y Scully²² (1995). Sin embargo, existen tantas operacionalizaciones como interpretaciones y definiciones de institucionalización. Operacionalizar consiste en desagregar el concepto teórico hasta un nivel que permita observar su existencia, de manera que está condicionada por las dimensiones que el autor atribuye a la ISP. Las diferentes operacionalizaciones de la ISP en la literatura pueden agruparse en tres momentos cruciales.

En un primer momento, los estudios sobre ISP eran incipientes y centrados en comprender el funcionamiento de sus instituciones y organización. Las operacionalizaciones eran vagas e injustificadas (CASAL BÉRTOA, 2016). La primera operacionalización surge del interés de Huntington (1965) por entender la mayor estabilidad política de las democracias consolidadas frente a las sociedades en transición. Al concluir que la clave reside en el nivel de institucionalización de sus organizaciones, como, por ejemplo, la del sistema de partidos, operacionaliza el concepto en cuatro dimensiones: adaptabilidad/rigidez, complejidad/simplicidad, autonomía/subordinación, y, coherencia/incoherencia de las instituciones. Ya Wefling (1973), interesada en medir la institucionalización de los sistemas de partidos africanos, propone: el porcentaje de escaños alcanzado por candidatos independientes; la existencia de patrones estables de interacción; el impacto de sistema en el espacio; y, su adaptabilidad. Para Casal Bértoa (2016), aunque el modelo de Wefling (1973) ofrecía una justificación más sólida que la de Huntington sobre la elección de las dimensiones, el modelo continuaba siendo frágil. Además, en este periodo no se llega a profundizar sobre la elección de los indicadores.

²² Como Kuenzi y Lambright (2001), Bielasiak (2002), Mainwaring (1999), Mainwaring y Torcal (2005), Tan (2006), Medina y Torcal (2006), Tanaka (2006), y, Torcal et al. (2015) entre otros.

Cuadro 3. Dimensiones de la ISP por autor

Autor		Autonomía/ Límite	Estabilidad	Alcance/raíces de los partidos	Legitimidad partidos	Organización partidista	Aceptación mutua	Complejidad y coherencia	Adaptabilidad
1 oleada	Hungtinton (1965)	X						X	X
	Welfling (1973)	X	X	X					X
2 oleada	Bielasiak (2001)		X						
	Mainwaring y Scully (1995)		X	X	X	X			
	Morlino (1998)		X						
	Mair (2001)		X						
	Randall y Savasand (2002)	X	X			X	X		
	Meleshevich (2007)	X	X						
	Payne et al. (2006)		X	X	X	X			
Mark Jones (2007)		X	X	X					
3 oleada	Casal Bértoa y Mair (2012)		X						
	Luna (2014)		X	X					

*Fuente: Elaboración propia a partir de Melesevich (2007) y Casal Bértoa (2016).

La segunda y mayor oleada de operacionalizaciones se inicia con el trabajo de Mainwaring y Scully (1995), modelo de operacionalización por excelencia al considerar tanto la oferta – los partidos - como de la demanda - los electores - (MAINWARING y SCULLY, 1995; MAINWARING, 1999; MAINWARING y TORCAL, 2005; MEDINA y TORCAL, 2006). Optaron por una operacionalización agregada de cuatro dimensiones: estabilidad y regularidad de los patrones de competición; el arraigo de los partidos en la sociedad; la legitimidad de los partidos; y, la organización de los partidos. El índice de ISP de Mainwaring y Scully (1995) otorga a cada dimensión una puntuación de 0 a 3 – 3.0 institucionalización elevada, 2.5 nivel medio-alto, 2.0 nivel medio, 1.5 nivel medio-bajo, y, 1.0 institucionalización baja - para calcular mediante la media la ISP total de cada sistema. A partir de los valores alcanzados distinguen entre sistemas de partidos institucionalizados (3.0 – 2.5), incipientes (1.5 – 2.0) y hegemónicos (0 – 1.0). A continuación, se cita brevemente cada una de las cuatro dimensiones y los principales indicadores propuestos por la literatura para su medición.

Primero, la estabilidad y regularidad de los patrones de competición es entendida como los cambios en las preferencias electorales de los ciudadanos (MAINWARING y ZOCO, 2007; ROBERTS y WIBBELS, 1999; TAVITS, 2008; LAGO y MARTÍNEZ, 2011; LUPU y RIELD, 2013). Tradicionalmente, se ha calculado con el índice de volatilidad electoral de Pedersen (1983) tanto en las elecciones legislativas como presidenciales (MAINWARING y SCULLY, 1995). Pero numerosos autores destacan la necesidad de reformular este índice (BIRCH, 2001; TAVITS, 2008; CASAL BÉRTOA y ENYEDI, 2014; MAINWARING, GERVASONI y ESPAÑA NÁJERA 2010; TORCAL et al., 2015; ALTMAN y LUNA, 2015). Por ejemplo, la ausencia total de volatilidad puede no ser positiva para el sistema de partidos y la democracia en general (TORCAL et al., 2015) pues reflejaría la falta de *accountability* vertical (LUPO y RIELD, 2013).

Como alternativas se plantean: calcular la volatilidad generada por los nuevos partidos (TAVITS, 2008); distinguir entre volatilidad interna y externa (MAINWARING et al., 2010), intra-bloques y extra sistémica (MAINWARING, GERVASONI y NÁJERA-ESPAÑA, 2016), endógena y exógena (TORCAL et al., 2015), de la oferta y la de la demanda (POWELL y TUCKER, 2008). Otros indicadores, basados en el componente electoral y el equilibrio entre el ejecutivo y el legislativo, son: el porcentaje de votos perdidos por partidos inviables (MOSER y SCHEINER, 2012); la volatilidad de los

escaños (JONES, 2005); o, la diferencia entre el número de partidos en el legislativo y en la arena electoral (BEST, 2010).

Segundo, el arraigo de los partidos en la sociedad es entendido como el establecimiento de vínculos programáticos con el electorado. La elección del indicador depende, en grande parte, del enfoque teórico, que distingue entre clivajes sociales y modelos espaciales que, a su vez, pueden ser de proximidad o direccionados. Para las teorías sobre clivajes sociales (LIPSET y ROKKAN, 1967) y realineamiento partidario (INGLEHART, 1990; KITSCHOLT, 1994) la noción izquierda-derecha sintetiza las orientaciones ideológicas del elector como anclaje psicológico del voto, otorgando estabilidad al sistema (MAINWARING y TORCAL, 2005). Por lo que la identificación partidista sería el mejor indicador. Mientras que para los modelos de proximidad espacial (COX, 1997; ENELOW y HINICH, 1984) el elector escoge al partido más próximo de su posición en la escala derecha-izquierda, optando por la congruencia ideológica entre elector y partido como indicador.

Ya los modelos espaciales direccionados consideran que el elector escoge al partido más próximo de sus posiciones en determinados asuntos o temas, proponiendo la congruencia programática como indicador. Debido a la dificultad del elector latinoamericano para auto-posicionarse estos indicadores pueden ser menos interesantes (GONZÁLEZ y QUEIROLO, 2013). También existen otras opciones centradas en el personalismo y la formación de gobiernos como: la presencia de outsiders y la diferencia entre las votaciones presidenciales y legislativas por partido (MAINWARING y SCULLY, 1995); el apoyo a los candidatos outsiders (MAINWARING y TORCAL, 2005), el voto de clase agregado (MEDINA y TORCAL, 2006) o la previsibilidad de la formación de Gobierno (TAVITS, 2008; TOOLE, 2000).

Tercero, la legitimidad de los partidos entendidos como actores principales de la vida democrática (MAINWARING y SCULLY, 1995). La literatura acostumbra a utilizar como indicadores preguntas clásicas de opinión relativas a: la mejor forma de cambiar las cosas en el país; la confianza en los partidos; y, si la democracia puede existir sin partidos. Sin embargo, muchos estudios prescinden de esta dimensión al considerarla subordinada a la dimensión anterior.

Finalmente, la organización de los partidos es entendida como la necesidad de organizaciones partidistas robustas en el sistema (LUNA, 2006). Esta es la dimensión con

más dificultades para encontrar indicadores comparados. La elección del indicador depende de lo que se considere que se está midiendo. Para unos se trata de la capacidad de adaptación de los partidos (LEVITSKY y MURILLO, 2003) y para otros, de la existencia de una rutina interpartidaria (MAINWARING y SCULLY, 1995). Mainwaring y Scully (1995), proponen en su trabajo más clásico observar la supervivencia de los partidos en el sistema al discernir que partidos de la Cámara Baja ya existían en 1950. Robberts y Wibbels (1999) también se decantan por la edad del partido, a pesar de ser una medida rudimentaria. Luna (2007), utiliza la penetración organizacional del partido. Otros indicadores son contruidos a partir de la existencia o no de facciones internas en cada partido. Lupu (en TORCAL et al., 2015) propone la nacionalización de los partidos pues la presencia de los partidos por todo el territorio garantizaría, a priori, su buena organización y fortaleza.

Sin embargo, existe una serie de debates entorno a la nacionalización como indicador. Primero, si debe calcularse en base a los partidos o al sistema. Los expertos han tendido a preferir la nacionalización del sistema. Por otro lado, Mainwaring y Jones (2003) proponen un indicador basado en los resultados electorales y Lago y Montero (2014) en las estrategias de los partidos referentes a la competición. Para Lago y Montero (2014), los resultados electorales no son una buena forma de medición y proponen observar si los partidos optan por presentar candidatos en cada región del país. Consideran que en los sistemas de partidos institucionalizados la presentación de candidaturas no variara de elección para elección, mientras que los resultados electorales pueden oscilar debido a otros motivos, enmascarando la nacionalización del sistema. Ahora bien, la nacionalización del sistema también sugiere problemas como indicador de la organización de los partidos. Un partido puede estar fuertemente organizado y limitarse a presentar candidatos en una región consecuencia, por ejemplo, de clivajes étnicos o territoriales.

Otras operacionalizaciones durante la segunda oleada son las de Morlino (1998), Bielasiak (2001), Randall y Svasand (2002), y, Meleshevichs (2007). Morlino (1998) propone tres dimensiones: estabilidad del comportamiento electoral, estabilidad en los patrones de competición partidista, y, la estabilidad de la clase política. Bielasiak (2001), distingue tres dimensiones: estabilidad de la democracia electoral, de la estructura de la competición, y, de la representación política. Como indicadores propone: cambios en la composición del Gobierno y en el comportamiento político; volatilidad electoral; el

número de partidos; y, un índice de participación efectiva. Randall y Svasand (2002) distinguen entre dimensiones estructurales/actitudinales e internas/externas, proponiendo las siguientes dimensiones: continuidad y estabilidad estructural, aceptación mutua, suficiente autonomía del Estado, y, apreciación del electorado. Sin embargo, no establecen indicadores apropiados (CASAL BÉRTOA, 2016). Meleshevichs (2007) llega a la conclusión de que únicamente dos dimensiones son fundamentales para la ISP: la autonomía y la estabilidad. Lo que le lleva a proponer como indicadores: el número de independientes en el parlamento o de candidatos outsiders en las listas partidistas; el papel de los partidos en la formación de Gobierno; patrones geográficos de voto; el % de votos obtenidos por viejos partidos; y, el índice de Pedersen.

Cuadro 4. Indicadores presentes en la literatura para las dimensiones de la ISP de Mainwaring y Scully (1995)

Dimensión	Indicadores Literatura
Estabilidad Competición	Índice volatilidad total Pedersen Equilibrio sistemas de partidos legislativo y ejecutivo % Votos perdidos por partidos inviables Volatilidad escaños Diferencia entre número partidos legislativos y arena electoral Volatilidad interna y externa Volatilidad de la oferta y de la demanda Volatilidad intra-bloques y extra-sistémica Volatilidad endógena y exógena
Arraigo Partidos	Identificación partidista Congruencia ideológica Congruencia programática Voto de clase agregado Previsibilidad formación Gobierno
Legitimidad Partidos	Confianza en los partidos Democracia sin partidos Forma de cambiar el país
Organización Partidos	Supervivencia de los partidos en el sistema Edad partidos Penetración organización Institucionalización partidos Nacionalización partidos Nacionalización sistema de partidos (desde la oferta/demanda)

Fuente: Elaboración propia.

Finalmente, la tercera oleada de operacionalizaciones se ha caracterizado por la unanimidad sobre la estabilidad en los patrones de competición interpartidista como dimensión y las limitaciones del índice de Pedersen como indicador para medir sistemáticamente la ISP (CASAL BÉRTOA, 2016; MAIR, 2007; ALTMAN y LUNA, 2011; TORCAL et al., 2015). Destaca la propuesta de Torcal y Lago (2015) para medir la dimensión estabilidad de la competición. Toman como punto de partida la idea de equilibrio de Cox (1997) para distinguir entre la volatilidad que se produce

exclusivamente dentro del equilibrio – endógena – y fuera del equilibrio – exógena. La volatilidad exógena es entendida como negativa y definida como la producida por los partidos que anteriormente no formaban parte del sistema, ya sea por ser nuevos partidos o “perdedores”.

Otra de las principales líneas de discusión de esta última oleada, gira en torno al cuestionamiento de los vínculos entre electores y partidos como dimensión de la ISP²³. La presencia en América Latina de sistemas de partidos institucionalizados pese a la ausencia de vínculos programáticos, como Brasil, justifican para Luna (2015) reconsiderar la medición clásica de Mainwaring y Scully (1995). Considera que esta operacionalización debería entenderse de forma no lineal y desagregada pues un sistema puede estar institucionalizado pese a no tener todas sus dimensiones institucionalizadas, como en el caso de los sistemas de partidos hidropónicos²⁴.

Este debate ha propiciado que el propio Mainwaring (2017) se replantee su propia operacionalización, aunque continúa considerando que la estabilidad de las conexiones entre elector y partido son una característica de la ISP (MAINWARING et al., 2018). Su nueva operacionalización consiste en tres dimensiones, analizadas tanto en la esfera presidencial como la Cámara Baja: (i) la estabilidad de los miembros del sistema – porcentaje de voto a nuevos partidos y estabilidad de los principales contendientes en corto y medio plazo; (ii) la estabilidad interpartidaria de la competición electoral – volatilidad electoral y el cambio acumulado en un periodo de tiempo determinado; y, (iii) la estabilidad de la posición ideológica de los partidos.

La operacionalización de Casal Bértoa (2016) también aporta luz a este debate al considerar que los indicadores más utilizados por la literatura tienden a limitarse al

²³ En la siguiente sección se profundiza en el debate sobre la necesidad de los vínculos programáticos para la presencia de la ISP.

²⁴ Los sistemas de partidos hidropónicos se caracterizan por producir algunos de los beneficios que se suelen asociar con sistemas institucionalizados, pese a la presencia de algunas carencias importantes en algunas de las dimensiones clásicas del concepto clásico, específicamente, el enraizamiento de los partidos en la sociedad. De forma general, se ha tendido a considerar los sistemas de partidos hidropónicos como un subtipo de sistemas de partidos incipientes (TORCAL et al., 2015). Esta idea está basada en que la estabilidad de estos sistemas se alcanza mediante el bloqueo de la representación política y evitando una evolución dinámica y una renovación del sistema dinámica (ALTMAN y LUNA, 2015). Pero para Zucco (2008), estos sistemas suponen enfrentar la idea tradicional de que los sistemas de partidos con algunas dimensiones menos institucionalizadas generan problemas como afirmaron Mainwaring y Scully (1995). El hecho de estos países contar con patrones estables de interacción entre partidos y superar diversas crisis políticas sin colapsarse permiten fundamentar que la ISP debe desligarse del modelo de partido de masas.

análisis de los resultados electorales²⁵, descuidando el ámbito relativo al gobierno. Limitarse a las preferencias de los electores supone descuidar las interacciones entre los miembros del propio sistema, los partidos. Siguiendo la lógica de Mair (2001), entiende la institucionalización del sistema como la existencia de una cooperación, colaboración y coligación estable entre partidos. Afirma que para un sistema de partidos estar realmente institucionalizado la esfera gubernamental también debe ser estable. Así, considera la estructura de la competición partidista como la principal dimensión de la ISP. Entiende que un sistema cerrado es más predecible, y, por tanto, está más institucionalizado. Un sistema de partidos cerrado otorga a los electores alianzas políticas claras y alternativas de Gobierno predecibles (CASAL BÉRTOA y MAIR, 2012). Operacionaliza la estructura de la competición a partir de tres dimensiones, no necesariamente lineales (CASAL BÉRTOA y ENYEDI, 2014): la alternancia o no en el Gobierno; la fórmula de Gobierno – si existen grupos estables que tienden a formar Gobierno; y, el acceso al Gobierno – si todos los partidos tienen posibilidades de participar del Gobierno o sólo algunos.

Recapitulando, la estabilidad ha sido la dimensión más utilizada (BIRCH, 2001; MAINWARING y SCULLY, 1995; KUENZI y LAMBRIGHT, 2005) y continúa estableciéndose como necesaria, aunque se reafirma la necesidad de reformular su medición. El alcance de los partidos, su legitimidad y organización, siguen a la estabilidad como dimensiones más habituales pese a ser cuestionadas recientemente. Consecuentemente, la operacionalización de la ISP nos permite vislumbrar que existen lagunas importantes en la formulación teórica de la ISP y que éstas preocupan a los teóricos. En la siguiente sección se profundiza cada una de estas limitaciones y sus implicaciones.

2.2 Las limitaciones del concepto clásico de institucionalización del sistema de partidos

La literatura ha apuntado tres grandes lagunas en las teorías sobre ISP. Primero, la falta de una definición clara y unánime de lo que realmente es la institucionalización (RANDALL y SAVARD, 2002) y la falta de indicadores que estén en concordancia con los diferentes niveles de institucionalización descritos en la literatura (CASAL BÉRTOA, 2012; ALTMAN y LUNA, 2011). Segundo, la asociación entre democracia e

²⁵ Destaca el protagonismo, por su mayor presencia, de la dimensión estabilidad, medida a partir de la volatilidad, el número efectivo de partidos y/o la tasa de desperdicio de votos.

institucionalización (DIX, 1992; MAINWARING y SCULLY, 1995; MAINWARING y TORCAL, 2005). Tercero, la identificación de los partidos de masas como el modelo ideal para la existencia de un sistema de partidos estable (ALTMAN y LUNA, 2011). A continuación, se desarrolla cada una de estas limitaciones y sus implicaciones para el área de estudio y, más específicamente, para el presente trabajo.

La falta de una definición consensuada ha generado numerosas definiciones, así como diversas operacionalizaciones. Esta laguna puede deberse a que los expertos han tendido a limitarse a estudiar y medir en qué etapa se encuentra cada sistema de partidos (DIX, 1992; MAINWARING y TORCAL, 2005). Como consecuencia, la mayor parte de las operacionalizaciones han tendido a ser mono-operacionalizadas o unidimensionales, provocando importantes limitaciones. Las mediciones mono-operacionalizadas han tendido, en su mayoría, a equiparar la ISP con la estabilidad electoral debido al papel principal que se le atribuye (MAIR, 2001; MAINWARING y SCULLY, 1995; PRZEWORSKI, 1975; LUNA, 2015) pese a no comprobarse si realmente es una dimensión suficiente para la institucionalización.

Consecuentemente, además de la necesidad de rever la operacionalización de esta dimensión (BIRCH, 2001; CASAL-BÉRTOA y ENYEDI, 2010; MAINWARING, GERVASONI y ESPAÑA NÁJERA, 2010; POWELL y TUCKER, 2014), es esencial comprobar si realmente su presencia afirma la institucionalización. Mientras que, para otros autores, como Méndez de Hoyos (2007), la estabilidad electoral no basta para la institucionalización. Defiende un enfoque menos estático, centrado en la capacidad del sistema para procesar los posibles cambios sin que se produzca una crisis, independientemente de los niveles de volatilidad electoral. Buquet y Piñeiro (2014), también siguen esta línea argumental, los sistemas institucionalizados no son únicamente aquellos que muestran una continuidad, sino aquellos que consiguen procesar una transformación cuando es necesario sin que se produzca una crisis o ruptura institucional.

En relación a las operacionalizaciones unidimensionales, estas presuponen que, aunque las dimensiones no tienen que ir de la mano, casi siempre lo hacen. Por tanto, pese a que entiendan la ISP como un conjunto de indicadores, estos son tratados de forma unidimensional, entendiendo que todas ellas varían de la mano. Esta premisa provocó que se descartara la multidimensionalidad del concepto (MAINWARING, 1999). Para Mainwaring y Scully (1995) y su operacionalización, si el sistema está institucionalizado en general, también lo estarán cada una de sus dimensiones. Sin embargo, en los últimos

años, numerosos expertos han reivindicado la necesidad de estudiar la institucionalización como un fenómeno multidimensional (RANDALL, 2002; JONES, 2007; ALTMAN y LUNA, 2011; LUNA, 2015). Es decir, entienden que un sistema puede contar con unas dimensiones más institucionalizadas que otras. Luna (2015) concluyó que la ISP es, cuanto menos, bidimensional y que estabilidad y arraigo no van de la mano. Sin embargo, todavía no se han llevado a cabo mediciones multidimensionales que permitan comprender mejor las relaciones entre las diferentes dimensiones del concepto, ya sea en la medición de Mainwaring y Scully (1995) o en otras.

Por otro lado, la elección de los indicadores de la ISP también ha sido otra de las principales críticas a su operacionalización. De manera general, los indicadores seleccionados han tendido a utilizar de manera simultánea dos unidades de análisis diferentes: los partidos y los sistemas de partidos (CASAL BÉRTOA, 2011). Para la mayor parte de los expertos ambas unidades son tratadas como equivalentes (MAINWARING y SCULLY, 1995; MAINWARING Y TORCAL, 2005; MELESHEVIACH, 2007; MORLINO, 1998). Sin embargo, los estudios sobre ISP deberían limitarse a los sistemas de partidos como unidad de análisis, dado que la existencia de indicadores relativos a los partidos políticos y no al sistema comprometen la medición (MAIR, 2001).

Segundo, el concepto de ISP ha sido relacionado con la consolidación del sistema político, la democracia y la gobernabilidad, a pesar de existir un extenso debate sobre dichos aspectos. Un alto número de expertos consideran que el grado de institucionalización es un importante indicador de la estabilidad/inestabilidad, continuidad y cambio, tanto del sistema de partidos como del sistema político en general (MAINWARING y SCULLY, 1995; RANDALL y SVASUND, 2002; PAYNE, 2006; JONES, 2007; ALTMAN et al., 2009; ZUCCO, 2013; TORCAL, 2015) si bien no ha sido claramente probado. Para Mainwaring y Scully, (1995:64):

El hecho de que exista un sistema de partidos institucionalizado hace una gran diferencia en el funcionamiento de la democracia, ya que es difícil mantener un sistema democrático, sin un sistema institucionalizado de partidos.

En contraposición, para Markowski (2000:2), “los partidos y la ISP es una condición necesaria – pero no suficiente – para la consolidación democrática”. En esa misma línea, Kuenzi y Lambright (2001:439) afirman que “la construcción y mantenimiento de un sistema de partidos institucionalizado es necesario para la consolidación democrática”.

Para Payne et al. (2006), la existencia de sistema de partidos institucionalizado prevé una cierta gobernabilidad, pero para Randall y Svasand (2002) la ISP no garantiza la gobernabilidad. Para Torcal (et al., 2015) existe una insuficiencia teórica y empírica, de forma que el nexo entre los efectos causales de la institucionalización y la gobernabilidad no queda registrado. Por tanto, los futuros estudios sobre ISP deben visar superar esta limitación. Sin embargo, si existe un amplio consenso sobre el impacto de una baja ISP y los efectos perversos para la democracia como la proliferación de *outsiders* políticos (MAINWARING y SCULLY, 1995; MAINWARING y TORCAL, 2005; TORCAL y MEDINA, 2006).

La tercera, y, última limitación, es consecuencia directa de las anteriores. Las teorías sobre ISP parten de la idea de que el modelo de partidos de masas es el más adecuado para el establecimiento de la democracia y su consolidación. Las teorías clásicas postulan que las conexiones programáticas garantizan la presencia de organizaciones partidarias fuertes, la aceptación social de los partidos y la estabilidad de la competición electoral (MAINWARING, 1999; MAINWARING y SCULLY, 1995; MAINWARING y TORCAL, 2005), aspectos, a priori, fundamentales para la ISP. Independientemente del tipo de partido, únicamente si los electores se identifican con algún partido por aspectos ideológicos y mantienen su voto de una elección a otra el sistema será más estable. Se atribuye la estabilidad de las preferencias electorales de los ciudadanos pese a no existir un consenso sobre cómo se origina²⁶. Es más, afirman que, si el sistema se basa en conexiones programáticas frágiles, de tipo personalista y/o clientelista, los electores serán fluctuantes, favoreciendo la aparición de candidatos *outsiders*, potencialmente peligrosos para la democracia. Pero la erosión de la preferencia partidista durante las últimas décadas cuestionó dichas afirmaciones. Para Kitschelt (2000), un sistema de partidos institucionalizado puede estar forjado sobre diferentes tipos de vínculos, y, además, ser

²⁶ Para una amplia parte de la bibliografía estadounidense, la identificación partidista obedece a las condiciones sociales y los grupos a los que pertenecen los individuos, y, a la supervivencia de los clivajes sociales que definen la competición partidista (CREWE, 1999; LAZARSFELD, BERELSON y GAUDET, 1944). Enfoque que conecta directamente con la teoría de clivajes de Lipset y Rokkan (1967). Para otros, la identificación es producto de la socialización primaria, siendo un fenómeno psicológico-afectivo que funciona como atajo para tomar decisiones electorales con un menor coste (CONVERSE, 1969). A finales de la década de los 80 en Estados Unidos y bajo la influencia de la escuela racional, se empieza a estudiar los cambios en la preferencia partidista destacando que los indicadores macroeconómicos serían los responsables por dicha oscilación (GROFMAN, 1995). De manera que las preferencias electorales se verían condicionadas por la economía y no por la identificación (LEWIS BECK y STEGMAIER, 2000).

estable y perpetuarse en el tiempo. A pesar de estos estudios, los teóricos de la ISP fueron reticentes a aceptarlas hasta que la aparición de los sistemas de partidos hidropónicos, como el brasileño (ZUCCO, 2013; ALTMAN y LUNA, 2011; LUNA, 2015), obligaron a repensar la necesidad de los vínculos programáticos para la ISP.

El sistema de partidos brasileño era considerado un sistema incipiente hasta comienzos de la década del 2000 (MAINWARING, 1999; MAINWARING y SCULLY, 1995; MAINWARING y TORCAL, 2005). En cambio, en los últimos años, el sistema de partidos brasileño viene institucionalizándose, a pesar del débil arraigo de los partidos en la sociedad y las conexiones de tipo personalista (ZUCCO, 2011; LUNA, 2015; MAINWARING et al., 2018). Chile también ha sido señalado como un posible sistema hidropónico. Cada vez cuenta con menos vínculos entre electores y partidos, producto de la desestructuración ideológica y el descenso de la identificación partidista (ALTMAN y LUNA, 2011). Paraguay también ha contribuido a este debate porque siendo un sistema de partidos poco institucionalizado, los vínculos entre partidos y electores es alto, consecuencia de la dictadura y por el papel del Partido Colorado como enlace entre el ciudadano y el Estado (FILARTIGA, 2016). Para Luna (2015), Perú es otro indicio claro: posee un sistema poco institucionalizado, aunque esta dimensión está más institucionalizada que en Brasil. Para Morales (2016), el problema radica en que Mainwaring y Scully (1995) concibieron la identificación únicamente de forma programática. Dos países pueden contar con un porcentaje similar de identificación, pero ésta no ser del mismo tipo: puede ser por convicción/programática o por transición. La identificación por transición sería la característica de los sistemas de partidos más antiguos y en algunos casos con fuerte vinculación clientelar en contextos de alta pobreza y ruralidad, como Honduras.

Consecuentemente, tanto los problemas relacionados con la operacionalización del concepto y la no relación lineal entre las cuatro dimensiones -estabilidad, enraizamiento, legitimidad y organización de los partidos- han incentivado las críticas al modelo tradicional y desencadenó la tercera oleada de estudios, todavía pequeña y con trabajos incipientes (TORCAL et al., 2015). La institucionalización posee una nueva agenda de investigación.

2.3 Las clasificaciones de la institucionalización en América del Sur

En líneas generales, los sistemas de partidos latinoamericanos han sido categorizados como incipientes pese a la heterogeneidad de la región (MAINWARING y SCULLY, 1995; MAINWARING, 2016) y existe un cierto consenso sobre qué sistemas están más o menos institucionalizados (MAINWARING et al., 2018). Chile y Uruguay se presentan como institucionalizados, próximos de la realidad de las democracias consolidadas. Mientras que Ecuador, Bolivia y Perú son considerados como sistemas fluidos (MAINWARING et al., 2018; LEVITSKY, 2016). Además, los países andinos han sido caracterizados como democracias sin partidos, donde los partidos políticos apenas funcionan como máquinas electorales y vehículos personalistas, imposibilitando la institucionalización del propio sistema de partidos (LEVITSKY y CAMERON, 2003). Otros autores como Melévez (2012), afirman que estos países no cuentan con un sistema de partidos como tal porque no poseen regularidad en la distribución del apoyo electoral, al menos dos partidos que interactúen y una continuidad de los componentes del sistema aunque se produzcan oscilaciones en el apoyo electoral recibido. Por lo tanto, este tipo de sistemas se caracterizan por su desequilibrio estructural generado por la falta de apoyos electorales estables y las decisiones comportamentales de la élite política. Las principales diferencias de unas clasificaciones a otras radican en los niveles de institucionalización otorgados a Argentina, Colombia y Brasil. Para Levitsky et al., (2016), Brasil y México son los únicos países de América Latina que han logrado institucionalizarse durante la primera década del siglo XXI.

La mayor parte de las clasificaciones de la ISP en América del Sur utilizan como operacionalización la propuesta de Mainwaring y Scully (1995) o mono-operacionalizaciones basadas en la estabilidad electoral, ya sea mediante el cálculo de la volatilidad agregada o la presencia de los partidos con mayoría en la Cámara Baja. Sin embargo, conforme argumentado a lo largo de este capítulo, este tipo de operacionalizaciones deben ser reconsideradas puesto que no permiten capturar de manera realista la institucionalización de la región. Incluso si los niveles alcanzados por los países en mediciones revisadas y adecuadas sean próximos a los alcanzados por estas operacionalizaciones es necesario continuar investigando y mejorando su operacionalización. Luna (2015), pionero en defender la necesidad de revisar el concepto y la operacionalización de la ISP, realiza una medición bidimensional basada en el índice de Mainwaring y Scully (1995), distinguiendo entre estabilidad electoral, es decir, volatilidad agregada, y arraigamiento programático. A partir de esta medición afirma que

Argentina, Colombia y Brasil cuentan con una cierta estabilidad pese a no contar con arraigamiento programático, por lo que apenas algunas de las dimensiones propuestas por Mainwaring y Scully (1995) estarían institucionalizadas. A estos sistemas de partidos los categoriza como sistemas de partidos hidropónicos al carecer de raíces programáticas entre electores y partidos.

Cuadro 5. Clasificación de la ISP en América del Sur por autores

Autor	Operacionalización	Período	Sistema institucionalizado	Sistema difuso	Sistema fluido
Mainwaring y Scully (1995)	Mainwaring y Scully (1995)	1969-1992	Chile y Uruguay	Argentina y Colombia	Bolivia, Brasil y Ecuador
Coppedge (2000)	Volatilidad entre bloques y fragmentación	Siglo XX	Argentina, Chile, Colombia y Uruguay		Bolivia, Brasil y Ecuador
Alcántara, Del Campo y Ramos (2001)	Mono-operacionalización (estabilidad - principales partidos del sistema)	1982-1998	Bolivia, Chile, Colombia y Uruguay	Argentina	Ecuador
Mainwaring y Zoco (2007)	Mono-operacionalización (volatilidad agregada)	1978-2002	Argentina, Brasil, Colombia y Chile		Bolivia y Ecuador
Albalá y Vieira (2014)	*	2000-2010	Argentina, Chile, Colombia y Uruguay	Bolivia, Brasil y Ecuador	
Caicedo Ortiz (2013)	Mono-operacionalización (estabilidad - principales partidos del sistema)	1970-2010	Argentina, Brasil, Bolivia, Chile y Uruguay		Ecuador
Luna (2015)	Mainwaring y Scully (1995) Bidimensional (volatilidad agregada y arraigo programático)	2000-2010	Chile y Uruguay	Argentina, Brasil y Colombia	Bolivia y Ecuador
Mainwaring y Pérez Liñan (2016)	Mono-operacionalización (volatilidad agregada Cámara Baja)	2002-2013	Argentina, Brasil, Chile y Uruguay	Colombia	Bolivia y Ecuador
Levitsky (et.al, 2016)	No especificado	2000-2016	Brasil, Chile y Uruguay	Argentina y Colombia	Bolivia y Ecuador
Mainwaring (et.al, 2018)	Conjunto 13 indicadores	1978-2017	Chile, Brasil y Uruguay	Argentina y Colombia	Bolivia y Ecuador
Martínez (2018)	Índice agregado (Mainwaring y Scully, 1995; Payne, 2006; Ruiz y Otero, 2014; Torcal y Mainwaring, 2005)	*	Chile y Uruguay	Argentina, Brasil y Colombia	Bolivia y Ecuador

Fuente: elaboración propia. *No especificado

Una vez determinado como son clasificados los países sudamericanos por las principales mediciones, a continuación, se esboza brevemente el nivel de institucionalización y características de los sistemas de partidos analizados en el presente trabajo según los principales expertos, siguiendo un orden creciente, es decir, de menos institucionalizados a más.

Durante la última década del siglo XX, el sistema de partidos boliviano realizó un esfuerzo sostenido por establecer un sistema de partidos competitivo, institucionalizado y centrípeto (ROMERO VALLIBIÁN, 2016). El sistema de partidos boliviano, moderado y centrípeto, instaurado tras la redemocratización en 1985 colapsa en 2003. Este cambio fue motivado por el derrumbe electoral de los partidos tradicionales ante una fuerte convulsión social y polarización política (LASERNA, 2005). Para Freidenberg y Alcántara (2009), el malestar socioeconómico sirvió como justificativa para criticar el sistema de partidos existente y promover su extinción. Tras el 2003 se inicia un periodo de cambio que se concretiza en 2005 con la victoria de Evo Morales y su partido MAS. El MAS se convierte en el partido predominante, herigiéndose dos bloques: el Mas y el antiMAS.

Ecuador ha sido uno de los países latinoamericanos con mayores dificultades para generar un sistema de partidos institucionalizado. Las dinámicas del sistema de partidos ecuatoriano, específicamente, la competición interpartidista, tiende a favorecer los gobiernos frágiles con dificultades para mantener consensos estables y alianzas previsibles (PACHANO, 2007). El sistema era fluido, volátil y provisional al mismo tiempo que favorecía a los partidos tradicionales. De 1979 al 2006, el sistema de partidos ecuatoriano se caracterizaba por la formación de coaliciones minoritarias, oposiciones desleales que se movían por mecanismos clientelistas, con dificultades para cooperar, cambios constantes de partido por parte de los representantes y preferencias ciudadanas volátiles (Freidenberg et.al 2016). Desde 2002, los partidos tradicionales se desvanecen y se institucionaliza el antipartidismo y el personalismo (TANAKA, 2008). De manera que la falta de institucionalización del sistema de partidos ecuatoriano es anterior a la llegada de Rafael Correa. Ecuador se ha caracterizado por ser un sistema de partidos en constante cambio. Con la llegada de Rafael Correa en 2006, se comienza a establecer un sistema de partidos hegemónico.

Colombia, a diferencia de la mayor parte de los sistemas latinoamericanos, ha celebrado elecciones regulares e ininterrumpidas desde la década de 1950, y, desde el siglo XIX hasta la década de los 90 tuvo como principales actores al PL y al PC²⁷. Era uno de los sistemas más institucionalizados hasta la década de los 90 (MAINWARING y SCULLY, 1995), pero ha sufrido una profunda pérdida de institucionalización si bien no ha llegado a colapsarse (MAINWARING et al., 2018; PAYNE, ZOVATO y DIAZ; 2006). Con los cambios de leyes para ampliar el número de actores y representantes, y, el desgaste de los partidos tradicionales, los principales actores del sistema colombiano perdieron su posición²⁸ (BOTERO, LOSADA y WILLS-OTERO, 2016) y numerosos partidos novedosos entraron en el sistema (ALBARRACÍN, GAMBOA y MAINWARING, 2018).

Como consecuencia el sistema se volvió más fragmentado y menos nacionalizado (JONES y MAINWARING, 2003). Los partidos se convirtieron en organizaciones partidistas débiles y la volatilidad electoral se disparó, tanto dentro como fuera del equilibrio. Tanto el PC como el PL se tornan vulnerables y dejan de estructurar la competición presidencial y legislativa, es más, el PC no se candidata a la presidencia durante las elecciones del 2002 y 2006. En el 2003, se intenta reorganizar el sistema mediante una reforma electoral poco exitosa. Cada vez se vuelve más fluido, los partidos defienden discursos personalistas, y, los outsiders ganan terreno. Al mismo tiempo, los partidos emergentes parecen actores de corto recorrido, aliados estratégicos para promover el vote-seeking, en lugar de organizar la política de forma tradicional.

El sistema argentino, así como el peruano, ha desafiado la capacidad analítica de los especialistas. El sistema de partidos argentino ha cambiado bastante desde 1993, puesto que desde entonces viene perdiendo institucionalización (GERVASONI, 2018). El sistema enfrentó un proceso de fragmentación, desnacionalización, faccionalización, personalización y aumento de la fluidez (MAINWARING et al., 2018). El sistema argentino se tornó un sistema complejo y volátil aunque no llegó a colapsarse porque la división entre peronistas y no peronistas ha estructurado las identidades políticas, dotando al sistema de una cierta estabilidad. Hasta 1993 el sistema estaba dominado por el PJ y la UCR, pese a que no poseían una diferenciación ideológica clara, sus rivalidades históricas

²⁷ Además de disputar la presidencia, acumulaban el 90% de los escaños en el congreso.

²⁸ En 2002 se pone fin a la alternancia en la presidencia del PL y PC, con la victoria de Alvaro Uribe y su nuevo partido "Primero Colombia". También pierden apoyos en el congreso, donde apenas aglutinaron un 40%.

y sus bases sociales diferenciadas los convertía en fuerzas políticas distinguibles y con identidades claras (GERVASONI, 2018).

Este escenario se vio afectado por la crisis política y económica del 2001-2002, que afectó fuertemente al PJ. A partir de los disidentes del PJ surgen nuevos partidos aunque el PJ y la UCR continúan aglutinando el 70% de la cámara de los diputados, el 80% del senado y la alternancia en la presidencia (FREIDENBERG et al., 2016). El PJ continúa siendo el ancla de este sistema de partidos nacional así como la estabilidad de los sistemas de partidos a nivel provincial (GERVASONI, 2018). Además, es importante recalcar que los partidos argentinos cambian con frecuencia sus etiquetas partidistas contribuyendo a la inestabilidad.

Brasil pese a ser considerado como un sistema incipiente en la década de los 90 (MAINWARING y SCULLY, 1995; MAINWARING, 2001) durante los años 2000 viene institucionalizándose (BRAGA, RIBEIRO y AMARAL, 2016). Pasó de ser un sistema con una alta volatilidad, con un fuerte ascenso meteórico de outsiders, con líderes partidistas que cambiaban de partido con facilidad y una débil conexión entre partidos y electores (MAINWARING y SCULLY, 1995); a ser un sistema caracterizado por una alta estabilidad electoral y una mayor estructuración programática (MAINWARING, POWELL y BIZZARRO, 2018). Esta estabilidad ha sido atribuida, en gran medida, al mantenimiento de los mismos actores en el escenario político, a la preservación de unas reglas de juego que favorecen la estabilidad del sistema y a la función estructurante de la elección presidencial (MELO y CÂMARA, 2012; BRAGA, RIBEIRO y AMARAL, 2016).

Aunque un alto número de partidos está presente en su sistema, existe un proceso de reducción de la oferta partidista y un patrón bipartidista en la presidencia, generando un sistema de partidos cerrado que gira entorno al PT y al PSDB (BRAGA, RIBEIRO y AMARAL, 2016). Además, esa fragmentación se mantiene relativamente estable. Ambos partidos, PT y PSDB, han dominado las elecciones presidenciales desde 1994 hasta 2014, dotando al sistema de estabilidad y estructuración, incluso en términos programáticos, generando al mismo tiempo organizaciones partidarias más cohesas y leales (HAGOPIAN et al., 2009; MAINWARING et al., 2018). Mientras que otros partidos como el PMDB y el PFL/DEM dotan al congreso de estabilidad, al menos hasta el impeachment a la presidenta Dilma Rousseff en 2015. En el caso brasileño tanto el crecimiento económico como las reglas institucionales parecen haber favorecido los

niveles de institucionalización durante dicho periodo (MAINWARING et al., 2018). Sin embargo, en los últimos años el país viene enfrentando una pérdida de ISP.

Chile ha sido constantemente categorizado como un sistema de partidos institucionalizado, independientemente de la presencia o no de raíces entre electores y partidos (MAINWARING y SCULLY, 1995; ALTMAN y LUNA, 2011), es más ha sido considerado como un caso de libro (MAINWARING et.al, 2018). El sistema de partidos chileno posee como principal rasgo la existencia de clivajes polarizantes que estructuran la competición. Estos clivajes, el religioso y el económico, estructuraban el sistema de partidos desde 1930 y continuo haciendolo tras la dictadura de Pinochet. Así, los partidos chilenos fueron creados en asociación a estos clivajes, de manera que los partidos están ligados a los conflictos sociales e interconectados a las organizaciones civiles (VALENZUELA, SOMMA y SCULLY, 2018).

Otras de las principales características de este sistema de partidos es la estabilidad de la competición electoral, competición liderada por dos actores principales: la coalición Concertación y la coalición Alianza (PAYNE et al., 2006; MAINWARING y ZOCO, 2007). Estas dos coaliciones se mantienen estables porque los partidos poseen numerosos incentivos para posicionar a sus candidatos en alguna de las dos coaliciones. Pese a que los electores chilenos cada vez se identifican menos con los partidos (pasando del 80% de los entrevistados en la década de los ochenta al 35% en 2013), la volatilidad no se ha visto afectada debido a que los electores cambian su voto para otro de los partidos que forman parte de la misma coalición (MAINWARING et al., 2018).

Los nuevos partidos que emergen son rapidamente clasificados por electorado a partir de los dos clivajes sociales, pero si no pasan a formar parte de alguna de las dos coaliciones son excluidas del sistema por los altos umbrales efectivos. Esta regla institucional garantiza que pese a la creciente fragmentación de la oferta consecuencia de la desafección ciudadana y del distanciamiento entre las elites y el electorado, la estabilidad electoral se mantenga. La relación entre legislativo y ejecutivo se caracteriza por su lógica cooperativa y equilibrio del poder, en parte se debe a que las elecciones presidenciales y legislativas tienen lugar simultaneamente, adquiriendo resultados similares. Otras reglas institucionales también pueden haber sido responsables de la alta institucionalización del sistema chileno, como por ejemplo, el sistema electoral binomial en las elecciones legislativas, permitiendo unicamente una lista de dos candidatos por distrito (VALENZUELA, SOMMA y SCULLY, 2018).

Uruguay, también, es uno de los sistemas más institucionalizados de América Latina (MAINWARING y SCULLY, 1995; PAYNE et al., 2006; JONES, 2005). Es un sistema multipartidista con un partido de izquierda como mayor protagonismo (FA). Aunque a finales del siglo XX, los partidos tradicionales uruguayos fueron destronados por nuevos partidos desafiantes (GONZÁLEZ y QUEIROLO, 2000) fue capaz de superar esa crisis mediante su capacidad para establecer reglas temporarias (BUQUET y PIÑEIRO, 2014). Así, el sistema se reestructuró a partir de dos bloques en consolidación que tienden a realizar coaliciones previsibles: el desafiante y el tradicional. Por otro lado, la estabilidad de las preferencias electorales es elevada, por lo que la volatilidad es apenas endógena.

CAPÍTULO III

FACTORES RELACIONADOS CON LA INSTITUCIONALIZACIÓN Y LA DESINSTITUCIONALIZACIÓN: UN FENÓMENO CAUSAL COMPLEJO

En este capítulo se profundiza en las explicaciones que la literatura ha trabajado para explicar la ISP. En general, estos estudios se han centrado más en su operacionalización y medición que en entender su causalidad (MAINWARING et al., 2018; TORCAL et al., 2015). Esto ha provocado que en los últimos años los esfuerzos por comprender qué factores la desencadenan se hayan multiplicado (CASAL BÉRTOA, 2014; LUPU, 2014; SEAWRIGHT, 2012; LEVITSKY et al., 2016; MAINWARING et al., 2016, 2018; RIEDL, 2014). Pese al aumento de este tipo de estudios, su causalidad continúa siendo un fenómeno relativamente desconocido. En numerosas ocasiones la literatura no ha conseguido demostrar la causalidad, limitándose a la enunciación de hipótesis formuladas a partir de asociaciones teóricamente fundadas.

A continuación, se lleva a cabo una revisión teórica de los factores que han sido relacionados con la institucionalización. Tanto en general como para la región latinoamericana en específico, recopilando las principales conclusiones, debates y lagunas teóricas. Finalmente, se establecen las hipótesis a ser testadas en el presente trabajo.

3.1 Las explicaciones relacionadas con la institucionalización de los sistemas de partidos en la literatura

Además, de los problemas mencionados, los estudios causales existentes se diversifican por regiones y raramente estudian el fenómeno de manera global. Por tanto, las explicaciones propuestas no siempre alcanzan los mismos resultados en cada región, impidiendo realizar generalizaciones en un nivel macro. Al mismo tiempo, son muchos los trabajos que centrados en una misma región alcanzan resultados diferentes al testar los mismos mecanismos causales. Es decir, algunos factores en algunas regiones realmente no tienen poder explicativo en otras, de manera que al testar una misma teoría para una región específica no siempre se obtienen los mismos resultados de un trabajo a otro (MAINWARING et.al, 2018). Si los límites regionales tienen un impacto determinante en la ISP aun no existen teorías que especifiquen este mecanismo, evidenciando la necesidad de un mayor desarrollo teórico causal para la ISP. Por otro lado, pese a la existencia de teorías sólidas y bien elaboradas, los resultados empíricos no

acaban de coincidir con estas, de manera que tal vez algunas variables relevantes aún no hayan sido identificadas ni estudiadas y muchas de las consideradas hasta hoy se limiten a meras correlaciones. Esto dificulta la elaboración de teorías parsimoniosas y evidencia la alta complejidad causal de la ISP, e, incluso, su equifinalidad, es decir, la existencia de diversas combinaciones de factores causales o condiciones que desencadenan este fenómeno.

En los últimos años Casal Bértoa (2014), Lupu (2016), Morgan (2011), Riedl (2014), Roberts (2014) y Seawright (2012) entre otros, han intentado contribuir a este debate. La mayor parte de estos estudios se centra en el impacto de los vínculos programáticos, las reglas institucionales, y, las características de los partidos y el sistema de partidos, concluyendo que la existencia de organizaciones partidistas robustas está relacionada con la institucionalización. Entienden que las organizaciones robustas son aquellas que cuentan con una cierta estructuración programática y que conectan con su electorado a partir de su programa. Consideran que los partidos fuertes funcionan como un ancla para el sistema, estabilizando los patrones de volatilidad electoral. Aunque para la literatura los sistemas podrían llegar a institucionalizarse sin organizaciones fuertes, defienden que son más propensos a hacerlo cuando existen (LUPU, 2014; MAINWARING et al., 2018, MORGAN, 2011; RIEDL, 2014, SEAWRIGHT, 2012). Otra línea argumental, la importancia del contexto económico, está tomando cada vez más protagonismo y relevancia. Casal Bértoa (2014) considera que la economía es el pilar clave para entender la institucionalización de los sistemas de partidos, al menos en la región de Europa del este, si bien es verdad, no descarta la importancia de otros factores causales. Normalmente, los partidos más organizados consiguen ejecutar gobiernos con un desempeño económico mejor, dificultando la entrada de nuevos partidos y garantizando la presencia de pocos partidos en el seno del sistema, por lo que ambas variables podrían estar relacionadas.

De manera general, el amplio espectro de factores relacionados con la ISP puede agruparse en cinco aproximaciones teóricas: relativos a los partidos y sistemas de partidos, institucionales, sociológicos, gubernamentales y los relacionados con la trayectoria histórica.

Cuadro 6. Aproximaciones teóricas sobre los factores relacionados con la ISP

Aproximación teórica	Factor	Autores
Factores relativos a las características de los partidos y sus sistemas de partidos	Organizaciones partidistas sólidas	Sartori (1990), Roberts y Wibbels (1999), Toole (2000), Madrid (2005)
	Identificación partidaria	Lipset y Rokkan (1967), Bartolini y Mair (1990), Lupu (2016), Madrid (2005), Birnir (2007)
	Vínculos programáticos	Kitschelt et al. (2010), Mainwaring y Torcal (2005), Mainwaring et al. (2018)
	Concentración de clivajes	Casal Bértoa (2014), Kitschelt (1999), Mainwaring y Zoco (2007)
	Ausencia de clivajes cross-cutting	Casal Bértoa (2011), Roberts y Wibbels (1999)
	Fragmentación	Bartolini y Mair (1990), Mainwaring (1999), Birch (2003)
	Polarización	Roberts y Wibbels (1999), Tavits (2005), Madrid (2005)
Factores relativos a las reglas institucionales	Sistema electoral	Bartolini y Mair (1990),
	Naturaleza del Estado	Mainwaring (1999)
	Tipo de régimen gubernamental	Mainwaring (1999), Meleshevich (2007)
	Reglas relativas a los partidos	Huntington (1968), Roper (2002), Birnir (2005), Spirova (2007)
Factores relativos a las características sociológicas	Nivel de desarrollo	Dalton y Weldon (2007), Johnson (2002), Mainwaring (1999)
	Concentración étnica/religiosa	Mainwaring y Zoco (2007), Madrid, (2005), Roberts y Wibbels (1999), Evans y Whitefield (1999)
	Desafección política	Altman y Luna (2007), Montero y Torcal (2006), Torcal (2006)
Factores relativos a las acciones gubernamentales	Crecimiento económico	Casal Bértoa (2014), Remmer (1991), Roberts y Wibbels (1999), Tavits (2005), Madrid (2005), Mainwaring y Zoco (2007)
	Inflación	Mainwaring et al. (2018)
	Corrupción	Seawright (2012), Pavão (2015), Roper (2002)
	Capacidad estatal	Mainwaring et al. (2018)
Factores relativos a las trayectorias históricas	Experiencia democrática previa	Remmer (1985), Kitschelt (1999), Mainwaring et al. (2018), Rivera (1996)
	Años de democracia	Converse (1969), Dalton y Weldon (2007)
	Transición democrática	Kitschelt (1999), Mainwaring y Zocco (2007)
	El legado autoritario	Bennet (1998), Greene y Sánchez-Talanquer (2018), Hammam y Sgouraski-Kinsey (1999), Remmer (1985),

Fuente: Elaboración propia a partir de Casal Bértoa (2011, 2014) y Mainwaring et.al (2018).

Para Mainwaring et.al. (2018), la mayor parte de los estudios se han centrado en las teorías clásicas, es decir, las variables institucionales, sistémicas e históricas. En contraposición, las teorías relacionadas con el desempeño del Gobierno son las más novedosas y menos trabajadas (CASAL BERTÓA, 2014). A continuación, se analizan las diferentes teorías e hipótesis que la literatura ha barajado como posibles mecanismos causales agrupadas por enfoque. A lo largo de esta sección se presentan primero las hipótesis causales y a continuación las hipótesis basadas en asociaciones fundamentadas teóricamente (MAINWARING et al., 2018)

3.1.1 Factores relativos a las características de los partidos y sus sistemas

Durante años este tipo de factores fueron la principal explicación para entender el éxito y la estabilidad de las democracias consolidadas. Sin embargo, con la experiencia de las nuevas democracias su relevancia fue viéndose cuestionada a lo largo de las últimas décadas. Las teorías sistémicas consideran que algunas características de los partidos y el sistema de partidos están directamente relacionadas con mayores niveles de institucionalización del sistema de partidos. Durante años, numerosos estudios se han centrado en la relevancia de estas explicaciones (BARTOLINI y MAIR, 1990; KITSCHOLT et al., 2010; LUPU, 2016; MADRID, 2005; MAINWARING y ZOCO, 2007; MAINWARING y TORCAL, 2005; SAMUELS y ZUCCO, 2015; TAVITS, 2013). Para algunos autores, como Mainwaring y Bizarro (2018), la ISP debería estar más condicionada por las características y la naturaleza de los partidos como actores individuales que por las características del sistema de partidos como tal. Dentro de este enfoque se distinguen las siguientes hipótesis:

H1.1 Los sistemas con organizaciones partidistas suficientemente sólidas como para estructurar la competición electoral presentan mayores niveles de institucionalización. Se basa en la premisa de que este tipo de organizaciones ayuda a que los electores conecten con los partidos políticos de una forma más estable, reduciéndose los niveles de volatilidad (LUPU, 2015; MAINWARING et al., 2018; SAMUELS y ZUCCO, 2015; TAVITS, 2013). Para Mainwaring y Scully (1995), la institucionalización de los partidos es esencial para la ISP no sólo por disminuir la volatilidad. La presencia de partidos institucionalizados contribuye a mantener estables los aspectos ideológicos del partido y sus interacciones con otros miembros del sistema. De manera que consideran que una organización partidista sólida está estructurada programáticamente. Para Casal Bértola (2015), siguiendo una línea argumental similar, cuando las decisiones de los partidos son

más estables y coherentes, los partidos y sus líderes ayudan a los votantes a expresar mediante la política los clivajes sociales existentes.

Se distinguen dos corrientes: quienes se centran en la relevancia de las normas que rigen a los partidos y quienes se centran en la organización de estos. Quienes consideran que las normas son la pieza clave, la variable independiente es el nivel de institucionalización de los partidos miembros del sistema. Se entiende por institucionalización del partido la medida en que las interacciones y las normas propias de cada partido se han convertido en una pauta, generando que las conductas y expectativas partan de dicha pauta y se vuelvan predecibles. Ya para el enfoque organizativo, la interiorización de valores desencadena que los miembros del partido aumenten su compromiso con la organización, priorizando su protección y supervivencia. Para esta corriente, la padronización de los valores de la organización dota de mayor consistencia al partido y lo convierten en un actor más estable, con una capacidad de adaptación superior y con una legitimidad más amplia y profunda (CASAL BÉRTOA, 2011; LEVITSKY y MURILLO, 2003; DIAMOND, 1999). Igualmente, consideran que una organización fuerte contribuye a la estabilidad del sistema en su conjunto (MELESHEVICH, 2007) puesto que ayuda a conectar de forma más consistente a los electores con el partido (MAINWARING et.al, 2018).

Esta ha sido una de las explicaciones más aceptadas por los expertos en institucionalización. Algunos de los autores que han llegado a la conclusión de que los sistemas de partidos que poseen organizaciones partidistas institucionalizadas poseen mayores niveles de ISP son Casal Bértoa y Mair (2012), Casal Bértoa (2016), Lupu (2013) o Roberts (2014). Sin embargo, varios estudios han alcanzado resultados contradictorios o inconcluyentes sobre el efecto de los partidos estructurados programáticamente para los niveles de institucionalización (MAINWARING et al., 2018). Pese a ello, los expertos continúan exacerbando su importancia. Hasta hace poco tiempo atrás, los partidos de los sistemas más institucionalizados parecían estar estructurados programáticamente. Pero ningún trabajo testa si esta variable es suficiente por sí misma para generar institucionalización, o, si, por el contrario, necesita estar asociada a otros factores.

H1.2 Los sistemas con mayor proporción de electores que se identifican con algún partido deberían alcanzar mayores niveles de institucionalización. La literatura ha considerado que aquellos partidos con mayores niveles de identificación partidista acostumbran a

poseer una base electoral más sólida y que, por tanto, un mayor porcentaje de sus votantes continuará votándolos de unos comicios a otros (LUPU, 2016; SEAWRIGHT, 2012). Para Mainwaring et.al (2018), esto debería generar una mayor estabilidad a nivel agregado, evitando la formación de nuevas siglas políticas, así como su posible éxito electoral puesto que el número de votantes péndulo sería extraordinariamente bajo. En líneas generales, ha tendido a considerarse que la identificación del elector con el partido está construida a partir de elementos ideológicos y/o programáticos, aunque cada vez son más los expertos que consideran que la identificación puede estar construida a partir de otros elementos (MORALES, 2016), pese a considerarlos menos estables (KITCHELT et al., 2010; MAINWARING y TORCAL, 2005).

H1.3 Los sistemas que tienen los aspectos programáticos como principal vínculo entre partidos y votantes tienden a ser sistemas más institucionalizados. Tanto las hipótesis relativas a la identificación partidista como a las conexiones programáticas están basadas en las teorías espaciales, psicosociológicas y de clivajes. Es decir, el elector se adhiere a un partido porque: consideran que este representa mejor sus intereses (COX, 1990); que el voto es directamente ideológico y/o programático (LIPSET y ROKKAN, 1967); o, que la escala izquierda-derecha sustenta los cimientos ideológicos, funcionando como un ancla psicológica que estabiliza el voto del elector al persistir en el tiempo (CAMPBELL et al., 1960).

Para estos expertos, las conexiones programáticas tienden a generar vínculos más estables que los clientelistas y personalistas (KITSCHELT et al., 2010; MAINWARING y TORCAL, 2005). Los vínculos clientelistas suponen un intercambio explícito: el elector otorga su voto a cambio de algún beneficio o retribución inmediata. Pero, en un mercado electoral competitivo, el votante puede sentirse atraído por la oferta de intercambio de otro político, cambiando su voto de una elección a otra (MAINWARING et al., 2018). Lo mismo sucede con los vínculos personalistas, el elector puede sentirse atraído por el carisma de otro candidato rápidamente. Por el contrario, los vínculos programáticos están contruidos a partir de una base más sólida. El elector considera que el programa de dicho partido es el más próximo a sus ideas, y, por tanto, la mejor de las opciones. Como las preferencias ideológicas tienden a ser más estables, el sistema se mantiene más estable puesto que la volatilidad se reduce y la entrada de nuevos partidos a la estructura de la competición se ve constreñida.

Sin embargo, como las hipótesis anteriores parecen que no siempre son suficiente para garantizar automáticamente niveles positivos de ISP, algunos autores han enunciado otras hipótesis relativas a la teoría de los clivajes. Estas nuevas hipótesis consideran que no basta con la existencia de fracturas sociales que movilicen a la sociedad al generar niveles de identificación partidista y/o conexiones programáticas entre los partidos y el electorado. Defienden que una concentración mayor de clivajes y la ausencia de fracturas sociales excluyentes entre sí son necesarias, conforme se expone a continuación.

H1.4 Los sistemas con una concentración de clivajes mayor deberían alcanzar niveles de institucionalización mayores. De acuerdo con la teoría de los clivajes sociales de Lipset y Rokkan (1967), las diferencias religiosas, de clase, cultura o residencia pueden generar conexiones entre los electores y los partidos. Esto contribuye al congelamiento del sistema e impulsa la ISP (MAINWARING y ZOCCO, 2007; MADRID, 2005, ROBERTS y WIBBELS, 1999). Sin embargo, para algunos expertos, como Casal Bértoa (2014), no basta con la existencia de algún clivaje estructurador, sino que es necesaria la acumulación de varios clivajes estructurales. Al mismo tiempo, los partidos y los electores deben dividirse en dos bloques claramente distinguibles y, que, coincidentemente, agrupen varios de los clivajes. Así, el sistema se vuelva más estable y predecible, evitando las coaliciones imprevisibles.

No obstante, para la literatura no todos los clivajes incentivan la estabilidad de la misma manera. Los clivajes étnicos son especialmente relevantes porque envuelven cuestiones que difícilmente cambian, a diferencia de los de tipo económico (EVANS y WHITEFIELD, 1999). Los clivajes de tipo político también pueden generar cambios en el voto. Curiosamente, en los países con prevalencia de clivajes económicos/distributivos la estructuración es mayor que cuando los clivajes son de tipo sociocultural (KITSCHOLT, 1999). Finalmente, la fuerza del clivaje también es relevante (BARTOLINI y MAIR, 1990).

H1.5 La ausencia de clivajes *cross-cutting*, es decir, excluyentes entre sí, favorece niveles altos de institucionalización. Los clivajes excluyentes entre sí o de tipo *cross-cutting* reducen la intensidad de los sentimientos políticos del individuo y dificulta la formación de coaliciones (RAE y TAYLOR, 1970). El ejemplo de Casal Bértoa (2006) permite comprender mejor esta hipótesis:

“Let’s think of a four-party system where two cleavages – economy and religion are cross-cutting. Party A and party B are both secular, but the first one is economically liberal, while the latter is socialist. On the other hand, party C and party D are both religious, but they differ in terms of their economic views: the latter being statist, and the former liberal. In such an ideologically divisive party system, political parties will have it difficult to interact in a stable and predictable way. First of all, it may be even impossible for them to interact at all. In such a case, especially if neither of them has an absolute majority, systemic instability - characterized by frequent minority governments and elections - will be the norm. Still, even if they manage to cooperate, and supposing that totally ideological enemies will never colligate, I can distinguish 4 different ways: A-B, A-C, B-D, and D-C; which can be 7 in case three parties are necessary to form the government (i.e., A-B-D; A-C-D; B-C-D). The fact that parties opt for one or another will most probably depend, *ceteris paribus*, on the most salient issue at a particular moment (e.g. abortion or religious education in schools would lead to a structure of competition pitting AB against CD; tax increase would face AC with BD; European integration could even open the path to a ABC vs. D confrontation, etc.) or on the preferences of a party faction predominant at a certain period (e.g., if liberals are predominant in C, a coalition between AC is more likely than AD, and so on).”(2006:15)²⁹.

Tras el análisis de las hipótesis de tipo sistémico, puede concluirse que todas ellas parecen estar construidas a partir de la relevancia atribuida a los elementos ideológicos y/o programáticos para la institucionalización de los sistemas de partidos. Aunque, por ejemplo, mayores niveles de identificación partidista, fragmentación o polarización no están siempre asociadas a niveles mayores de ISP ni a la presencia de vínculos programáticos (MAINWARING et al., 2018). Al mismo tiempo, en esta sección se ha evidenciado como estas hipótesis parecen alcanzar niveles de evidencia diferentes, e, incluso, contradictorios según la región o el estudio llevado a cabo. La existencia de organizaciones partidistas sólidas, un nivel de identificación partidista elevado o el establecimiento de conexiones programáticas puede no ser suficiente para generar niveles de ISP. Este hecho puede deberse a que su efecto podría depender de la asociación de

²⁹ “Pensemos en un sistema de cuatro partidos donde dos divisiones son transversales - la economía y la religión. El partido A y el partido B son ambos seculares, pero el primero es económicamente liberal, mientras que el segundo es socialista. Por otro lado, el partido C y el partido D son ambos religiosos, pero difieren en términos de sus puntos de vista económicos: el último es estatista y el primero liberal. En un sistema de partidos tan dividido ideológicamente, los partidos políticos tendrían dificultades para interactuar de manera estable y predecible. En primer lugar, puede llegar a ser imposible interactuar entre ellos. En este caso específico, si ninguno de ellos tiene mayoría absoluta, la inestabilidad sistémica será la norma, caracterizada por la elección frecuente de gobiernos de minoría. Aun así, si llegasen a lograr cooperar, y suponiendo que los enemigos ideológicos nunca se unirían, pueden distinguirse 4 formaciones diferentes: A-B, A-C, B-D y D-C; pudiendo ser 7 si fuese necesario tres partidos para formar gobierno (es decir, A-B-D; A-C-D; B-C-D). El hecho de que los partidos opten por uno u otro dependerá probablemente, *ceteris paribus*, de la cuestión más relevante en cada momento (por ejemplo, el aborto o la educación religiosa en las escuelas llevaría a una estructura de competencia que enfrentaría a AB con CD; el aumento de impuestos se enfrentaría AC con BD; la integración europea podría incluso abrir el camino a una confrontación entre ABC y D, etc.) o de las preferencias de una facción del partido que predomina en un determinado periodo (por ejemplo, si los liberales son predominantes en C, una coalición entre AC es más probable que AD, y así sucesivamente) ”.

cada una de ellas, o, incluso, de su combinación con otros factores causales provenientes de otros enfoques teóricos. Consecuentemente, la literatura sobre institucionalización debe intentar elaborar una respuesta teórica a este problema, repensando la importancia de los elementos programáticos e ideológicos y elaborando hipótesis de tipo equifinal que abarquen diferentes enfoques teóricos.

H1.6 Aquellos sistemas con un número de partidos superior está asociado a niveles inferiores de institucionalización. Esta ha sido una de las hipótesis más estudiadas y analizadas por la literatura. Numerosos estudios clásicos han afirmado que un mayor número de partidos en el sistema contribuye al aumento de la volatilidad (BARTOLINI y MAIR, 1990; MAINWARING y ZOCO, 2007; MAINWARING et al., 2016; ROBERTS y WIBBELS, 1999; TAVITS, 2005). Los sistemas de partidos que cuentan con una alta fragmentación pueden incentivar a los políticos a crear nuevos partidos, incrementándose la volatilidad exógena del sistema (CASAL BÉRTOA, 2015). Al mismo tiempo que puede afectar a la lógica del elector (MAINWARING y SCULLY, 1995). Si el sistema cuenta con muchos partidos, la distancia ideológica entre ellos puede ser pequeña, por lo que los ciudadanos tendrían más incentivos y opciones para cambiar de partido de una elección a otra (MAINWARING et al., 2018). Mientras que, si el sistema posee en su seno pocos partidos, el elector está menos incentivado para votar a otro partido (MAINWARING y SCULLY, 1995).

Por otro lado, numerosos estudios han afirmado que un mayor número de partidos en el sistema contribuye para una estructura de la competición abierta (BARTOLINI y MAIR, 1990; MAINWARING y ZOCO, 2007; MAINWARING et al., 2016; ROBERTS y WIBBELS, 1999; TAVITS, 2005). La competición interpartidista se vuelve más compleja e imprevisible (SARTORI, 1976), es decir, los sistemas multipartidistas tienden a ser más inestables (ROBERTS y WIBBELS, 1999; BARTOLINI y MAIR, 1990; REMMER, 1991). Para Casal Bértoa (2016), un número de partidos elevado favorece una estructura de la competición partidista abierta, puesto que afecta negativamente a cada uno de sus indicadores: la fórmula de Gobierno tiende a ser innovadora, la alternancia al poder parcial y el acceso al Gobierno no está limitado a un pequeño círculo de partidos. Para Mainwaring y Scully (1995), el multipartidismo también dificulta la coherencia legislativa de las mayorías. y, a su vez, los partidos poseen menos incentivos para una mayor cooperación y colaboración entre ellos (CASAL BÉRTOA, 2015).

Esta hipótesis ha sido comprobada para regiones como la latinoamericana y Europa del Este (CASAL BÉRTOA, 2016; MAINWARING et al., 2018). Sin embargo, parece que esta hipótesis no consigue generar niveles aceptables de ISP de forma aislada, por lo que precisa de estar asociada a otros factores. Casos como el brasileño, sistema que se ha institucionalizado durante la primera década del siglo XXI pese a la existencia de un multipartidismo extremo, y, el rumano, que cuenta con un multipartidismo moderado, pero alcanza niveles de institucionalización inferiores a la de otros países con los mismos niveles, abalan esta idea. La existencia de un presidencialismo que consiga estructurar la competición del sistema de partidos podría estar relacionada con estos resultados, al conseguir desactivar el efecto negativo de la fragmentación. Por ejemplo, Brasil pese al elevado número de partidos políticos presentes en la Cámara Baja, podría haber alcanzado niveles de institucionalización superiores debido al papel estructurador de la competición presidencial. La estructura asumida por la competición presidencial durante finales del siglo XX y la primera década del siglo XXI ha estructurado de manera estable el resto de las interacciones interpartidistas mediante el establecimiento de tres bloques liderados por los principales partidos: PT, PSDB y PMDB (MELO y CÂMARA, 2012).

H1.7 Los sistemas de partidos más polarizados están asociados con mayores niveles de institucionalización. La distancia ideológica entre partidos disminuye los incentivos del elector para cambiar su voto de una elección a otra, favoreciendo que la oferta partidista se mantenga estable y que la volatilidad endógena sea casi inexistente. Lupu (2016) afirma que la proximidad ideológica entre partidos conduce a la disolución de las marcas partidistas, lo que, a su vez, puede debilitar la identificación partidista y dejar a los partidos en el gobierno más vulnerables al colapso cuando sus mandatos son débiles, dado que el elector se mantendrá menos fiel. Para Tavits (2005) una mayor polarización refleja la mayor relevancia de las ideas programáticas. Roberts (2014) argumenta que los sistemas de partidos latinoamericanos eran más estables antes del periodo neoliberal debido a la distancia ideológica entre partidos. El desplazamiento ideológico hacia la derecha de los partidos latinoamericanos acabó con la polarización, erosionando su estabilidad. La polarización del sistema contribuye a su mayor estabilidad y previsibilidad (BARTOLINI y MAIR, 1990; MADRID, 2005; ROBERT y WIBBELS, 1999).

3.1.2 Factores relativos a las instituciones políticas

Consideran que las reglas del juego relativas a la organización del sistema político y sus actores pueden facilitar la entrada de nuevos actores políticos o proveer incentivos para que los electores no cambien su voto de una elección a otra afectando así a los niveles de institucionalización. Los sistemas que evitan la entrada de nuevos actores y los cambios electorales favorecen las condiciones necesarias para la existencia de un sistema de partidos más estable (CARRERAS, 2012; COX, 1997; MADRID, 2005; MAINWARING et al., 2016; ROBERTS y WIBBELS, 1999) y, por tanto, institucionalizado. Mientras que las reglas institucionales abiertas favorecen los cambios en los sistemas de partidos, disminuyendo la predictibilidad de este (MAINWARING et al., 2018). Para Mainwaring et al. (2018) estos factores no están directamente asociados con la ISP. Dentro de este enfoque se distinguen las siguientes hipótesis:

H2.1 Las magnitudes de distrito mayores favorecen niveles de institucionalización inferiores. Cuando las magnitudes de las circunscripciones electorales son mayores, es decir, se elige un número mayor de representantes, se facilita la entrada electoral de nuevos partidos a la Cámara Baja puesto que se necesita un porcentaje menor de votos para ser elegido (COX, 1997; TAVITS, 2008). Por lo que, el sistema tiende a tornarse más fragmentado, al aumentar el número de partidos con representación, también incentiva la creación de nuevos partidos y puede tener un efecto independiente en el aumento de la volatilidad (MAINWARING et al., 2018). Por otro lado, es importante resaltar que el impacto de la magnitud del distrito en la inestabilidad del sistema puede estar potencializada por su asociación con otros elementos institucionales. Por ejemplo, el voto proporcional, combinado con elevadas magnitudes y bajos cocientes electorales incentivan la volatilidad, y, por tanto, la inestabilidad del sistema. En cambio, las fórmulas electorales mayoritarias con magnitudes pequeñas y cocientes elevados incentivan la coordinación estratégica de los partidos, tornándolos organizaciones más robustas, y, evitando la entrada de nuevos actores al sistema.

En líneas generales, esta hipótesis está directamente relacionada con otra de la hipótesis ya mencionada en la sección anterior, el impacto de la fragmentación. Consecuentemente, la magnitud del distrito puede ser una variable antecedente de la fragmentación y no un factor causal directo de la institucionalización de los sistemas de partidos. Por lo que la

literatura debe reconsiderar si la magnitud del distrito es realmente un factor causal para la ISP.

H2.2 Si el financiamiento de los partidos se realiza a través de fondos públicos generosos y son distribuidos según el tamaño representativo de los partidos, la institucionalización debería ser mayor. Para Birnir (2005), el financiamiento privado no posee un efecto estabilizador en comparación con la financiación pública, especialmente cuándo está cimentado en las contribuciones de grandes empresas. Los fondos privados favorecen la inestabilidad al generar la entrada y salida de candidatos y partidos, e, incluso puede llegar a afectar a la supervivencia del partido. Generalmente, esas contribuciones dependen de la presencia de determinados candidatos, por lo que con su ausencia el partido podría perder dicho financiamiento y precipitarse hacia el colapso. A su vez, esta hipótesis guarda relación con otra de las hipótesis que aún no ha sido analizada, la relación entre corrupción y menores niveles de ISP. El financiamiento público asegura una mayor transparencia, dado que las cuentas del partido pasan a ser conocidas y controladas, y dificulta recurrir a fuentes ilegítimas de financiación que utilizan dichas acciones como un mecanismo de intercambios clientelistas. Por otro lado, si el financiamiento es exclusivamente público, generoso y se reparte en base al tamaño del partido (MAINWARING et.al, 2018) se garantiza la supervivencia de los partidos. Las exigencias para beneficiarse de este tipo de financiamiento actúan como una barrera para la aparición de nuevos partidos. Sin embargo, una vez más este factor de manera aislada no tendría por qué actuar en detrimento de los niveles de institucionalización, siendo necesaria su combinación con otros.

H2.3 La celebración de elecciones legislativas y presidenciales simultáneas deberían estar asociadas con mayores niveles de institucionalización. Esta hipótesis parte de la siguiente premisa: las elecciones simultáneas presidenciales y parlamentares generan una mayor gobernabilidad y al mismo tiempo más estabilidad (MAINWARING y SHUGART, 1997; SHUGART y CAREY, 1992). Consideran que la elección simultánea permite transferir los votos del candidato presidencial hacia sus partidos, favoreciendo la creación de un congreso que le ayude a gobernar de manera sólida puesto que facilita la formación de coaliciones o la obtención de una base de gobierno aliada cuando el partido del presidente no cuenta con la mayoría suficiente. Por lo que también incentiva niveles de fragmentación inferiores. Además, la elección simultánea evita que los políticos del mismo partido y/o coalición tengan incentivos para participar de la campaña política

(COX, 1997). Sus carreras políticas se vinculan de manera directa al resultado presidencial. Al mismo tiempo dificulta la aparición de outsiders (CARRERAS, 2012).

Sin embargo, debe reconsiderarse si el efecto de este factor puede ser aún más limitado, es decir, no basta con la existencia de elecciones simultáneas. Molina (2001) afirma que este efecto tiene lugar, únicamente, si la elección presidencial utiliza una fórmula de mayoría relativa como en Honduras, Paraguay o México, que incentiva la elección del presidente en la primera vuelta. Considera que la utilización de este tipo de fórmula favorece la concentración de votos en los dos candidatos con más opción de éxito electoral y a sus respectivos partidos para la Cámara Baja, desistiendo de votar en candidatos minoritarios. Así, esa transferencia de los votos iría destinada únicamente a esos dos partidos, favoreciendo un mandato presidencial con un apoyo parlamentario sólido. Pero si las elecciones simultáneas se combinan con fórmulas de mayoría absoluta que incentivan una segunda vuelta, los electores tenderían a apoyar al candidato y a los partidos por los que tienen una preferencia real. Este podría ser el caso de países como Brasil que pese a contar con la celebración de elecciones simultáneas la Cámara Baja está conformada por un alto número de partidos y un mandato presidencial débil que necesita de alianzas para poder ejercer su mandato.

H2.4 Aquellas reglas que permiten a los candidatos comprar tiempo de propaganda en televisión y radio deberían estar asociadas con menos niveles de institucionalización. Esta hipótesis está basada en la importancia que las campañas electorales y los medios de comunicación del siglo XX pueden ejercer en el elector. La literatura clásica consideraba que estas campañas no conseguían un efecto relevante a la hora de articular el voto (CAMPBELL, 1960; DOWNS, 1957). Ahora bien, la realidad de las democracias en consolidación y el desgaste de los partidos políticos tradicionales junto con la aparición de nuevos medios de comunicación parecen haber transformado el impacto de las campañas (BORBA, 2008). Los estudios más recientes demuestran que las campañas electorales sí importan. Si los electores contasen con informaciones plenas y ninguna duda, no serían influenciables y, por tanto, las campañas no existirían. Es decir, las campañas electorales son relevantes dado que un amplio número de electores deciden su voto durante este periodo y tienen en consideración las diferentes informaciones y debates, especialmente en aquellos países donde la identificación partidista es menor (TELLES y MORENO eds., 2014).

Este tipo de reglamento, comprar tiempo de propaganda en televisión y radio, facilita que los nuevos partidos sean capaces de distribuir de una forma más eficiente su mensaje, aproximándose rápidamente al electorado (MAINWARING et al., 2018). Como consecuencia puede aumentar la inestabilidad del sistema dado que la volatilidad y la estructura de la competición pueden verse fuertemente afectadas. Además, el efecto de este factor causal puede ser aún mayor en regiones donde la identificación partidista y las conexiones programáticas son escasas. Por lo que una vez más, el impacto de este factor puede estar asociado a la presencia de otras condiciones como el tipo de vínculos entre electores y partido, la identificación partidista y la presencia de clivajes sociales. Luego una vez más este factor causal está fuertemente relacionado con la importancia atribuida por la literatura y la experiencia de las democracias consolidadas a los elementos programáticos e ideológicos.

Pero con la llegada de nuevos medios de comunicación como las redes sociales este factor causal podría tener un efecto mucho más limitado. Los candidatos no necesitarían comprar tiempo en medios como la televisión y la radio para transmitir su mensaje y conectar con el electorado. La campaña de Barack Obama en el 2008 y su uso de las redes sociales fueron un claro ejemplo del potencial de estas nuevas formas de comunicación y su impacto. Pese a que el acceso a internet es limitado en algunas regiones, como en la mayoría de las democracias en consolidación, su impacto no puede ser menospreciado (TELLES y MORENO eds., 2014). Luego, las redes sociales permiten a los candidatos difundir eficientemente su campaña electoral, de manera más económica y al margen de la legislación electoral, al menos por ahora³⁰.

³⁰ Por ejemplo, pese a que Brasil no permite la compra de propaganda en radio y televisión, esta es atribuida según el número de representantes en la Cámara Baja y la elección de 2018 evidencia el escaso impacto de este tipo de propaganda. El candidato a la presidencia Jair Bolsonaro y su partido (PSL) lograron hacerse con la presidencia y un alto número de puestos en el legislativo pese a no contar con prácticamente tiempo disponible en la televisión y la radio. Mientras que candidatos como Geraldo Alckim del PSDB, pese a contar con el mayor tiempo de propaganda en televisión y radio, no consiguieron un desempeño electoral positivo. El ahora presidente Jair Bolsonaro realizó como candidato presidencial un uso intensivo de las redes sociales como estrategia de campaña y con su victoria la institucionalización del sistema de partidos brasileño se vio agravada. El PSL era un partido relativamente insignificante para el sistema, por lo que esta elección ha contribuido para la pérdida de institucionalización al generar un cambio en la fórmula de gobierno, estableciendo una estructura de la competición abierta. Luego, hoy en día la existencia de reglas que permiten a los candidatos comprar tiempo de propaganda en televisión y radio pueden no tener un impacto determinante en los niveles de institucionalización, pero sí la utilización de las redes sociales al menos en cuanto no exista una legislación específica.

H2.5 Mayores dificultades para registrar nuevos partidos están asociadas con mayores niveles de institucionalización. Para algunos expertos, exigir un número de firmas mayor para el registro de un nuevo partido reduce los incentivos para la creación de nuevos partidos, de manera que el orden se mantiene estable. Sin embargo, esta hipótesis parece, una vez más, una variable antecedente de la fragmentación y no un factor causal por sí mismo. La creación de un nuevo partido no supone automáticamente su éxito electoral, y, por consiguiente, sin éxito electoral no se verían perjudicados ni los niveles de volatilidad endógena y ni la estructura de la competición del sistema de partidos. Es decir, pese a la creación de esos partidos, la institucionalización del sistema de partidos se mantendría. No obstante, este factor podría tener impacto en comunión con otros que sí facilitarían o guardarían relación con los cambios en las preferencias del elector.

H2.6 La exclusión de candidatos independientes está relacionada con mayores niveles de institucionalización. Con este tipo de medidas una amplia parte de la literatura considera que se dificulta la proliferación de candidatos *outsiders* puesto que los candidatos apartidistas no puedan desafiar a los partidos existentes (MAINWARING et al., 2018). Se parte de la premisa de que cualquier miembro del sistema de partidos, ya sean los propios partidos o sus representantes, vela por la estabilidad del mismo y defienden las posiciones programáticas y/o ideológicas de sus partidos.

Sin embargo, la proliferación de *outsiders* parece depender más de otras cuestiones como las facilidades para crear un nuevo partido, la existencia de partidos que ejercen con máquinas electorales de alquiler o la presencia de representantes políticos que ejercen un discurso similar a estos. Por ejemplo, en Chile se permite la candidatura de independientes y es una de las democracias latinoamericanas más institucionalizada, contando con partidos robustos y sin la presencia de candidatos *outsiders*. Además, cada vez es más común en las democracias en consolidación que prohíben la candidatura de independientes la aparición de *outsiders* desde dentro del sistema, es decir, candidatos que si cuentan con experiencia política y partidista pese a mantener el resto de las características similares a las del concepto tradicional. Estos candidatos cuentan con un discurso vacío y exaltado que condena la “ideología” e incentiva la idea de un enemigo del Estado, generalmente relacionado con una parcela de la clase política. Por tanto, las democracias en consolidación se enfrentan a un nuevo tipo de *outsider*. Retomando el ejemplo del ya mencionado presidente brasileño, Jair Bolsonaro, pese a contar con una amplia experiencia política como diputado puede ser considerado como un *outsider* por

la constante transición de un partido a otro y su tipo de discurso político electoral. Este tipo de candidato también es cada vez más común en la región latinoamericana como en Colombia, Honduras o Panamá, entre otros. Por tanto, este factor parece no estar relacionado de forma directa con determinados niveles de ISP. Los *outsiders* y sus consecuencias para la estabilidad del sistema no está constreñida por este tipo de legislación tras la aparición de esta nueva versión del *outsider*

H2.7 El federalismo está relacionado con niveles inferiores de institucionalización. Esta hipótesis parte de la premisa de que el federalismo dispersa el poder, algo que puede ser un problema en países que ya cuentan con otros factores institucionales que también contribuyan a dicha dispersión (MAINWARING y SHUGART, 19997; PALERMO, 2000). Mainwaring (1999) en su estudio de caso sobre el sistema de partidos brasileño, concluye que este es uno de los principales problemas, pues, afirma que el federalismo en Brasil impacta negativamente en la ISP al promover la descentralización y la heterogeneidad partidista. Considera que la estructura partidista de competición se vuelve menos predecible debido a que numerosos asuntos nacionales se desarrollan en la esfera regional o local. De manera que esa dispersión del poder se traduciría en ingobernabilidad (PALERMO, 2000). Mientras que los Estados centralizados tenderían a favorecer la institucionalización.

Sin embargo, esta hipótesis fue formulada únicamente para el caso brasileño, por lo que el federalismo podría no ser un factor relevante en otras democracias e incluso ni ser determinante para el propio país. Brasil logró institucionalizar en algún grado su sistema de partidos a inicios del siglo XXI. Además, el federalismo brasileño es bastante asimétrico y desde 1990 el Estado se ha centralizado (ARRETCHE, 2009). Por otro lado, México, otra federación latinoamericana también ha logrado institucionalizarse. Sin contar que algunas de las democracias consolidadas con sistemas de partidos perfectamente institucionalizados son también federaciones. Por lo que esta hipótesis parece carecer de valor explicativo, al menos, de forma aislada hasta para la propia región latinoamericana.

H2.8A El presidencialismo dificultaría altos niveles de institucionalización. Las decisiones institucionales crean incentivos y restricciones para los actores del sistema, ayudando o perjudicando, en última instancia, a la estabilidad del sistema y de la democracia. Para Mainwaring (1993), de todas las decisiones institucionales, ninguna es

más importante que la forma de gobierno. Esta hipótesis parte de la premisa de que en el presidencialismo puede afectar a la estabilidad del sistema debido a la concurrencia entre los poderes ejecutivo y legislativo, lo que puede acabar en conflicto (LINZ, 1994; MAINWAIRING, 1993; PALERMO, 2000). Esta corriente literatura ha considerado que el parlamentarismo es más flexible que el presidencialismo a la hora de ofrecer soluciones cuando se llega a situaciones de parálisis decisoria. Ya en el presidencialismo, el ejecutivo y el legislativo se ven obligados a coexistir en un marco de confrontación que afecta a la estabilidad del sistema (PÉREZ LIÑAN, 2001). Además, afirman que esta parálisis incentivó la participación de los militares para resolver estas crisis durante las décadas de los 70 y 80 en regiones como la latinoamericana (LINZ, 1994).

Para Mainwaring (1993), el presidencialismo tiene un efecto mayor en la inestabilidad de los sistemas cuando está combinado con el multipartidismo. Mientras que los presidentes parlamentares son electos mediante el apoyo de la mayor parte de los partidos o por una mayoría cualificada formada por el grueso de los partidos. Los candidatos presidenciales no pueden ignorar a ningún segmento electoral. Como consecuencia, los candidatos presidenciales tienden a realizar coaliciones que maximicen el voto, ultrapasando en ocasiones las líneas ideológicas y pudiendo realizar demandas dispares ideológicamente (CASAL BÉRTOA, 2012; LINZ, 1994). Por otro lado, las reformas constitucionales y legales implementadas en las últimas décadas han fortalecido la figura presidencial (PACHANO, 2004). Como consecuencia, los países latinoamericanos enfrentan dificultades a la hora de generar mayorías parlamentarias que sustenten al gobierno, por lo que el presidente precisa negociar y ceder en algunos puntos de la agenda, lo que puede promover el desplazamiento del partido en el espectro ideológico, debilitando su conexión con el elector. Además, el presidencialismo también es más susceptible a la proliferación de los candidatos *outsiders* en aquellos países cuyas democracias están en consolidación y favorece las deslealtades partidistas (MAINWARING et al., 2016). Por tanto, esta idea está estrechamente relacionada, una vez más, con la importancia atribuida a la estructuración programática y las conexiones basadas en aspectos ideológicos y/o programáticos.

Sin embargo, para autores como Pérez Liñan (2001), pese a que la literatura ha tendido a considerar que en regiones como en la latinoamericana, el presidencialismo no consigue resistir a la pugna de poderes entre ejecutivo y legislativo erosionando la estabilidad del sistema; en América Latina este conflicto institucional continúa sucediendo, pero la

capacidad de las democracias de la región para procesarlas parece cada vez mayor. Es decir, la estabilización y el juicio político, más que el autogolpe y las juntas militares, son el corolario de las crisis latinoamericanas (PÉREZ LIÑAN, 2001:16).

Para Mainwaring et al. (2018), la realidad latinoamericana le ha llevado a considerar que la literatura ha ignorado la relevancia de los presidentes para modelar el sistema de partidos, al menos en las democracias latinoamericanas. Considera que el hecho de ser elegidos independientemente y ser únicamente depuestos en caso de impeachment les confiere un amplio poder. Es decir, este es otro motivo por el que el presidencialismo podría actuar en detrimento de la institucionalización. Afirma que no es una condición *per sé* y que depende de las actitudes tomadas por el propio presidente. Este podría en periodos de crisis política o cuándo sus objetivos visan aumentar su poder, llegar a debilitar deliberadamente a los partidos políticos en general al considerarlos como obstáculos en su camino hacia la democracia delegativa (O'DONELL, 1994) o el hegemonismo partidario. En una línea argumental similar, para Molina (2015), el presidente puede propiciar una personalización de las institucionalizaciones, impactando negativamente en los niveles de institucionalización. Cuando el presidente intenta constreñir los pesos y contrapesos del poder presidencial, obviando la intermediación del partido y utilizando sus herramientas partidistas para asumir el control de las instituciones, estas dejan de estar progresivamente al servicio de la ley para limitarse al proyecto personal del líder. Alcántara, Barragán y Sánchez (2016) apuntan que existe asociación entre la elección de presidentes con menor formación académica y experiencia política con menores niveles de ISP. Concluyen que los regímenes más democráticos suelen elegir presidentes con niveles superiores de educación y experiencia política, tanto en el seno del partido como en cargos electivos, y, apuntan que como futura línea de investigación debe comprobarse si la elección de este tipo de presidentes impacta en los niveles de ISP, o, si, por el contrario, esa elección es producto de los niveles de institucionalización y desarrollo democrático del país.

H2.8B Cuando la competición presidencial estructura las relaciones interpartidarias en la Cámara Baja cabría esperar mayores niveles de institucionalización. Esta hipótesis se enmarca en la literatura que considera, a diferencia de autores como Linz (1994) o Mainwaring (1993), que el presidencialismo no es una barrera para la estabilidad de los sistemas políticos (PÉREZ LIÑAN, 2001; MELO y CÂMARA, 2012). Para Melo y Câmara (2012), el presidencialismo podría tener un impacto positivo, llegando a

incentivar la institucionalización del sistema de partidos. Defienden que, si la competición presidencial logra generar una estructura de la competición cerrada, significará que la competición presidencial ha logrado que las interacciones entre los partidos del congreso se tornen estables y previsibles. Replicar la dinámica electoral presidencial en la arena parlamentaria consolidaría el sistema de partidos a lo largo del tiempo. Consideran que este es uno de los factores que han contribuido para la institucionalización del sistema de partidos brasileño durante la primera década del siglo XXI. Por consiguiente, consideran que el presidencialismo no se convierte automáticamente en un factor negativo para la ISP; por el contrario, en determinados casos puede ser especialmente relevante para su institucionalización.

3.1.3 Factores relativos a las características sociales

Esta aproximación está construida a partir de asociaciones teóricas y cuenta con una relevancia menor en los estudios causales. Para este tipo de teoría algunas características sociales pueden incentivar que los votantes establezcan conexiones más o menos fuertes con los partidos, favoreciendo la institucionalización, y, viceversa (MAINWARING et al., 2018). Destacan las siguientes hipótesis:

H3.1 Un nivel de desarrollo mayor está asociado con una mayor institucionalización del sistema de partidos. Mainwaring (1999) concluye en el estudio del sistema de partidos brasileño que la cultura política anti-organizaciones del país dificultaba la ISP. Ahora bien, para algunos autores no debería entenderse como una barrera permanente (JOHNSON, 2002). Mientras que una sociedad con un nivel de desarrollo superior favorecería la ISP. La presencia de ciudadanos con altos niveles educativos y con un mayor interés y acceso a la información política favorecen las conexiones entre partidos y electores (DALTON y WELDON, 2007), mermando la volatilidad electoral, favoreciendo, en última instancia la ISP. Sin embargo, esta conclusión basada en el realineamiento que tuvo lugar durante finales del siglo XX, parece que está evaporándose. Actualmente en las democracias consolidadas, donde la población electoral cuenta cada vez con un nivel de desarrollo superior, el electorado apoya cada vez menos a los partidos políticos en general y las conexiones entre electores y partidos son cada vez menos robustas. Por lo que el impacto causal de esta hipótesis debe ser cuanto menos cuestionado y ajustado a cada contexto.

H3.2 La fragmentación étnica está asociada con bajos niveles de institucionalización. Para Madrid (2005), los sistemas de partidos con población étnicamente diversa favorecen la volatilidad puesto que estos segmentos de la población no establecen vínculos estables con los partidos tradicionales. Tienden a apoyar partidos nuevos, ya sea indígenas o no. Esta hipótesis contradice la idea presentada anteriormente de que los clivajes étnicos son especialmente relevantes a la hora de estructurar la competición partidista generando mayores niveles de ISP. Para Madrid (2005), pese a que el clivaje étnico pueda ser más estable porque envuelven cuestiones que difícilmente cambian, a diferencia de los de tipo económico (EVANS y WHITEFIELD, 1999), estos segmentos del electorado se han mostrado especialmente volátiles en la región andina. Sin embargo, con la formación del MAS boliviano los niveles de volatilidad han disminuido pero la estructura de la competición del sistema electoral está cerrada.

Por tanto, sendas hipótesis sociológicas deben ser reconsideradas dado que parecen meras asociaciones y debería pensarse en el impacto de otras posibles explicaciones de este tipo que no hayan sido consideradas hasta hoy.

H3.2 Algunos rasgos relacionados con la cultura política, como la desafección política, están asociados con niveles inferiores de ISP. Los valores y el apoyo que los ciudadanos otorgan al juego democrático impactan fuertemente a la estabilidad del sistema y de la democracia (ALTMAN y LUNA, 2007). Easton (1965) apuntaba que la cultura política de cada sociedad era clave a la hora de entender el desempeño institucional; mientras que otros autores, como Johnson (2003) consideran que es un elemento impreciso y poco aporta a los estudios sobre la institucionalización y el desempeño democrático. Estos últimos, consideran que el hecho de que los ciudadanos no se sientan representados por el sistema ni confíen en él no tienen por qué ser un indicio necesario de la estabilidad democrática.

De entre todos los rasgos de la cultura política, la desafección política ha sido considerada como la más impactante en la estabilidad de las instituciones y el régimen democrático. La desafección política es el sentimiento subjetivo de distancia o rechazo que experimentan los ciudadanos contra las instituciones y sus representantes, marcado por el cinismo y la falta de confianza. Es decir, este sentimiento de desafección está determinado, entre otros factores, por la desconfianza hacia las instituciones democráticas, la insatisfacción con la democracia y la calidad de los procesos políticos (TORCAL y MONTERO, 2006). Ya la insatisfacción con el desempeño del gobierno

tiene más que ver con la distancia ideológica entre el elector y el gobierno que con la desafección (TORCAL, 2006). Los ciudadanos afectados por este fenómeno han sido relacionados con el aumento de los niveles educativos, lo que crearía ciudadanos más críticos con el sistema y exigentes, y, también ha sido relacionada con las sociedades menos desarrolladas, características de las democracias en consolidación.

Para Torcal (2006), más específicamente, la desafección institucional, puede generar inestabilidad, y, por tanto, generar niveles inferiores de institucionalización del sistema de partidos debido a los siguientes mecanismos. La existencia de una ciudadanía que desconfía de los representantes y los partidos políticos tradicionales puede permitir que los *outsiders* alcancen el poder rápidamente. Este tipo de ciudadanos tiende a rechazar los partidos tradicionales y atribuir a los nuevos partidos o candidatos una evaluación positiva, pues consideran que lo nuevo es inherentemente bueno. También está relacionada con la inestabilidad de las preferencias electorales, disparando los niveles de volatilidad y erosionando o dificultando el establecimiento de vínculos estables entre los partidos y el electorado. Además, si los ciudadanos consideran que la democracia no es necesariamente el mejor régimen político, es decir, la legitimidad democrática es baja, en momentos de crisis políticas e institucionales, la ciudadanía puede apoyar la instauración de regímenes no democráticos.

3.1.4 Factores relacionados con las acciones gubernamentales

Durante los últimos años, se viene estudiando, cada vez más, la relación entre la actuación del Gobierno y la economía en la institucionalización de los sistemas de partidos. En líneas generales, estas teorías consideran que los gobiernos débiles con problemas económicos incentivan a los miembros políticos a crear nuevos partidos y a los electores a apoyarlos, al menos en las democracias en consolidación. A su vez, la mayor parte de estudios empíricos comparados que analizan su impacto se han enfocado en Europa del Este (CASAL BERTÓA, 2015); aunque cada vez son más los estudios causales que se interesan por este enfoque. Por otro lado, el desarrollo teórico de estas hipótesis es menos denso comparado con la de otros enfoques, como las sistémicas, las institucionales o las históricas. Destacan las siguientes hipótesis:

H4.1 El crecimiento económico bajo a largo plazo favorece niveles de institucionalización bajos. Mientras que el crecimiento económico a largo plazo incentiva los niveles de institucionalización. No es una novedad que economía y política están

relacionadas. Las diferentes políticas públicas inciden en los resultados económicos, estimulando o inhibiendo, por ejemplo, la actividad productiva, la tasa de inflación y el desempleo. Que a su vez influenciarían las decisiones del electorado. Son muchos los autores que han relacionado el desempeño económico con la estabilidad de los sistemas de partidos e incluso de los regímenes políticos (PRZEWORSKI, ALVAREZ, CHEIHUB y LIMONGI, 1997).

Esta hipótesis se basa en la premisa de que, ante contextos económicos negativos el electorado deja de apoyar a los partidos políticos tradicionales, abriendo la puerta a nuevos competidores (CASAL BÉRTOA, 2015; MAINWARING et al., 2018; MADRID, 2005; TAVITS, 2005). Así organizaciones políticas que nunca alcanzaron el Gobierno podrían tomar pose, generando una estructura de la competición del sistema de partidos cerrada. Al mismo tiempo, un contexto como este favorece la creación de nuevas formaciones partidistas, por lo que la fluidez partidista y la volatilidad endógena podrían aumentar. Además, provoca que los otros partidos se alejen del presidente y su partido, al responsabilizarlo de manera constante como el único responsable por el mal desempeño económico. Este tipo de estrategia busca preservar y maximizar el éxito electoral, en detrimento de las lealtades políticas, dificultando la formación de nuevas coaliciones con el partido de la presidencia (MAINWARING y ZOCO, 2007. MAINWARING et al., 2018; TUCKER, 2006). Ante semejante panorama, pueden tener lugar importantes migraciones de los representantes de los partidos tradicionales hacia nuevos partidos. Consecuentemente, el sistema se vuelve más inestable, pudiendo llegar incluso a quebrar y/o tornarse una oportunidad perfecta para candidatos *outsiders* con el peligro que conllevan para las instituciones democráticas. Este factor causal parece ser uno de los responsables por la pérdida de institucionalización del sistema de partidos colombiano a inicios del siglo XXI, pese a que otros estudios han concluido que el impacto de un crecimiento económico bajo no ha sido suficiente para erosionar los niveles de institucionalización (MAINWARING et al., 2018). Es decir, los estudios sobre institucionalización necesitan considerar si este factor necesita estar combinado con otros para provocar dicha erosión.

En cuanto un contexto económico positivo favorece la institucionalización de los sistemas de partidos. Hasta los estudios de Casal Bértoa (2014), algunos estudiosos habían apuntado en esta dirección (REMMER, 1991; ROBERTS y WIBBELS, 1999) pese a que poco se ha especificado sobre los mecanismos responsables por esta afirmación. A groso

modo se considera que un crecimiento económico positivo podría incentivar niveles bajos de volatilidad, desincentivar la entrada de nuevos partidos al seno del sistema y el mantenimiento de la estructura de la competición del sistema de partidos, consolidándolo como cerrado. Casal Bértoa (2014) demuestra la relación causal entre el crecimiento económico positivo y la institucionalización de los sistemas de Europa del Este. Si bien es verdad, que reconoce que debe estar asociado con otros factores para producir ISP.

En contraposición, pese a este hallazgo, Mainwaring et al. (2018), el crecimiento positivo a corto plazo, al menos en la región latinoamericana puede no estar relacionado con mayores niveles de institucionalización. Es más, considera que es negativo para la institucionalización ya que puede favorecer cambios significativos en la coalición de Gobierno, convirtiendo la estructura de la competición del sistema de partidos en cerrada. Esto se debe a que un mayor número de partidos estaría incentivado a formar parte de la coalición de Gobierno, llevándolos a poder aceptar un número mayor de concesiones con tal de formar parte del Gobierno desbancando a los miembros anteriores. Sin embargo, esta afirmación está basada en una asociación teórica y necesita ser comprobada.

H4.2 Las tasas de inflación elevadas estarían asociadas con niveles de institucionalización inferiores. Esta hipótesis está basada en las mismas premisas que la anterior. Es decir, favorece la volatilidad electoral, los cambios en la estructura de la competición del sistema de partidos y la fluidez, lo que perjudicaría, en última instancia, los niveles de ISP. En esta línea argumental, Camargos (2014) afirma que la inflación es el indicador económico que más impacta en la reelección del incumbente. Disminuir y controlar la inflación ejerce un impacto positivo a la ISP al contribuir a la reelección del presidente y mantener estables las preferencias del electorado.

H4.3 La corrupción está asociada con niveles de institucionalización inferiores. Seawright (2012) considera que los escándalos de corrupción pueden desestabilizar los sistemas de partidos. En esta misma línea argumental, Pavão (2015) afirma que la corrupción genera desafección política, incentivando la volatilidad del sistema y la entrada de nuevos actores. Así como en las hipótesis anteriores este tipo de situaciones puede erosionar gravemente la fortaleza de los partidos tradicionales pudiendo llegar incluso a generarse un colapso del sistema de partidos. Específicamente, para Mainwaring et.al (2018), los votantes tienden a castigar a los gobiernos en contextos como este, prefiriendo apoyar a nuevos partidos para su representación y gobierno. Es decir, la estructura de la

competición del sistema de partidos también puede verse afectada, lo que sin duda impacta negativamente en los niveles de institucionalización.

Para Roper (2002), ciertas formas de corrupción, como las donaciones ilegales, afectan a los partidos en general pues contribuyen a la desafección política ciudadana favoreciendo la acogida de candidatos *outsiders* y la formación de nuevas organizaciones partidistas. Sin embargo, para Montero, Gunther y Torcal (1998), en España durante la década de los noventa del siglo XX, pese a que el país atravesó una fuerte crisis económica y un periodo marcado por los escándalos políticos y los numerosos casos de corrupción, el sistema de partidos se mantuvo estable y ningún partido de corte antisistema aumento su éxito electoral. Ya en el caso de Brasil, la reciente pérdida de institucionalización del sistema de partidos podría estar relacionada, en parte, con los constantes escándalos de corrupción. Por lo que la percepción de la corrupción es el elemento clave. Baptista y Telles (2018) afirman que el impacto de la corrupción es mayor cuando es abordado como un escandalo mediático por parte de los medios de comunicación puesto que su percepción se dispara. Una vez más, podemos estar ante un factor que podría contribuir para la desinstitucionalización de los sistemas de partidos únicamente de manera combinada con otros.

H4.5 Una buena capacidad estatal debería estar asociada con altos niveles de institucionalización. Esta hipótesis ha sido la menos trabajada de este grupo teórico. A grandes rasgos, consiste en que los gobernantes tienen más probabilidades de hacer un buen gobierno cuando consiguen implementar numerosas políticas públicas. Ahora bien, para conseguir implementar políticas públicas de manera satisfactoria es necesario que el Estado cuente con una cierta capacidad estatal pues de esta depende su diseño, ejecución y control. Mientras que aquellos Estados con problemas para implementar políticas públicas tendrían sus niveles de institucionalización perjudicados (MAINWARING et al., 2018). Una de las principales dificultades a la hora de analizar el impacto de esta hipótesis es la operacionalización del propio concepto, es decir, como medir la capacidad estatal. Los expertos se han dividido en torno a dos operacionalizaciones, una más minimalista que distingue únicamente la capacidad fiscal y coercitiva del Estado y las de aspecto administrativo y burocrático. Mainwaring et al. (2018) analiza esta hipótesis asimilando la capacidad estatal con la distribución de vacunas infantiles y alcanza resultados contradictorios. Por tanto, este es uno de los principales problemas a la hora de corroborar el impacto de esta hipótesis

Puede concluirse que el enfoque teórico gubernamental está relacionado de manera directa con la fortaleza de los partidos políticos que operan en el seno del sistema partidista. Es decir, para algunos autores, el impacto de estos factores causales depende del tipo de partidos políticos que dominen el escenario político. Consideran que las organizaciones partidistas fuertes pueden minimizar el impacto del mal gobierno, la corrupción y otros desafíos de índole económico (SAMUELS y ZUCCO, 2015; TAVITS, 2013; MAINWARING et al., 2018). De manera que este tipo de crisis no tendrían por qué afectar a los niveles de institucionalización si las conexiones entre electores y partidos fuesen lo suficientemente fuertes como para amortiguar su impacto. Para estos autores, los elementos de aspecto programático y/o ideológicos son la clave para la existencia de partidos sólidos y conseguir resguardarse del impacto de las crisis gubernamentales (LUPU, 2015; SEAWRIGHT, 2012). Consideran que las conexiones programáticas, la identificación partidista o la presencia de fuertes clivajes que articulen la disputa, siempre que no sean relativos a la economía y/o al desempeño del gobierno, pueden minimizar su impacto. Por consiguiente, una vez más se hace patente la necesidad de analizar la causalidad como un conjunto de factores y no de manera excluyente. Cualquiera de estas hipótesis parece necesitar combinarse con la presencia de organizaciones partidistas débiles para lograr erosionar la institucionalización. Consecuentemente, las futuras investigaciones sobre el impacto de las teorías gubernamentales deberían apostar por el análisis de combinaciones causales y no limitarse al impacto aislado probabilístico de cada una de estas hipótesis.

3.1.5 Factores relacionados con las trayectorias históricas

Durante décadas, este tipo de aproximación consideraba que la experiencia democrática era la explicación clave para entender los diferentes niveles de institucionalización. Consideraban que el éxito de las democracias consolidadas y la institucionalización de sus sistemas de partidos radicaban en ella. Apostaban que las nuevas democracias conseguirían el mismo éxito con la práctica del ejercicio democrático. Sin embargo, con las experiencias de las nuevas democracias la relevancia de este enfoque teórico fue cuestionada, haciéndose necesario elaborar nuevas hipótesis que se ajustasen a la realidad de las democracias de la tercera y la cuarta ola. Cada una de las hipótesis enunciadas en el marco de este enfoque teórico han sido probadas en algunos casos, pese a no alcanzar siempre resultados positivos. Actualmente, se distinguen las siguientes hipótesis:

H5.1 La institucionalización del sistema de partidos aumenta con los años de democracia. Converse (1969) afirmó que los electores necesitan tiempo para comprender las diferencias entre los partidos e identificarse con alguno de ellos. Es decir, se espera que durante los primeros años de una democracia existan más votantes péndulo generando una mayor volatilidad electoral (DALTON y WELDON, 2007). Pero, con el tiempo, cada vez más electores se identificarían con los partidos, provocando una mayor estabilidad agregada. Al mismo tiempo, las elites políticas se comprometerían más con las organizaciones partidistas y buscarían maximizar las conexiones programáticas.

Sin embargo, esta afirmación parece no cumplirse con las democracias de la tercera y cuarta ola. A grandes rasgos, algunas de estas democracias han logrado institucionalizarse durante dicho periodo de tiempo, pero la mayor parte continúan sin hacerlo e incluso sus niveles de institucionalización se muestran decrecientes. Para esta hipótesis, el principal mecanismo responsable por estabilizar estas democracias no ha conseguido establecerse. Es decir, los electores de estas democracias no han desarrollado conexiones programáticas con los principales partidos ni cada vez más electores se identifican con los partidos. Tampoco las elites políticas parecen haberse comprometido más con sus organizaciones partidistas ni intentado maximizar las conexiones programáticas y/o ideológicas. Por este motivo los teóricos han elaborado nuevas hipótesis, conforme se expone a seguir.

H5.2 Una temprana y profunda historia de la democracia favorece la institucionalización del sistema de partidos. Esta hipótesis parte de la siguiente premisa: las democracias más antiguas desenvuelven organizaciones partidistas más fuertes. Consideran que la importancia de la experiencia democrática previa es importante para la institucionalización de los sistemas de partidos. Incluso aunque se haya visto interrumpida por un periodo autoritario su importancia es determinante. Para Remmer (1985) y Rivera (1996), la existencia de un periodo democrático anterior es especialmente relevante cuando se ve interrumpido por un periodo autoritario porque a mayor antigüedad del sistema de partidos previo, mayor será la estabilidad tras la reanudación del periodo democrático. Afirman que tras el periodo de interrupción democrática las probabilidades de reestablecerse el sistema de partidos democrático anterior es muy elevada. Para esta hipótesis, el periodo democrático anterior garantiza que se haya conseguido establecer raíces fuertes entre sus partidos y la sociedad, y, una sociedad civil más robusta. Además, consideran que la experiencia democrática temprana favorecería

que las conexiones políticas tienden a estar basadas en elementos ideológicos (KITSCHOLT, 1999), favoreciendo la robustez de los partidos y, en última instancia, la estabilidad del sistema político.

H5.3 El periodo en el que la transición democrática tiene lugar condiciona la existencia de mayores niveles de institucionalización. Mainwaring y Zoco (2007) defienden que no es el legado histórico en sí lo que importa ni la existencia de un periodo democrático previo, sino el periodo en el que la transición democrática tuvo lugar. Aunque la experiencia democrática favorezca la institucionalización, en alguna medida, con el recorrer de los años, este factor no es suficiente, dado que la institucionalización puede disminuir. Este sería el caso de países como Colombia, que a finales del siglo XX pese al aumento de los años de democracias vieron sus niveles de institucionalización erosionados.

Para ellos, las democracias fundadas durante la primera y la segunda oleada desarrollaron sistemas con una estructuración programática superior a las de la tercera y la cuarta oleada, además de organizaciones partidistas más fuertes. Hecho que genera niveles de volatilidad inferiores y dificulta la entrada de nuevos actores a la Cámara Baja y el Gobierno. Siguiendo una línea argumental similar, para Kitschelt et al. (1999) los países con un alto crecimiento económico antes de la II Guerra Mundial y largos periodos de competición democrática después de 1943 consiguen establecer sistemas de partidos más estructurados programáticamente, favoreciendo la institucionalización. Por tanto, si parece que el periodo de transición democrático puede ser especialmente relevante para la institucionalización del sistema de partidos. No obstante, algunas democracias de la tercera y la cuarta oleada han alcanzado un cierto nivel de institucionalización por lo que el efecto de esta hipótesis está condicionado a su interacción con otros factores causales, pudiendo minimizar o no su efecto.

H5.4a A mayor periodo autoritario, menor institucionalización del sistema de partidos. Esta hipótesis parte de la siguiente premisa: cuanto menor sea el periodo de interrupción democrática, más fácil será reestablecer el sistema anterior, los mismos políticos y partidos, favoreciendo la estabilidad del sistema y en última instancia la institucionalización (REMMER, 1985). Se considera que una interrupción breve no conseguiría erosionar las lealtades anteriores ni la robustez de las principales organizaciones partidistas. Sin embargo, para otros autores, la existencia de un periodo

autoritario más extenso y/o intenso podría ser positivo cuando la democracia se reestablezca si actúa como clivaje (RIEDL, 2014), dando lugar a la siguiente hipótesis.

H5.4b Cuando el legado autoritario continúa formando parte de la estructuración la competición electoral, los niveles de institucionalización tienden a ser mayores. Esta hipótesis contradice, en cierta medida, la anterior, al entender que los gobiernos autoritarios acostumbran a movilizar a sus disidentes, generando una onda opositora centrada en la creación de organizaciones partidistas robustas para coordinarse contra el régimen (RIEDL, 2014). Esto generaría organizaciones partidistas más sólidas que si logran mantenerse tras la redemocratización. Es más, podrían llegar a estructurar el sistema de partidos y la competición electoral. En una línea argumental similar, Levitsky, Loxton y Van Dyck (2016) concluyen que los partidos políticos más enraizados de la región latinoamericana son los partidos que surgieron durante el autoritarismo y que sobrevivieron a la redemocratización. Si el partido heredero del régimen autoritario y los opositores de este se mantienen como actores partidistas, el nuevo sistema de partidos se consolidará en torno a dos bloques fuertemente estructurados y distinguibles (GREENE Y SÁNCHEZ-TALANQUER, 2018). Así, los clivajes relativos al periodo autoritario continuarán movilizándolo al electorado y favoreciendo la estabilidad de la competición. Este sería el caso de países de Asia, como Taiwán; África, como Senegal y Botsuana; y, América Latina como México (GREENE Y SÁNCHEZ-TALANQUER, 2018; RIEDL, 2014).

Analizar a lo largo de esta sección cada una de las aproximaciones teóricas que la literatura ha trabajado para explicar los diferentes niveles de institucionalización ha colocado de manifiesto la necesidad de continuar avanzando en este tipo de estudios. Muchas de estas hipótesis no han sido testadas a nivel comparativo en más de un estudio o han alcanzado resultados contradictorios en diferentes estudios, conforme evidencia el siguiente cuadro.

Cuadro 7. Resultados de los principales estudios empíricos sobre las explicaciones de la ISP

Factor	Autor	Estudio	Método	Región	Resultado
Organizaciones partidistas sólidas	Roberts y Wibbels (1999)	Comparado	Estadístico	América Latina	Relación causal
	Casal Bértoa (2011)	Comparado	Estadístico	Europa del Este	Relación causal
	Casal Bértoa (2015)	Comparado	Mixto*	Europa del Este	Sin relación causal
	Lupu (2015)	Comparado	Estadístico	América Latina	Relación causal
	Levitsky et al. (2016)	Comparado	Estadístico	América Latina	Relación causal
	Mainwaring et al. (2018)	Comparado	Estadístico	América Latina	Relación causal
Identificación partidaria	Seawright (2012)	Comparado	Estadístico	Venezuela y Perú	Relación causal
	Lupu (2015)	Comparado	Estadístico	América Latina	Relación causal
	Mainwaring et al. (2018)	Comparado	Estadístico	América Latina	Sin relación causal
Vínculos programáticos	Roberts y Wibbels (1999)	Comparado	Estadístico	América Latina	Relación causal
	Mainwaring y Torcal (2005)	Comparado	Estadístico	Global	Relación causal
	Mainwaring et al. (2018)	Comparado	Estadístico	América Latina	Sin relación causal
Concentración de clivajes	Roberts y Wibbels (1999)	Comparado	Estadístico	América Latina	Sin relación causal. Impacto pequeño comparado con las democracias consolidadas.
	Tavits (2005)	Comparado	Estadístico	Europa del Este	Relación causal débil. Impacto apenas durante periodos de crisis económica e impacto asimétrico.
	Mainwaring y Zoco (2007)	Comparado	Estadístico	Global	Sin relación causal
	Casal Bértoa (2011)	Comparado	Estadístico	Europa del Este	Sin relación causal. Ni el número ni el tipo ni la fuerza de los clivajes está relacionada con los niveles de ISP
	Casal Bértoa (2015)	Comparado	Mixto*	Europa del Este	Combinación causal suficiente: concentración de clivajes y bajo NEP
	Valenzuela, Somma y Scully (2018)	Estudio de caso		Chile	Relación causal

Ausencia de clivajes cross-cutting	Casal Bértoa (2011)	Comparado	Estadístico	Europa del Este	Relación causal entre las dos variables
Fragmentación	Roberts y Wibbels (1999)	Comparado	Estadístico	América Latina	Sin relación causal. NEP menos relevante cuando se controlan otras variables institucionales
	Tavits (2005)	Comparado	Estadístico	Europa del Este	Relación causal: a mayor NEP, menor ISP.
	Mainwaring y Zoco (2007)	Comparado	Estadístico	Global	Relación causal: a mayor NEP, menor ISP.
	Casal Bértoa (2011)	Comparado	Estadístico	Europa del Este	Relación causal: a mayor NEP, menor ISP.
	Casal Bértoa (2015)	Comparado	Mixto*	Europa del Este	Combinación causal suficiente: concentración de clivajes y bajo NEP
	Mainwaring et al. (2018)	Comparado	Estadístico	América Latina	Sin relación causal
Polarización	Roberts y Wibbels (1999)	Comparado	Estadístico	América Latina	Relación causal
	Tavits (2005)	Comparado	Estadístico	Europa del Este	
	Casal Bértoa (2015)	Comparado	Mixto*	Europa del Este	Sin relación causal.
	Lupu (2015)	Comparado	Estadístico	América Latina	Sin relación causal
	Mainwaring et al. (2018)	Comparado	Estadístico	América Latina	Sin relación causal
Sistema electoral	Roberts y Wibbels (1999)	Comparado	Estadístico	América Latina	Relación causal
	Casal Bértoa (2011)	Comparado	Estadístico	Europa del Este	Sin relación causal. Variable antecedente: sistema electoral → Fragmentación → ISP
	Casal Bértoa (2015)	Comparado	Mixto*	Europa del Este	Sin relación causal
	Mainwaring et al. (2018)	Comparado	Estadístico	América Latina	Sin relación causal
Naturaleza del Estado	Mainwaring (1999)	Estudio de caso		Brasil	Federalismo impacta negativamente en los niveles ISP
	Casal Bértoa (2015)	Comparado	Mixto*	Europa del Este	Sin relación causal
	Mainwaring y Zoco (2007)	Comparado	Estadístico	Global	Sin relación causal

Tipo de régimen gubernamental	Casal Bértoa (2011)	Comparado	Estadístico	Europa del Este	Relación causal: Presidencialismo impacto directo negativo en nivel ISP
	Casal Bértoa (2015)	Comparado	Mixto*	Europa del Este	Sin relación causal
Reglas relativas a los partidos	Casal Bértoa (2015)	Comparado	Mixto*	Europa del Este	Combinación causal suficiente: bajo NEP y financiamiento público partidos
	Mainwaring et al. (2018)	Comparado	Estadístico	América Latina	Relación causal: a más financiamiento público, más ISP.
Nivel de desarrollo	Mainwaring et al. (2018)	Comparado	Estadístico	América Latina	Sin relación causal
Concentración étnica/religiosa	Tavits (2005)	Comparado	Estadístico	Europa del Este	Sin relación causal
	Casal Bértoa (2015)	Comparado	Mixto*	Europa del Este	Sin relación causal
	Mainwaring et al. (2018)	Comparado	Estadístico	América Latina	Relación causal débil
Crecimiento económico	Roberts y Wibbels (1999)	Comparado	Estadístico	América Latina	Relación causal.
	Tavits (2005)	Comparado	Estadístico	Europa del Este	Relación causal: a más crecimiento económico, más ISP.
	Mainwaring y Zoco (2007)	Comparado	Estadístico	Global	Relación causal: a más crecimiento económico, más ISP.
	Casal Bértoa (2015)	Comparado	Mixto*	Europa del Este	Relación causal de suficiencia: a más crecimiento económico, más ISP.
	Mainwaring et al. (2018)	Comparado	Estadístico	América Latina	Relación causal débil.
	Mainwaring, Powell y Pizarro (2018)	Estudio de caso		Brasil	Relación causal
Inflación	Roberts y Wibbels (1999)	Comparado	Estadístico	América Latina	Sin relación causal, pero no descarta su relevancia.
	Tavits (2005)	Comparado	Estadístico	Europa del Este	Relación causal: a menos inflación, más ISP.
	Mainwaring y Zoco (2007)	Comparado	Estadístico	Global	Sin relación causal
	Mainwaring et al. (2018)	Comparado	Estadístico	América Latina	Relación causal débil
Corrupción	Seawright (2012)	Comparado	Estadístico	Perú y Venezuela	Relación causal: a más corrupción, menos ISP
	Mainwaring et al. (2018)	Comparado	Estadístico	América Latina	Relación causal

Capacidad estatal	Mainwaring et al. (2018)	Comparado	Estadístico	América Latina	Sin relación causal
Experiencia democrática previa	Roberts y Wibbels (1999)	Comparado	Estadístico	América Latina	Relación causal
	Casal Bértoa (2015)	Comparado	Mixto*	Europa del Este	Sin relación causal
	Mainwaring et al. (2018)	Comparado	Estadístico	América Latina	Sin relación causal
Años de democracia	Roberts y Wibbels (1999)	Comparado	Estadístico	América Latina	Sin relación causal
	Tavits (2005)	Comparado	Estadístico	Europa del Este	Relación causal
	Mainwaring y Zoco (2007)	Comparado	Estadístico	Global	Sin relación causal
	Mainwaring et al. (2018)	Comparado	Estadístico	América Latina	Sin relación causal
Transición democrática	Mainwaring y Zoco (2007)	Comparado	Estadístico	Global	Relación causal
	Casal Bértoa (2015)	Comparado	Mixto*	Europa del Este	Sin relación causal
El legado autoritario	Casal Bértoa (2015)	Comparado	Mixto*	Europa del Este	Sin relación causal
	Sánchez y Greener-Talanquer (2018)	Estudio de caso		México	Relación causal inversa: a mayor legado autoritario, mayor ISP
	Valenzuela, Somma y Scully (2018)	Estudio de caso		Chile	Relación inversa causal: a mayor legado autoritario, mayor ISP

Fuente: elaboración propia

*MDSO/MSDO, csQCA, Process-traicing.

Aunque en este cuadro no están considerados todos los trabajos empíricos relativos a los factores que explican la institucionalización, se han incluido la mayor parte de los estudios más relevantes de las últimas décadas. Este cuadro permite las siguientes conclusiones. Primero, que la mayor parte de los estudios son de tipo comparado estadístico, centrados en regiones como la latinoamericana y el este europeo. Los nuevos estudios necesitan aceptar la equifinalidad de la ISP y considerar la combinación de factores responsables, entendiendo que el efecto de uno no supone la exclusión de otros. Es decir, un sistema puede institucionalizarse mediante diferentes combinaciones de factores causales. Segundo, que estos estudios no poseen la misma operacionalización de la institucionalización. Tercero, algunos factores parecen tener relación con la institucionalización en algunas regiones, pero no en otras. Por ejemplo, la existencia de organizaciones partidistas sólidas alcanza resultados significativos en todos los estudios focalizados en la región latinoamericana; sin embargo, en la región del este europeo alcanza resultados contradictorios. En cuanto la fragmentación alcanza resultados significativos en Europa del este, pero no en América Latina. Cuarto, estos resultados sugieren un patrón más aleatorio de lo que cabría esperar (MAINWARING et al., 2018). Quinto, determinar el poder explicativo de algunos factores como los institucionales mediante estudios estadísticos transnacionales dificulta analizar el impacto específico de cada regla. Finalmente, las limitaciones de estos estudios son una constante. La mayor parte de estos estudios están concluidos a partir de correlaciones estadísticas, limitando la validez de dichas inferencias causales. También existe un alto riesgo de endogeneidad. Por tanto, los futuros estudios sobre ISP deben considerar cada uno de estos problemas.

3.2 ¿Qué explica la institucionalización en América Latina?: resultados contradictorios

Los principales estudios sobre los mecanismos responsables de la ISP en América Latina han evidenciado enfáticamente la importancia de organizaciones partidistas fuertes. Los expertos han tendido a asimilar el concepto de organizaciones partidistas robustas con aspectos programáticos y/o ideológicos como la identificación partidista y la marca de partido como principales explicaciones (LEVITSKY et al., 2016; LUPU, 2014; ROBERTS, 2014; SEAWRIGHT, 2012). La mayor parte de los estudios determinan que existe una asociación positiva entre la robustez de las organizaciones partidistas y la ISP (SAMUELS y ZUCCO, 2015; TAVITS, 2013; MAINWARING et al., 2018). Consideran

que las organizaciones sólidas tienen capacidad de estabilizar al elector y como consecuencia la ISP. Esgrimen que las organizaciones partidistas fuertes pueden minimizar el impacto del mal gobierno, la corrupción y otros desafíos a la estabilidad. Ahora bien, los expertos no han llegado a un consenso sobre cuántos partidos necesitan ser sólidos para que el sistema se institucionalice. También, han señalado que las organizaciones sólidas tampoco son la panacea, especialmente en escenarios de crisis económica. Este es el caso de países con organizaciones sólidas, como Venezuela, que perdieron institucionalización de manera importante. Por tanto, la existencia de organizaciones partidistas fuertes parece una condición necesaria pero no suficiente para la institucionalización de los sistemas de partidos latinoamericanos, si bien es verdad que dicha premisa necesita ser corroborado empíricamente. A su vez, los futuros estudios deben centrar sus esfuerzos en comprender que convierte a algunas organizaciones partidistas latinoamericanas en robustas dado que, en líneas generales, la estructuración programática de los partidos y los vínculos programáticos con el electorado son más la excepción que la regla (MAINWARING et al., 2018).

Los estudios relativos a la importancia de las organizaciones partidistas consideraban que los vínculos programáticos y/o ideológicos y la identificación partidista consideraban que estos son responsables por la institucionalización de los sistemas de partidos. Para Lupu (2018) la clave reside en la percepción que los electores tienen de la marca del partido pese a reconocer que las reglas institucionales, el clientelismo y los cambios en el ecosistema electoral también impactan. Un partido con una marca partidista débil es más vulnerable a las fluctuaciones electorales, por lo que desincentiva la institucionalización del sistema de partidos. Considera que el elector se conecta con el partido al observar el comportamiento y las actitudes del partido, que, a su vez, conforman la marca del partido. Por lo que el comportamiento del partido puede diluir la marca o reforzarla.

Para Lupu (2013) la falta de institucionalización en la región andina se debe a la existencia de organizaciones partidistas con una marca de partido excesivamente diluida. Considera que la marca partidista se diluye por una inconsistencia en su comportamiento (implementando por ejemplo políticas diferentes de sus supuestos principios programáticos) o por la convergencia ideológica y/o programática con otros partidos. Ya para Seawright (2012), la identificación partidista es la llave para la ISP. Considera que los partidos con una base robusta consiguen en tiempos de crisis evitar la volatilidad electoral, el colapso de los partidos establecidos, y, consecuentemente, la inestabilidad

del sistema de partidos. Afirma que en aquellos países donde los electores se consideran contra los partidos de manera generalizada, los electores tienden a apoyar más outsiders y nuevos partidos políticos. Mientras que para Roberts (2014), la estructuración programática de la competición electoral es la pieza clave para los sistemas de partidos tornarse más institucionalizados. Considera que los sistemas de partidos latinoamericanos están poco institucionalizados como consecuencia de la implementación de políticas neoliberales en la década de los 80 y 90, erosionando las diferencias programáticas entre partidos, lo que en última instancia dificultó que los votantes lograsen identificarse con los partidos.

Sin embargo, pese a que estas investigaciones constituyen teorías robustas, el estudio estadístico comparado de Mainwaring et al. (2018) cuestiona el efecto causal de estas variables. En opuesto a lo que cabía esperar según las conclusiones de Lupu (2016) y Seawright (2012), mayores niveles de identificación partidista no están asociadas a niveles mayores de ISP, así como la presencia de vínculos programáticos. Pese a que países institucionalizados a comienzos del siglo XXI, como Brasil y México, cuentan con un alto nivel de individuos que se identifican con la oferta partidista del país, no parece explicar el aumento de institucionalización. Ya en Brasil, para algunos autores, el partidismo desencadenado por las diferencias programáticas entre el PT y el PSDB explicaría fuertemente el aumento de la institucionalización (HAGOPIAN et al., 2009). Pero el sistema de partidos brasileño ya ofrecía, desde 1982, opciones programáticas claramente diferentes y la volatilidad no disminuyó hasta 1994. Además, la identificación partidista ha tendido a acumularse en torno al PT, siendo más baja en el resto de los partidos (SPECK, BRAGA y COSTA, 2015; VEIGA, 2011)³¹. Mientras que, en Bolivia y Ecuador, la derecha radical desarrolló conexiones programáticas con su electorado, pero no desencadenó un aumento de la ISP. No obstante, en el caso chileno, los niveles de institucionalización si parecen estar explicados por la presencia de fuertes clivajes sociales – relativos a la religión y la clase social- que favorece la presencia de una cierta identificación partidista, estabilizando los resultados electorales y la estructura de la competición partidista (VALENZUELA, SOMMA y SCULLY, 2018). Así, los partidos chilenos están enraizados más allá de los vínculos con las asociaciones de la sociedad civil.

³¹ Si bien es verdad que, en Brasil, desde 2010 la identificación partidista ha disminuido para todos los partidos (SPECK, BRAGA y COSTA, 2015).

La literatura ha intentado elaborar una respuesta teórica a este hallazgo (MAINWARING et al., 2018). Consecuentemente, puede ser que esto se deba a que el partidismo en ambos países no es lo suficientemente fuerte ni una identidad social estable, de manera que no consigue formar una reserva electoral de apoyadores de los partidos. Es decir, los partidos continúan siendo vulnerables a los cambios electorales incluso si existe una cierta identificación partidista. Este puede ser el caso mexicano puesto que la sociedad mexicana está fuertemente dividida en cuestiones étnicas, religiosas, culturales y económicas, pero el sistema de partidos está débilmente arraigado en estas divisiones sociales. Otra posibilidad es que el partidismo proteja a determinados partidos de los cambios electorales, pero que el grueso de la oferta partidista del sistema aún esté sujeta a los efectos fulminantes de la volatilidad. Para algunos autores este es el caso del PT en Brasil puesto que es el propio partido quien aglutina el grueso de la identificación partidista del país (VEIGA, 2011). El PT es un partido fuertemente estructurado en lo programático, lo que le convirtió en una alternativa estable para quienes se sentían defraudados por el PSDB (MAINWARING, POWER y BIZARRO, 2018) pese a que el resto de las organizaciones partidistas nacionales son mucho menos robustas y estructuradas programáticamente. O bien, algunos países de la región cuentan con organizaciones partidistas lo suficientemente sólidas pese a que dicha robustez no esté construida entorno a elementos programáticos y/o ideológicos como Seawright (2012) y Lupu (2013) defienden.

Por otro lado, la región latinoamericana ha puesto en jaque diversas teorías consolidadas relativas a los factores históricos y sistémicos. En palabras del propio Mainwaring et al. (2018):

“Much of the literature on parties and party system has looked at long-term patterns and predicted that change would be gradual after an initial period of democracy. In Lipset and Rokkan’s (1967) analyses, party system in Western Europe formed as a result of conflicts that occurred over centuries (see also Bartolini and Mair, 1990). After the incorporation of the working class, these systems remained stable for generations. Converse (1969) argued that it took a few generations for voters to identify with parties in large number; in turn, partisan identification was the micro foundation of party system stability. Shefter (1994) argued that long historical patterns of state and party building shape the degree which parties engage in clientelism. Kitschelt et.al (2010) asserted that the development of programmatic competition in Latin America hinged on long historical processes. Some literature on party system changed in the advanced

industrial democracies links it to slow, gradual process such as secular changes in values (Inglehart, 1990)” (2018:147)³².

No obstante, algunos países de la región han demostrado que han conseguido institucionalizarse pese a la falta de una estructura de clivajes que organice la competición electoral y sin haber establecido vínculos programáticos y/o ideológicos con el electorado (ALTMAN y LUNA, 2011; LUNA, 2015; ZUCCO, 2015). Otros países pese a la experiencia y ejercicio democrático no han conseguido alcanzar un nivel de institucionalización superior (MAINWARING et al., 2018). Es decir, en un contexto como el latinoamericano, mientras que algunos sistemas se han institucionalizado en apenas unas cuantas elecciones, otros continúan siendo sistemas de partidos fluidos (MAINWARING et al., 2016; MAINWARING y ZOCO, 2007). Consecuentemente, la experiencia latinoamericana levanta algunas cuestiones sobre la validez de estos argumentos a largo plazo. Tal vez estas teorías apliquen para las democracias industrializadas, dado que estos contextos poseen menos estrés severo sobre las instituciones, y, al mismo tiempo, poseen instituciones más sólidas que las latinoamericanas. Luego, la historia de la democracia no tiene una clara asociación entre la experiencia democrática previa y los niveles de la volatilidad ni la estructura cerrada de la competición (MAINWARING et al., 2018). Por tanto, ni las democracias más largas ni la existencia de un periodo democrático amplio previo a la redemocratización están relacionadas con mayores niveles de ISP.

Ante estos hallazgos, algunos autores han defendido que lo realmente determinante es el momento de la transición democrática (MAINWARING y ZOCO, 2007). Mainwaring y Zoco (2007) afirman que el factor clave para la estabilización de la competición electoral es cuando la democracia nace, no cuán antigua es. Esto implica que sería imprudente esperar que los tipos de partidos con identidades fuertes y densas redes sociales que

³²“Una amplia parte de la literatura sobre partidos y sistemas de partidos se han centrado en factores a largo plazo como los patrones de tiempo, considerando que el cambio sería gradual después de un período inicial de práctica democrática. Según el análisis de Lipset y Rokkan (1967), los sistemas de partidos europeos se habrían formado en torno a los conflictos sociales generados durante siglos (ver también BARTOLINI y MAIR, 1990). Tras la incorporación de la clase trabajadora, estos sistemas se mantuvieron estables durante generaciones. Converse (1969) argumentó que fueron necesarias varias generaciones para que los electores lograsen identificarse con los partidos en general; es decir, la identificación partidista fue la micro fundación de los sistemas de partidos estables. Shefter (1994) argumenta que los factores de largo plazo históricos relativos a la construcción del Estado y la creación de los partidos políticos modelan el grado en el que los partidos participan del clientelismo. Kitschelt et.al (2010) afirmó que el desarrollo de la estructuración programática del sistema de partidos en América latina depende de factores a largo plazo. A su vez, la literatura sobre sistemas de partidos ha señalado que lo cambios en los sistemas de partidos europeos se deben a factores de largo plazo, como los cambios de valores (INGLEHART, 1990)”. Traducción libre,

emergieron a principios del siglo XX en las democracias consolidadas se reproduzcan en las democracias latinoamericanas. Por lo que los partidos robustos latinoamericanos podrían estar contruidos en torno a otros aspectos. Aunque no consideran necesario que las organizaciones partidistas sólidas tengan que ser programáticas, defienden que la ausencia de representación programática actúa en detrimento de los vínculos programáticos, potencializando la volatilidad en la región, y, por lo tanto, generando menores niveles de institucionalización en la región. Pero en algunos estudios comparados su efecto parece reducido (MAINWARING et al., 2018), es decir, algunos países de la región se han institucionalizado pese a no haberse democratizado en dicho periodo.

Para otros expertos, el legado autoritario es especialmente determinante en algunos de los países de la región a la hora de entender los diferentes niveles de institucionalización (GREENE y SÁNCHEZ-TALANQUER, 2018). Para Greene y Sánchez-Talanquer (2018), el largo Gobierno autoritario mexicano favoreció la creación de una oposición fuertemente coordinada y sólida. Con la redemocratización, el sucesor del régimen autoritario sobrevivió, estableciéndose como uno de los principales actores del sistema, así como la oposición. Por tanto, el clivaje autoritario/ anti-autoritario estructurará el sistema. Greene y Sánchez-Talanquer afirman que la importancia del legado autoritario en la redemocratización fue posible únicamente porque los otros clivajes presentes en la sociedad mexicana no lograban estructurar el sistema. En esta misma línea argumental, para Valenzuela, Somma y Scully (2018), en Chile el legado autoritario también fue relevante para la institucionalización del sistema de partidos. Así, el periodo autoritario de Pinochet reforzó la cultura política de los ciudadanos y su identidad política. Estas teorías guardan relación con el trabajo de Levitsky et al. (2016), quien demuestra que los partidos más sólidos de la región, con capacidad para estructurar la competición surgieron durante el periodo autoritario y sobrevivieron a la redemocratización. Los partidos latinoamericanos más robustos sucesores del autoritarismo son: el PFL brasileño – que se transformó en el actual DEM-, UDI y RN en Chile, ARENA y FMLN en El Salvador, y, el PRD en Panamá. Mientras que los partidos más robustos de la región, nacidos como oposición, son: el PT en Brasil, el PPD en Chile, el PRD en México, y, el FSLND y el PRD en Nicaragua.

En líneas generales, en relación con las teorías relacionadas con la actuación del gobierno, los escándalos de corrupción parecen estar asociados a menores niveles de ISP en la

región (Mainwaring et al., 2018). Mientras que la capacidad del Estado alcanza resultados divergentes. Para Mainwaring y Bizarro (2018), la capacidad del estado no posee poder explicativo. Para Tanaka (2015), la debilidad institucional del Estado a la hora de implementar políticas públicas y combatir la pobreza desfavorece las organizaciones partidistas robustas, favoreciendo los conflictos internos en el seno del partido y errores en sus estrategias. Para Nohlen (1991), la actuación en el gobierno puede afectar a los partidos y por consecuencia a la ISP. Considera que partidos muy ideológicos en sus orígenes y desarrollos se han convertido en pragmáticos al ocupar el gobierno, dejándolos erosionados.

Las crisis económicas en la región latinoamericana, para algunos autores, posee un efecto moderado (MAINWARING Y ZOCO, 2007) y para otros han configurado fuertes variaciones en la volatilidad (CAMARGOS, 2014; MAINWARING et al., 2016; RATTO, 2013; ROBERTS, 2014), considerándola como una variable relevante. En otras regiones, como en Europa del este, la economía se ha evidenciado como una importante variable causal. Sorprendentemente, Mainwaring y Bizarro (2018) encuentran una débil relación entre economía e ISP en la región latinoamericana. Esto contradice los resultados del propio Mainwaring et al. (2016) en un estudio estadístico comparado anterior. Así como los de Ratto (2013), quién afirma que durante el periodo 1996-2004 el voto económico ha sido un factor determinante en la estabilidad electoral de la región, especialmente en el ámbito del ejecutivo. Confirma que las preferencias electorales varían fuertemente de una elección a otra si el desempeño económico no fuese tan favorable como para incentivar la reelección del incumbente. Camargos (2014) y Singer (2013) alcanzan conclusiones similares y concluyen que la inflación es el elemento macroeconómico que más condiciona las preferencias electorales. La capacidad del estado tampoco parece mostrarse como una variable explicativa en la región; mientras que la corrupción sí que muestra una conexión entre escándalos sobre corrupción e ISP, aunque moderados (MAINWARING et al., 2018).

Tal vez, para que un contexto económico positivo favorezca mayores niveles de institucionalización sea necesaria su combinación con una buena estructuración programática de los partidos. La literatura ha defendido que en épocas de estabilización económica cuando las diferencias programáticas entre las principales organizaciones se encuentran diluidas, el elector se vuelve más fluctuante (LUPU, 2016; MORGAN, 2011; ROBERTS, 2014; SEAWRIGHT, 2012). Esto podría ser lo sucedido en Bolivia en 1985

y en Perú después de 1990, donde la estabilidad económica fue breve y previa al colapso del sistema (1990-2000) (TANAKA, 1998). Las diferencias entre partidos podrían ser tan débiles que incluso con un crecimiento económico relevante, las organizaciones tradicionales colapsaron pues los electores decidieron apoyar a nuevos partidos. En Argentina la estabilidad económica tampoco provocó un aumento de la institucionalización. Ese periodo de bonanza económica dividió al partido peronista cuando el presidente Menem (1989-1999) decidió implementar políticas que divergían radicalmente con las ideas programáticas tradicionales del partido.

En el caso de Brasil, que sí cuenta con algunas de sus organizaciones partidistas estructuradas programáticamente y que las mantuvieron durante el periodo de bonanza económica, para Mainwaring, Power y Bizarro (2018) la estabilidad económica aumentó los niveles de la ISP al ayudar a generar orden en el seno del sistema de partidos. Además, el periodo de crecimiento económico no estuvo acompañado de fluctuaciones en las posiciones programáticas de los principales partidos responsables por la estructuración de la competición presidencial, PT y PSDB (MAINWARING et al., 2018). Durante la década de los 80 e inicios del 90 del siglo XX, la economía estaba estancada con fuertes fluctuaciones de un año a otro hasta 1994. La estabilidad económica y el descenso de la volatilidad electoral fueron simultáneas. De 1994 a 2014 los electores brasileños se mantuvieron fieles a los mismos partidos cerrando así la estructura de la competición y constriñe la apertura del sistema a nuevos actores. Para Mainwaring, Power y Bizarro (2018), el crecimiento económico, la reducción de la pobreza y la distribución de la renta. Bajo el mandato de Lula (2003-2010) solidificó al PT como un partido fundamental para el sistema y la política brasileña, de manera que sin el papel relevante del PT los niveles de ISP no habrían aumentado.

Al mismo tiempo, los cambios en las reglas institucionales han sido durante décadas considerados como un factor determinante para la institucionalización en América Latina (TORCAL et al., 2015). Para numerosos autores, las reglas electorales basadas en el voto preferencial sobre distritos de elevada magnitud fueron señaladas como las responsables por reducir el control partidista en la selección de candidatos, contribuyendo a la fragilidad endémica de los partidos latinoamericanos y como consecuencia potencializando menores niveles de ISP (MAINWARING y SCULLY, 1995). Sin embargo, pese a las similitudes institucionales de los países, los niveles de ISP en la región son bastantes heterogéneos. Todos los países optan por fórmulas electorales

mayoritarias para la Cámara Baja, mientras que existen diferencias en el tipo de lista y la magnitud del distrito (MARENCO, 2012). La lista cerrada está presente en Honduras, Argentina y Paraguay, pero los tres países presentan niveles de institucionalización diferentes (MAINWARING et al., 2018; TORCAL et al., 2015). Lo mismo sucede en los países con lista abierta con posible voto en la leyenda: Brasil, Chile, Colombia, Ecuador y Perú. Uruguay y Colombia, al menos, hasta el 2003, también pueden ser ubicados en este grupo pese a votarse en una lista subpartidista puesto que la definición de la nómina final de candidatos depende de la preferencia del electorado (MARENCO, 2012).

Chile y Brasil, al menos hasta el 2016-2018, son dos de los países con mayores niveles de institucionalización de la región y cuentan con magnitudes de distrito opuestas: Chile posee una reducida magnitud del distrito y Brasil cuenta con magnitudes pequeñas y grandes. Bolivia y México son sistemas electorales mixtos, combinando representación proporcional en distritos plurinominales y voto mayoritario en circunscripciones minoritarias, y sus niveles de institucionalización son totalmente opuestos (MAINWARING et al., 2018). Mientras que para Torcal et al. (2015) el papel de las instituciones, especialmente las reglas relativas al congreso, y de la agencia política son fundamentales para explicar los niveles de institucionalización en América Latina. Para Chasquetti (2015), las reglas que ponen orden al funcionamiento del congreso son tan importantes cuanto el sistema electoral, las reglas que ordenan las relaciones entre los poderes y las reglas internas de los partidos.

El financiamiento de los partidos políticos y su acceso a los medios de comunicación obtiene resultados bajos a la hora de explicar los diferentes niveles de institucionalización en América Latina (MAINWARING et al., 2018). La mayor parte de los países de la región establecen sistemas de financiamiento mixto, a excepción de Bolivia desde 2004 y Venezuela, que optaron por el financiamiento privado; la mayor parte de los países financia actividades permanentemente y no solamente en época electoral (salvo en Ecuador y Paraguay donde esta afirmación es simbólica); y, únicamente Chile, Brasil, Ecuador, México y Colombia limitan la cuantía de las donaciones privadas (GUTIERREZ y ZOVATTO, 2011). Sin embargo, los países alcanzan niveles diferentes de institucionalización.

Igualmente, pese a que una parte importante de la literatura ha defendido que el acceso de los medios de comunicación actúa en detrimento de los partidos políticos robustos y,

por tanto, podría desfavorecer la institucionalización, la realidad latinoamericana demuestra las limitaciones de estas teorías. Países con reglas idénticas de acceso a los medios de comunicación alcanzan niveles de ISP diferentes (ZOVATTO, 2005). Por ejemplo, Ecuador, un sistema fluido, y Honduras, uno de los sistemas más institucionalizados, no facilitan el acceso gratuito a los medios de comunicación ni prohíben la propaganda pagada. Mientras que Argentina y Colombia, sistemas que han perdido institucionalización durante los últimos años, y, México y Uruguay, sistemas institucionalizados, no prohíben la propaganda pagada y permiten el acceso gratuito a los medios.

En el caso brasileño, para Mainwaring, Power y Bizarro (2018), las reglas de juego impulsaron varios cambios, especialmente aquellas relativas a los partidos políticos y el sistema electoral, que desde 1987-1988 han ayudado a que el país alcance niveles de institucionalización importantes a comienzos del siglo XXI. Esto provocó el nacimiento de un sistema más manejable e incentivador de partidos robustos. El aumento del financiamiento público, el acceso a los medios de comunicación con más recursos, las organizaciones partidistas se vuelven más robustas y la distribución del acceso a los medios por el tamaño representativo del partido. Todo esto beneficia a los partidos tradicionales. En 1995 la ley de partidos también endurece los criterios para la creación de nuevos partidos. También en 1997 se establecen la simultaneidad de las elecciones presidenciales y legislativas que frenen la entrada de outsiders (CARRERAS, 2012). En 2002 los cambios en la política del candidato nato también favorecen la ISP. La abolición de esta regla refuerza que los líderes del partido tengan un mayor control. Por lo que para concurrir a la elección se debe estar afiliado al partido.

Pese a que el presidencialismo es un elemento común para los países de la región, así como el federalismo, a priori, podría parecer una variable descartable para los estudios de ISP en la región. Para Mainwaring et al. (2018) se ha despreciado el impacto que los presidentes pueden tener a la hora de modelar el sistema de partidos. Por el hecho de ser elegidos de manera independiente y no poder ser removidos por el legislativo salvo en caso de *impeachment* tienen un amplio poder. Considera que en periodos de crisis pueden, dramática y deliberadamente, debilitar a los partidos al considerarlos como obstáculos para su camino hacia la denominada como democracia delegativa (O'DONELL, 1994) o hacia la competición autoritaria. Venezuela con Chávez, Ecuador con Correo, Bolivia con Evo y Honduras con Zelaya son ejemplos de esta argumentación.

En una línea argumental similar a la anterior, para Molina (2015), la personalización de las institucionalizaciones impacta negativamente en la institucionalización. Cuando el presidente intenta constreñir los pesos y contrapesos del poder presidencial, obviando la intermediación del partido y utilizando sus partidistas para asumir el control de las instituciones, estas dejan de estar progresivamente al servicio de la ley para limitarse al proyecto personal del líder. Este es el caso de Fujimori y Chávez, mientras que Uribe intentó controlar las instituciones pese a no conseguirlo. Molina (2015) concluye que este personalismo dominante radical está relacionado con menores niveles de institucionalización; mientras que el personalismo no dominante, es decir, donde la figura del líder es relevante pero no supera la popularidad del partido, como en Brasil, Chile, Uruguay, Honduras y México está relacionado con mayores niveles de institucionalización.

En relación con los efectos de las características del sistema de partidos, la literatura ha alcanzado resultados diferentes para el impacto de las características de los sistemas de partidos: la fragmentación y la polarización. En el último estudio comparado causal sobre ISP, Mainwaring y Bizarro (2018) confirman que el número de partidos tiene una asociación negativa con la ISP, es decir, a mayor fragmentación, menos ISP. Este resultado contradice el análisis de Buquet (2015), quién afirma que la fragmentación no está relacionada con el nivel de ISP al estudiar los casos de Chile, Uruguay y Argentina, y, Mainwaring y Zoco (2007), quienes estiman que el impacto de la fragmentación es bastante limitado. Por el contrario, Mainwaring y Bizarro (2018) y Buquet (2015) afirman que la polarización no parece estar relacionada. Así, los sistemas polarizados no funcionarían como un ancla para la estabilidad como prevenían Lupu (2016), Morgan (2011), Seawright (2012) y Levitsky et al (2016).

Luego, cabe concluir que los estudios latinoamericanos sobre los mecanismos causales de la institucionalización arrojan resultados contradictorios, al menos, cuando se estiman los efectos separados, únicos y netos de cada variable causal contemplada. Los estudios comparados parecen no capturar la realidad empírica de los países, mientras que los estudios de caso o por variables arrojan resultados que las investigaciones estadísticas comparadas parecen no alcanzar. El propio Mainwaring et al. (2018) reconoce que este análisis tiene numerosas limitaciones, e incluso podría adolecer de problemas de endogeneidad, lo que puede deberse a la propia naturaleza del fenómeno. Los estudios sobre la causalidad de la ISP, tanto en la región latinoamericana como en general, han

tendido a adoptar técnicas cuantitativas (ROBERTS y WIBBELS, 1999; TAVITS, 2005) o cualitativas (MELESVIACH, 2007). Consecuentemente, se han deparado con el siguiente problema: o encuentran una serie de variables que afectan a la institucionalización de los sistemas de partidos en general, sin especificar si aplican a todos los contextos regionales; o excluyen, desde el comienzo, ciertas variables y se centran en la cadena causal que conecta la variable dependiente en un número limitado (CASAL BÉRTOA, 2016).

Los argumentos presentados a lo largo de este capítulo permiten realizar las siguientes conclusiones. Primero, que los estudios causales sobre institucionalización necesitan continuar realizando estudios comparados por región y la implementación de otros métodos y técnicas de investigación, más allá de los estudios estadísticos, debido a la disparidad de resultados alcanzados en los diferentes estudios. Segundo, que los diferentes resultados presentados en esta sección permiten intuir que los niveles de institucionalización parecen estar más relacionados con combinaciones de factores diferentes que con el impacto de las variables independientes. El pensamiento configuracional, es decir, el estudio de la ISP como la yuxtaposición de las diferentes condiciones explicativas parece la mejor solución. Tercero, esto significa que la institucionalidad del sistema de partidos es un fenómeno de alta complejidad causal donde la equifinalidad es su principal característica. Por equifinalidad se entiende que los patrones de causación coyuntural son múltiples, es decir, distintas condiciones se combinan para producir un resultado y ese mismo resultado puede estar causado por diferentes combinaciones de condiciones. Por lo tanto, es la combinación de condiciones la que produce la ISP y una misma condición puede tener distintos impactos causales, dependiendo de su interacción con las otras condiciones. Cuarto, la asimetría causal también parece estar presente en la ISP, por lo que su presencia y su ausencia requieren de análisis y explicaciones separadas. Por todo ello, el análisis cualitativo comparado parece ser la técnica más relevante para el análisis de la institucionalización, al menos en América Latina.

3.3 La institucionalización en América del Sur: ¿cuál es el impacto de la estructuración programática, del contexto económico y de la robustez de los partidos políticos?

Conforme evidenciado en las secciones anteriores son muchos los factores que la literatura ha barajado como responsables de los niveles de institucionalización. En este trabajo se analiza, únicamente, el poder explicativo de tres factores: partidos estructurados programáticamente, partidos robustos y un contexto económico positivo. La elección de estos factores está justificada por los siguientes motivos. Primero, cada uno de estos factores causales están relacionados con las dimensiones propuestas en el presente trabajo para operacionalizar la ISP. Por un lado, las organizaciones partidistas sólidas, es decir, que consigan estructurar la competición electoral de una elección a otra, parecen ser indispensables para la estabilidad del sistema. Así, los niveles de volatilidad endógena y fluidez en los sistemas con este tipo de partidos son inferiores, al igual que la estructura de la competición del sistema de partidos suele ser cerrada. No obstante, esta condición podría no ser suficiente para alcanzar niveles de institucionalización considerables. A su vez, aunque la literatura ha tendido a relacionar los partidos sólidos con la estructuración programática, las organizaciones partidistas latinoamericanas podrían ser robustas pese a no estar estructuradas programáticamente. Esto explicaría la ausencia del establecimiento de las conexiones programáticas entre el electorado y los partidos en la región. Un contexto económico positivo también está directamente relacionado con la estabilidad del sistema, de manera que los electores tienden a mostrar su apoyo a los mismos partidos, garantizando una baja volatilidad exógena y la estructura cerrada de la competición partidista.

Segundo, los trabajos centrados en la región latinoamericana han tendido a analizar dichos factores. La mayor parte de la literatura se ha centrado en la existencia de partidos estructurados programáticamente y el crecimiento económico como factores causales de manera aislada; pese a que los últimos hallazgos de la literatura apuntan hacia la necesidad de considerar la institucionalización de los sistemas de partidos como una combinación de condiciones (MAINWARING et al., 2018). Además, se ha tendido a considerar que las organizaciones partidistas sólidas son sinónimo de partidos programáticamente estructurados (LUPU, 2014; SEAWRIGHT, 2012). Sin embargo, los últimos estudios permiten cuestionar dicha presunción (MAINWARING et al., 2018). Por tanto, en este trabajo se entienden como condiciones diferentes, dado que se parte del

presupuesto teórico de que una organización partidista puede ser sólida por diversos motivos, e incluso sin estar estructurada programáticamente (KITSCHOLT et al., 1999), entendiendo que las organizaciones partidistas son sólidas si logran estructurar la competición electoral de una elección a otra. Espera poder comprobarse si realmente los sistemas con organizaciones sólidas también están estructurados programáticamente.

Tercero, conforme evidenciado a lo largo de este trabajo, la falta de organizaciones partidistas sólidas ha sido constantemente considerada por la literatura como la principal explicación para la inestabilidad de los sistemas de partidos latinoamericanos. Los trabajos centrados en la relevancia de los partidos políticos fuertes, entendidos como organizaciones sólidas y estructurados programáticamente que consiguen establecer conexiones programáticas con el electorado, se han centrado en entender el poder explicativo de dicho factor, pese a haberse alcanzando resultados contradictorios o inconcluyentes. Mientras que se da por supuesto que los partidos de los sistemas más institucionalizados están estructurados programáticamente, ningún trabajo testa si esta variable es suficiente por sí misma para generar institucionalización o si por el contrario necesita estar asociada a otros factores. La mayor parte de los trabajos se limitan a considerarla como un factor necesario y, al mismo tiempo, automáticamente suficiente, sin su correspondiente comprobación empírica. Los últimos hallazgos teóricos evidencian que la estructuración programática no parece ser una condición necesaria para la institucionalización (LUNA, 2015).

Cuarto, comprobar si la estructuración programática de apenas algunos partidos es suficiente para generar ISP. La literatura parte de la premisa de que un partido programático tiene ventaja sobre el resto de sus rivales no programáticos. Sin embargo, su efecto en el sistema de partidos puede verse influenciado por el número de organizaciones programáticas con las que cuenta dicho sistema o con las diferentes capacidades que los partidos pueden tener para generar dicha estabilidad (DASGUPTA et al., 2011; MAINWARING et al., 2018). Por ejemplo, en países como Bolivia y Ecuador la derecha radical parece estar estructurada programáticamente e incluso desarrolló conexiones programáticas con su electorado, pero no desencadenó en un aumento de la ISP, por lo que la presencia de un único partido estructurado programáticamente puede ser insuficiente e incluso innecesario para que se institucionalice el sistema de partidos.

Finalmente, ante los resultados contradictorios alcanzados por los estudios sobre las organizaciones sólidas, la literatura se ha centrado en la relevancia de la economía como otra de las explicaciones más plausibles. Pero las investigaciones referentes al impacto del crecimiento económico adolecen del mismo problema, resultados contradictorios. En Bolivia en 1985, la estabilidad económica fue previa al colapso del sistema y en Argentina durante el mandato de Menem tampoco parece haber provocado mayores niveles de institucionalización. Esto ha llevado a Lewis-Beck y Stegmaier (2013) y Mainwaring et al. (2018) a sugerir que, tal vez, el crecimiento económico no consiga desencadenar niveles satisfactorios de institucionalización por sí mismo, salvo si se combina con otros factores.

Por tanto, el presente trabajo se propone testar las siguientes hipótesis:

H1. La existencia de partidos políticos sólidos en el seno del sistema es necesaria para que el sistema de partidos esté institucionalizado.

H2. La presencia de partidos programáticamente estructurados es necesaria para que el sistema de partidos esté institucionalizado.

H3. Un contexto económico positivo es necesario para que el sistema de partidos esté institucionalizado.

Para testar estas hipótesis se utiliza la técnica Análisis Cualitativo Comparado de tipo *crispy set*. Esta técnica permite, además de testar las hipótesis, conocer si son factores suficientes por sí mismos para generar institucionalización en la región, o si por el contrario es necesaria su combinación con otros factos, demostrando la equifinalidad de la institucionalización. Pero para llevar a cabo dicho análisis, antes debe establecerse la operacionalización tanto de estos factores causales como de la variable dependiente o resultado, la institucionalización de los sistemas de partidos. En el siguiente capítulo se abordan todas las cuestiones teóricas y metodológicas relativas a su operacionalización.

CAPÍTULO IV

OPERACIONALIZACIÓN DE LA INSTITUCIONALIZACIÓN Y DE LAS CONDICIONES CAUSALES

En este capítulo se presenta la propuesta de operacionalización de la institucionalización de los sistemas de partidos sudamericanos y de las condiciones causales analizadas: el contexto económico, la presencia de partidos sólidos y la estructuración programática del sistema de partidos.

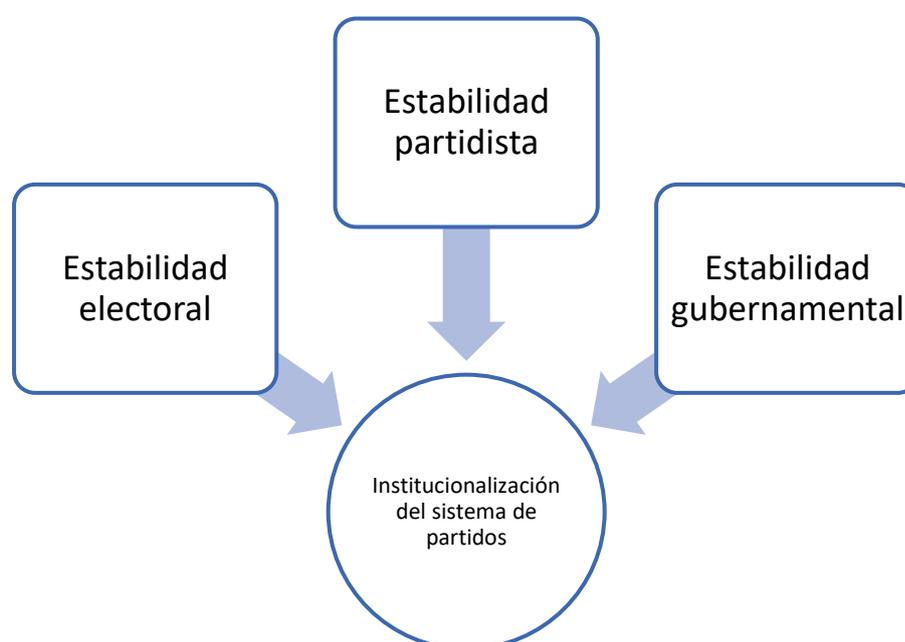
4.1 Una propuesta propia de operacionalización de la institucionalización del sistema de partidos

Si las dimensiones clásicas no capturan adecuadamente la institucionalización de los sistemas de partidos latinoamericanos, ¿qué operacionalización se propone en el presente trabajo? Entendiendo la institucionalización como el establecimiento de un proceso mediante el cual una práctica específica se establece, es ampliamente conocida y universalmente aceptada (MAINWARING y SCULLY, 1995; MAINWARING y TORCAL, 2005; MEDINA y TORCAL, 2006); se desprende como principal característica la estabilidad, entendida en cierta forma como persistencia (CASAL BERTÓA, 2011; MELESVICH, 2007). No obstante, la estabilidad ha sido entendida por los expertos de múltiples formas. La mayor parte de especialistas, conforme explicado anteriormente, la han entendido como estabilidad electoral, pero la estabilidad entendida como la cooperación entre partidos puede ser igual o más determinante que la electoral (MAIR, 2007; MAIR y CASAL BERTÓA, 2012; CASAL BERTÓA, 2016). Ya las mediciones de la estabilidad mediante indicadores como número efectivo de partidos, fluidez, volumen de viejos partidos, mortalidad, proporción de votos alcanzada por los partidos tradicionales, etcétera, reflejan importantes aspectos de los partidos políticos, pero no alcanzan el aspecto más importante de los sistemas de partidos – los patrones de competición interpartidistas (SARTORI, 1976; CASAL BERTÓA, 2016).

El presente trabajo considera que la ISP posee tres características fundamentales. Primero, los principales partidos son estables, de manera que, aunque nuevos partidos puedan surgir, lo harán con menor intensidad y con una rapidez inferior en los sistemas institucionalizados. Segundo, las preferencias electorales son más estables independientemente del tipo de vínculo que exista entre partidos y electores – programático, clientelista, personalista o tradicional/afectivo. Tercero, la formación de

gobiernos es más estable, es decir, los partidos que gobiernan tienden a ser unos pocos y familiares, ya sea en coalición o de manera individual. Luego, se entiende la institucionalización como la estabilidad de los patrones de competición partidista, considerando el plano electoral, la dinámica de los partidos, y, la dinámica interpartidaria, entendida como la formación de gobiernos en el seno del sistema. Aunque los partidos llevan a cabo alianzas en diferentes esferas, es crucial analizarlas a nivel gubernamental por ser el principal premio de la competición partidista y porque unirse a un gobierno o no es una decisión autónoma de los partidos (MAIR, 1996).

Cuadro 8. Conceptualización de la ISP



Fuente: elaboración propia.

Esta conceptualización de ISP se operacionaliza a partir de los siguientes indicadores: volatilidad endógena de la Cámara Baja y presidencial (TORCAL, 2015), fluidez del sistema de partidos (ARTIAGA, 1999), y, la estructura de la competición del sistema de partidos (MAIR, 1996; CASAL BÉRTOA y ENYEDI, 2014; CASAL BÉRTOA, 2016). Son indicadores que otros autores ya han utilizado para medir la ISP, pero no de forma conjunta, y, hacen referencia al sistema de partidos como unidad de análisis. Aunque otras condiciones podrían estar presentes, las limitaciones del presente trabajo, tanto metodológicas como de forma y tiempo, no permiten testar más. Con esta operacionalización se espera, además de una medición más ajustada a la realidad de la región, aportar luz sobre los niveles de ISP en la región, su heterogeneidad y establecer

cuales de esas dimensiones son condiciones necesarias y/o suficientes. A continuación, se especifican las cuestiones metodológicas de cada uno de los indicadores.

Cuadro 9. Propuesta propia de operacionalización de la ISP

Dimensión ISP	Indicador	Fórmula	Datos ³³
Estabilidad electoral	Volatilidad exógena del sistema	Índice de Pedersen	Electoral Resources Database de las Américas
Estabilidad partidista	Fluidez del sistema	Índice de Toole	Electoral Resources Database de las Américas
Estabilidad interpartidaria	Estructura competición del sistema	Fórmula de gobierno	Database de las Américas Electoral Resources Tribunal Superior Electoral

Fuente: elaboración propia.

La elección de la estabilidad electoral como dimensión de la ISP se justifica porque los sistemas de partidos institucionalizados cuentan con resultados electorales claramente predecibles, es decir, los electores tienden a apoyar a los mismos partidos de una elección a otra. Esto no significa que la estabilidad sea plena, dado que, en los sistemas de partidos institucionalizados, los electores ejercen la *accountability* electoral, pero cuando esto sucede su voto es transferido para el resto de los partidos consolidados que ya forman parte del sistema (MAINWARING et al., 2018). Como consecuencia, este tipo de sistemas dificultan la entrada de outsiders y la entrada de nuevos partidos es bastante restringida, respondiendo a contextos excepcionales. Por todo ello, la estabilidad electoral consigue capturar estas características de los sistemas de partidos institucionalizados.

Como indicador de la estabilidad electoral se opta por calcular la volatilidad, indicador por excelencia que permite medir la estabilidad de las preferencias políticas de los electores (MAINWARING y ZOCO, 2007; CASAL BÉRTOA, 2016). Tradicionalmente, se ha entendido que la estabilidad electoral significa que las etiquetas partidistas están consolidadas, son perfectamente reconocidas por los electores y cuentan con apoyos constantes en el tiempo (KITSCHOLT et al., 2010). Siguiendo la línea argumental de Torcal y Lago (TORCAL et al., 2015:66), se propone medir la volatilidad exógena, que

³³ Páginas web donde encontrar estos datos o solicitarlos: <https://www.vanderbilt.edu/lapop-espanol/acceso-gratuito.php> (El Barómetro de las Américas), <http://electionresources.org/> (Electoral Resources), y, <http://pdba.georgetown.edu/> (Political Database of the Americas).

diferencia si la volatilidad tiene lugar en el seno del equilibrio o fuera de este. La volatilidad dentro del equilibrio, es decir, entre los partidos que ya formaban parte del sistema en la elección anterior es considerada como positiva, consecuencia de la rendición de cuentas, y, por tanto, deseable en cualquier democracia (LUPO y RIELD, 2013).

Así, la volatilidad fuera del equilibrio calcula, únicamente, la entrada de nuevos partidos o antiguos partidos perdedores en el sistema. Sistemas con una alta volatilidad exógena son menos estables, dado que evidencia la existencia de partidos débiles y conexiones con el electorado intermitentes (TORCAL y LAGO, 2015). Respecto al ámbito de medición, los estudios sobre ISP han optado tanto por la presidencial como legislativa (MAINWARING y SCULLY, 1995; MAINWARING y TORCAL, 2005), por lo que en este trabajo se calculan ambas esferas para conseguir retratar fielmente el sistema de partidos nacional. Su medición se realiza a partir del índice de Pedersen (1983) aplicada únicamente a los partidos que desaparecen o aparecen en la elección t+1. A mayor volatilidad exógena, es decir, fuera del equilibrio, menos estabilidad.

Cuadro 10. Índice de Pedersen aplicado para calcular volatilidad exógena

$$V_t^e = \frac{1}{2} \sum_{j=1}^J \Delta p_j^e$$

Donde Δp_j^e es la variación en el porcentaje de votos experimentada por cada nuevo partido que entra entre dos elecciones (t y t+1)

Fuente: Ruiz y Otero (2014).

La dimensión estabilidad partidista es elegida porque los sistemas de partidos institucionalizados cuentan con organizaciones partidistas sólidas y representantes políticos más experimentados, que entienden la relevancia de los partidos políticos para la democracia (MAINWARING et al., 2018). Además, los partidos tienden a ser más estables en sus posturas programáticas, realizando menos cambios. Esto facilita que el electorado identifique la marca de partido y que las conexiones con el electorado sean más sólidas (LUPU, 2016). Consecuentemente, son sistemas de partidos menos fluidos (MAINWARING et al., 2018). A priori, podría pensarse que la estabilidad electoral también consigue capturar la estabilidad partidista. Sin embargo, la inestabilidad partidista puede provenir tanto de la oferta como de la demanda – volatilidad. Por eso, parece lógico controlar ambas caras de la misma moneda. Un sistema que presenta fluidez

dificulta alcanzar niveles de volatilidad baja, por lo que es relevante considerar esta condición en cualquier medición de la ISP. A priori, para algunos autores como Artiaga (1999), una alta fluidez evidenciaría una alta volatilidad porque la preferencia partidista del elector podría no existir ya, obligándole a votar otro partido, pero sistemas con niveles de volatilidad exógena similares pueden tener niveles de fluidez diferentes.

Como indicador de la estabilidad partidista se utiliza la fluidez pues permite capturar, de forma específica, los cambios de la oferta partidista en la arena legislativa, es decir, en el seno del sistema de partidos. Se refiere a la estabilidad de los propios partidos y si sus condiciones son las mismas una elección tras otra (ARTIAGA, 1998; ARTIAGA, 1999; TOOLE, 2000; RUÍZ y OTERO, 2014). Este indicador de los sistemas de partidos ha recibido una atención menor en los análisis sobre dinámicas sistémicas, pese a capturar la inestabilidad de la oferta partidista con presencia parlamentaria (RUIZ y OTERO, 2014:155). Se elige medir la fluidez en lugar de la natalidad y mortalidad partidista porque permite medir la importancia de los partidos en votos. Luego, a mayor fluidez menor estabilidad del sistema de partidos. Se opta por el índice de Toole (2000), que mide cuántos partidos nuevos entran y cuántos partidos antiguos salen del sistema en relación con el número total de partidos.

Cuadro 11. Índice de Toole aplicado para calcular la fluidez del sistema de partidos

$$Fp = \frac{J_t^h + J_t^d}{(J_{t-1} + J_t)/2}$$

Donde J_t^h son los partidos nuevos en el parlamento, J_t^d son los partidos desaparecidos, J_{t-1} es el número total de partidos en la elección anterior (t-1) y J_t es el número total de partidos en la elección t.

Fuente: Ruiz y Otero (2014).

La elección de la dimensión estabilidad interpartidista, que hace referencia a las interacciones entre los partidos en la arena gubernamental, se debe a que los sistemas de partidos institucionalizados cuentan con una estructura de la competición interpartidaria cerrada. Es decir, la formación de gobierno está confinada a un pequeño grupo de partidos ya preestablecido y las alianzas entre partidos tienden a ser estables en el tiempo (CASAL BÉRTOA y ENYEDI, 2016), consecuencia de la estabilidad electoral y partidista existente. Para Casal Bértoa (2016) y Mair (1996) ésta es la principal dimensión de la

ISP, puesto que, entienden que la institucionalización del sistema de partidos consiste en la cooperación, colaboración y coligación de los partidos de manera estandarizada y estructurada, ofreciendo a los electores alianzas políticas claras, y, por tanto, alternativas de gobierno predecibles. Aunque reconocen que no es la única dimensión relevante.

Por tanto, como indicador de la estabilidad interpartidista se selecciona la estructura de la competición partidista (MAIR, 1996) dado que permite capturar el corazón del sistema de partidos: la interacción entre los partidos. Este indicador se basa únicamente en las decisiones tomadas por los partidos, y no por los electores ni los representantes políticos. Unirse a un gobierno o no, así como realizar determinadas alianzas, son una decisión autónoma de los partidos y está menos condicionada como sucede en la esfera electoral o a la hora de elaborar políticas públicas. Además, pese a que los partidos llevan a cabo alianzas en diferentes esferas, es crucial analizarlas a nivel gubernamental ya que es el principal premio de la competición partidista (MAIR, 1996).

La operacionalización clásica de la estructura de la competición partidista aúna tres indicadores – la alternancia de gobierno, la fórmula de gobierno y el acceso al gobierno³⁴ –, pero en este trabajo se calcula únicamente la fórmula de gobierno. Esta elección está justificada por las dificultades para medir cada uno de estos indicadores y porque la literatura ha tendido a considerar la fórmula de gobierno como la dimensión determinante para los sistemas de partidos cerrado (CASAL BÉRTOA y ENYEDI, 2016, ROCHA, 2018). La fórmula de gobierno se refiere a si la composición del gobierno es familiar o innovadora. Se entiende como familiar un gobierno formado por un partido o coalición que ya formó gobierno anteriormente. Por consiguiente, para calcular si la estructura de la competición partidista es abierta o cerrada se analiza si en los últimos tres gobiernos la fórmula fue familiar o innovadora. Si la estructura de la competición es cerrada, la estabilidad interpartidista es mayor.

A partir de esta operacionalización multidimensional se calcula la media (0-1), siguiendo una propuesta similar a la de Mainwaring y Scully (1995). Este índice agregado permite comparar el nivel de ISP en cada país de la región. Este índice es construido a partir de la suma de la puntuación obtenida en cada una de las dimensiones. Cada dimensión posee

³⁴ Ver Casal Bértoa y Enyedi (2016). La alternancia en el gobierno analiza si esta es completa o no, es decir, si el nuevo gobierno está compuesto por un grupo de partidos completamente diferentes. Mientras que el acceso al gobierno analiza si todos los partidos tienen las mismas oportunidades de formar gobierno o si algunos son excluidos sistemáticamente.

la misma relevancia, por lo que suma la puntuación alcanzada por cada una (0-1) y se divide por tres, obteniendo el nivel medio de institucionalización de cada sistema de partidos. Cuanto más próximo a 0 menos institucionalizado está el sistema de partidos en general, y, cuanto más próximo a 1 más institucionalizado.

Tras calcular el índice agregado de institucionalización de los sistemas de partidos en la región latinoamericana, los sistemas que puntúan de 0 a 0,22 son considerados como sistemas fluidos o no institucionalizados; de 0,22 a 0,44 se encuentran los sistemas incipientes, están comenzando a desarrollar un patrón menos inestable; de 0,44 a 0,66 los sistemas se sitúan en la area difusa, es decir, cuentan con una baja institucionalización de las dimensiones o alguna dimensión está relativamente institucionalizada, pero no pueden considerarse todavía sistemas institucionalizados; a partir de 0,66 a 0,88 nos encontramos con los sistemas de partidos que están institucionalizados en cierta medida, contando con al menos dos de la dimensiones institucionalizadas o con todas ellas relativamente institucionalizadas; y, a partir de 0,88 se sitúan aquellos sistemas institucionalizados, que se asemejan a los sistemas de partidos de las democracias consolidadas y cuentan con todas las dimensiones institucionalizadas.

Tabla 9. Propuesta de clasificación de la ISP en Sudamerica a partir del Índice Agregado de Institucionalización (0-1)

Puntuación	Clasificación sistema	Características
0 a 0,22	Fluido	Ninguna dimensión institucionalizada
0,22 a 0,44	Incipiente	Pese al dominio de la desinstitucionalización las dimensiones están menos fluidas.
0,44 a 0,66	Difuso	Baja institucionalización de las dimensiones o alguna dimensión algo más institucionalizada
0,66 a 0,88	Relativamente institucionalizado	Mínimo dos dimensiones relativamente institucionalizadas o todas las dimensiones relativamente institucionalizadas
0,88 a 1	Plenamente institucionalizado	Todas las dimensiones institucionalizadas

Fuente: elaboración propia.

Sin embargo, motivado por las recientes críticas a las mediciones agregadas de la ISP, tras dicha medición se realiza un Análisis Cualitativo Comparado (QCA), que permita

comprobar si esta operacionalización es correcta tal cual ha sido planteada, como un índice agregado, o si, por el contrario, necesita ser repensada. Por tanto, se comprobará cuáles de estas tres dimensiones son condiciones suficientes y necesarias para la institucionalización en Latinoamérica. Luna (2015) es pionero en la aplicación de este tipo de análisis en el estudio de la ISP. Opta por utilizar la operacionalización de Mainwaring y Scully (1995) de la institucionalización y por un Análisis Cualitativo Comparado Crispy Set (csQCA). Concluye que, aunque determinados países puedan puntuar por debajo del valor establecido como parámetro de la ISP, podrían contar con la mayor parte de sus dimensiones institucionalizadas, dotándole de cierta ISP e informaciones especialmente relevantes para comprender mejor este fenómeno tan complejo. De manera que considera que tal vez, el problema de la operacionalización de la ISP resida en el establecimiento de un índice agregado más que en las dimensiones elegidas por Mainwaring y Scully (1995).

Obsérvese el siguiente ejemplo (tabla 10), un análisis agregado de la institucionalización nos llevaría a afirmar que los casos A, B y C poseen el mismo nivel de institucionalización. Basados en la escala de Mainwaring y Scully (1995) estaríamos hablando de sistemas de partidos con un nivel medio de institucionalización. En cambio, existen importantes diferencias entre los casos A, B y C. Mientras que el caso A cuenta con dos dimensiones altamente institucionalizadas, el arraigo y la legitimidad de los partidos cuentan con una baja institucionalización, por lo que estaríamos hablando de un sistema de partidos hidropónico. El caso B posee un nivel medio de institucionalización en cada una de sus dimensiones por lo que se trataría de un sistema incipiente. Ya el caso C se caracteriza por una alta institucionalización de las variables estabilidad y legitimidad, pero la organización partidaria y el arraigo de los partidos se corresponde con niveles característicos de una baja institucionalización. Por lo que podríamos estar nuevamente ante un caso de sistemas de partidos hidropónicos. El sistema de partidos D presentaría un nivel de institucionalización elevado, con todas sus dimensiones altamente institucionalizadas. Finalmente, el caso E sería descrito como un sistema de partidos hegemónico. Estos mismos casos utilizando una medición mono-operacionalizada, con la estabilidad como dimensión, tendría como resultado: los casos A, C y D considerados como sistemas de partidos institucionalizados, el caso B como sistema incipiente y el caso E como hegemónico.

Tabla 10. Mediciones de la ISP: agregada versus mono-operacionalizada vs multidimensional desagregada vs agregada

Caso	D1 Estabilidad	D2 Arraigo	D3 Legitimidad	D4 Organización	ISP agregado	ISP Mono- operacionalizado (D1)
A	3	1	1	3	2	3
B	2	2	2	2	2	2
C	3	1	3	1	2	3
D	3	3	3	3	3	3
E	1	1	1	1	1	1

Fuente: Elaboración propia basada en Luna (2015).

* 3 Alta institucionalización, 2 Institucionalización media, 1 Institucionalización.

Cuadro 12. Clasificación de la ISP según el tipo de medición utilizada

M. Agregada	M. Mono-operacionalizada	M. Multidimensional desagregada
Incipiente	Institucionalizado	Hidropónico
Incipiente	Incipiente	Incipiente
Incipiente	Institucionalizado	Hidropónico
Institucionalizado	Institucionalizado	Institucionalizado
Hegemónico	Hegemónico	Hegemónico

Fuente: Elaboración propia basada en Luna (2015).

Luego, este hallazgo teórico justifica la elección de un análisis cualitativo comparado para verificar si la operacionalización propuesta funciona o si debe readaptarse. El análisis QCA que se llevará a cabo tras la medición de cada una de las dimensiones, a partir de la operacionalización propuesta, será de tipo *crispy set* (csQCA). El csQCA está basado en algebra booleana y se hace una distinción binaria de la realidad donde los casos pueden ser miembros o no del conjunto. Así, el valor [1] indica membresía al conjunto y el valor [0] la no membresía, es decir, ausencia o presencia de dicha dimensión. Tanto las dimensiones – estabilidad electoral, partidista e interpartidaria - como el resultado – la institucionalización del sistema de partidos – son entendidas de manera dicotómica. Pero ¿cómo se realiza la dicotomización de los datos si estos son continuos? Mediante el establecimiento de un umbral teórico y empírico debidamente justificado en el próximo capítulo.

4.2 La operacionalización de las condiciones causales

En esta sección se establece la operacionalización de cada una de las condiciones causales analizadas: la estructuración programática de los partidos, la solidez de los partidos y el contexto económico. Estas condiciones están operacionalizadas a partir de indicadores clásicos en la literatura. En la siguiente tabla pueden observarse las condiciones analizadas, el indicador seleccionado para su operacionalización, la fórmula utilizada para su cálculo y la fuente de la que proceden los datos.

Cuadro 13. Operacionalización de las condiciones causales: la estructuración programática de los partidos, la solidez de los partidos y el contexto económico positivo.

Factor	Indicador	Fórmula	Datos ³⁵
Estructuración programática partidos	Coherencia programática interpartidaria	Media del Desvío padrón	PELA
Solidez de los partidos	Volatilidad endógena	Índice de Pedersen	Electoral Resources Database de las Américas
Contexto económico	Índice agregado: - Crecimiento económico - Inflación - Tasa desempleo	% Crecimiento anual PIB Media anual IPC Tasa desempleo anual	Banco Mundial

Fuente: elaboración propia.

A continuación, se especifican todos los aspectos relativos a la operacionalización, la justificación teórica para la elección de cada indicador y las cuestiones metodológicas relativas a cada uno de ellos.

4.2.1. La estructuración programática de los partidos

La programaticidad de los partidos políticos es una noción bastante compleja, dado que, en la práctica, los partidos no tienden a ser simplemente programáticos o no programáticos. Además, pese a ser un concepto relevante teóricamente ha sido poco

³⁵ Páginas web donde encontrar estos datos o solicitarlos: http://americo.usal.es/oir/elites/bases_de_datos.htm (PELA), <http://electionresources.org/> (Electoral Resources), <http://pdba.georgetown.edu/> (Political Database of the Americas), y, <https://datos.bancomundial.org/> (Banco Mundial).

estudiado por los expertos en ciencia política (LUNA, ROSENBLATT y TORO, 2014). No obstante, existe un cierto acuerdo sobre qué entender por partido programático. La literatura ha identificado dichos partidos como aquellos que se caracterizan por perseguir agendas coherentes basadas en políticas públicas, movilizar apoyos según sus líneas programáticas, contar con estructuras internas diseñadas para promover la formación de políticas programáticas y perseguir un conjunto estable de objetivos ideológico. Es decir, un partido estructurado programáticamente es aquel que busca implementar su programa cuando alcanza el gobierno o cuotas de poder y organiza el partido de manera que se facilite la construcción, difusión y reproducción de su programa. Por tanto, se identifican tres dimensiones del partido que pueden ser programáticas en mayor o menor grado: la organizacional, la política y la electoral (LUNA, ROSENBLATT y TORO, 2014). Esto da lugar a diferentes tipos de partidos programáticos: programático ideal, programático débil, elitista programático, programático de cuadros y programático inestable. A continuación, se describe brevemente las características de cada uno de este tipo de partidos.

El partido programático ideal cuenta con las tres dimensiones estructuradas programáticamente. Posee compromisos ideológicos bien estructurados y estables, constituyendo una base para el vínculo programático entre el elector y el partido, la organización interna del partido, y, proceso de formulación de políticas y la plataforma resultante (LUNA, 2012). Por lo que el partido no moviliza apoyos mediante conexiones clientelistas, ni realiza llamamientos ni promueve los intereses de un único grupo social. Por esta ser una categorización ideal, la mayor parte de los partidos no se encajan en este prototipo.

Los partidos programáticamente débiles son aquellos que cuentan con conexiones programáticas con el electorado y propuestas políticas programáticas. Por tanto, la dimensión organizacional no está estructurada programáticamente. Esta dimensión es la más difícil de programatizar. Son muchos los partidos que carecen de democracia interna, de manera que las decisiones políticas no reflejan la forma en la que el partido se vincula con su electorado. Cuando esta dimensión no es programática, las decisiones internas tienden a ser tomadas por un pequeño número de figuras principales, generalmente, los representantes electos del partido o una camarilla alrededor del líder³⁶. Pero la

³⁶ Esto sucede tanto en los partidos de las democracias consolidadas como en consolidación. Por ejemplo, el Partido Conservador inglés hasta poco tiempo atrás, elegía a sus líderes sin incluir a los activistas y a los

programaticidad no siempre se impulsa desde abajo, como en los partidos programáticamente débiles y los partidos programáticamente ideales. Un número reducido de partidos han logrado desarrollar organizaciones programáticas y, a través de ellas, políticas programáticas. Este tipo de partidos programáticos cuentan con las dimensiones gubernamental y organizacional estructuradas programáticamente, pero no llegan a establecer vínculos programáticos con su electorado ni con los principales grupos sociales. Estos son partidos elitistas programáticos pues no existe un segmento considerable del electorado que se identifique con las políticas que defienden.

Mientras que los partidos de cuadros programáticos no cuentan ni con una organización programática ni con conexiones de este tipo con su electorado. Estos partidos apenas defienden políticas públicas de cuño programático al haberse desarrollado como partidos catchall. Parten de la premisa de que perseguir objetivos políticos estables es lo mejor para la nación, de ahí su formulación e implementación de políticas programáticas. Este tipo de partidos está poco expuesto a la rendición de cuentas dado que al carecer de estructuras internas diseñadas para promover ideas programáticas y movilizar apoyos es poco probable que el electorado le castigue de forma directa caso cambie sus políticas.

Finalmente, los partidos programáticos inestables se caracterizan por poseer una organización interna de activistas que buscan promover un enfoque más programático de la política, pero que, inicialmente, buscan formas alternativas de movilización política porque estas son las formas dominantes de competición electoral. Es decir, el electorado y el resto de los partidos tenderían a establecer conexiones con el electorado de tipo personalista, clientelistas o tradicionales, desincentivando al partido programáticamente inestable a establecer conexiones basadas en su programa político. A su vez, esa configuración genera que los electores procuren por políticas y propuestas electorales menos programáticas. Consecuentemente, este tipo de partido generalmente es inestable por la tensión que se genera entre los tipos de apelaciones que realizan los miembros del partido y las promesas que los líderes hacen a los votantes.

Dado que los partidos pueden contar con unas dimensiones más programáticas que otras, es determinante establecer que dimensiones son las más relevantes a la hora de clasificar

miembros del partido, pese a defender como ideal programático que los ciudadanos tienen derecho a controlar su propio destino.

un partido como estructurado programáticamente (LUNA, ROSENBLATT y TORO, 2014). De la categorización anterior se deduce que la dimensión más importante es la gubernamental, es decir, la formulación de políticas públicas gubernamentales. Una colección de posiciones políticas que constituyan un programa político bien estructurado y estable tornará al partido públicamente conocido. También, debe existir el compromiso y la capacidad de cumplir al menos algunas promesas programáticas clave cuando alcanzan posiciones de poder. Luego, un programa de partido es el elemento más definitorio de un partido programático y mediante el que atrae a sus miembros. Además, el establecimiento de un programa claro y estable facilita la conexión programática con el electorado y que el partido transite hacia mayores niveles de programaticidad en las otras dimensiones. Por tanto, en el presente trabajo se entiende como partido estructurado programáticamente aquél que cuenta, al menos, con la dimensión gubernamental programática, relativa a la formulación e implementación de políticas públicas.

Cuadro 14. Tipos de partidos programáticos según Dasgupta et al. (2011)

D. Electoral	D. Organizacional	D. Gubernamental	Tipo de partido programático
Vínculo programático	Organización programática	Políticas programáticas	
Si	Si	Si	Ideal
Si	No	Si	Débil
No	Si	Si	Elitista
No	No	Si	De cuadros
No	Si	No	Inestable
No	No	No	No programático

Fuente: Dasgupta et al. (2011).

Ahora bien, ¿cómo operacionalizar dicha dimensión? Un partido con un programa claro y con capacidad de cumplir algunas de sus promesas programáticas contará con una alta coherencia programática. La coherencia programática refuerza la marca partidista (ALDRICH, 1995, HINICH y MUNGER, 1994). Una mayor coherencia permitiría un reconocimiento fácil y rápido de las políticas del partido para el electorado. Varios autores han defendido que los partidos con un cierto nivel de coherencia ideológica y programática favorecen la estabilidad de los sistemas de partidos (DUVERGER, 1992; HUNGTINGTON, 1968; RUIZ, 2006). Mientras que, para otros, es un factor necesario para la institucionalización del partido, y, por ende, del sistema, pero no es suficiente (ALCANTARA y LUNA, 2004). Al mismo tiempo, autores como Kitschelt (2000), afirman que la existencia del vínculo programático requiere de un cierto nivel de coherencia programática interpartidaria, pero no garantiza la existencia de este tipo de

conexiones y puede coexistir con las lealtades personalistas y las practicas clientelistas (RUIZ, 2006). Luego, es un indicador perfecto para capturar la dimensión considerada como la más relevante a la hora de determinar si el partido está estructurado programáticamente.

La coherencia partidista programática hace referencia a las diferencias en las posiciones en torno a temas y políticas específicas de quienes integran los partidos, dado que los partidos son actores divididos (RUIZ Y OTERO, 2013). Es decir, puede definirse como la consistencia programática interna del partido (ALCÁNTARA Y LUNA, 2004) o como el grado de congruencia entre los miembros del partido en lo programático (RUIZ, 2006). La coherencia “proporciona una imagen del partido mediante el análisis de las actividades y predisposiciones de sus miembros” (RUIZ, 2006:90). Una alta coherencia significa un alto grado de acuerdo en las posiciones programáticas de la élite del partido; mientras que, un bajo grado evidencia el fuerte disenso existente en el seno del partido, disminuyendo las posibilidades de ese partido contar con la dimensión gubernamental estructurada programáticamente.

En la literatura existe un largo debate sobre los *issues* que deben ser introducidos en la medición. Deben ser los más relevantes, pero no existe un criterio homogéneo sobre cómo establecer cuáles son. Para expertos como Hawkins y Morgenstern (2010) y Bartolini (2002) deben ser aquellos temas que dividan al partido, aunque esta decisión puede subestimar la coherencia del partido (RUIZ y OTERO, 2014). Para Ruiz y Otero (2014), la selección de los *issues* debe restringirse a los más significativos. Por ello, en el presente trabajo se opta por incluir los *issues* relativos a la economía y el papel del Estado en esta. Pese a que en la región existen diferentes clivajes que pautan la disputa electoral, este el único que se repite sistemáticamente en la región. A finales del siglo XX, América Latina atravesó graves problemas económicos relacionados con la inflación, la deuda externa y las sucesivas crisis económicas. Ante dicho panorama, el neoliberalismo y la implementación del Consenso de Washington fueron las respuestas predominantes por parte de las recién inauguradas democracias latinoamericanas, aproximando ideológica y programáticamente a los partidos. Sin embargo, la puesta en práctica de estas medidas no resolvió los problemas relativos al crecimiento económico lento e impactó negativamente a un importante segmento social, excluyéndolo una vez más del sistema (VIEIRA, CAVALCANTE y OLIVEIRA, 2017). Esto generó una reclamación ciudadana por más desarrollo económico, mejores servicios sociales y el control de la inflación, colocando,

fuertemente, la pauta económica en la agenda política. Consecuentemente, una mayor variedad y diferenciación en los posicionamientos programáticos económicos entre los partidos, consolidándose como el principal clivaje estructurador de los partidos.

Como nivel de medición, se opta por las élites del partido, es decir, los diputados federales pues son los representantes del partido político en el legislativo, responsables por la aprobación y/o apoyo de las políticas programáticas de su partido³⁷. Además, los candidatos presidenciales tienden, en algunas situaciones, a realizar coaliciones presidenciales más amplias y con mayor apelo electoral, lo que los lleva a realizar importantes abdicaciones a la hora de implementar políticas que formaban parte de su programa político. Así, los programas de las coaliciones electorales suelen ser más moderados que los de los propios partidos. Finalmente, cuanto, a la medición, se opta por utilizar las desviaciones típicas porque permiten realizar múltiples operaciones estadísticas y sirven para capturar el grado de acuerdo y disenso (RUIZ y OTERO, 2014), dado que la escala utilizada para la recogida de la información es la misma. Se toman las posiciones de los miembros del partido respecto a las cuestiones analizadas. A continuación, se suman las respuestas de cada diputado, por cada partido, de las preguntas consideradas y se divide por el número de preguntas³⁸. De la cifra resultante se calcula la desviación típica en cada partido político para obtener la coherencia final. A mayor desviación, menor coherencia existe. Finalmente, una vez calculada la coherencia de los principales partidos se calcula la media para poder determinar si los partidos de dicho sistema están, en su mayoría, más o menos institucionalizados.

Cuadro 15. Índice aplicado para calcular la coherencia programática interna

$$s_j = \sqrt{\frac{\sum_{i=1}^n (x_i - \bar{x}_j)^2}{n}}$$

Donde \bar{x}_j es el promedio del partido, x_i las ubicaciones de cada individuo y n el número de datos.

Fuente: Ruiz y Otero (2014).

³⁷ Los partidos analizados son los mismos que en la base de datos PELA por aglutinar a los principales partidos de cada sistema de partidos latinoamericano.

³⁸ Pregunta PELA p28 (recodificada cuando necesario de 1-5).

4.2.2 La solidez de los partidos políticos

Para operacionalizar la robustez de las organizaciones partidistas latinoamericanas se parte de la siguiente premisa: si el electorado conecta de alguna forma con los partidos existentes (independientemente de si esta conexión es de naturaleza ideológica-programática o no), la competición electoral se estabiliza, y, como consecuencia, los resultados electorales se tornan predecibles. Así, las etiquetas partidistas están consolidadas, son perfectamente reconocidas por los electores y cuentan con apoyos constantes en el tiempo (KITSCHOLT et al., 2010). Durante mucho tiempo la literatura insistió que esta estructuración de la competición se logra, únicamente, cuando las conexiones entre los partidos y el electorado son programáticas y/o ideológicas, y, que, por lo tanto, este tipo de conexiones son necesarias para la institucionalización del sistema de partidos. De esta premisa parten aquellos expertos que defienden que los diferentes resultados alcanzados en los estudios causales sobre las organizaciones sólidas podrían estar explicados por la necesidad de combinarse con una estructuración de la competición electoral programática y/o ideológica, es decir, que esté estructurada por la identificación partidista o los clivajes presentes en la sociedad (HAGOPIAN et al., 2009; MAINWARING et al., 2018).

No obstante, la identificación partidista puede estar construida en torno a cuestiones no ideológicas o programáticas (MORALES, 2016). Al mismo tiempo, un determinado clivaje puede estructurar la competición electoral en su conjunto, pese a la ausencia de partidos estructurados programáticamente y vínculos programáticos entre el electorado y el partido. Conforme evidenciado en el segundo capítulo de este trabajo, algunos sistemas de partidos han logrado institucionalizarse pese a la ausencia de vínculos programáticos, como Brasil. Sin embargo, los expertos han tendido a considerarlos como una excepción, casos desviantes que deben ser relativizados y que no invalidan las explicaciones programáticas como factores causales (MAINWARING et al., 2018). Por este motivo, en el presente trabajo se considera que, tal vez, no sólo los partidos estructurados programáticamente consigan generar niveles de institucionalización. Los partidos no tienen por qué estructurar la competición electoral programáticamente, si no que bastaría con que fuesen lo suficientemente robustos como para lograr estructurar la competición electoral. Es decir, que los principales partidos consigan conectar con el electorado de una forma estable e incluso relativamente previsible, independientemente del motivo por el que dicha estructuración se genere. Luego, el tipo de conexiones que los partidos

establecen con el electorado serían irrelevantes para la institucionalización. Este argumento sigue una línea similar a la de Kitschelt (et al., 1999) que defiende que el electorado puede conectar con los partidos de manera estable tanto de una forma personalista como clientelista o tradicional. Al mismo tiempo, pueden coexistir diferentes tipos de conexiones entre un determinado partido y su electorado.

Por otro lado, la literatura ha tendido a considerar que, si los partidos están estructurados programáticamente, el electorado conectará con ellos de esta forma. Ahora bien, que las organizaciones partidistas estén estructuradas programáticamente no significa que los partidos logren conectarse con el electorado a partir de sus posiciones programáticas y/o ideológicas. Los electores pueden no sentirse atraídos por esta característica. Por ejemplo, las teorías psicosociológicas y de clivajes consideran que los electores toman sus decisiones basados en la identificación partidista o los valores predominantes de los grupos sociales a los que pertenecen. No obstante, el elector puede decidir su voto e incluso conectarse con el partido a partir de otras características como el personalismo o el clientelismo (KITSCHULT et al., 1999). Las teorías espaciales consideran que el elector elige aquel partido más próximo de sus posiciones en la escala izquierda-derecha o en determinados asuntos, pero no siempre el electorado consigue identificarse en esa escala.

En el caso del electorado latinoamericano, González y Queirolo (2013) afirman a través de un estudio empírico las dificultades que dichos ciudadanos poseen a la hora de identificar las posiciones ideológicas de los partidos, así como las propias. Siguiendo una línea argumental similar, para Telles y Storni (2011) el electorado latinoamericano y, especialmente, el brasileño, enfrentan dificultades a la hora de situarse en la escala izquierda-derecha. Consideran que la escala izquierda-derecha no consigue explicar el posicionamiento ideológico del electorado, funcionando más como un indicador de evaluación de los Gobiernos y la confianza institucional. Por otro lado, es importante resaltar que pese a poder existir partidos estructurados programáticamente, la importancia de los medios de comunicación en las elecciones sudamericanas provoca que el debate se estructure más en torno a aspectos coyunturales, dejando de lado los posicionamientos estrictamente ideológicos. Así, los electores sin preferencias claras tienden a tomar sus decisiones a partir de estos debates. De esta manera, las características del electorado y su contexto también son determinantes para el establecimiento de las conexiones programáticas, por lo que no basta con la presencia de partidos estructurados

programáticamente. La existencia de partidos estructurados programáticamente no garantiza la existencia de un vínculo programático.

Por consiguiente, al entender que la competición electoral está estructurada por los principales partidos cuando esta se torna estable y predecible, se opta por utilizar la volatilidad endógena como indicador. La volatilidad endógena difiere de la volatilidad exógena, ambas miden la estabilidad de las preferencias del electorado en esferas diferentes. Conforme explicado anteriormente, la volatilidad exógena mide los cambios fuera del equilibrio, es decir, entre los partidos que no formaban parte del sistema en la elección anterior, mostrando la tendencia del electorado a apoyar partidos y candidatos que no formaban parte del sistema. Ya la volatilidad endógena refleja los cambios en las preferencias electorales de los ciudadanos dentro del equilibrio (MAINWARING y ZOCO, 2007), es decir, entre los partidos que ya formaban parte del sistema en la elección anterior. Este indicador permite entender hasta qué punto estos partidos están consolidados y conectados con el electorado, independientemente de su naturaleza. Pese a que la volatilidad endógena suele estar producida por la *accountability electoral*, si dichos partidos son sólidos y consiguen estructurar la competición electoral, cabe esperar que sus niveles sean inferiores y/o moderados, similares a los de las democracias consolidadas.

La volatilidad endógena se calcula a partir del índice de Pedersen (1983) que consiste en sumar el cambio neto del porcentaje de bancas o votos ganado o perdido por cada partido de una elección a otra, y, a continuación, se divide entre dos. Niveles relativamente bajos son aceptables, pero niveles elevados demuestran que el sistema de partidos carece de partidos sólidos capaces de estructurar la competición de una elección a otra. En cuanto al ámbito de la medición, esta se calcula únicamente para las elecciones legislativas por ser el seno del sistema de partidos (MAINWARING y SCULLY, 1995) y para evitar sobreestimar la volatilidad endógena, dado que en la competición presidencial no siempre los mismos partidos presentan candidaturas de una elección a otra, afectando negativamente al cálculo de la volatilidad.

Cuadro 16. Índice de Pedersen aplicado para el cálculo de la volatilidad endógena

$$V_t^e = \frac{1}{2} \sum_{j=1}^J \Delta p_j^e$$

Donde Δp_j^e es la variación en el porcentaje de votos experimentada por cada partido con representación en ambas elecciones de una elección a otra (t-1 y t).

Fuente: Ruiz y Otero (2014).

4.2.3 El contexto económico

El contexto económico, tradicionalmente se ha relacionado la estabilidad de la democracia y sus instituciones con el desempeño económico, afirmando que los niveles económicos positivos tienen a favorecer la estabilidad de los sistemas políticos (PRZEWORSKI, 2005; PRZEWORSKI, ALVAREZ, CHEIHUB y LIMONGI, 1997)). Se ha considerado que la estabilidad económica favorece la estabilidad electoral, minimizando la volatilidad exógena, dificulta la aparición de outsiders e incentiva una estructuración de la competición partidista cerrada (CASAL BÉRTOA, 2016; LEWIS-BECK y RATTO, 2013; MAINWARING et al., 2016; MAINWARING y ZOCO, 2007; SINGER, 2013). La premisa de estos hallazgos parte de las teorías del voto económico, que a su vez se insieren dentro de las teorías de la elección racional (DOWNS, 1957), basada en la idea de castigo y recompensa al gobierno. El voto económico supone que los electores son individuos racionales que poseen determinadas preferencias relativas al desempeño económico, por lo que son capaces de analizar la situación económica y que actúan según estas, castigando o premiando al gobierno (LEWIS-BECK y STEGMAIR, 2000).

El elector puede realizar la evaluación del desempeño económico a partir de su efecto en su economía personal (ergotrópica) o al país en general (sociotrópica) (LEWIS-BECK y PALDMAN, 2000). Al mismo tiempo, el elector puede comparar su situación económica actual con su situación en el pasado (retrospectiva) o realizar una proyección del efecto que la economía tendrá (prospectivo) (FIORINA, 1978). Luego, las fluctuaciones económicas influenciarían el voto del elector al atribuir al gobierno la responsabilidad por la situación económica (LEWIS-BECK y PALDMAN, 2000). Un contexto económico positivo favorece a los candidatos del partido en el ejecutivo (KRAMER, 1971); mientras que, un desempeño económico débil los perjudica, sean o no los responsables (LEWIS-

BECK Y STEGMAIR, 2013). Es decir, el elector genera sus percepciones a partir de los indicadores macroeconómicos y sus propias percepciones de la economía doméstica, comparando eficientemente los datos actuales con los anteriores. No obstante, existe un amplio debate sobre si los electores basan sus elecciones en cálculos racionales o si están influenciados por otros factores.

Para algunos autores, el contexto económico es determinante en regiones como la latinoamericana debido a los ciclos electorales de comportamiento oportunista que muchos gobiernos siguen (BORSANI, 2001). En este tipo de ciclos electorales el objetivo de los partidos es mantenerse en el poder (DOWNS, 1957) y maximizar sus resultados electorales. Es decir, los gobiernos tienden a implementar políticas que estimulen rápidamente la mejora de los indicadores macroeconómicos, especialmente en relación con el desempleo, independientemente de su orientación ideológica y preferencias programáticas (BORSANI, 2001). Por otro lado, pese a que la literatura ha afirmado que los partidos de derecha tienden a verse más favorecidos por la reducción de la inflación, mientras que los partidos de izquierda por la reducción de la tasa de desempleo, Camargos (2014) afirma que en la región latinoamericana la reducción de la inflación es el indicador económico que más beneficia a cualquier partido en términos de reelección. Para Singer (2013) la importancia de la inflación se debe al papel protagonista que este indicador tuvo en la economía de la región durante las décadas de los 80 y 90 del siglo XX, de manera que los electores estarían basándose en una revisión retrospectiva. Aunque, también, debe tenerse en consideración que los electores pueden influenciar su análisis del contexto económico mediante su posicionamiento ideológico. Cuando el gobierno es ideológicamente a fin al elector, estos pueden hacer una interpretación más favorable al gobierno.

Finalmente, existe un amplio debate en el seno de las teorías del voto económico sobre como operacionalizar el contexto económico. Para algunos, la inflación y la tasa de desempleo son los factores más relevantes; para otros, el crecimiento económico debe ser agregado. Este trio de indicadores macroeconómicos conforman la operacionalización clásica del desempeño económico y se sobreentiende que reflejan, en gran medida, los resultados de las políticas económicas de los gobiernos nacionales. En América Latina, la literatura afirma que el crecimiento económico, la tasa de desempleo, la inflación y la reducción de la pobreza influyen fuertemente en las percepciones del electorado sobre el contexto económico (NAVIA y SOTO CASTRO, 2015). Por ende, en este trabajo se opta

por la operacionalización clásica, utilizando los tres indicadores clásicos: crecimiento económico, inflación y desempleo. Pese a que sería interesante considerar la reducción de la pobreza o los niveles de desigualdad, el presente trabajo se centra en la operacionalización clásica, de manera que la relación entre institucionalización y desigualdad queda sujeta a nuevas investigaciones.

El crecimiento económico es medido a corto plazo mediante el porcentaje de crecimiento anual del Producto Interior Bruto (PIB); la inflación se mide a partir de la media anual del Índice de Precios al Consumidor (IPC); y, la tasa de desempleo se mide mediante la tasa anual de desempleo. El periodo analizado es el año anterior a la elección y los datos provienen del Banco Mundial. Una vez calculado cada uno de estos indicadores se crea un índice agregado (0-1). Este índice permite comparar el contexto económico en cada país de la región, así como en cada observación. Este índice es construido a partir de la suma de la puntuación obtenida en cada uno de los indicadores. Cada indicador posee la misma relevancia, por lo que se suma la puntuación alcanzada por cada indicador (0-1) y se divide por tres, obteniendo el índice del contexto económico. Cuanto más próximo a 0 menos positivo será el contexto económico y cuánto más próximo a 1 más positivo.

Una vez determinado a lo largo de este capítulo como se operacionaliza cada una de las condiciones causales analizadas y el resultado u *outcome*, así como sus fundamentos teóricos y limitaciones, en los siguientes capítulos se abordan los resultados y principales hallazgos de esta investigación.

CAPÍTULO V

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LOS SISTEMAS DE PARTIDOS DE AMÉRICA DEL SUR: MEDICIÓN Y CLASIFICACIÓN

En el presente capítulo se responde a la primera pregunta de investigación planteada en esta investigación. ¿Cuáles son los diferentes niveles de institucionalización presentes en la región? Para ello, este capítulo se divide en tres secciones. Primero, se realiza la medición de los sistemas de partidos latinoamericanos, a partir de la propuesta de operacionalización defendida a lo largo de este trabajo. Segundo, una vez calculado la ISP en la región se analiza cuáles de las dimensiones propuestas son condiciones necesarias y suficientes para operacionalizar la ISP en la región, permitiendo optimizar el índice de ISP propuesto y su ajuste a la realidad de la región. Con ello, espera comprobarse si es realmente un problema el uso de un índice agregado o la inclusión de dimensiones que realmente no son condiciones necesarias para capturar la institucionalización. Finalmente, una vez optimizado la medición de la ISP, se clasifica los niveles de ISP en la región y se compara los resultados aquí alcanzados con los de otras mediciones y clasificaciones.

5.1 Medición de las condiciones de la institucionalización en América del Sur

Para mapear la institucionalización en la región a partir de la operacionalización propuesta, en esta sección se mide cada una de las dimensiones analizadas. Es decir, a continuación, se miden los niveles de volatilidad exógena, fluidez y estructura de la competición para cada una de las observaciones estudiadas.

Comenzando por la volatilidad exógena, tanto presidencial como de la Cámara Baja, la literatura ha resaltado que América del Sur posee una estabilidad electoral baja. Consideran que la región se caracteriza por poseer niveles de medios a altos de volatilidad electoral, aunque se reconoce la heterogeneidad de la región. A inicios del siglo XXI, la volatilidad media de la región latinoamericana se situaba en torno al 30%, mientras que las democracias consolidadas en ningún caso superaban el 17% (MAINWARING y ZOCO, 2007). Durante décadas, la volatilidad fue siempre vista como un elemento negativo. Antes de proseguir debe puntualizarse que estos estudios están basados en el cálculo de la volatilidad clásica, sin distinguir entre los cambios de las preferencias electorales en el seno del sistema y fuera del mismo. Sin embargo, hoy en día, se considera que la volatilidad dentro del equilibrio del sistema no tiene por qué ser perjudicial para la

estabilidad democrática. Únicamente la volatilidad exógena, es decir, fuera del equilibrio, impacta negativamente en el sistema político, desafiando a su estabilidad. En este tipo de volatilidad, la entrada y salida de actores políticos es constante y evidencian la flaqueza de los partidos políticos al no conseguir fidelizar votantes y un electorado que no logra identificarse con los partidos de forma programáticamente coherente.

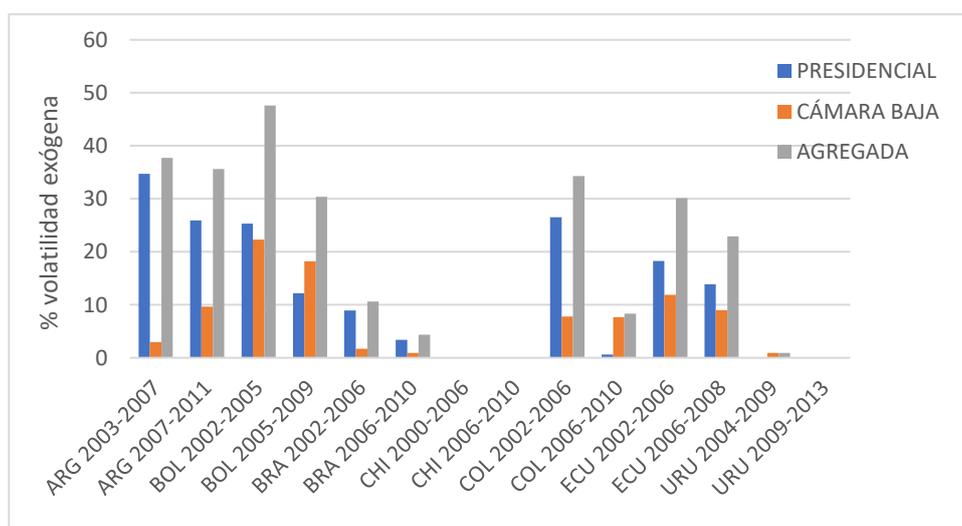
La medición llevada a cabo mediante el índice de Pedersen (1979) evidencia que los niveles de volatilidad exógena en la región son bastante heterogéneos. Un análisis de los resultados por observaciones permite concluir que la volatilidad exógena es inexistente en Chile 2000-2006 y durante el 2006-2010 y en Uruguay durante el 2009-2013. Por lo que en estos sistemas de partidos ningún nuevo actor o antiguo perdedor pasó a formar parte, evidenciando la estabilidad de las preferencias del electorado. La media de la región para la volatilidad exógena agregada - la suma de la volatilidad presidencial y de la Cámara Baja - se sitúa en torno al 17%, la presidencial alcanza un 11% y la de la Cámara Baja se sitúa en un nivel inferior, en torno al 6%. Es decir, el presidencialismo parece favorecer la volatilidad exógena ya sea por el cambio de preferencias del electorado o por la aparición y desaparición de candidaturas de una elección a otra.

Analizando los niveles de volatilidad exógena en la Cámara Baja por observación, esta es inexistente en Chile 2000-2006, Chile 2006-2010 y Uruguay 2009-2013. Es especialmente baja en Uruguay 2004-2009 con un 0,92%, en Brasil 2006-2010 con un 0,95%, en Brasil 2002-2006 con un 1,7% y en Argentina 2003-2007 con un 2,96%. Mientras que en el resto de las observaciones alcanza niveles que oscilan entre el 7 y el 12%, a excepción de Bolivia, que es el caso más extremo, alcanzando un 22,31% en el 2002-2005 y un 18,19% en el 2005-2009. En relación a la volatilidad exógena presidencial por observación, en Chile y Uruguay es inexistente en cada una de sus observaciones. Colombia 2006-2010 alcanza un 0,61%, Brasil 2006-2010 un 3,4% y Brasil 2002-2006 un 8,95%. Ya el resto de las observaciones se sitúan a niveles superiores al 10%. Las observaciones Argentina 2003-2007 con un 34,75%, Colombia 2002-2006 con un 26,52%, Argentina 2007-2011 con un 25,95% y Bolivia 2002-2005 con un 25,33% se sitúan como las más altas. Llama la atención la fuerte oscilación de la volatilidad exógena presidencial en Colombia de una observación a otra, pasando del 26,52% al 0,61%, y en Bolivia, pasando de un 25,33% al 12,2%. Esta variación tendría que ver con la entrada de nuevas candidaturas presidenciales que contaron con un fuerte apoyo popular en su primera contienda. Es decir, en Colombia esta diferencia parece estar

explicada por la candidatura de Uribe en el 2002 y su victoria, y, en Bolivia tendría que ver con la primera candidatura de Evo Morales, en el 2002, y el fuerte apoyo que consigue, en torno al 20% de los votos, pese a no ganar las elecciones. Pese a que, en líneas generales, la volatilidad exógena es mayor en la esfera presidencial que en la Cámara Baja, el presidencialismo no condiciona *per se* niveles superiores en la región, dado que en Chile y Uruguay es inexistente y en Brasil los niveles son inferiores. De manera que, la volatilidad exógena parece estar más relacionada con la robustez de los partidos políticos tradicionales y la ausencia de candidatos *outsiders* o la constante aparición y desaparición de organizaciones partidistas.

Las observaciones con menores niveles agregados inferiores al 5%, son Brasil 2006-2010 y Uruguay 2004-2009. En estos la entrada de nuevos partidos o antiguos perdedores es residual, por lo que el sistema de partidos no se vio desestabilizado por este suceso, aproximándose del caso chileno, donde en ninguna de las observaciones existe volatilidad exógena agregada. Mientras que las observaciones con mayores niveles de volatilidad agregada, superando el 20%, son Argentina durante el 2003-2007 y el 2007-2011, Bolivia en el 2002-2005 y 2005-2009, Colombia en el 2002-2006 y Ecuador tanto en el 2002-2006 como en el 2002-2008. Por tanto, estos sistemas de partidos estuvieron marcados por la entrada de nuevos actores o antiguos perdedores al seno del sistema debido a la fuerte inestabilidad electoral. Dicha inestabilidad supone que los partidos de estos sistemas no lograsen fidelizar a su electorado. Brasil 2002-2006 y Colombia 2006-2010 alcanzan niveles intermedios, situándose en un valor agregado inferior al 10%.

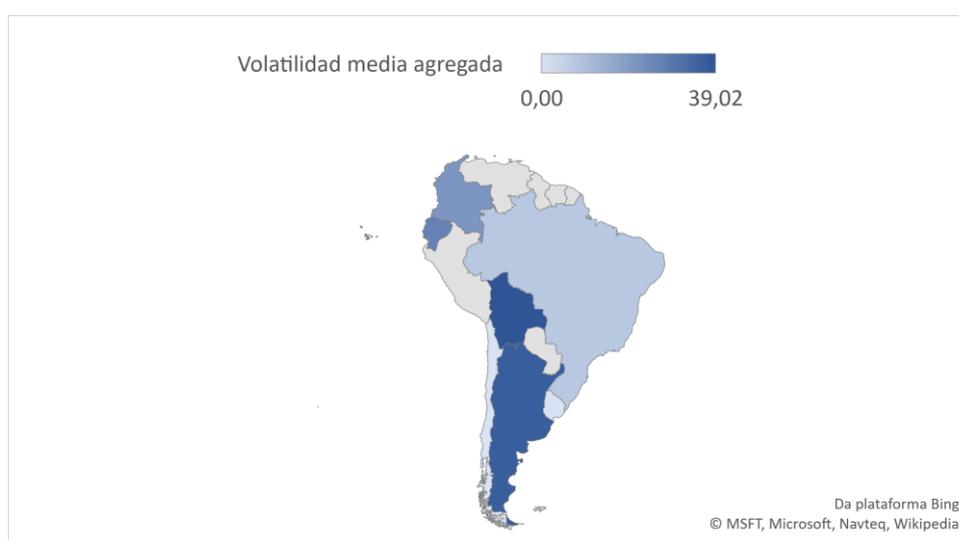
Gráfico 7. Volatilidad exógena media por observación en América del Sur (2000-2013)



Fuente: elaboración propia, cálculo a partir de Database de las Américas y Electoral Resources.

Un análisis por país permite concluir que esta es inexistente en Chile y especialmente baja en Uruguay (0,46%). En Brasil alcanza un nivel medio (7,55%). Colombia posee un nivel elevado de media, en torno al 21% si bien es verdad que de una observación a otra las cifras caen drásticamente. Mientras que la volatilidad agregada durante el 2002-2006 se situaba en un 34,32%, en el 2006-2009 disminuyó hasta un 8,31%, alcanzando niveles más aceptables. Finalmente, tanto Argentina (36,66%) como los países andinos, Ecuador (26,52%) y Bolivia (39,01%) alcanzan valores excesivamente elevados incompatibles con un sistema de partidos institucionalizados y perfectos para la aparición de *outsiders*.

Gráfico 8. Volatilidad exógena agregada media por país en América del Sur (2000-2013)



Fuente: elaboración propia, calculo a partir de Database de las Américas y Electoral Resources.

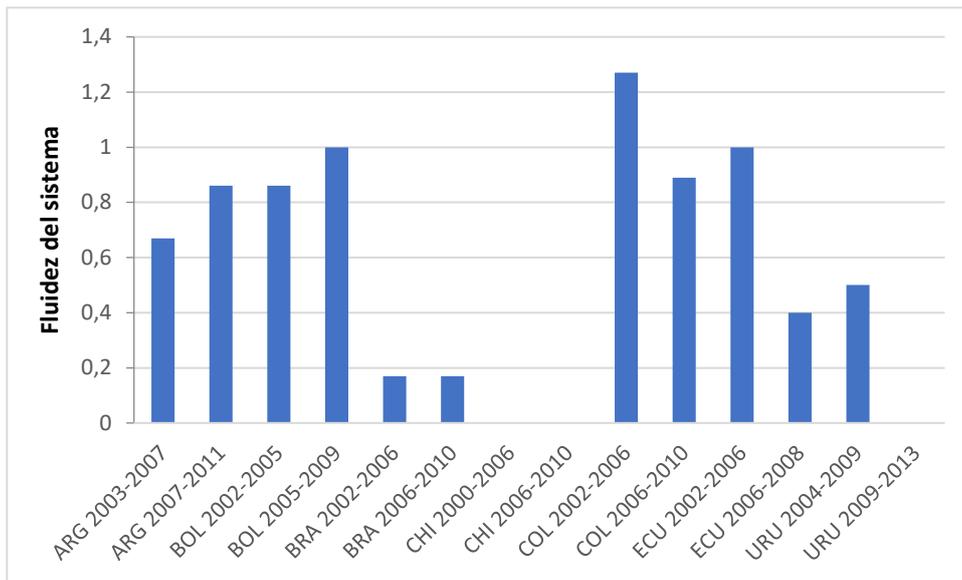
Dado que la volatilidad exógena agregada media para la región es del 18,78%, pueden distinguirse dos grupos: aquellos países con niveles bastantes inferiores a la media y aquellos países con niveles superiores. Chile con un 0%, Uruguay con 0,92% y Brasil con un 7,50% pertenecen a este primer grupo y Argentina con un 36,66%, Bolivia con un 39,02%, Colombia con un 21,32% y Ecuador con un 26,53% al segundo. Por tanto, la media no parece representar adecuadamente al conjunto de la región al estar fuertemente influenciada por la presencia de valores extremos.

En relación con la estabilidad partidista, los partidos políticos latinoamericanos, de forma general, han sido descritos como organizaciones con una estabilidad limitada, sus condiciones varían de una elección a otra, generando una alta fluidez en los sistemas de partidos latinoamericanos. De acuerdo con la medición realizada en el presente trabajo, a partir del índice de Toole, Chile y Uruguay durante el periodo 2009-2013 son las únicas

observaciones de la región que no presentan cambios en la oferta partidista, es decir, los mismos partidos conforman el sistema. Brasil destaca por un nivel relativamente bajo y estable de fluidez, en torno al 0,17 en ambos periodos analizados. Por el contrario, Argentina 2003-2007, Bolivia 2002-2005 y 2005-2009, Colombia 2002-2006 y 2006-2010, y, Ecuador 2002-2006 son las observaciones con sistemas más fluidos, con resultados superiores al 0,80. Esto significa que prácticamente la mitad de la composición de la Cámara Baja cambia de un periodo a otro. Ya Ecuador durante el 2006-2008 destaca por un nivel intermedio, de manera que algunos partidos desaparecen y otros nuevos entran en escena, pero la mayor parte de la Cámara Baja se mantiene igual. Al comparar la evolución de la estabilidad partidista, mientras que Colombia, Uruguay y Ecuador disminuyen su índice de fluidez de un periodo a otro; Bolivia y Argentina destacan por su aumento. Brasil y Chile poseen niveles de fluidez estables.

Conforme mencionado en el capítulo anterior, el índice de Toole (2000) se centra en la entrada y salida de partidos del sistema en relación al número total, independientemente de su apoyo electoral, dado que a partir de esta dimensión se captura únicamente la estabilidad de la oferta partidista, independientemente del apoyo electoral, aspecto relacionado con la volatilidad. Además, la volatilidad exógena se centra únicamente en el apoyo de los electores a nuevos partidos o antiguos perdedores, sin considerar aquellos que se ven perjudicados por estos cambios en las preferencias electorales, ya sean por apoyar a nuevos partidos o a otros que ya formaban parte del sistema. Por tanto, aunque cabe esperar que los sistemas con una mayor volatilidad exógena también cuenten con una mayor volatilidad, sistemas con niveles inferiores de volatilidad exógena pueden poseer niveles de fluidez superiores. Este es el caso de Uruguay 2004-2009, presenta unos niveles de fluidez superiores a los de la volatilidad exógena. Mientras que Argentina 2003-2007 y 2007-2011, Bolivia 2002-2005 y 2005-2009, Colombia 2002-2006 y Ecuador 2002-2006 alcanzan tanto altos niveles de fluidez como de volatilidad exógena. Colombia 2006-2010 y Ecuador 2006-2008 disminuyen tanto sus niveles de volatilidad exógena como de fluidez. Finalmente, Chile y Uruguay 2009-2013 no presentan niveles de fluidez ni de volatilidad exógena y Brasil presentan niveles bajos en ambos indicadores.

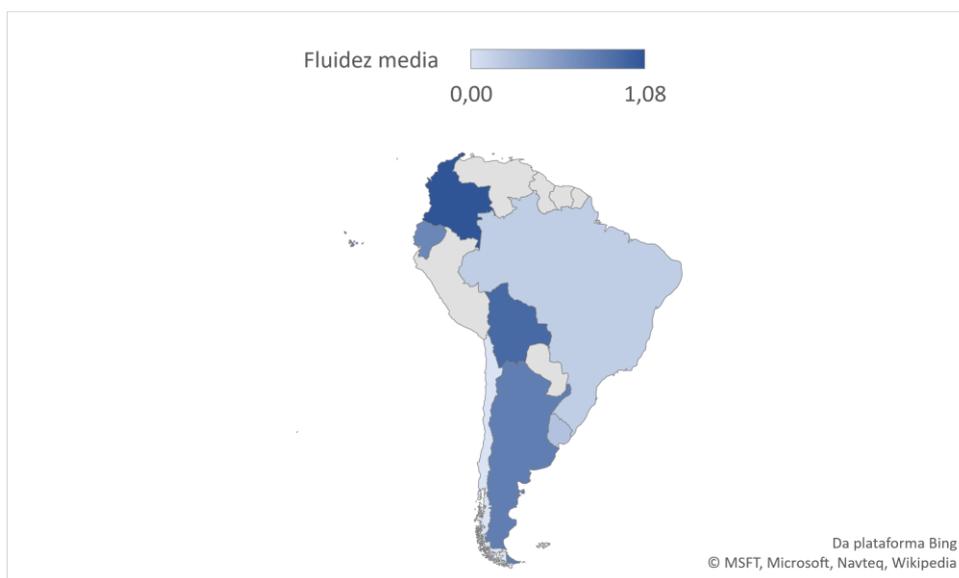
Gráfico 9. Fluidez de los sistemas por observación en América del Sur (2000-2013)



Fuente: elaboración propia, calculo a partir de Database de las Américas y Electoral Resources.

Al comparar los resultados por país, mediante la media de sus observaciones, se observa que Chile nuevamente es el país con mejor resultado. Su sistema de partidos no es nada fluido, por lo que la oferta partidista es muy estable en el país del cono sur. Brasil es el siguiente país de la región con mayor estabilidad de la oferta partidista, alcanzando un 0,17. Es decir, se producen algunas entradas y salidas de partidos en el seno de su sistema, pero no afectan a su estabilidad. En una situación similar se encuentran Uruguay (0,25), sistema donde la fluidez es algo más elevada. En cambio, Argentina (0,77), Bolivia (0,93), Ecuador (0,70) y Colombia (1,08) se muestran como los sistemas con la oferta partidista menos estable.

Gráfico 10. Fluidez media por país en América del Sur (2000-2013)



Fuente: elaboración propia, calculo a partir de Database de las Américas y Electoral Resources.

La fluidez media de la región se sitúa en el 0,56 y, nuevamente, Chile con 0, Brasil con 0,17 y Uruguay con 0,25 se sitúan bastante por debajo de la media. Ya Argentina con 0,77, Bolivia con 0,93, Colombia con 1,08 y Ecuador con 0,70 se sitúan por encima de la media. Por lo que una vez más se identifican dos grupos claros: aquellos países con niveles poco o nada fluidos, como Brasil, Uruguay y Chile, y, los países con sistemas fluidos como Argentina, Bolivia, Colombia y Ecuador.

Finalmente, la estabilidad interpartidista de la región, relativa a la esfera gubernamental también ha sido altamente cuestionado por la literatura. En numerosas ocasiones partidos recién creados y candidatos outsiders han conseguido alcanzar la presidencia. A partir del indicador, fórmula de gobierno (CASAL BÉRTOA y ENYEDI, 2014), se clasifica la estructura de los sistemas de partidos sudamericanos, durante el periodo analizado, entre sistemas abiertos y cerrados. Se entiende por sistemas de partidos con una estructura cerrada aquellos que los tres últimos gobiernos han sido formados a partir de una fórmula de gobierno familiar, es decir, partidos que ya habían alcanzado el poder durante el periodo. Los datos recolectados permiten concluir, una vez más, la heterogeneidad de la región. Mientras que algunos países como Argentina y Chile poseen una estructura cerrada de la competición partidista, dado que en ambas observaciones son los mismos partidos quienes poseen opciones reales de formar gobierno. Países como Brasil, Colombia y Uruguay han atravesado cambios en su estructura para, a continuación, lograr una estructura de la competición cerrada. Finalmente, los países andinos demuestran su

incapacidad para establecer una estructura de la competición cerrada durante el periodo analizado. Bolivia que poseía un sistema cerrado durante el primer periodo, pasan a ser abiertos. En Bolivia el MAS, partido de oposición indigenista, se afianza como uno de los principales partidos. Ecuador es el único caso que presenta un sistema abierto en ambos periodos.

Brasil, Colombia y Uruguay durante el primer periodo analizado presentaban una estructura abierta, conforme mencionado anteriormente. El partido que asume la presidencia lo hace por primera vez, pero en el siguiente periodo su estructura de la competición se cierra. Luego, los partidos que alcanzan por primera vez el ejecutivo logran afianzarse, manteniendo sus opciones a formar gobierno en la siguiente elección. En Uruguay y Brasil estos partidos que alcanzan por primera vez el gobierno son partidos consolidados en la oposición, que nunca tuvieron opciones de gobierno reales, y que únicamente toman un nuevo protagonismo en la política nacional al conseguir, ahora sí, establecerse como opciones de gobierno. Sin embargo, en Colombia el partido que se hace con la presidencia es un partido creado expresamente para esas elecciones. Esta diferencia es importante pues revela que Brasil y Uruguay poseen un sistema más estable, en líneas generales, pese a todos ellos contar con una estructura de la competición abierta. Esta afirmación está justificada porque el cambio en dichos países se debe a un realineamiento del sistema y sus miembros y no a la alteración del estatus quo por la llegada de nuevos actores.

Tabla 11. Estructura de la competición de los sistemas de partidos por observación en América del Sur (2000-2013)

Observación	Año	Presidencia	Gobierno	Fórmula	Est. Competición
ARGENTINA 2002-2007	2003	Nestor Kirchner – PJ	Alianza Frente para la Victoria	Familiar	Cerrada
ARGENTINA 2007-2011	2007	Cristina de Kirchner – PJ	Alianza Frente para la Victoria	Familiar	Cerrada
BOLIVIA 2002-2005	2002	Gonzalo Sánchez de Lozada – MNR	MNR	Familiar	Cerrada
BOLIVIA 2005-2009	2005	Evo Morales – MAS	MAS	Innovadora	Abierta
BRASIL 2002-2006	2002	Luiz Inacio Lula da Silva – PT	Alianza PT - PL - PMN-PCB – Pcdob – PV	Innovadora	Abierta
BRASIL 2006-2010	2006	Luiz Inacio Lula da Silva – PT	Alianza PT - PRB – PSB -PL – Pcdob	Familiar	Cerrada
CHILE 2000-2006	2000	Ricardo Lagos Escobar – PPD	Alianza Concertación	Familiar	Cerrada
CHILE 2006-2010	2006	Michelle Bachelet – OS	Alianza Concertación	Familiar	Cerrada
COLOMBIA 2002-2006	2002	Álvaro Uribe – Primero Colombia	Primero Colombia	Innovadora	Abierta
COLOMBIA 2006-2009	2006	Álvaro Uribe – Primero Colombia	Primero Colombia	Familiar	Cerrada
ECUADOR 2002-2006	2002	Lucio Gutiérrez – PSP	PSP- MUPP-NP	Familiar	Cerrada
ECUADOR 2006-2008	2006	Rafael Correa – PAIS	PAIS – PS-FA	Innovadora	Abierta
URUGUAY 2004-2009	2004	Tabaré Vázquez – Frente Amplia	Frente Amplia	Innovadora	Abierta
URUGUAY 2009-2013	2009	José Mujica – Frente Amplia	Frente Amplia	Familiar	Cerrada

Fuente: elaboración propia a partir de Database de las Américas, Electoral Resources y tribunales superiores electorales.

En general, la región latinoamericana cuenta con una relativa estabilidad en el ámbito de la formación de gobiernos durante el periodo 2000-2013 y en la mayoría de los casos cuando se produce una fórmula de gobierno innovadora ese partido ya formaba parte del sistema, a excepción de Ecuador y Colombia.

Una vez explorados los datos alcanzados por cada observación en cada una de las dimensiones, a continuación, se transforman en un índice de 0 a 1, cuanto más próximo a 1 más institucionalizada está dicha dimensión para cada observación, para en última instancia calcular el índice agregado de institucionalización. El nivel de institucionalización del sistema de partidos de cada observación es la media de éstas tres dimensiones. A partir de este índice agregado (0-1), los sistemas de partidos serán clasificados según la puntuación alcanzada de la siguiente manera: sistemas que puntúan de 0 a 0,22 son considerados como no institucionalizados; de 0,22 a 0,44 son sistemas incipientes, de 0,44 a 0,66 son los sistemas que se encuentran en la zona difusa, es decir, existe algo de institucionalización pero no pueden considerarse todavía sistemas institucionalizados; a partir de 0,66 nos encontramos con los sistemas de partidos institucionalizados en cierta medida, y, a partir de 0,88 evidencia aquellos sistemas altamente institucionalizados.

Los sistemas de partidos institucionalizados de la región son: Brasil 2006-2010, Chile 2000-2006, Chile 2006-2010, Colombia 2006-2010 y Uruguay 2009-2013. Estos sistemas cuentan con las dimensiones estabilidad electoral y estructura de la competición altamente institucionalizadas, aunque la dimensión estabilidad partidista muestra niveles discrepantes. Brasil 2006-2010, Chile 2000-2006, Chile 2006-2010, y Uruguay 2009-2013 también poseen una fuerte institucionalización de esta dimensión, en contraste con Colombia 2006-2010 que posee niveles bajos. En contraste, los sistemas de partidos menos institucionalizados son Bolivia 2005-2009, Colombia 2002-2006 y Ecuador 2002-2006 puesto que ninguna de las tres dimensiones están institucionalizadas.

Argentina 2003-2007, Bolivia 2002-2005, Brasil 2002-2006, Ecuador 2006-2008, y Uruguay 2004-2009 se situaban en la zona difusa, presentando algunas dimensiones institucionalizadas y otras no, de manera que en términos globales no alcanzan un nivel de institucionalización suficiente. Este grupo se subdivide en: aquellos que poseen únicamente la dimensión estabilidad electoral institucionalizada como Brasil 2002-2006 y Uruguay 2004-2009; quienes poseen la dimensión oferta partidista institucionalizada como Ecuador 2002-2006; quienes poseen la dimensión estructura de la competición institucionalizada como Argentina 2003-2007 y Bolivia 2002-2005. Brasil 2002-2006 además de poseer la dimensión estabilidad electoral institucionalizada, también cuenta con la oferta partidista institucionalizada.

Tabla 12. Índice agregado de institucionalización: medición por observación en América del Sur (2000-2013)

Observación	Estabilidad electoral	Estabilidad oferta partidista	Estabilidad est. competición	ISP media
	Volatilidad exógena	Fluidez	Fórmula Gobierno	
Argentina 2003-2007	0,21	0,47	1	0,56
Argentina 2007-2011	0,25	0,32	1	0,52
Bolivia 2002-2005	0,00	0,32	1	0,44
Bolivia 2005-2009	0,36	0,21	0	0,19
Brasil 2002-2006	0,78	0,87	0	0,55
Brasil 2006-2010	0,91	0,87	1	0,93
Chile 2000-2006	1,00	1	1	1,00
Chile 2006-2010	1,00	1	1	1,00
Colombia 2002-2006	0,28	0	0	0,09
Colombia 2006-2010	0,83	0,3	1	0,71
Ecuador 2002-2006	0,37	0,21	0	0,19
Ecuador 2006-2008	0,52	0,69	0	0,40
Uruguay 2004-2009	0,98	0,61	0	0,53
Uruguay 2009-2013	1,00	1	1	1,00

Fuente: elaboración propia.

En la siguiente sección se lleva a cabo un análisis cualitativo comparado que permite comprender si la operacionalización de la ISP propuesta a lo largo de esta sección está correcta o si necesita ser modificada. Este análisis permite comprobar si las dimensiones consideradas se comportan en la misma dirección, es decir, todas sus dimensiones varían de manera conjunta y son necesarias para que un sistema esté institucionalizado; o si, por el contrario, la ISP es un concepto multidimensional que no debe operacionalizarse de manera agregada, dado que un sistema puede estar institucionalizado pese a no contar con cada una de sus dimensiones institucionalizadas. Además, de comprobar si el índice puede ser agregado o no, este análisis permitirá conocer si todas las dimensiones propuestas deben mantenerse en cualquier operacionalización de la ISP en la región sudamericana para capturar de manera realista sus niveles o si debe descartarse alguna de estas.

5.2 Condiciones suficientes y necesarias para la operacionalización de la institucionalización en América Latina: testando la operacionalización propuesta mediante un Análisis Cualitativo Comparado

Para llevar a cabo un Análisis Cualitativo Comparado Crispy Set, es decir, de tipo dicotómico, debe seguirse un protocolo comparativo conformado por cuatro fases analíticas (MEDINA et al., 2017; RAGIN, 2008). Primero, construir una matriz de datos dicotómica mediante la calibración de las condiciones y del resultado. Esta matriz permite la organización de los datos obtenidos durante el análisis anterior de una manera intuitiva y facilita la identificación de las condiciones necesarias para el resultado de interés [ISP] en caso de existir. Segundo, articular la teoría tipológica y clasificar los casos en función de esta mediante la construcción de la tabla de la verdad. A partir de la tabla de la verdad se identifican las combinaciones de condiciones suficientes para el resultado de interés [ISP]. Tercero, identificar y analizar los remanentes lógicos presentes en la tabla de la verdad, es decir, las configuraciones que no poseen casos empíricos. Finalmente, siempre que sea posible, se lleva a cabo la minimización del número de combinaciones suficientes para obtener la combinación de condiciones primaria para el resultado de interés [ISP]. A continuación, se desarrolla cada una de estas fases analíticas.

5.2.1 La matriz de datos dicotómica: análisis de condiciones necesarias

Para construir la matriz de datos dicotómica los resultados alcanzados en la sección anterior deben ser dicotomizados en [1] y [0]. Para ello, debe decidirse como van a atribuirse los valores para cada una de las condiciones, estableciéndose un punto de corte, es decir, la frontera entre la ausencia [0] y la pertenencia al conjunto [1].

Para la primera de las condiciones, la estabilidad electoral, se establece como punto de corte para la pertenencia alcanzar niveles de volatilidad exógena agregada inferiores al 10%. Dado que la volatilidad exógena es un índice relativamente novedoso no existe en la literatura un consenso ni una categorización de lo que puede entenderse por volatilidad exógena baja. Por consiguiente, este punto de anclaje está justificado porque, teóricamente, en los sistemas estables electoralmente la entrada de nuevos partidos es bastante restringida, respondiendo a contextos excepcionales y cuando reciben apoyo electoral suele ser relativamente bajo. Para la segunda dimensión, la estabilidad de la oferta partidista, tal y como argumentan Ruiz y Otero (2014), la escasez de trabajos sobre la fluidez dificulta su dicotomización mediante la fijación de un punto de anclaje. Dado

que cuanto más pequeño el valor alcanzado en el índice de Toole, menor es la fluidez, se opta como punto de corte por niveles de fluidez inferiores a 0,20. Se opta por 0,20 porque los sistemas de partidos con una oferta partidista estable tienden a tener pocos cambios en el seno de su sistema, pero tampoco tienen que estar congelados, puesto que la *accountability* electoral y otros elementos coyunturales pueden generar bajos niveles de fluidez perfectamente compatibles con la estabilidad de la oferta partidista. La última dimensión, la estabilidad interpartidista por ser un resultado ya dicotómico se considera que aquellos sistemas con una estructura de la competición del sistema de partidos cerrada, la estabilidad interpartidista está presente [1] y que en los sistemas con una estructura de la competición abierta estará ausente [0]. Finalmente, para la atribución de valores dicotómicos del resultado de interés [ISP] se fija como punto de corte 0,66 conforme explicado en el segundo capítulo. Esta barrera limítrofe garantiza que apenas sean incluidos en el conjunto [1] los sistemas de partidos que están relativamente institucionalizados dado que forman más parte del conjunto que de su exclusión. En la siguiente tabla se presentan los resultados para las tres condiciones analizadas y a su izquierda su dicotomización, es decir, [0] si no alcanza el punto de anclaje y [1] si el valor es igual o superior a este.

Tabla 13. Atribución de valores dicotómicos para cada una de las condiciones (estabilidad electoral, de la oferta partidista y de la estructura de la competición) y el resultado (ISP)

Observación	Est. electoral	X1 [ele]	Est. partidista	X2 [ofe]	Est. Competición	X3 [est]	Nivel ISP	Y [ISP]
ARGENTINA 2003-2007	37,71	0	0,67	0	Cerrada	1	0,56	0
ARGENTINA 2007-2011	35,61	0	0,86	0	Cerrada	1	0,52	0
BOLIVIA 2002-2005	47,64	0	0,86	0	Cerrada	1	0,44	0
BOLIVIA 2005-2009	30,39	0	1	0	Abierta	0	0,19	0
BRASIL 2002-2006	10,65	0	0,17	1	Abierta	0	0,55	0
BRASIL 2006-2010	4,35	1	0,17	1	Cerrada	1	0,93	1
CHILE 2000-2006	0	1	0	1	Cerrada	1	1,00	1
CHILE 2006-2010	0	1	0	1	Cerrada	1	1,00	1
COLOMBIA 2002-2006	34,32	0	1,27	0	Abierta	0	0,09	0
COLOMBIA 2006-2010	8,31	1	0,89	0	Cerrada	1	0,71	1
ECUADOR 2002-2006	30,16	0	1	0	Abierta	0	0,19	0
ECUADOR 2006-2008	22,89	0	0,4	0	Abierta	0	0,40	0
URUGUAY 2004-2009	0,92	1	0,5	0	Abierta	0	0,53	0
URUGUAY 2009-2013	0	1	0	1	Cerrada	1	1,00	1

Fuente: elaboración propia.

Una vez que las condiciones y el resultado han sido dicotomizados, se construye la matriz de datos, que es fundamental para la identificación de las condiciones necesarias. Una dimensión es necesaria si, cada vez que el resultado está presente, la dimensión también lo está, es decir, el resultado no puede alcanzarse sin dicha dimensión. Mediante el método de la similitud se seleccionan los casos con el resultado presente, [ISP] = [1], y se identifica si alguna de las condiciones es común a todos los casos. Por tanto, si una dimensión es una condición necesaria para el resultado, todos los casos que alcanzan el resultado deben contar con la presencia de dicha dimensión.

Analizando la matriz de datos dicotómica (tabla 14), tras seleccionar aquellos casos donde el resultado “institucionalización del sistema de partidos” [ISP] está presente, se concluye que la estabilidad electoral [ele] y la estabilidad de la estructura de la competición del sistema de partidos [est] están presentes en cada una de las observaciones. Por lo que ambas dimensiones son condiciones necesarias para la operacionalización de la institucionalización en América Latina. Esta afirmación está refutada por el análisis de necesidad que provee el *software* fsQCA. Las condiciones estabilidad electoral [ele] y estructura de la competición del sistema de partidos cerrada [est] alcanzan una consistencia³⁹ (consistency) de 1.000000, estaban presentes en el 100% de los casos en que el resultado [ISP] = [1]. Mientras que la cobertura⁴⁰ de la necesidad de estas condiciones es de 0.62 para la estabilidad interpartidista [est], es decir, el 62% de los casos en los que la dimensión [est] presente también lo está el resultado de interés [ISP]. Y 0,83 para la estabilidad electoral, por lo que el 83% de los casos en los que esta dimensión [est] está presente, también lo está el resultado [ISP]. Así, parece que ambas condiciones no covarían necesariamente juntas, dado que en los dos casos algunas observaciones cuentan con una de ellas presente y la otra ausente.

³⁹ La consistencia en el análisis de necesidad indica el grado de necesidad de una condición, es decir, indica la proporción de casos que tiene tanto una dimensión como el resultado de interés de entre el total de casos que muestra dicho resultado de interés

⁴⁰ La cobertura en el análisis de necesidad indica la proporción de casos en los que aparecen tanto la dimensión como el resultado de interés de entre los casos que muestran dicha dimensión.

Tabla 14. Matriz de datos dimensiones ISP y resultado (ISP): análisis de condiciones necesarias

Observación	D1 [ele]	D2 [ofe]	D3 [est]	Resultado [ISP]
ARGENTINA 2003-2007	0	0	1	0
ARGENTINA 2007-2011	0	0	1	0
BOLIVIA 2002-2005	0	0	1	0
BOLIVIA 2005-2009	0	0	0	0
BRASIL 2002-2006	0	1	0	0
BRASIL 2006-2010	1	1	1	1
CHILE 2000-2006	1	1	1	1
CHILE 2006-2010	1	1	1	1
COLOMBIA 2002-2006	0	0	0	0
COLOMBIA 2006-2010	1	0	1	1
ECUADOR 2002-2006	0	0	0	0
ECUADOR 2006-2008	0	0	0	0
URUGUAY 2004-2009	1	0	0	0
URUGUAY 2009-2013	1	1	1	1

Fuente: elaboración propia.

Consecuentemente, las dimensiones estabilidad electoral y estabilidad estructura de la competición del sistema de partidos son condiciones necesarias en cualquier operacionalización de la institucionalización en la región latinoamericana. Brasil 2006-2010, Chile 2000-2006, Chile 2006-2010, Colombia 2006-2010 y Uruguay 2009-2013 poseen ambas condiciones presentes; mientras que Colombia 2006-2010 alcanza el resultado pese a no contar con la dimensión estabilidad de la oferta partidista, por lo que esta dimensión no es necesaria.

5.2.2 La tabla de la verdad: análisis de condiciones suficientes

El análisis de condiciones suficientes permite conocer que dimensiones de la operacionalización de la institucionalización son condiciones suficientes para llevar a cabo una medición eficiente de la ISP en la región latinoamericana. Si para establecer necesidad bastaba con determinada dimensión estar presente en cada una de las observaciones que alcanzaban el resultado de interés, para establecer suficiencia se invierte esta regla. Es decir, si una configuración causal es suficiente para el resultado, las condiciones que conforman esta configuración no tienen por qué estar presentes de forma aislada para que el resultado esté presente. El resultado está determinado por una

combinación específica y, por tanto, la dimensión por sí misma no garantiza la presencia del resultado. Se trata de una relación asimétrica.

A continuación, se ha transformado la matriz de datos dicotómica en una Tabla de Verdad. A diferencia de la tabla de datos dicotómicos, donde cada fila denota una unidad de observación, las filas en la Tabla de Verdad denotan configuraciones o combinaciones de condiciones con el resultado [ISP] presente o ausente. El número total de filas de la Tabla de Verdad es igual al número de observaciones elevado por el número de condiciones, en este caso $(2^3)^{41}$, y cada fila puede incluir varios casos. La primera columna de la tabla X determina el número de configuraciones posibles. Las siguientes tres columnas indican la presencia o ausencia de las condiciones para cada una de las configuraciones posibles en el siguiente orden: estabilidad electoral [ele], estabilidad de la oferta partidista [ofe] y estructura cerrada de la competición del sistema de partidos [est]. La quinta columna indica la presencia o ausencia del resultado de interés [ISP]. Recordando que [0] significa ausencia y [1] presencia. La sexta columna recoge las observaciones que poseen dicha configuración de condiciones. La séptima columna indica la consistencia⁴² alcanzada por cada configuración el análisis del software fsQCA, es decir, la proporción de casos positivos en cada una de las configuraciones. Finalmente, la octava columna presenta la respuesta⁴³ a cada una de las configuraciones

⁴¹ El número total de filas es 2^k , siendo el 2 el número que representa las dos opciones en que las dimensiones pueden ocurrir (presentes o ausentes) y K , la cantidad de dimensiones incluidas en el análisis.

⁴² La consistencia expresa el grado en el que la evidencia empírica existe una relación *set-theoric*. Este indicador permite verificar si una combinación es realmente suficiente para el resultado. La literatura determina que este valor debe ser superior a 0,80 (RAGIN, 2000).

⁴³ Cuando una configuración presenta el resultado de interés [ISP] = [1], es decir, la consistencia es superior a 0,8 es denominada como verdadera, representada por el símbolo [V]. Las configuraciones que no alcanzan el resultado de interés son denominadas como falsas [F]. Mientras que las configuraciones que alcanzan tanto el resultado de interés como su ausencia son contradictorias y son representadas por [C]. Finalmente, es posible que algunas combinaciones no cuenten con casos empíricos a partir de las observaciones analizadas y este tipo de combinaciones son denominadas como remanentes lógicos o residuos representado por [?].

Tabla 15. Tabla de Verdad: condiciones suficientes para la operacionalización de la ISP en América del Sur (2000-2013)

Configuración	Condiciones			Resultado		Casos	Consistencia	Respuesta
	Ele	ofe	est	ISP				
1	1	1	1	1		Brasil 2006-2010 Chile 2000-2006 Chile 2006-2010 Uruguay 2009-2013	1,00	[V]
2	0	0	1	0		Argentina 2003-2007 Argentina 2007-2011 Bolivia 2002-2005	0	[F]
3	0	0	0	0		Bolivia 2005-2009 Colombia 2002-2006 Ecuador 2002-2006 Ecuador 2006-2008	0	[F]
4	1	0	0	0		Uruguay 2004-2009	0	[F]
5	1	0	1	1		Colombia 2006-2010	1,00	[V]
6	1	1	0	-		-	-	[?]
7	0	1	0	0		Brasil 2002-2006	0	[F]
8	0	1	1	-		-	-	[?]

Fuente: elaboración propia.

En la tabla de la verdad se observan dos configuraciones con el resultado de interés, es decir, dos configuraciones son suficientes para [ISP]. Estas configuraciones son la 1– estabilidad electoral, estabilidad de la oferta partidista y estabilidad de la estructura de la competición del sistema de partidos – y la 5 – alta estabilidad electoral y alta estabilidad de la estructura de la competición del sistema de partidos. Estas configuraciones son representadas mediante las siguientes expresiones booleanas:

Cuadro 17. Configuraciones de condiciones con el resultado de interés:
expresión booleana

Configuración 1:	$[ele]^*[ofe]^*[est] \rightarrow [ISP]$
Configuración 5:	$[ele]^*\sim[ofe]^*[est] \rightarrow [ISP]$

Fuente: elaboración propia.

La configuración 1 evidencia que la estabilidad electoral, la estabilidad de la oferta partidista y la estabilidad de la estructura de la competición del sistema de partidos son suficientes para operacionalizar eficientemente la institucionalización de los sistemas de partidos latinoamericanos. Esta configuración es observada en Brasil durante el periodo 2006-2010, Chile en el 2000-2006 y 2006-2010, y, en Uruguay durante el 2009-2013. Mientras que la configuración 5 indica que la estabilidad electoral y estabilidad de la estructura de la competición del sistema de partidos, también, son suficientes para operacionalizar la institucionalización en la región. Este es el caso de Colombia durante el 2006-2010.

Las configuraciones 2, 3, 4 y 7 son consideradas falsas [F] por no alcanzar el resultado de interés. La configuración 3 refleja un escenario en el que ninguna de las condiciones está presente, es decir, no existiría ni estabilidad electoral, ni de la oferta partidista ni interpartidista por lo que el resultado de interés también está ausente. Este es el caso de Ecuador tanto en el periodo del 2002-2006 como en el 2006-2008, Bolivia durante el 2005-2009 y Colombia durante el 2002-2006. La configuración 2 hace referencia a un escenario similar, dominado por el apoyo del electorado a nuevos partidos o antiguos perdedores que no formaban parte del sistema, por una fluidez elevada, por lo que la entrada y salida de partidos del seno del sistema es común, pero las opciones de formar gobierno están limitadas a los mismos partidos. Este es el caso de Argentina tanto en el 2003-2007 como en el 2007-2011 y Bolivia en el 2002-2005. Ya la configuración 4 está marcada por la estabilidad electoral, es decir, los electores tienden a apoyar partidos que ya formaban parte del sistema de una elección a otra. Aunque la estructura de la competición se mantiene abierta y la estabilidad de la oferta partidista es baja. Es decir, además, de los partidos mostrarse como organizaciones partidistas más débiles provocando su entrada y salida de una elección a otra del seno del sistema, numerosos partidos tienen opciones reales de formar gobierno o partidos que tradicionalmente se

limitaban a ser oposición consiguen alcanzar el ejecutivo. Este es el caso de Uruguay 2004-2009. Finalmente, la configuración 7 refleja un escenario en el que la estabilidad de la oferta partidista es considerable, de manera que las organizaciones políticas serían más sólidas, pero la estabilidad electoral e interpartidista son bajas. De manera que el electorado tiende a apoyar nuevos partidos o antiguos perdedores de una elección a otra y partidos que no tenían opciones reales de formar gobierno anteriormente alcanzan el ejecutivo. Este es el caso de Brasil durante el 2002-2006.

En relación con la existencia de combinaciones contradictorias, no se observa ningún caso, es decir, no hay ninguna combinación de condiciones idénticas que contribuya tanto a la presencia como a la ausencia de la institucionalización. Finalmente, las configuraciones 6 y 8 son remanentes lógicos, es decir, combinaciones sin casos empíricos observados. Por tanto, en el siguiente apartado se analiza la mejor solución para este problema.

5.2.3 Solución para los remanentes lógicos

En la Tabla de Verdad se identifican dos remanentes lógicos, la configuración 6 y 8⁴⁴. Es decir, para esas configuraciones, determinadas por la articulación de la teoría tipológica, las observaciones analizadas no configuran ningún ejemplo. La configuración 8 supone un escenario con una considerable estabilidad de la oferta partidista y de la estructura de la competición del sistema de partidos; pero dominado por la inestabilidad electoral. Una configuración como esta supondría que el sistema se caracteriza por una fuerte entrada de nuevos partidos sin afectar a la estructura de la competición, es decir, las opciones de formar gobierno de una elección a otra estarían limitadas a los mismos partidos. Por la estabilidad de la oferta partidista estar presente la entrada y salida de partidos del seno del sistema no sería considerable, por lo que la alta volatilidad exógena debería estar acumulada en menos partidos. Uno o dos partidos tendrían que haber conseguido una votación lo suficientemente expresiva como para entrar en el seno del sistema con fuerza. A su vez, por la estabilidad electoral haberse revelado como una dimensión necesaria cabría esperar que el resultado [ISP] no estuviese presente. Mientras que la configuración 6 supone un escenario con una alta estabilidad electoral y de la oferta partidista, en cuanto la estabilidad interpartidista sería limitada. Un escenario como este supondría que los

⁴⁴ En la Tabla de Verdad la configuración 8 se presenta dicotómicamente de la siguiente manera [0,1,1] y la 6 de la siguiente manera [1,1,0].

electores tienden a apoyar a partidos que ya forman parte del seno del sistema de una elección a otra y que las organizaciones partidistas se mantienen estables de una elección a otra en el seno del sistema. Sin embargo, la fórmula de gobierno sería innovadora, es decir, partidos que tradicionalmente habrían ocupado la oposición, sin opciones de formar gobierno, conseguirían alcanzar el ejecutivo. Así como en la configuración anterior, por la estabilidad interpartidista ser una condición necesaria para el resultado, cabría esperar que el resultado no estuviese presente en dicha condición. Por tanto, pese a que estas configuraciones podrían existir teóricamente, aún no se han dado empíricamente y están representadas por las siguientes expresiones booleanas:

Cuadro 18. Configuraciones de condiciones sin evidencia empírica: expresión booleana de los remanentes lógicos

Configuración 6:	$[ele]^*[ofe]\sim[est] \rightarrow [?]$
Configuración 8:	$\sim[ele]^*[ofe]^*[est] \rightarrow [?]$

Fuente: elaboración propia.

El hecho de no existir una observación para esa configuración no invalida el análisis ni impide realizar inferencias puesto que el análisis de remanentes lógicos es un elemento más en el análisis cualitativo comparado. Para ello, la técnica QCA establece tres posibles soluciones a la hora de lidiar con los remanentes lógicos y cabe al investigador decidir cuál de estas es la mejor solución (MEDINA et al., 2017). Primero, obtener la solución compleja mediante la minimización únicamente de las configuraciones con información empírica, excluyendo los remanentes lógicos en la minimización booleana. Dicho de otro modo, los remanentes lógicos son considerados como respuestas falsas [F]. Segundo, obtener la solución más parsimoniosa mediante la inclusión de todos los remanentes lógicos en la minimización booleana, por lo que estas configuraciones serían consideradas como respuestas verdaderas [V]. Tercero, obtener la solución intermedia mediante la introducción de los remanentes lógicos fáciles en la minimización booleana y de la indicación de expectativas direccionales. Es decir, los remanentes lógicos sólo serán incluidos en la minimización booleana si hay razones teóricas o empíricas para creer que, aunque no existan casos empíricos, si hubieran ocurrido contribuirían al resultado de interés (MEDINA et al., 2017; RAGIN, 2008), excluyendo aquellos remanentes considerados como falsos [F].

Consecuentemente, teniendo en consideración las limitaciones de este estudio y la propuesta de esta investigación, en el presente trabajo se opta por utilizar la solución compleja y la solución intermedia a la hora de la minimización booleana. Si bien es verdad que un diseño de investigación que contemplase más casos podría dar un tratamiento diferente para los remanentes. Luego, en la solución compleja se minimizarán únicamente aquellas configuraciones que contengan información empírica, excluyendo así el uso de contrafácticos durante la misma. Se opta por esta solución debido a su verosimilitud. Al mismo tiempo, también se opta por la solución intermedia por existir razones teóricas para creer que pese a la ausencia de casos empíricos su resultado sería falso, es decir, el resultado [ISP] no estaría posible. Esta afirmación se basa en el análisis de necesidad anterior, según el cual: la estabilidad electoral es una dimensión necesaria para el resultado generando que la combinación 8 sea falsa [F] por no alcanzar el resultado de interés, así como en la combinación 6, dado que la estabilidad interpartidista es otra dimensión necesaria para el resultado.

5.2.4 Minimización lógica: reducción de la complejidad

Una vez identificadas las configuraciones de condiciones con el resultado de interés [ISP], la minimización booleana permite identificar las condiciones cuya presencia o ausencia no es relevante. Consiste en la reducción de una expresión booleana en una más corta y parsimoniosa denominadas implicantes primarios (MEDINA et al., 2017). Dado que dos son las configuraciones en las que [ISP] está presente y ambas son exactamente idénticas excepto en una dimensión, la dimensión estabilidad de la oferta partidista [ofe], presente en la primera configuración y ausente en la segunda. Se concluye que esta dimensión es irrelevante desde un punto de vista lógico para la obtención del resultado, dado que manteniendo constantes el resto de las condiciones, su variación no genera una variación en el resultado. De manera que la dimensión estabilidad de la oferta partidista [ofe] puede ser minimizada:

Cuadro 19. Minimización lógica de las condiciones necesarias: implicantes primarios

Configuraciones originales	Implicantes primarios
$[ele]*[ofe]*[est] \rightarrow [ISP]$	$[ele]*[ofe] \rightarrow [ISP]$
$[ele]\sim[ofe]*[est] \rightarrow [ISP]$	

Fuente: elaboración propia.

Por tanto, este análisis comprueba la multidimensionalidad del concepto institucionalización del sistema de partidos. Los países de la región pueden presentar niveles aceptables de institucionalización pese a no contar con todas sus dimensiones institucionalizadas. Específicamente, las dimensiones estabilidad electoral y la estabilidad interpartidista, es decir, la estructura de la competición del sistema de partidos, son dimensiones suficientes para capturar la institucionalización del sistema de partidos en la región latinoamericana. Mientras que la dimensión estabilidad de la oferta partidista se muestra como una condición irrelevante para la medición de la ISP en América del Sur. De manera que las dimensiones relacionadas con el elector son clave para la institucionalización, dado que tanto la estabilidad electoral como la estructura de la competición del sistema de partidos dependen de las preferencias del electorado.

Finalmente, la cobertura de este modelo QCA, es decir, la capacidad explicativa de la solución minimizada alcanza un resultado de 1,00. Todas las observaciones que presentan el resultado de interés cuentan con dichos implicantes primarios presentes, de manera que este modelo logra explicar el 100% de los casos. Esto refuerza la validez de este análisis y sus resultados. Así, pese a que otras dimensiones podrían ayudar a capturar la ISP estas parecen ser condiciones suficientes para cualquier operacionalización que vise la región latinoamericana. Por tanto, las operacionalizaciones que visen medir la institucionalización de los sistemas de partidos latinoamericanos deberían incluir ambas dimensiones en su operacionalización. A su vez, pese a la multidimensionalidad del concepto, un índice agregado construido a partir de estas dos condiciones suficientes permitirá capturar de manera realista los niveles de institucionalización de los sistemas de partidos de América del Sur.

5.3 La clasificación de la ISP en América del Sur

Una vez comprobado que la estabilidad de la oferta partidista no es una dimensión necesaria para la ISP en Sudamérica y que la estabilidad electoral y de la estructura de la competición son dimensiones suficientes para que un sistema de partidos de la región esté institucionalizado, se mide los niveles de ISP en la región a partir de un índice agregado (0-1) bidimensional formado por dichas dimensiones suficientes. Así como establecido anteriormente se mantiene la misma clasificación. Los sistemas de partidos serán clasificados según la puntuación alcanzada de la siguiente manera: sistemas que puntúan de 0 a 0,22 son considerados como no institucionalizados; de 0,22 a 0,44 son sistemas incipientes, de 0,44 a 0,66 son los sistemas que se encuentran en la zona difusa, es decir, existe algo de institucionalización pero no pueden considerarse todavía sistemas institucionalizados; a partir de 0,66 nos encontramos con los sistemas de partidos institucionalizados en cierta medida, y, a partir de 0,88 evidencia aquellos sistemas altamente institucionalizados. A partir de esta nueva medición, los países alcanzan resultados similares a los anteriores. Los sistemas de partidos institucionalizados de la región son: Brasil 2006-2010, Chile 2000-2006, Chile 2006-2010, Colombia 2006-2010 y Uruguay 2009-2013. Mientras que el resto de observaciones no consiguen superar la barrera de los sistemas difusos.

Tabla 16. Índice agregado bidimensional de la institucionalización (estabilidad electoral y estructura de la competición): medición por observación en América del Sur (2000-2013)

Observación	Estabilidad electoral	Estabilidad est. Competición	ISP media
Argentina 2003-2007	0,21	1	0,61
Argentina 2007-2011	0,25	1	0,63
Bolivia 2002-2005	0,00	1	0,50
Bolivia 2005-2009	0,36	0	0,18
Brasil 2002-2006	0,78	0	0,39
Brasil 2006-2010	0,91	1	0,96
Chile 2000-2006	1,00	1	1,00
Chile 2006-2010	1,00	1	1,00
Colombia 2002-2006	0,28	0	0,14
Colombia 2006-2010	0,83	1	0,92
Ecuador 2002-2006	0,37	0	0,19
Ecuador 2006-2008	0,52	0	0,26
Uruguay 2004-2009	0,98	0	0,49
Uruguay 2009-2013	1,00	1	1,00

Fuente: elaboración propia.

A continuación, se analiza la evolución de cada uno de los países y posteriormente se compara los resultados alcanzados en esta medición con los de otras clasificaciones. Destacan tres escenarios: los sistemas de partidos que han perdido institucionalización – Bolivia-, los sistemas de partidos que han aumentado sus niveles de institucionalización – Brasil, Colombia, Uruguay y Ecuador- y los sistemas de partidos que han mantenido sus niveles – Argentina y Chile.

Comenzando por aquellos países que se mantienen estables. Chile se muestra como uno de los sistemas más institucionalizados de la región. Ambos países poseen una bajísima volatilidad electoral. Además, los partidos con posibilidades a formar gobierno se limita a unos pocos y se alternan el poder. En Chile, las coaliciones Concertación y Alianza son los principales actores del sistema y estructuran la competición del sistema de partidos. Además, la oferta partidista es la misma desde la redemocratización con una fluidez residual y cuando nuevas organizaciones partidistas surgen rápidamente se posicionan en la Concertación o en la Alianza. Así, el sistema de partidos chileno se asimila con los sistemas de partidos institucionalizados de las democracias consolidadas durante el 2002-2010. Argentina es el otro país que ha mantenido sus niveles de institucionalización

relativamente estables. No obstante se caracteriza por ser un sistema difuso. Pese a que la fórmula de gobierno se mantiene estable, la estabilidad electoral se muestra algo menos estable. La estabilidad de la estructura de la competición se mantiene institucionalizada puesto que los dos principales partidos, PJ y UCR, aglutinan el 70% de la Cámara de los Diputados, el 80% del Senado y la alternancia en la Presidencia (FREIDENBERG et.al., 2016), hecho que evita que el sistema de partidos colapse a pesar de no estar institucionalizado. En los dos periodos analizados la volatilidad exógena alcanza niveles similares, pero estos niveles son elevados lo suficiente como para no poder considerar esta dimensión como institucionalizada. De manera que Argentina necesita mejorar sus niveles de volatilidad exógena para constituirse como un sistema relativamente institucionalizado. Estos resultados coinciden con lo afirmado por la literatura que señala la inestabilidad de las etiquetas partidistas, multiplicándose la oferta pese a la fuerte estabilidad de sus líderes políticos. Las mediciones realizadas para el mismo periodo por otros expertos también han alcanzado resultados similares a los de esta medición, ubicando a Argentina en este periodo como un país en transición que ha perdido cierta institucionalización (MAINWARING et.al, 2018; LUNA, 2015; CAICEDO, 2013; MAINWARING y ZOCO, 2007).

Bolivia es el único sistema que pierde institucionalización, además de forma brusca, pasando del 0,50 al 0,18. El sistema pasa rápidamente de ser un sistema difuso, que contaba con algo de institucionalización pese a no ser suficiente para ser considerado como tal, a un sistema fluido. Ninguna de sus dimensiones está institucionalizada y se muestran extremadamente inestables. Esta pérdida de institucionalización se encuadra en un periodo en el que el sistema de partidos anterior, bastante frágil, acaba colapsándose. El MAS alcanza por la primera vez el gobierno, mientras que la volatilidad disminuye un poco, pero continua siendo extrema. Los partidos existentes necesitaron reestructurarse y en medio de este panorama el MAS comienza a destacarse como el partido predominante, vislumbrándose la formación de un sistema hegemónico. Al mismo tiempo, surgen nuevas organizaciones partidistas, si bien son bastantes endebles. Considerando el periodo analizado de manera conjunta, del 2002-2009, Bolivia se sitúa como un sistema de partidos incipientes.

El otro país andino analizado, Ecuador, también mantiene en ambos periodos una baja institucionalización, aunque mejora levemente durante el segundo periodo. Ecuador pasa de ser un sistema fluido a uno incipiente. Es decir, sus dimensiones comienzan a

mostrarse algo menos inestables. Los resultados tan bajos para el periodo 2002-2006 se deben al colapso del sistema tras el desvanecimiento de los partidos tradicionales y la institucionalización del antipartidismo y el personalismo (TANAKA, 2008). En el periodo 2006-2008, la volatilidad pese a ser menos extrema continua elevada. Además, sigue existiendo una cierta incerteza sobre la formación de gobiernos lo que explica en cierta medida que sus gobiernos hayan tendido a ser inestables y las alianzas imprevisibles (PACHANO, 2007). Para los expertos, el sistema de partidos ecuatoriano se caracterizaba por la formación de coaliciones minoritarias, oposiciones desleales que se mueve por mecanismos clientelistas, con dificultades para cooperar, cambios constantes de partidos por parte de los representantes y preferencias ciudadanas volátiles (FREIDENBERG et al., 2016). Ecuador durante el 2002-2008 se muestra también como un sistema de partidos incipientes. Consecuentemente, los países andinos – Ecuador y Bolivia – han sido considerados por los expertos en institucionalización, de manera unánime, como sistemas de partidos incipientes (MAINWARING et al., 2018; LUNA, 2015; CAICEDO, 2013; TANAKA, 2008; LEVITSKY et al., 2016), por lo que los resultados alcanzados en el presente trabajo siguen esta línea.

Brasil es uno de los pocos países que ha conseguido aumentar sus niveles de institucionalización de manera intensa y rápidamente. Pasó de ser un sistema incipiente a principios del siglo XXI a ser un sistema institucionalizado a finales de esa misma década. Pasó de alcanzar un 0,39 a un 0,96. Brasil ha conseguido mantener la volatilidad y la fluidez en niveles bastante positivos y estables. Desde 1999 hasta 2006 ningún partido nuevo entró en escena y cuando lo hicieron entre 2006 y 2010 su papel fue marginal, de manera que no afectaron al estatus quo existente. La clave para esta mejora de la institucionalización parece estar en la consolidación del PT como una de las alternativas al gobierno, de forma que la competición presidencial entre el PT y el PSDB pasó a estructurar el sistema de partidos (MELO y CÂMARA, 2012). Además, el PT logra establecer una conexión con el elector importante, tornándose como la organización partidista que aglutina la identificación partidista, por excelencia. Al considerar el periodo 2002-2010 Brasil se sitúa como un sistema de partidos relativamente institucionalizado, dado que su rápida ascensión se ve empeñada por sus resultados a inicios de siglo.

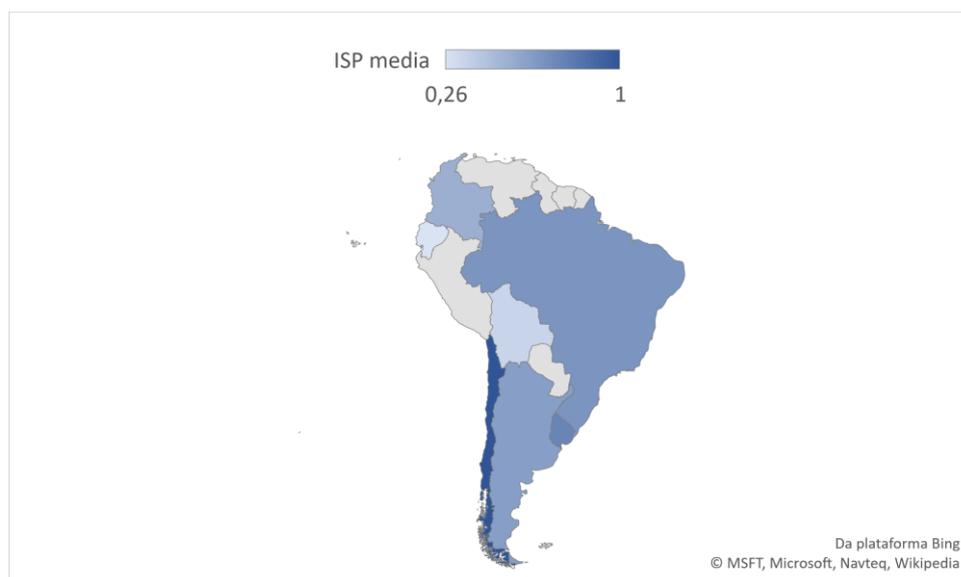
Colombia es el otro país de la región que más ha aumentado sus niveles de institucionalización. Aunque Colombia había sido hasta inicios del siglo XXI, un sistema de partidos relativamente institucionalizado, durante el 2002-2006 su institucionalización

se desploma, de manera que la volatilidad y la fluidez se vuelven extremas y tras el desgaste de los partidos tradicionales, los nuevos partidos que se forman aglutinan poder, llegando incluso a alcanzar el gobierno. Primero Colombia, el partido de Uribe, pone fin a la alternancia en el poder de los partidos tradicionales. Sorprendentemente, el sistema de partidos colombianos consigue sobreponerse a este periodo de crisis. En el siguiente periodo analizado, 2006-2010, la volatilidad mejora bastante y la fórmula de gobierno se torna familiar, pese a que surgen numerosas organizaciones partidistas. También destaca la aparición de cada vez más candidatos independientes que ganan cargos políticos y partidos con un discurso personalista, estos partidos emergentes son actores de corto recorrido que no logran organizar la política (BOTERO, LOSADA y WILLS-OTERO en FREIDENBERG et al., 2016). La mayor parte de las mediciones consideran que Colombia ha perdido institucionalización desde finales del siglo XX (MAINWARING et al., 2018; PAYNE, ZOVATO y DIAZ, 2006). Sin embargo, los resultados de esta medición coinciden con los de Luna (2015), quién afirma que la institucionalización ha recuperado niveles similares a los anteriores a esta disminución de inicios de siglo. Sin embargo, pese haber recuperado ISP, el hecho de haber sufrido un colapso importante a inicios del siglo XXI, no permiten considerar a Colombia como un sistema de partidos institucionalizado durante el 2002-2010 y sí como un sistema difuso.

Finalmente, Uruguay ha sido considerado como uno de los casos clásicos de institucionalización en la región. Sin embargo, durante el 2004-2009 sufrió una pérdida de institucionalización. Esta pérdida de institucionalización está directamente relacionada con los cambios en la estructura de la competición partidista, consecuencia de un cambio en la volatilidad endógena, es decir, entre los partidos que ya formaban parte del sistema. El Frente Amplio que se caracterizaba por ser la tercera fuerza y ninguna opción de formar gobierno, alcanzó la presidencia por primera vez. Al mismo tiempo, la fluidez aumentó ya que desde inicios del año 2000 nuevos partidos entran en escena y acaparan un mayor protagonismo, desafiando a los partidos tradicionales (GONZÁLEZ y QUEIROLO, 2000), aunque estos mantienen su protagonismo. Pese a estos cambios la volatilidad exógena se mantuvo en niveles residuales. Por tanto, el sistema no se vio afectado por la inestabilidad ni supuso una crisis, se limitó a una disminución en los niveles de institucionalización. Tras esta pérdida, el sistema logró mantenerse estable y aumentar sus niveles de ISP en el siguiente periodo. Ya en el periodo 2009-2013 ambas dimensiones alcanzan niveles de institucionalización máxima. La estructura de la

competición se consolida con el nuevo papel del FA, devolviendo a Uruguay su estatus de sistema de partidos altamente institucionalizado. Consecuentemente, aunque el sistema de partidos sufrió algunos cambios que afectaron a su estabilidad, durante el 2004-2013 debe considerarse como un sistema relativamente institucionalizado.

Grafico 11. Nivel medio ISP por país en América del Sur (2000-2013)



Fuente: elaboración propia.

Por tanto, los niveles de institucionalización en América del Sur son bastantes heterogeneos, en líneas generales, oscilando entre cuatro escenarios. Primero, los países con sistemas incipientes como los países andinos. Segundo, los países plenamente institucionalizados como Chile. Tercero, países que han aumentado sus niveles de manera importante situándose como relativamente institucionalizados. Este es el caso de sistemas como Brasil, que aumentó sus niveles fuertemente en el 2006-2010, y, Uruguay, que pese a perder niveles de institucionalización durante el 2004-2009 se mantuvo estable, sin llegar a colapsarse y los recuperó durante el 2009-2013. Por último, los sistemas difusos como Argentina y Colombia. Aunque Colombia partía de una situación de colapso durante el 2002-2006, dado que demostraba una alta inestabilidad en cada una de las dimensiones, de una observación a otra, se estabilizaron alcanzando mayores niveles de institucionalización. Debe tenerse en cuenta que este aumento de la institucionalización fue vertiginoso, pero no alcanzó un nivel suficiente como para considerarlo relativamente estable, así como para garantizar su estabilidad en el siguiente periodo. De manera que este aumento de institucionalización parece especialmente frágil, es decir, cualquier

cambio en el contexto, por minúsculo que sea podría llevar de nuevo al sistema colombiano a una situación al borde del colapso.

Tabla 17. Clasificación de ISP en Sudamérica por país y observación (2000-2013) a partir del índice agregado bidimensional de la ISP

Puntuación	Clasificación ISP	País	Observación	Características
0 a 0,22	Fluido		Bolivia 2005-2009 Colombia 2002-2006 Ecuador 2002-2006	Ninguna dimensión institucionalizada
0,22 a 0,44	Incipiente	Bolivia Ecuador	Brasil 2002-2006 Ecuador 2006-2008	Baja institucionalización de las dimensiones
0,44 a 0,66	Difuso	Argentina Colombia	Argentina 2003-2007 Argentina 2007-2011 Bolivia 2002-2005 Uruguay 2004-2009	Alguna dimensión algo más institucionalizada
0,66 a 0,88	Relativamente institucionalizado	Brasil Uruguay		Dimensiones relativamente institucionalizadas
0,99 a 1	Plenamente institucionalizado	Chile	Brasil 2006-2010 Colombia 2006-2010 Chile 2002-2006 Chile 2006-2010 Uruguay 2009-2013	Todas las dimensiones institucionalizadas

Fuente: elaboración propia.

Al mismo tiempo, esta medición evidencia la transicionalidad de la ISP en la región sudamericana de un periodo a otro, puesto que la mayor parte de países sufren cambios en sus niveles de ISP de un periodo de observación a otro. Bolivia pasa de ser un sistema difuso en el 2002-2005 a ser un sistema fluido en el 2005-2009; Ecuador pasa de fluido en el 2002-2006 a incipiente en el 2006-2008; Uruguay pasa de difuso durante el 2004-2009 a ampliamente institucionalizado en el 2009-2013; Brasil pasa de incipiente en el

2002-2006 a institucionalizado en el 2006-2010; y, Colombia de fluido en el 2002-2006 a institucionalizado en el 2006-2010. Por lo que los niveles de institucionalización en la región no se muestran especialmente estables, a excepción del caso argentino y chileno. Esto sugiere que la institucionalización puede ser de mayor o menor calidad y que los cambios no son, a priori, un sinónimo de desinstitucionalización. En esta misma línea argumental, para Buquet y Piñeiro (2014) y Méndez de Hoyos (2007) los sistemas institucionalizados no son únicamente aquellos que muestran una continuidad, sino aquellos que consiguen procesar una transformación cuando es necesario sin que se produzca una crisis o ruptura institucional. De manera que este tipo de sistemas contarían con una institucionalización de mayor calidad al ser menos vulnerables a quebrarse en momentos de cambio o reestructuración del sistema. Por otro lado, aquellos sistemas que experimentan constantes cambios de una elección a otra no estarían institucionalizados, incluso pese a no llegar a colapsarse e intercalar periodos de relativa institucionalización con periodos de desinstitucionalización.

Consecuentemente, sistemas con niveles agregados de ISP similares pueden estar más o menos preparados para asimilar dichos cambios sin llegar a colapsarse. Uruguay ha demostrado ser un sistema con una institucionalización lo suficientemente robusta como para procesar cambios importantes sin colapsarse y reestructurarse. Mientras que Chile es un ejemplo de sistema de partidos constante que no ha tenido que enfrentar alteraciones en su seno, aunque cabría esperar que ante un escenario de cambio lograra reestructurarse sin llegar a colapsar. Ya Colombia pasa de un bajo nivel de institucionalización durante el 2002-2006, para un rápido aumento durante el 2006-2010; sin embargo, pese a que el periodo 2010-2018 no ha sido analizado, el sistema de partidos colombiano ha experimentado constantes cambios, siendo incapaz de reestructurar el sistema pese a no llegar a colapsarse. Por lo que la institucionalización del sistema colombiano es mucho más endeble a la hora de procesar las variaciones, y, por ende, de menor calidad. Finalmente, Brasil logró mantener su sistema de partidos estable, al menos hasta 2018, con la llegada de Jair Bolsonaro a la presidencia, desencadenando un aumento de la volatilidad exógena y una estructura de la competición abierta. Pese a que esto significa un menor nivel de ISP agregada si logra establecer un nuevo orden o reestablecer el orden anterior, el sistema de partidos continuará institucionalizado y demostrará haber alcanzado una institucionalización de calidad, más robusta. Pero si, por el contrario, pasa

a experimentar cambios constantes de una elección a otra, el sistema habrá perdido su institucionalización.

Finalmente, es importante resaltar, que, curiosamente, la clasificación establecida a partir de esta medición alcanza resultados similares a los de otros estudios, pese a la utilización de diferentes operacionalizaciones de la ISP en cada una de estas⁴⁵. En el siguiente cuadro se compara la clasificación alcanzada por la medición propuesta en el presente trabajo con las clasificaciones más recientes y que engloban los primeros quince años del siglo XXI (LEVITSKY et al., 2016; LUNA, 2015; y, MAINWARING et al., 2018). Luna clasifica su medición en sistemas fluidos como Bolivia y Ecuador; hidropónicos, es decir, que cuentan con un cierto nivel de institucionalización, al menos en relación a la estabilidad electoral, pese a la ausencia de vínculos programáticos, como Argentina, Brasil y Colombia; e, institucionalizados, como Chile y Uruguay. Para Levitsky et al. (2016), los países andinos continúan siendo sistemas fluidos, y, Chile y Uruguay institucionalizados; en contraposición, Argentina y Colombia pierden cierto nivel de institucionalización, y, Brasil es el único país que mejora su nivel. Por consiguiente, la medición llevada a cabo capta la realidad empírica de estos sistemas y mide de forma adecuada el nivel real de institucionalización de los sistemas de partidos sudamericanos. Sin embargo, futuras líneas de investigación deberían testar la validez de esta operacionalización para medir los niveles de institucionalización en otras regiones, independientemente de si son democracias en consolidación o consolidadas.

⁴⁵ A excepción del caso colombiano que parece alcanzar algo más de institucionalización que en otras clasificaciones, algo que podría deberse al periodo analizado en el presente trabajo y que podría ser inferior si se incluyese el periodo 2012-2018.

Cuadro 20. Clasificaciones ISP en América del Sur por otros autores para el periodo 2000-2013

Tipo de sistema	Clasificación medición propia	Clasificación Levitsky et al. (2016)	Clasificación Luna (2015)	Clasificación Mainwaring et al. (2018)
Fluido		Bolivia Ecuador	Bolivia Ecuador	Bolivia Ecuador
Incipiente	Bolivia Ecuador			
Difuso	Argentina Colombia	Argentina Colombia		Argentina Colombia
Relativamente institucionalizado	Brasil Uruguay	Brasil	Argentina Brasil Colombia	Brasil
Plenamente institucionalizado	Chile	Chile Uruguay	Chile Uruguay	Chile Uruguay

Fuente: elaboración propia.

Por tanto, la clasificación de la institucionalización de los sistemas de partidos sudamericanos presentada en este trabajo, relativa apenas al periodo analizado, evidencia la heterogeneidad de la región a pesar de sus múltiples semejanzas institucionales, históricas y culturales. Ahora bien, pese a los niveles de institucionalización de la región haber aumentado en líneas generales, esta se demuestra endeble, por lo que la institucionalización adquirida por países como Brasil o Colombia a inicios del siglo XXI podría desmoronarse rápidamente. Este parece ser el caso de Brasil desde los comicios de 2018 y Colombia desde el 2010. Esta realidad refuerza la idea de que la institucionalización del sistema de partidos y la consolidación democrática no caminan de la mano. La institucionalización de los sistemas de partidos parece limitarse a la previsibilidad y estabilidad del sistema lo que en cierta medida garantiza la estabilidad democrática durante dicho periodo, pero no parece garantizar la existencia de una democracia plenamente consolidada, protegida de los vaivenes y los retrocesos. Por todo ello, aunque sí existe un amplio consenso sobre el impacto de una baja ISP y sus efectos perversos para la democracia (MAINWARING y SCULLY, 1995; MAINWARING y TORCAL, 2005), futuras líneas de investigación deberían confirmar si la institucionalización de los sistemas de partidos no es una condición suficiente para la

consolidación democrática, pese a ser necesaria (KUENZI y LAMBRIGHT, 2005; MARKOWSKI, 2000; TORCAL et al., 2015).

CAPÍTULO VI

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LOS SISTEMAS DE PARTIDOS DE AMÉRICA DEL SUR: EQUIFINALIDAD CAUSAL

En este capítulo se responde la segunda pregunta de investigación planteada en este trabajo, ¿la existencia de partidos políticos sólidos, partidos estructurados programáticamente y un contexto económico positivo son condiciones causales suficientes o necesarias para que se alcancen niveles de institucionalización considerables en la región? Para poder corroborar o negar las hipótesis planteadas en esta investigación se realiza un Análisis Cualitativo Comparado Crispy Set, es decir, de tipo dicotómico. Previamente, es necesario determinar si dichas condiciones están presentes en cada una de las observaciones estudiadas y en qué medida. Para ello, en la próxima sección se realiza una medición y un mapeamiento de las condiciones causales analizadas en la región. Inmediatamente después se realiza el análisis cualitativo comparado.

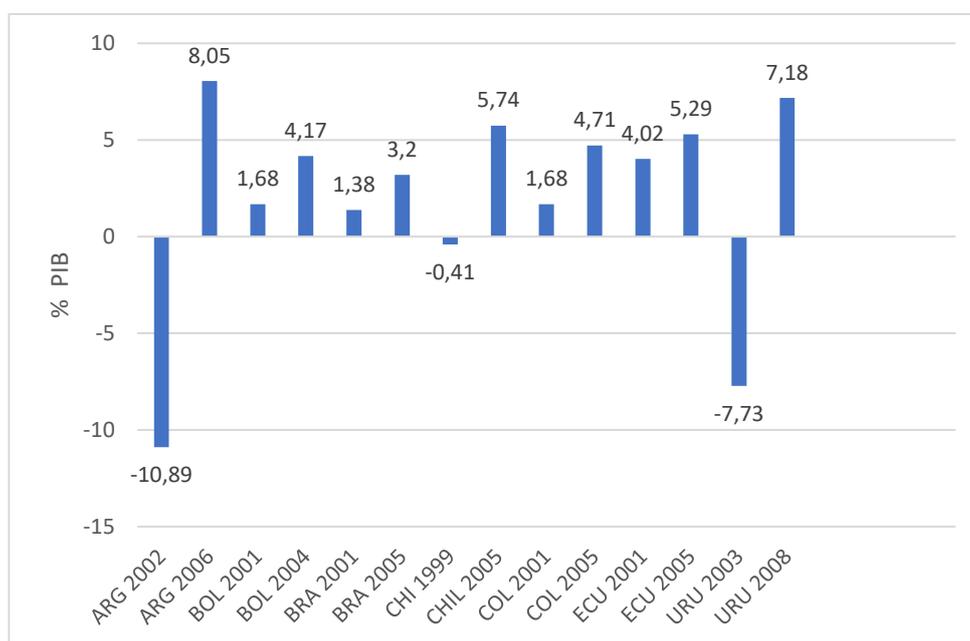
6.1 Contexto económico, solidez de los partidos y partidos estructurados programáticamente: la realidad latinoamericana

En líneas generales, los estudios han tendido a señalar que las condiciones analizadas en el presente trabajo son bastantes endebles en la región, es decir, el contexto económico se considera inestable, los partidos poco programáticos y especialmente poco robustos, siendo vulnerables al colapso.

Comenzando por la primera de las condiciones, el contexto económico, la literatura ha resaltado que América del Sur está dominada por un escenario bastante inestable, donde las crisis económicas son recurrentes. La medición realizada en el presente trabajo dista, en parte, de este escenario y subraya la heterogeneidad de los resultados. Mientras que durante el periodo 2000-2013 Brasil se muestra más estable en sus indicadores económicos, otros presentan fuertes variaciones de un periodo a otro como Argentina, Ecuador y Uruguay. Conforme indicado anteriormente, el contexto económico está calculado a partir de un índice agregado formado por tres indicadores: la tasa de crecimiento económico (PIB), la tasa de inflación (basada en el IPC), y, la tasa de desempleo. Y el año de medición es el anterior a la elección. A continuación, se analizan los resultados que alcanza cada observación para cada uno de estos indicadores, para inmediatamente a continuación construir el índice agregado y comparar los contextos económicos.

El primer indicador, el crecimiento económico, se muestra heterogéneo entre los países, y, al mismo tiempo que varía fuertemente de una observación a otra en determinados países. Las mejores tasas de crecimiento son alcanzadas por Argentina 2006 con un 8,05% y Uruguay 2008 con un 7,18%, pero también pertenecen a ambos países las peores cifras, Argentina 2002 con un -10,89% y Uruguay 2003 con un -7,75%. Chile que pasa de un -0,41% a un 5,74%, mejorando su crecimiento económico de una observación a otra pese a no ser valores tan extremos. Luego, algunos países oscilan fuertemente mientras que otros experimentan un aumento del crecimiento económico, manteniéndose relativamente estable y con una tendencia de crecimiento positivo de una observación a otra. Este es el caso de países como Bolivia, que pasa de un crecimiento del 1,68% en el 2001 a un 4,17% en el 2004; Brasil, que alcanza un 1,38% en el 2001 y un 3,2% en el 2005; Colombia que pasa del 1,68% en el 2001 al 4,71% en el 2005; y, Ecuador que pasa de un 4,02 en el 2001 a un 5,29% en el 2005. Otros países encaran un escenario marcado por la mejora del crecimiento, pasando de valores negativo a positivos.

Gráfico 12. Tasa de crecimiento económico anual por observación (año anterior a la elección) en América del Sur (2000-2013)

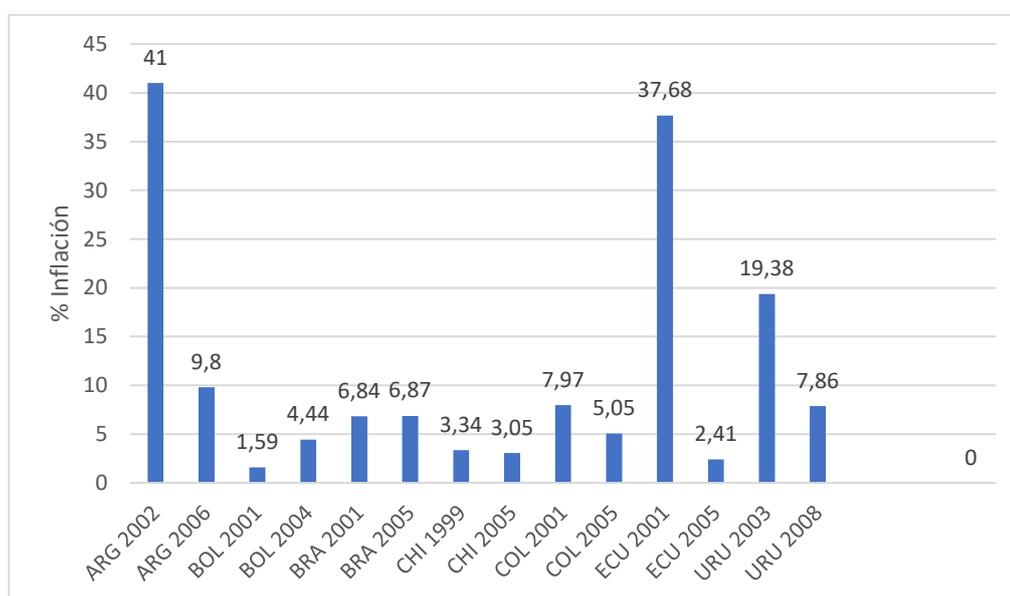


Fuente: elaboración propia a partir del Banco Mundial.

La inflación también se muestra heterogénea. Las mayores tasas de inflación corresponden a Argentina 2002 con un 41% y Ecuador 2001 con un 37,68%; en cuanto las mejores cifras son las de Bolivia 2001 con un 1,59% y Ecuador 2005 con un 2,41%. Por tanto, Ecuador demuestra una fuerte disminución de su inflación. En líneas generales,

ninguno de los países logra una inflación inferior al 2%, salvo en el caso de Bolivia 2001 con un 1,59%. La mayor parte de los países analizados oscilan en una horquilla entre el 2 y el 8%. Por ejemplo, Bolivia con un 4,44 en el 2004, Brasil con un 6,84 en 2001 y un 6,87 en el 2005, Chile con un 3,34% en 1999 y un 3,05 en el 2005, y, Colombia con un 7,97% en el 2001 y un 5,05% en el 2005. Mientras que países como Argentina y Uruguay también atraviesan una situación similar, pasando de un 41% en el 2002 a un 9,8% en el 2006 en el caso argentino, y, Uruguay de un 19,38% en el 2003 a un 7,86% en el 2008.

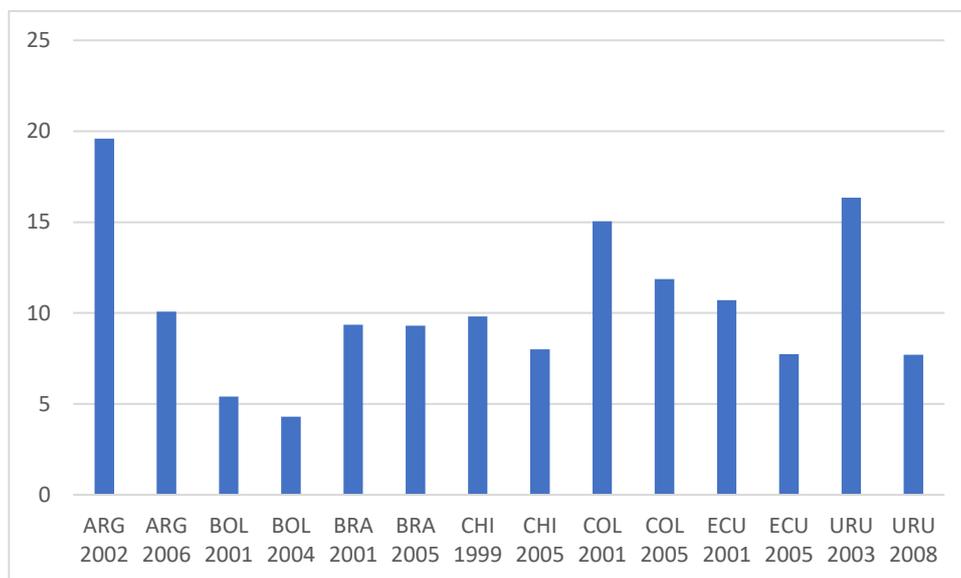
Gráfico 13. Tasa de inflación con relación al IPC (%) por observación (año anterior a la elección) en América del Sur (2000-2013)



Fuente: elaboración propia a partir del Banco Mundial.

Finalmente, en relación con la tasa de desempleo, este indicador también se muestra heterogéneo. En cuanto las peores tasas son alcanzadas por Argentina 2002 con un 19,59%, Colombia 2001 con un 15,04% y Uruguay 2003 con un 16,35%. Las mejores pertenecen a Bolivia tanto en 2001 con un 5,4% y en 2004 con un 4,3%, aunque estas cifras tan positivas pueden ser cuestionadas por la práctica común de la actividad laboral sumergida. La mayor parte de países se sitúan en torno al 6 y el 10% como Brasil (con un 9,35% en 2001 y un 9,31% en 2005), y, Chile (con un 9,81% en 1999 y un 8% en el 2005), Ecuador (con un 10,71% en el 2001 y un 7,74% en el 2005). Finalmente, los países que muestran una mayor variación de una observación a otra son Argentina que pasa de un 19,59% en el 2002 al 10,08% en el 2006, Colombia que pasa del 15,04% en el 2001 al 11,87% en el 2005, y, Uruguay que pasa del 16,35% en el 2003 al 7,7% en el 2008.

Gráfico 14. Tasa desempleo (%) por observación (año anterior a la elección) en América del Sur (2000-2013)



Fuente: elaboración propia a partir del Banco Mundial.

En la tabla 18 cada uno de los resultados alcanzados en cada indicador son convertido en un índice de 0 a 1 para dar lugar a un índice agregado que permita comparar el contexto económico. Cuanto más próximo a 1 más positivo es el contexto económico y cuanto más próximo a 0 más negativo. Las observaciones con mejor contexto económico corresponden a: Uruguay 2009-2013 y Bolivia 2005-2009 con un 0,69; Chile 2006-2010 y Ecuador 2006-2008 con un 0,68; Argentina 2007-2011 con un 0,66; y, Bolivia 2002-2005 con un 0,61. En cuanto a las observaciones con los peores resultados económicos son: Uruguay 2004-2009 con un 0,23; Argentina 2003-2007 con un 0,33; Ecuador 2002-2006 con un 0,30 y Colombia 2002-2006 con un 0,40.

Tabla 18. Índice agregado del contexto económico por observación relativo al año anterior a la elección en América del Sur (2000-2013)

Observación	Contexto económico			Índice agregado
	PIB	Inflación	Desempleo	
ARGENTINA 2003-2007	10,89	41	19,59	0,33
ARGENTINA 2007-2011	8,05	9,8	10,08	0,66
BOLIVIA 2002-2005	1,68	1,59	5,4	0,61
BOLIVIA 2005-2009	4,17	4,44	4,3	0,69
BRASIL 2002-2006	1,38	6,84	9,35	0,49
BRASIL 2006-2010	3,2	6,87	9,31	0,55
CHILE 2000-2006	-0,41	3,34	9,81	0,47
CHILE 2006-2010	5,74	3,05	8	0,68
COLOMBIA 2002-2006	1,68	7,97	15,04	0,40
COLOMBIA 2006-2010	4,71	5,05	11,87	0,57
ECUADOR 2002-2006	4,02	37,68	10,71	0,30
ECUADOR 2006-2008	5,29	2,41	7,74	0,68
URUGUAY 2004-2009	-7,73	19,38	16,35	0,23
URUGUAY 2009-2013	7,18	7,86	7,7	0,69

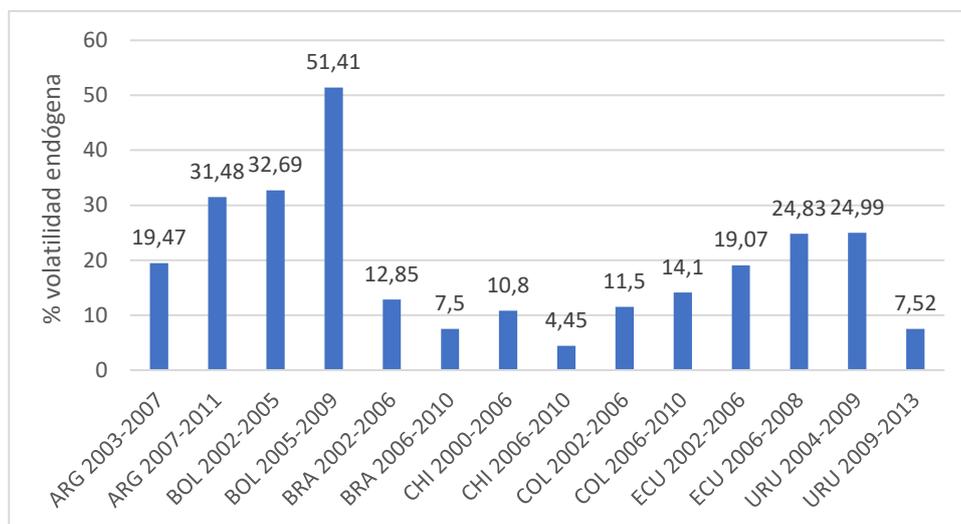
Fuente: elaboración propia.

Los peores resultados coinciden con las observaciones de inicio del siglo XXI. América Latina arrastraba desde mediados del siglo XX un fuerte periodo de crisis económica, que pese a la implementación de fuertes medidas neoliberales pautadas por el Consenso de Whashington no consiguieron mejorar la economía de cada nación. La crisis de la deuda, la indisciplina fiscal y la baja industrialización de la región continuaron siendo los principales problemas, al mismo tiempo que la apertura económica y el mayor investimento extranjero en la región no ayudaron a generar un contexto económico positivo. Países como Argentina, Ecuador y Colombia estaban inversos en una fuerte crisis económica que podría haber favorecido la inestabilidad del juego político. En cambio, a partir del año 2003, América Latina comienza a experimentar un periodo economicamente positivo. En parte, esta mejora económica está sustentada por el aumento de los precios de las materias primas y por el fuerte financiamiento externo extranjero (OCAMPO, 2008). En líneas generales, el contexto económico es bastante volátil en la región oscilando considerablemente de una observación a otra o incluso bruscamente. Este es el caso, por ejemplo, de Uruguay que pasa de un 0,23 en el 2004-2009 a un 0,69 en el 2009-2013; Argentina que pasa de un 0,33 en el 2003-2007 al 0,66

en el 2007-2011; y, Ecuador que oscila de un 0,68 en el 2006-2008 a un 0,30 en el 2002-2006.

Con relación a la segunda condición causal, la robustez de los partidos políticos, el cálculo de la volatilidad endógena evidencia la heterogeneidad de resultados. En cuanto algunos países cuentan con partidos que estructuran la competición electoral de una elección a otra, manteniendo sus resultados estables, otros experimentan fuertes fluctuaciones. Este es el caso de Argentina, que en el periodo 2007-2011 la volatilidad endógena se dispara hasta el 31,48%, la mayor tasa de todas las observaciones. Ya Uruguay pasa de un 24,99% durante el 2004-2009 a un 7,52% en el 2009-2013. Es decir, Argentina y Uruguay experimentan fluctuaciones importantes en sus niveles de volatilidad, evidenciando que la robustez de los partidos más importantes en el seno del sistema no fue suficiente como para conseguir contener los cambios de preferencia de su electorado. En ambos países ese aumento de la volatilidad endógena de la Cámara Baja se debe a la crisis de confianza que sufren los principales partidos. Mientras que en Argentina todos los partidos se vieron afectados por este fenómeno, en Uruguay el Frente Amplio, partido minoritario de oposición se vio beneficiado por la crisis de los dos principales partidos del sistema, el Partido Colorado y el Partido Nacional. Los países andinos, Bolivia y Ecuador, son los únicos países que muestran altas tasas de volatilidad endógena en ambas observaciones. En el caso de Bolivia se sitúa en un 32,69% en el 2002-2005 y un 51,41% en el 2005-2009. Ya Ecuador pasa de un 19,07% en el 2002-2006, a un 24,83% en el 2006-2008. En líneas generales, Brasil y Chile se muestran como los países con partidos más sólidos, que logran mantener las preferencias del electorado relativamente estables, inferiores al 13%, de una elección a otra, independientemente del tipo de mecanismo responsable por dicha robustez. Colombia se sitúa próximo a sendos países, pasando de un 11,5% en el 2002-2006 a un 14,1% del 2006-2010.

Gráfico 15. Volatilidad endógena de la Cámara Baja por observación en América del Sur (2000-2013)



Fuente: elaboración propia, calculo a partir de Database de las Américas y Electoral Resources.

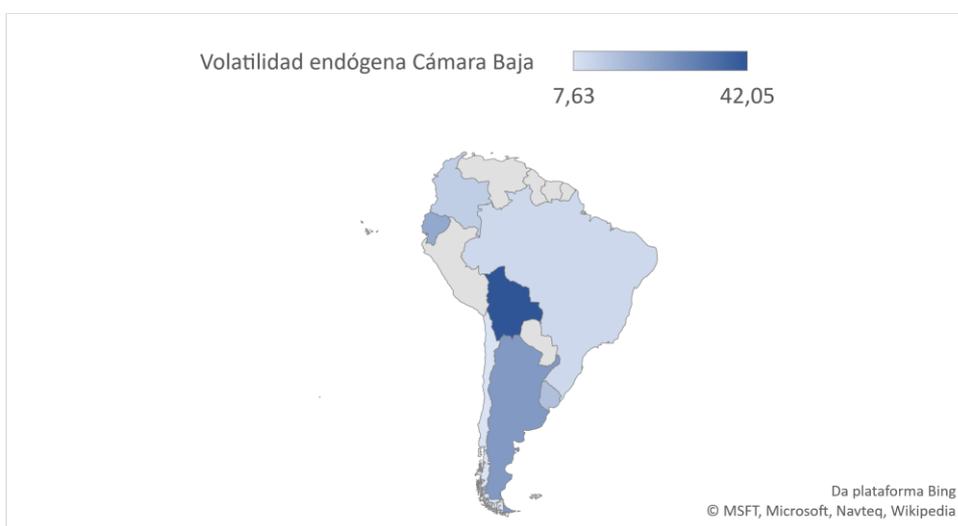
Al analizar los niveles de volatilidad endógena de la Cámara Baja por país se concluye lo siguiente. Primero, que Chile y Brasil cuentan con las organizaciones partidistas más robustas, al menos, en el sentido de conseguir estructurar la competición electoral de una elección a otra, independientemente del tipo de vínculo entre elector y partido. En Brasil con la consolidación del PT como una de las principales fuerzas electorales, se inicia un periodo marcado por un fuerte status quo. PT, PSDB y PMDB logran estructurar la competición electoral de una elección a otra, favoreciendo la estabilidad del sistema político. Mientras que Chile, en general, se muestra como el país con las organizaciones partidistas más robustas, logrando estructurar fuertemente la competición electoral. Las coaliciones Concertación y Alianza son los principales actores del sistema y estructuran la competición fuertemente.

Segundo, que Uruguay cuenta con organizaciones partidistas sólidas, pero que durante el 2003 el sistema experimentó una realineación del sistema, de manera que el Frente Amplio pasó a ejercer un papel preponderante, dejando de ser una fuerza minoritaria de oposición. Esta afirmación esta abalada por las bajas tasas de volatilidad exógena que el sistema presenta durante el mismo periodo y por la consolidación de este cambio en los siguientes comicios. Colombia también cuenta con organizaciones partidistas relativamente sólidas pese a la crisis que los partidos tradicionales sufrieron desde incios del siglo XXI. Estos partidos, pese a ver mermados sus resultados electorales consiguieron mantenerse en el seno del sistema. Sin embargo, tuvieron que compartir su

papel con partidos nuevos que alcanzaron altas cuotas de poder, como el partido del Presidente Uribe durante el 2002-2010, Primero Colombia.

Tercero, que los países andinos, Ecuador y Bolivia, así como Argentina, son los sistemas que cuentan con organizaciones partidistas más débiles. Los partidos de los sistemas andinos se muestran como los más débiles dado que no consiguen estructurar la competición electoral. Las organizaciones partidistas de estos países no consiguen establecer ningún tipo de conexión sólida con el electorado. Los partidos bolivianos se muestran especialmente frágiles comparado con los del resto de la región, especialmente peor durante el 2005-2009. Tras el periodo 2002-2005, donde los partidos ya se mostraban poco robustos, dichas organizaciones no consiguieron mantener sus resultados electorales, de manera que el sistema de partidos tradicional acaba colapsándose durante el 2005-2009. Ante este escenario, los partidos existentes necesitaron reestructurarse y el MAS surge como el gran beneficiado. El MAS comienza a destacarse como el partido predominante, vislumbrándose un incipiente sistema hegemónico. En el caso argentino, esta pérdida de solidez está explicada por el contexto que atravesaron. Los partidos argentinos más sólidos se ven desestabilizados en la elección del 2007 por su pésima gestión de la crisis económica durante el inicio de los años 2000. Consecuentemente, en el periodo 2007-2011 los partidos políticos que estructuraron la elección anterior no consiguen mantener sus resultados electorales. Estos resultados coinciden con lo afirmado por la literatura que señala la inestabilidad de las etiquetas partidistas.

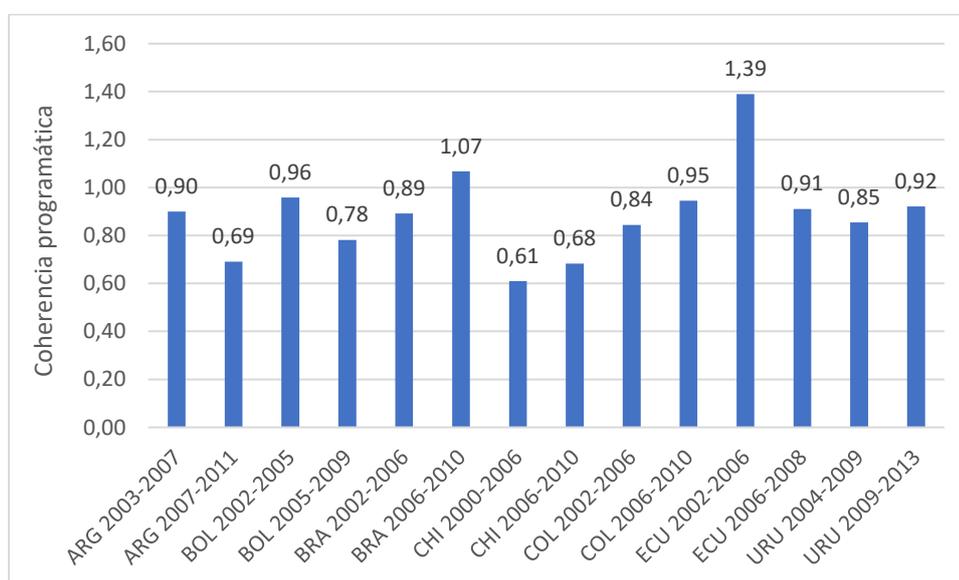
Gráfico 16. Volatilidad endógena media de la Cámara Baja por país en América del Sur (2000-2013)



Fuente: elaboración propia, cálculo a partir de Database de las Américas y Electoral Resources.

Finalmente, la última condición causal analizada, la estructuración programática de los partidos, se muestra especialmente débil en la mayor parte de las observaciones. La coherencia programática media de los partidos en la región se sitúa en torno al 0,92. Chile es el país con una mayor estructuración programática de sus principales partidos, alcanzando durante el periodo 2000-2006 un 0,61 y un 0,68 en el 2006-2010. Por el contrario, los niveles más bajos de coherencia programática son los de Ecuador 2002-2006 con un 1,39. Argentina 2007-2011 alcanza niveles similares a los de Chile, situándose en un 0,69; sin embargo, durante el periodo anterior, 2003-2007, la estructuración programática de los principales partidos se muestra bastante menos coherente, alcanzando un 0,90 de desvío padrón. Bolivia atraviesa una situación similar, mientras que en 2005-2009 la coherencia se muestra superior (0,78), en el 2002-2005 los niveles eran menos coherentes situándose en torno al 0,96. El resto de observaciones que se sitúan por debajo o igual a la media de la región son: Brasil 2002-2006 con un 0,89, Colombia 2002-2006 con un 0,84, Uruguay 2004-2009 con un 0,85, Ecuador 2006-2008 con un 0,91, y, Uruguay 2009-2013 con un 0,92.

Gráfico 17. Coherencia programática principales partidos por observación en América del Sur (2000-2013)

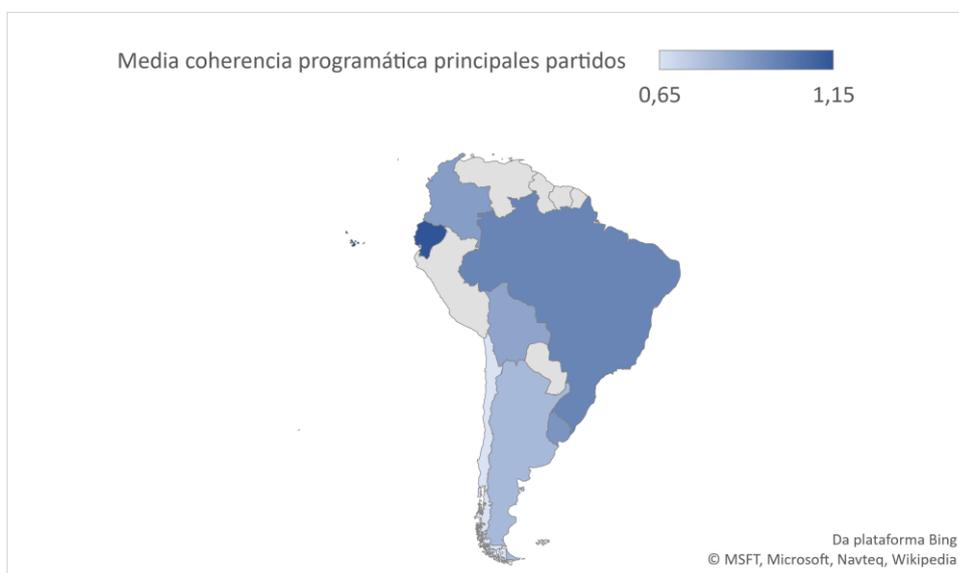


Fuente: elaboración propia, calculo a partir de PELA.

Mientras que si analizamos la media de la coherencia programática de los principales partidos por país se concluye lo siguiente. Primero, que Chile es el país con mayor nivel de coherencia programático con un 0,65 de media, seguido por Argentina, Bolivia y Colombia con un 0,8, un 0,87 y un 0,89 respectivamente. En cuanto los países con

menores niveles de estructuración programática son: Uruguay con un 0,89, Brasil con un 0,98, y, Ecuador con un 1,15.

Gráfico 18. Coherencia programática media principales partidos por país en América del Sur (2000-2013)



Fuente: elaboración propia, cálculo a partir de PELA

Ahora bien, pese a que los niveles de estructuración programática de los partidos en su conjunto tienden a ser débil, las diferencias entre los partidos de un mismo sistema son importantes. Analizando las diferencias entre partidos se observa que, pese a que los partidos tienden, en general, a estar poco estructurados programáticamente, algunos de ellos si están especialmente estructurados. Se observa que, en la mayor parte de casos, los partidos presentan diferencias considerables entre sí. Los partidos más estructurados de la región son: el UCR argentino, que alcanza un 0,48 en el 2003-2007 y un 0,52 en el 2007-2011; el PMDB brasileño con un 0,66 en el 2002-2006 y un 0,98 en el 2006-2010; el PSDB brasileño con un 0,63 en el 2006-2010, y, en Chile el UDI con un 0,51 en el 2000-2006 y un 0,55 en el 2006-2010 y el PPD con un 0,59 en el 2000-2006. Llama la atención la fuerte oscilación del PJ argentino de una observación a otra: mientras que en el 2003-2007 se muestra menos programático con un 1,15, en el 2007-2011 se muestra bastante más estructurado programáticamente, alcanzando un 0,61. Esto podría deberse a la actitud que el presidente Carlos Menem tomó durante esos años, defendiendo políticas que en principio eran contrarias a las ideas del partido. Esto podría haber dividido las opiniones de sus miembros partidistas en el congreso. El PN y el PC en Uruguay atraviesa una situación similar, el PN pasa de un 0,68 en el 2002-2006 a un 0,95 en el 2009-2013

y el PC de un 0,71 en el 2004-2009 a un 1,08 en el 2009-2013. Mientras que la alianza EP/FA/NM es el único partido uruguayo que incrementa considerablemente, pasando de un 1,17 en el 2004-2009, a un 0,76 en el 2009-2013.

Por otro lado, Brasil y Ecuador son los países con partidos menos estructurados programáticamente. Ecuador atraviesa una situación similar durante el periodo 2002-2006; sin embargo, durante el 2006-2008 el PAIS, partido del presidente Rafael Correa, presenta un cierto nivel de estructuración programático en contraste con el resto de los partidos. En Brasil llama la atención que el principal partido desde inicios del siglo XXI, el PT alcanza una baja estructuración programática, pese a ser considerado como uno de los partidos más programáticos del país. Parece que el PT cuenta con una marca de partido sólidas y algunas banderas programáticas claramente identificadas. Sin embargo, sus miembros en el congreso no tienen una visión homogénea respecto al papel del Estado en la economía. Además, los partidos brasileños, partidos poco estructurados programáticamente, disminuyen sus niveles de coherencia de un periodo a otro de manera generalizada.

Tabla 19. Coherencia programática por partido político: principales partidos en América del Sur (2000-2013)

Partido	Argentina		Bolivia		Brasil			Chile			
	2003 2007	2007 2011	Partido 2005	2002 2005	2005 2009	Partido 2006	2002 2006	2006 2010	Partid o 2006	2000 2006	2006 2010
PJ	1,15	0,61	MNR	0,82	0,52	PT	0,93	1,20	UDI	0,51	0,55
UCR	0,48	0,52	MAS	1,48	1,08	PMDB	0,66	0,98	PDC	0,77	0,70
ARI	0,75	0,75	PODE MOS		0,90	PSDB		0,63	PPD	0,59	0,70
FMP	1,22		UN		0,63	PTB	1,15		PPS		0,87
FG		0,88	MIR	0,99		PL	0,96		RN	0,65	0,58
			NFR	0,54		PPS	1,03		PS	0,53	0,87
						PP	0,62	0,69	PRSD	0,77	0,70
						PDT	0,81				
						PSC	0,96				
						DEM		0,99			
						PSB		1,34			
						PR		1,64			

Partido	Colombia		Ecuador		Uruguay			
	2002 2006	2006 2010	Partido	2002 2006	2006 2008	Partido	2004 2009	2009 2013
PL	0,98	0,93	PSP	1,21	1,14	FA	1,17	0,76
PL (URIBE)	0,75		PRIAN	1,37	0,87	PN	0,68	0,95
PC	0,79	0,62	PSC	1,37		PC	0,71	1,08
PD		1,41	ID	1,03				
PSUN		0,76	PAIS		0,75			
MAL		1,06	PRE	1,72				
CR		0,90	PS-FA	1,45				
			ID	1,03				
			MUPP-NP	1,58				

Fuente: elaboración propia a partir PELA.

Una vez medidas las condiciones causales analizadas, a continuación, se lleva a cabo el análisis comparado causal de tipo *crispy set* para testar las hipótesis, es decir, dicotómico.

6.2 Análisis Cualitativo Comparado de condiciones causales: el contexto económico, la solidez de los partidos y los partidos estructurados programáticamente

Así como en el Análisis Cualitativo Comparado relativo a la operacionalización de la ISP se dividía en cuatro fases analíticas, este análisis relativo a las condiciones causales sigue la misma estructura. A continuación, se desarrolla cada una de estas fases analíticas: primero, la construcción de la matriz de datos dicotómica y el análisis de condiciones necesarias; segundo, la articulación de la teoría tipológica y construcción de la tabla de la verdad para identificar las condiciones suficientes; tercero, la identificación de los remanentes lógicos y la mejor solución para su tratamiento; y, finalmente, la

minimización del número de combinaciones causales para obtener los implicantes primarios, es decir, las condiciones suficientes para la ISP en Latinoamérica.

6.2.1 La matriz de datos dicotómica: análisis de condiciones necesarias

Para construir la matriz de datos dicotómica, los resultados alcanzados en la sección anterior deben ser dicotomizados estableciendo su pertenencia al conjunto [1] o su ausencia [0]. Es decir, debe decidirse cuidadosamente cuál va a ser el punto de anclaje para atribuirse los valores de cada condición. Para la primera de las condiciones, el contexto económico, representado por un indicador agregado que oscila de 1 a 0, se establece como punto de corte la media de la región, es decir, 0,54. Se entiende que las observaciones que alcanzan una puntuación igual o mayor a la media poseen un contexto económico más positivo [1] que negativo [0]. La selección de la media regional se debe a la realidad propia de la económica latinoamericana, por lo que juzgar si su contexto económico es más o menos positivo a partir de parámetros europeos y norteamericanos sería bastante restrictivo.

Para la segunda condición, la existencia de organizaciones partidistas lo suficientemente robustas como para estructurar la competición electoral de una elección a otra se opta por escoger como punto de corte el 17% de volatilidad endógena de la Cámara Baja, es decir, aquellos sistemas con un nivel de volatilidad igual o inferior al 17% cuentan con la presencia de partidos robustos capaces de estructurar la competición electoral [1] y estarían ausentes si superase dicho valor [0]. Se opta por el 17% por los siguientes motivos. Primero, la volatilidad endógena, es decir, entre los partidos que ya formaban parte del sistema en la elección anterior no tiene por qué ser negativa, dado que niveles relativamente bajos serían consecuencia de la rendición de cuentas, algo, deseable en cualquier democracia (LUPO y RIELD, 2013). Dado que Mainwaring y Zoco (2007) determinan que los sistemas de partidos europeos, sistemas institucionalizado y con partidos sólidos que estructuran la competición de una elección a otra, no superan el 17% en ningún caso, se fija este valor como punto de anclaje.

Mientras que, para la última condición, la presencia de partidos estructurados programáticamente se utiliza como punto de corte 0,70. Un desvío padrón igual o inferior a 0,70 indica la presencia de partido estructurados programáticamente [1] y si es superior su ausencia [0]. Dado que la economía es uno de los principales clivajes estructuradores de la competición en la mayor parte de estos países, cabría esperar que la coherencia sea

aún mayor en torno a esta cuestión, por lo que se escoge un punto de corte más conservador que no sobreestime la estructuración programática de los partidos, como sería la media que se sitúa en torno al 0,96, pero que tampoco sea excesivamente restrictivo como supondría compararlo con los niveles de coherencia de los partidos de las democracias consolidadas. Finalmente, para la atribución de valores dicotómicos del resultado de interés [ISP] se fija como punto de corte 0,66, conforme explicado anteriormente. En la siguiente tabla se presentan los resultados para las tres dimensiones analizadas y a su izquierda su dicotomización, es decir, [0] si no alcanza el punto de anclaje y [1] si el valor es igual o superior a este.

Tabla 20. Atribución de valores dicotómicos para cada una de las condiciones (contexto económico, solidez de los partidos y estructuración programática de los partidos) y el resultado (ISP)

Observación	Contexto económico	[eco]	Solidez partidos	[sol]	Estructuración programática	[pro]	Nivel ISP	[ISP]
ARGENTINA 2003-2007	0	0	19,47	1	0,90	0	0,61	0
ARGENTINA 2007-2011	0,75	1	31,48	0	0,69	1	0,63	0
BOLIVIA 2002-2005	0,63	1	32,69	0	0,96	0	0,50	0
BOLIVIA 2005-2009	0,73	1	51,41	0	0,78	0	0,18	0
BRASIL 2002-2006	0,51	0	12,85	1	0,89	0	0,39	0
BRASIL 2006-2010	0,58	1	7,5	1	1,07	0	0,96	1
CHILE 2000-2006	0,47	0	10,8	1	0,61	1	1,00	1
CHILE 2006-2010	0,74	1	4,45	1	0,68	1	1,00	1
COLOMBIA 2002-2006	0,42	0	11,5	1	0,84	0	0,14	0
COLOMBIA 2006-2010	0,62	1	14,1	1	0,95	0	0,92	1
ECUADOR 2002-2006	0,34	0	19,07	1	1,39	0	0,19	0
ECUADOR 2006-2008	0,73	1	24,83	0	0,91	0	0,26	0
URUGUAY 2004-2009	0,23	0	24,99	0	0,85	0	0,49	0
URUGUAY 2009-2013	0,77	1	7,52	1	0,92	0	1,00	1

Fuente: elaboración propia.

Una vez que las dimensiones y el resultado han sido dicotomizados, se construye la matriz de datos, para, posteriormente, la identificación de las dimensiones necesarias. Recordando que una dimensión es necesaria si, cada vez que el resultado está presente, la dimensión también lo está, es decir, el resultado no puede alcanzarse sin dicha dimensión. Analizando la matriz de datos dicotómica (tabla x), tras seleccionar, mediante el método de la similitud, aquellos casos donde el resultado “institucionalización del sistema de partidos” [ISP] está presente, se concluye que la existencia de partidos sólidos que logren estructurar la competición electoral [sol] está presente en cada una de las observaciones. Dicha dimensión es necesaria para la institucionalización de los sistemas de partidos en América Latina. Esta afirmación está refutada por el análisis de necesidad que provee el software fsQCA. La condición solidez de los partidos [sol] alcanzan una consistencia⁴⁶ (consistency) de 1.000000, estaban presentes en el 100% de los casos en que el resultado [ISP] = [1]. Mientras que la cobertura⁴⁷ de la necesidad de estas dimensiones es de 0.55, es decir, el 55% de los casos en los que la condición [sol] está presente, también lo está el resultado de interés [ISP].

⁴⁶ La consistencia en el análisis de necesidad indica el grado de necesidad de una condición, es decir, indica la proporción de casos que tiene tanto una dimensión como el resultado de interés de entre el total de casos que muestra dicho resultado de interés

⁴⁷ La cobertura en el análisis de necesidad indica la proporción de casos en los que aparecen tanto la dimensión como el resultado de interés de entre los casos que muestran dicha dimensión.

Tabla 21. Matriz de datos condiciones ISP y resultado (ISP): análisis condiciones necesarias

Observaciones	Condiciones			Resultado [ISP]
	[eco]	[sol]	[pro]	
Argentina 2003-2007	0	1	0	0
Argentina 2007-2011	1	0	1	0
Bolivia 2002-2005	1	0	0	0
Bolivia 2005-2009	1	0	0	0
Brasil 2002-2006	0	1	0	0
Brasil 2006-2010	1	1	0	1
Chile 2000-2006	0	1	1	1
Chile 2006-2010	1	1	1	1
Colombia 2002-2006	0	1	0	0
Colombia 2006-2010	1	1	0	1
Ecuador 2002-2006	0	1	0	0
Ecuador 2006-2008	1	0	0	0
Uruguay 2004-2009	0	0	0	0
Uruguay 2009-2013	1	1	0	1

Fuente: elaboración propia.

Argentina 2003-2007, Brasil 2002-2006, Brasil 2006-2010, Chile 2000-2006, Chile 2006-2010, Colombia 2002-2006, Colombia 2006-2010, Ecuador 2002-2006 y Uruguay 2009-2013 cuentan con la presencia de dicha condición. Pese a que Brasil 2002-2006, Colombia 2002-2006 y Ecuador 2002-2006 no alcanzan el resultado de interés. Por tanto, para que los sistemas de partidos latinoamericanos logren institucionalizarse es necesario que existan partidos sólidos en su seno, pero no es suficiente. En contraposición, los partidos más débiles, al ser más vulnerable a las fluctuaciones electorales, desincentivan la institucionalización. Esta hipótesis ha sido defendida por numerosos teóricos como, por ejemplo, Mainwaring y Scully (1995), Levitsky et al. (2016), Lupu (2013), Seawright (2012). La literatura consideraba que los sistemas podrían llegar a institucionalizarse sin organizaciones fuertes, aunque serían más propensos a hacerlo cuando existen (LUPU, 2014; MAINWARING et al., 2018, MORGAN, 2011; RIEDL, 2014, SEAWRIGHT, 2012). Pero este hallazgo coloca en jaque esta afirmación. Los partidos sólidos que estructuran la competición son necesarios para que los sistemas se institucionalicen.

6.2.2 La tabla de la verdad: análisis de condiciones suficientes

Conforme mencionado anteriormente, para establecer suficiencia las dimensiones que conforman esta configuración no tienen por qué estar presentes de forma aislada para que el resultado esté presente. El resultado está determinado por una combinación específica. Para poder observar dichas configuraciones, a continuación, se ha transformado la matriz de datos dicotómica en una Tabla de Verdad. Cada fila de la Tabla de Verdad denota configuraciones o combinaciones de dimensiones con el resultado [ISP] presente o ausente. La primera columna de la tabla 22 determina el número de configuraciones posibles. Las siguientes tres columnas indican la presencia o ausencia de las condiciones para cada una de las configuraciones posibles en el siguiente orden: contexto económico positivo [eco], existencia de partidos sólidos que estructuran la competición electoral [sol] y la presencia de partidos estructurados programáticamente [pro]. La quinta columna indica la presencia o ausencia del resultado de interés [ISP]. Recordando que [0] significa ausencia y [1] presencia. La sexta columna recoge las observaciones que poseen dicha configuración de condiciones. La séptima columna indica la consistencia⁴⁸ alcanzada por cada configuración el análisis del software fsQCA, es decir, la proporción de casos positivos en cada una de las configuraciones. Finalmente, la octava columna presenta la respuesta⁴⁹ a cada una de las configuraciones.

⁴⁸ La consistencia expresa el grado en el que la evidencia empírica existe una relación *set-theoric*. Este indicador permite verificar si una combinación es realmente suficiente para el resultado. La literatura determina que este valor debe ser superior a 0,80 (RAGIN, 2006).

⁴⁹ Cuando una configuración presenta el resultado de interés [ISP] = [1], es decir, la consistencia es superior a 0,8 es denominada como verdadera, representada por el símbolo [V]. Las configuraciones que no alcanzan el resultado de interés son denominadas como falsas [F]. Mientras que las configuraciones que alcanzan tanto el resultado de interés como su ausencia son contradictorias y son representadas por [C]. Finalmente, es posible que algunas combinaciones no cuenten con casos empíricos a partir de las observaciones analizadas y este tipo de combinaciones son denominadas como remanentes lógicos o residuos representado por [?].

Tabla 22. Tabla de Verdad: condiciones suficientes para la operacionalización de la ISP en América del Sur (2000-2013)

Configuración	Dimensiones				Resultado		
	[eco]	[est]	[pro]	[ISP]	Observaciones	Consistencia	Respuesta
1	0	1	1	1	Chile 2000-2006	1,00	[V]
2	1	1	0	1	Brasil 2006-2010 Colombia 2006-2010 Uruguay 2009-2013	1,00	[V]
3	0	0	1	-	-	-	[?]
4	1	0	1	0	Argentina 2007-2011	0	[F]
5	1	1	1	1	Chile 2006-2010	1	[V]
6	0	0	0	0	Uruguay 2004-2009	0	[F]
7	0	1	0	0	Argentina 2003-2007 Ecuador 2006-2008 Brasil 2002-2006 Colombia 2002-2006	0	[F]
8	1	0	0	0	Bolivia 2002-2005 Bolivia 2005-2009 Ecuador 2002-2006	0	[F]

Fuente: elaboración propia.

En la tabla de la verdad se observan tres configuraciones con el resultado de interés, es decir, tres configuraciones son suficientes para generar [ISP]. Estas configuraciones son: la 1, que consiste en la existencia de partidos sólidos que estructuren la competición electoral y estructurados programáticamente; la 2, que combina la existencia de un contexto económico positivo y partidos sólidos que estructuren la competición electoral; y, la 5 que consiste en la existencia de un contexto económico positivo, partidos sólidos

que estructuran la competición electoral y estructurados programáticamente. Estas configuraciones son representadas mediante las siguientes expresiones booleanas:

Cuadro 21. Configuraciones de condiciones con el resultado de interés:
expresión booleana

Configuración 1:	$\sim[\text{eco}] * [\text{sol}] * [\text{pro}] \rightarrow [\text{ISP}]$
Configuración 2:	$[\text{eco}] * [\text{sol}] \sim [\text{pro}] \rightarrow [\text{ISP}]$
Configuración 5:	$[\text{eco}] * [\text{sol}] * [\text{pro}] \rightarrow [\text{ISP}]$

Fuente: elaboración propia.

La configuración 1 evidencia que la existencia de partidos sólidos que estructuren la competición electoral y que, a su vez, estén estructurados programáticamente son suficientes para generar institucionalización en los sistemas de partidos latinoamericanos. Esta configuración es observada, únicamente, en Chile 2000-2006. Mientras que la configuración 2 indica que la existencia de un contexto económico positivo y partidos sólidos que estructuren la competición electoral son, también, suficientes para causar institucionalización en la región. Este es el caso de Brasil 2006-2010, Colombia 2006-2010 y Uruguay 2009-2013. Finalmente, la configuración 5 demuestra que la institucionalización también es alcanzada cuando se combinan cada una de las condiciones: la existencia de un contexto económico positivo, partidos sólidos que estructuran la competición electoral y estructurados programáticamente. Este es el caso de Chile 2006-2010.

Las configuraciones 4, 6, 7 y 8 son consideradas falsas [F] por no alcanzar el resultado de interés. La configuración 6 refleja un escenario en el que ninguna de las condiciones está presente, es decir, no existe un contexto económico positivo, ni partidos sólidos que estructuran la competición electoral ni que estén estructurados programáticamente, por lo que el resultado de interés también está ausente. Este es el caso de Uruguay 2004-2009. La configuración 7 hace referencia a un escenario similar, dominado por la presencia de partidos sólidos que estructuran la competición electoral, pero con un contexto económico positivo ausente y la falta de partidos estructurados programáticamente. Este es el caso de Argentina 2003-2007, Ecuador 2006-2008, Brasil 2002-2006 y Colombia 2002-2006. Ya la configuración 8 está marcada por la presencia de un contexto económico positivo pero los partidos no son los suficientemente sólidos como para estructurar la competición

ni están estructurados programáticamente. Este es el caso de la mayor parte de las observaciones andinas, incluyendo Bolivia 2002-2005, Bolivia 2005-2009 y Ecuador 2002-2006. Finalmente, la configuración 4 refleja un escenario en el que el contexto económico es positivo y los partidos están estructurados programáticamente pero no son lo suficientemente sólidos como para estructurar la competición electoral. Este es el caso de Argentina durante el 2007-2011.

En relación con la existencia de combinaciones contradictorias, no se observa ningún caso, es decir, no hay ninguna combinación de condiciones idénticas que contribuya tanto a la presencia como a la ausencia de la institucionalización. Por último, la configuración 3 es un remanente lógico al no existir casos empíricos observados. Por tanto, en el siguiente apartado se analiza la mejor solución para este problema.

6.2.3 Solución para los remanentes lógicos

En la Tabla de Verdad se identifica un único remanente lógico - configuración sin casos empíricos - la configuración 3⁵⁰. La configuración 3 supone un escenario marcado por la ausencia de un contexto económico positivo y partidos sólidos que estructuran la competición pero que sí están estructurados programáticamente. Una configuración como esta supondría que el sistema de partidos cuenta con partidos que poseen una marca de partido sólida, pero que no consiguen establecer conexiones sólidas con el electorado. Esto podría deberse a que el electorado no se siente atraído por los elementos programáticos, generando un comportamiento electoral más errático. Al mismo tiempo, el contexto económico negativo podría contribuir a volatilizar aún más las preferencias del electorado. A su vez, por el hecho de ser la existencia de partidos sólidos que logren estructurar la competición electoral de una elección a otra una condición necesaria para alcanzar el resultado [ISP], cabría esperar que esta combinación sea falsa [F]. Por tanto, pese a que esta configuración podría existir teóricamente, aún no se han dado empíricamente y está representada por la siguiente expresión booleana:

⁵⁰ En la Tabla de Verdad la configuración 3 se presenta dicotómicamente de la siguiente manera [0,0,1].

Cuadro 22. Configuración de condiciones sin evidencia empírica: expresión booleana de los remanentes lógicos

Configuración 3:	$\sim[\text{eco}]\sim[\text{sol}]*[\text{pro}] \rightarrow [?]$
------------------	---

Fuente: elaboración propia.

En este caso se opta por tratar el remanente lógico mediante la utilización de la solución compleja y la solución intermedia en la minimización booleana. En la solución compleja se minimizan únicamente aquellas configuraciones que contienen información empírica, excluyendo así el uso de contrafácticos durante la misma. Se opta por esta solución debido a su verosimilitud. Mientras que en la solución intermedia se incluyen en la minimización únicamente aquellos remanentes para los que existen razones teóricas para creer que dicha afirmación sería verdadera. Pese a la ausencia de casos empíricos existen evidencias empíricas que permiten inferir que su resultado sería falso, es decir, el resultado [ISP] no estaría posible. Esta afirmación se basa en el análisis de necesidad anterior, según el cual: la existencia de partidos sólidos es una condición necesaria para el resultado, generando que, probablemente, la combinación 3 sea falsa [F] por no alcanzar el resultado de interés. De manera que ambas soluciones alcanzarán el mismo resultado.

6.2.4 Minimización lógica: reducción de la complejidad

Una vez identificadas las configuraciones de condiciones con el resultado de interés [ISP], la minimización booleana permite identificar las condiciones cuya presencia o ausencia no es relevante. Dado que la estructuración programática está ausente en las configuraciones 2 y 5, pero presente en la configuración 1, se concluye que esta dimensión es irrelevante desde un punto de vista lógico para la obtención del resultado, dado que manteniendo constantes el resto de las condiciones, su variación no genera impacto en el resultado. De manera que la condición estructuración programática de los partidos [est] puede ser minimizada:

Cuadro 23. Minimización lógica de las condiciones necesarias: implicantes primarios

Configuraciones originales	Implicantes primarios
$\sim[\text{eco}] * [\text{sol}] * [\text{pro}] \rightarrow [\text{ISP}]$	$[\text{eco}] * [\text{sol}] \rightarrow [\text{ISP}]$
$[\text{eco}] * [\text{sol}] \sim [\text{pro}] \rightarrow [\text{ISP}]$	$[\text{sol}] * [\text{pro}] \rightarrow [\text{ISP}]$
$[\text{eco}] * [\text{sol}] * [\text{pro}] \rightarrow [\text{ISP}]$	

Fuente: elaboración propia.

Finalmente, la cobertura de este modelo QCA, es decir, la capacidad explicativa de la solución minimizada alcanza un resultado de 1,00. Todas las observaciones que presentan el resultado de interés cuentan con dichos implicantes primarios presentes, de manera que este modelo logra explicar el 100% de los casos. Esto refuerza la validez de este análisis y sus resultados. Así, pese a que, otros factores pueden explicar y contribuir a la institucionalización en los sistemas de partidos latinoamericanos, estos parecen ser suficientes para explicar las observaciones analizadas en el presente trabajo. A continuación, se analizan los resultados obtenidos en este análisis en relación a la literatura y las hipótesis a ser testadas.

Son muchos los estudios sobre la ISP en América Latina que han evidenciado enfáticamente la importancia de organizaciones partidistas fuertes. La mayor parte de estos estudios determinan que existe una asociación positiva entre la robustez de las organizaciones partidistas y la ISP (SAMUELS y ZUCCO, 2015; TAVITS, 2013; MAINWARING et al., 2018). Consideran que las organizaciones sólidas tienen capacidad de estabilizar al elector, es decir, suficientemente sólidas como para estructurar la competición electoral presentan mayores niveles de institucionalización, y, como consecuencia la ISP. Este tipo de partidos ayuda a que los electores conecten con los partidos políticos de una forma más estable, reduciéndose los niveles de volatilidad (LUPU, 2015; MAINWARING et al., 2018; SAMUELS y ZUCCO, 2015; TAVITS, 2013), favoreciendo la estabilidad de la oferta partidista y de la estructura de la competición del sistema partidista. Además, esgrimen que las organizaciones partidistas fuertes pueden minimizar el impacto del mal gobierno, la corrupción y otros desafíos a la estabilidad.

El análisis llevado a cabo en el presente trabajo corrobora esta hipótesis. Los partidos sólidos son una condición necesaria para que los sistemas de partidos sudamericanos alcancen niveles considerables de institucionalización. Una organización fuerte contribuye a la estabilidad del sistema en su conjunto (MELESHEVICH, 2007) puesto que ayuda a conectar de forma más consistente a los electores con el partido (MAINWARING et.al, 2018). Todas las observaciones que presentan el resultado cuentan con organizaciones que estructuran la competición electoral de una elección a otra. Tanto Chile 2000-2006, Chile 2006-2010, Brasil 2006-2010, Colombia 2006-2010 y Uruguay 2005-2009 tienen este tipo de organizaciones en común. En Brasil, los partidos políticos se han mostrado sólidos tanto en el legislativo como en la esfera presidencial, el PT y el PSDB han dominado la escena durante el periodo analizado, conformando junto al PMDB tres bloques estables que estructuran la competición (CÂMARA y MELO, 2012). En Chile durante el periodo analizado la competición electoral está liderada por dos actores principales: la coalición Concertación y la coalición Alianza (PAYNE et al., 2006; MAINWARING y ZOCO, 2007) y pese a que los electores chilenos cada vez se identifican menos con los partidos, la volatilidad no se ha visto afectada y ambas coaliciones continúan estructurando la competición (MAINWARING et al., 2018). En Colombia pese a que los partidos tradicionales sufrieron un periodo de crisis, no dejaron de estructurar la competición, pese a tener que pasar a compartir protagonismo con otros partidos. En el siguiente periodo, 2006-2010, los partidos emergentes se consolidan junto con los partidos tradicionales, estructurando la competición, en cuanto otros se mostraron como actores de corto recorrido. Finalmente, en Uruguay la competición electoral se reestructuró a partir de dos bloques en consolidación que tienden a realizar coaliciones previsibles: el desafiante, liderado por el FA, y el tradicional. Luego, se confirma la hipótesis **H1. Los sistemas con partidos políticos sólidos son necesarios para que el sistema esté institucionalización.**

Ahora bien, si los partidos robustos están relacionados con mayores niveles de ISP, ¿por qué varios estudios han alcanzado resultados contradictorios o inconcluyentes sobre el efecto de los partidos sólidos?, ¿por qué países con organizaciones sólidas como Venezuela perdieron institucionalización de manera importante? Esto podría deberse a diversos motivos. Primero, la identificación de los partidos robustos con partidos estructurados programáticamente que establecen conexiones programáticas con el

electorado. Segundo, la existencia de partidos robustos no es una condición suficiente para generar institucionalización por sí misma en la región.

Los expertos han tendido a asimilar el concepto de organizaciones partidistas robustas con partidos regidos por aspectos programáticos y/o ideológicos, con la identificación partidista y la marca de partido como principales explicaciones (LEVITSKY et al., 2016; LUPU, 2014; ROBERTS, 2014; SEAWRIGHT, 2012). Consideraban que para convertirse en partidos robustos los partidos debían estar estructurados programáticamente, generando vínculos programáticos y/o ideológicos con el electorado. Además de comportarse conforme sus preferencias programáticas e ideológicas dotando de mayor robustez a la marca partidista (LUPU, 2018). Sin embargo, este análisis también ha corroborado que los partidos políticos pueden ser sólidos sin ser programáticos. Dado que observaciones con partidos sólidos carecen de partidos estructurados programáticos. Por tanto, la presencia de partidos sólidos no contribuye, al menos en la región sudamericana, a mantener estables los aspectos ideológicos del partido. Es más, la mayor parte de las organizaciones sólidas de la región no están estructuradas programáticamente. En América Latina la existencia de este tipo de organizaciones no garantiza que las decisiones de los partidos sean más estables y coherentes, y, en, última instancia, los partidos y sus líderes no ayudan a los votantes a expresar mediante la política los clivajes sociales existentes, conforme la literatura defendía (Casal Bértoa, 2015; MAINWARING y SCULLY, 1995; MAINWARING y TORCAL, 2005). Parece que los partidos de la región son sólidos debido a otros aspectos que también los convierten en actores más estables, con una capacidad de adaptación superior y con mayor legitimidad.

En Brasil, el PT ha sido considerado sistemáticamente como el principal partido estructurador de la competición electoral y es la organización con mayor porcentaje de identificación partidista (SPECK, BRAGA y COSTA, 2015; VEIGA, 2011). No obstante, es una organización que, pese a contar con un discurso claro y un programa específico que les identifica fuertemente, sus niveles de coherencia programática en torno al ámbito económico se muestran relativamente bajos (un 0,93 durante el 2002-2006 y un 1,20 en el 2002-2006). Ya el PSDB y el PMDB se muestran como partidos más coherentes (en torno al 0,60) aunque no cuentan con un discurso y un programa tan consolidado como el del PT. En Uruguay los partidos se muestran aún menos estructurados programáticamente durante el periodo 2009-2013. El FA se sitúa como el más programático con un 0,76, pero el PC y el PN se sitúan en torno al 1. En Colombia el PC y el PL son los partidos más

estructurados del sistema, con niveles inferiores a 1 y aun así no consiguieron estabilizar las preferencias del electorado durante el 2002-2006. Mientras que en Bolivia partidos de derecha como el MNR y UN pese a estar estructurados programáticamente y desenvolver conexiones programáticas con su electorado, la competición electoral se muestra especialmente inestable. En líneas generales, la estructuración programática de los partidos y los vínculos programáticos con el electorado son más la excepción que la regla (MAINWARING et al., 2018). No obstante, en el caso chileno, los partidos además de ser organizaciones robustas que estructuran la competición electoral de una elección a otra si están estructurados programáticamente (VALENZUELA, SOMMA y SCULLY, 2018).

Luego, la existencia de organizaciones partidistas sólidas que estructuren la competición electoral no está directamente relacionada con la estructuración programática. La existencia de partidos estructurados programáticamente no es una condición necesaria ni suficiente por si misma para que los sistemas de partidos latinoamericanos se institucionalicen. De manera que la hipótesis **H2. La presencia de partidos programáticamente estructurados es suficiente para institucionalizar el sistema** no ha sido corroborada. Pese a que los partidos programáticamente pueden contribuir a la institucionalización, no son una condición necesaria ni suficiente por sí misma. Pero la configuración formada por las condiciones solidez de los partidos y la presencia de partidos estructurados programáticamente es una combinación de suficiencia, es decir, supone un camino para alcanzar la ISP en la región. Este es el caso de Chile 2006-2010. Sin embargo, aunque el sistema cuente con sus principales organizaciones estructuradas programáticamente no es suficiente para generar ISP si los partidos no logran estructurar la competición electoral, incluso cuando el contexto económico es positivo. Este es el caso de Argentina 2007-2011, tras la fuerte crisis económica que asoló el país, los partidos volvieron a fortalecer sus posturas programáticas, aunque los partidos habían perdido el apoyo ciudadano, de manera que no consiguieron estructurar la competición y asegurar los niveles de volatilidad.

En relación con la última hipótesis, **H3. Un contexto económico positivo es necesario para la institucionalización**, esta no ha sido corroborada como una condición necesaria para la ISP. Tampoco es una condición suficiente para aumentar la institucionalización como apuntaba parte de la literatura. Este análisis corrobora, en parte, la hipótesis defendida por Mainwaring et al. (2018), quien considera que un contexto económico

positivo no genera ISP en la región porque favorece cambios significativos en la coalición de gobierno, convirtiendo la estructura de la competición del sistema de partidos en cerrada. Ahora bien, parece que esto sucedería, únicamente, en aquellos países con un contexto económico positivo sin organizaciones partidistas robustas, como en los países andinos. No obstante, una economía positiva combinada con la existencia de organizaciones partidistas sólidas es una combinación suficiente para que la ISP se alcance en la región. Los sistemas que cuentan con estas organizaciones, como Brasil o Colombia, podrían combatir los efectos negativos de un contexto económico positivo argumentados por Mainwaring et al. (2018). Tanto en Brasil como en Colombia las coaliciones de gobierno se han mantenido estables, a pesar de que en este tipo de sistemas un número de partidos mayor intenta formar parte de la coalición de gobierno.

Estos resultados coinciden con los alcanzados Casal Bértoa (2014) en su estudio sobre los sistemas de Europa del este. Corrobora la importancia de un contexto económico positivo asociado a otros factores para producir ISP. Es decir, un contexto económico positivo asociado con organizaciones partidistas robustas que consiguen estructurar la competición garantiza la mantención del estatus quo. Ahora bien, si los principales partidos no son lo suficientemente robustos como para estructurar la competición de una elección a otra, un contexto económico positivo no es suficiente para garantizar porcentajes de volatilidad endógena reducidos conforme la literatura defiende (CASAL BÉRTOA, 2015; MAINWARING et al., 2018; MADRID, 2005; TAVITS, 2005). Este es el caso de Argentina 2007-2011 y las observaciones de la región andina, Ecuador 2002-2006, Bolivia 2002-2005 y 2005-2009. Sus sistemas de partidos no logran beneficiarse del contexto económico positivo por no poseer partidos lo suficientemente robustos. Este hallazgo coincide con la literatura que ha defendido que en épocas de estabilización económica cuando los partidos no son robustos el elector se vuelve más fluctuante. Esta corriente entiende por partidos robustos partidos estructurados programáticamente (LUPU, 2016; MORGAN, 2011; ROBERTS, 2014; SEAWRIGHT, 2012). Sin embargo, conforme mencionado anteriormente, los partidos no necesitan ser programáticos, parece intuirse que basta con contar con algún elemento de conexión con el electorado que los convierta en partidos suficientemente robustos como para estructurar la competición. Independientemente de si estas conexiones se basan en aspectos clientelistas y/o personalistas e independientemente del tipo de partido. Sin estas conexiones, las diferencias entre partidos podrían ser tan débiles que incluso con un crecimiento

económico relevante, las organizaciones partidistas serían vulnerables a los cambios en las preferencias del elector pues podrían decidir apoyar a otros partidos.

Brasil es el mejor ejemplo para ilustrar esta combinación de factores causales. Pese a contar con numerosas organizaciones partidistas, las más relevantes lograron fortalecerse y estructurar la competición electoral, al menos hasta las elecciones de 2018. Durante el 2002-2006 Brasil ya contaba con partidos fuertes; sin embargo, el contexto económico positivo estaba comenzando a emerger. Brasil estaba sumergido en una fuerte crisis económica desde la década de los 80 e inicios del 90 del siglo XX, la economía estaba estancada con fuertes fluctuaciones de un año a otro hasta 1994, cuando el país comienza lentamente a recuperarse. La economía brasileña alcanzó su auge durante el 2006-2010, de forma que la bonanza económica sumada a la manutención de sus principales partidos como actores robustos contribuyeron al ascenso meteórico de sus niveles de ISP. Mainwaring, Power y Bizarro (2018) en su estudio de caso la estabilidad económica aumentó los niveles de la ISP al ayudar a generar orden en el seno del sistema de partidos. Para Mainwaring, Power y Bizarro (2018), el crecimiento económico, la reducción de la pobreza y la distribución de la renta bajo el mandato de Lula (2003-2010) solidificó al PT como un partido fundamental para el sistema y la política brasileña. Afirman que sin el papel relevante del PT los niveles de ISP, probablemente, no habrían aumentado. Por otro lado, la fortaleza del PT parece estar construida en torno a la figura de su principal líder, Lula, y el fuerte discurso que el partido ha mantenido desde su origen a favor de los menos privilegiados.

CONCLUSIÓN

A lo largo de este trabajo se ha evidenciado la necesidad de continuar avanzando en los estudios sobre la institucionalización de los sistemas de partidos y estas son las principales aportaciones de esta investigación. Primero, la operacionalización propuesta parece capturar de forma adecuada el nivel real de institucionalización de los sistemas de partidos sudamericanos, dado que alcanza resultados que coinciden con la realidad empírica de cada uno de los sistemas de partidos analizados. Los sistemas de partidos andinos son sistemas incipientes con serias dificultades para estabilizarse (FREIDENBERG y ALCÁNTARA, 2009; LSERNA, 2005; PACHANO, 2007; ROMERO VALLIBIÁN, 2016; TANAKA, 2008); el sistema argentino se caracteriza como un sistema relativamente estable en sus características pese a no haber llegado a institucionalizarse aún (GERVASONI; 2018; MAINWARING et al., 2018); Brasil se identifica como un sistema institucionalizado, que ha logrado aumentar sus niveles de ISP durante la primera década del siglo XXI (BRAGA, RIBEIRO y AMARAL, 2016; MAINWARING, POWELL y BIZARRO, 2018). Mientras que Chile y Uruguay se categorizan como sistemas institucionalizados (BUQUET y PIÑEIRO, 2014; VALENZUELA, SOMMA y SCULLY, 2018). Colombia es el único caso que alcanza resultados algo dispares. Se ha considerado que su sistema de partidos ha perdido institucionalización desde que se inició el siglo XXI (BOTERO, LOSADA y WILLS-OTERO, 2016). Mientras que esta medición muestra que Colombia pese a una quiebra inicial de la estabilidad logra reestablecer su sistema de partidos rápidamente. En contraposición, esta rápida mejora de la ISP parece coincidir con el periodo analizado en el presente trabajo, dado que, a partir del 2012, teniendo en cuenta su realidad, una medición de sus niveles de ISP sería inferior para este otro periodo.

Al mismo tiempo, que esta operacionalización alcance resultados similares a los de otras clasificaciones no significa que todas esas mediciones sean adecuadas o pertinentes. Esta operacionalización permite superar algunas de las limitaciones que la tercera oleada de estudios sobre ISP ha remarcado (CASAL BERTÓA, 2016; LUNA, 2014; TORCAL et al., 2015). Parte de la base de que la institucionalización va más allá de la estabilidad electoral. La literatura tiende a limitarse al análisis de los resultados electorales descuidando el ámbito relativo a la oferta partidista y al gobierno (CASAL BÉRTOA, 2016). Por lo que se incluye la estabilidad de la oferta partidista y la estabilidad gubernamental. Con estas se permite capturar sí los principales partidos son estables, de

manera que, aunque nuevos partidos puedan surgir, lo harán con menor intensidad y con una rapidez inferior en los sistemas institucionalizados, y, sí la formación de gobiernos es más estable, es decir, los partidos que gobiernan tienden a ser unos pocos y familiares, ya sea en coalición o de manera individual. También se ha tenido en cuenta las limitaciones del índice de Pedersen como indicador para medir la estabilidad electoral (CASAL BÉRTOA, 2016; MAIR, 2007; ALTMAN y LUNA, 2015; TORCAL et al., 2015). Dado que la estabilidad plena no siempre tiene lugar pues los electores pueden ejercer la *accountability* electoral y cuando esto sucede su voto es transferido para el resto de los partidos consolidados que ya forman parte del sistema (MAINWARING et al., 2018). Por lo que se opta como indicador la volatilidad exógena, que calcula la entrada de nuevos partidos o antiguos partidos perdedores en el sistema, porque un sistema de partidos institucionalizado dificulta la entrada de outsiders y la entrada de nuevos partidos. Esta operacionalización también considera otra de las principales líneas de discusión de esta última oleada de estudios, el cuestionamiento de los vínculos entre electores y partidos como dimensión de la ISP. Teniendo en cuenta la realidad de los sistemas de partidos hidropónicos y los resultados de Luna (2015), se opta por excluirlos de la operacionalización de la ISP, dado que estos parecen ser una condición causal y no un indicador de la existencia de la institucionalización. Sin embargo, futuras líneas de investigación deberían testar la validez de esta operacionalización para medir los niveles de institucionalización en otras regiones, independientemente de si son democracias en consolidación o consolidadas.

Segundo, se ha comprobado la multidimensionalidad del concepto. Las operacionalizaciones han tendido a suponer que, aunque las dimensiones no tienen que ir de la mano, casi siempre lo hacen. Esta premisa provocó que se descartara la multidimensionalidad del concepto (MAINWARING, 1999). Para Mainwaring y Scully (1995) y su operacionalización, si el sistema está institucionalizado en general, también lo estarán cada una de sus dimensiones. Sin embargo, en los últimos años, numerosos expertos han reivindicado la necesidad de estudiar la institucionalización como un fenómeno multidimensional. Esta investigación ha corroborado que los países de la región pueden presentar niveles aceptables de institucionalización pese a no contar con todas sus dimensiones institucionalizadas. El análisis cualitativo comparado ha demostrado que las dimensiones estabilidad electoral e interpartidista necesitan estar institucionalizadas para que la institucionalización esté presente en la región. Mientras

que la estabilidad de la oferta partidista se muestra como una dimensión indiferente, pudiendo estar institucionalizada o no. Este es el caso de Colombia 2006-2010, que alcanza niveles relevantes de institucionalización pese a no contar con la dimensión estabilidad de la oferta partidista institucionalizada.

Por tanto, las operacionalizaciones que visen estudiar la región deberían incluir ambas dimensiones. Pese a que los últimos estudios sobre ISP han cuestionado la idoneidad de un índice agregado para medir los niveles de institucionalización, el presente trabajo defiende que la utilización de un índice agregado no es inadecuada siempre y cuando se comprueben si todas sus dimensiones son necesarias para la existencia de la ISP. De manera que el índice bidimensional agregado propuesto en el presente trabajo permite capturar de manera eficiente la realidad de los sistemas de partidos sudamericanos. Además, esta medición parece evidenciar que la estabilidad de las preferencias del electorado tiene un impacto mayor en los niveles de institucionalización de la región que los elementos relativos únicamente a los partidos y sus interacciones. La mayor parte de los cambios en la estructura de la competición del sistema de partidos son consecuencia de los cambios de las preferencias del electorado y no por la inestabilidad de las interacciones entre los partidos. A su vez, la estabilidad de la oferta se ha comprobado como una dimensión que no es necesaria para alcanzar un cierto nivel de institucionalización. Por otro lado, debe testarse si estas dimensiones también son suficientes y necesarias para la presencia de la institucionalización en otras regiones o si, por el contrario, las combinaciones de dimensiones para su presencia difieren de una región a otra.

Tercero, la clasificación de la institucionalización de los sistemas de partidos sudamericanos presentada en este trabajo y relativa apenas al periodo analizado, 2000-2013, evidencia la heterogeneidad de la región a pesar de sus múltiples semejanzas institucionales, históricas y culturales. Mientras que Chile es un sistema de partidos plenamente institucionalizados, Brasil y Uruguay están relativamente institucionalizados. Colombia y Argentina son sistemas difusos y los países andinos continúan siendo sistemas incipientes. Ahora bien, pese a los niveles de institucionalización de la región haber aumentado en líneas generales, esta se demuestra endeble dada la transicionalidad de la ISP en la región de una elección a otra. Bolivia pasa de ser un sistema difuso en el 2002-2005 a ser un sistema fluido en el 2005-2009; Ecuador pasa de fluido en el 2002-2006 a incipiente en el 2006-2008; Brasil pasa de incipiente en el 2002-2006 a

institucionalizado en el 2006-2010; y, Colombia de fluido en el 2002-2006 a institucionalizado en el 2006-2010. Por lo que los niveles de institucionalización en la región no se muestran especialmente estables, a excepción del caso argentino y chileno, si bien es verdad que el caso uruguayo también puede incluirse en esta categoría, pese a la reestructuración del sistema durante el 2004-2009.

Puesto que los sistemas de partidos de la región tienden a experimentar cambios rápidos, la ISP se muestra vulnerable, en líneas generales, y parece presentar diferentes calidades. Es decir, la institucionalización puede ser de mayor o menor calidad y los cambios puntuales no son, a priori, un sinónimo de desinstitucionalización, pero si se suceden de una elección a otra sí. Consecuentemente, sistemas con niveles agregados de ISP similares pueden poseer una institucionalización de calidad diferente. Una institucionalización de mayor calidad se caracterizaría por una estabilidad prolongada en el tiempo. Por lo que no debería sufrir cambios de una elección a otra o cada dos elecciones, y, estaría mejor preparada para afrontar cambios puntuales o reestructuraciones sin colapsarse. Este es el caso de sistemas como el chileno y el uruguayo. Mientras que, si los sistemas se muestran estables por un periodo corto y vuelven a experimentar cambios durante una o dos elecciones consecutivas, para volver a estabilizarse y reiniciar este ciclo, la institucionalización alcanzada durante los periodos de estabilización sería inferior y más susceptible a colapsarse con los cambios, sin conseguir reestructurarse rápidamente. Este parece ser el caso de Colombia desde el 2010 y Brasil tras las elecciones de 2018, aunque es pronto para saber si la institucionalización conquistada por el país brasileño es de menor calidad. Si logra establecer un nuevo orden o reestablecer el orden anterior, el sistema de partidos continuará institucionalizado y demostrará haber alcanzado una institucionalización de calidad, más robusta. Por lo que para conocer más sobre estas posibles diferencias en la calidad son necesarios estudios que evalúen un periodo temporal mayor. Además, habría que ahondar en si la estabilidad de la oferta partidista es una dimensión necesaria para la presencia de una institucionalización de mayor calidad.

Por otro lado, la relación entre la institucionalización del sistema de partidos y la consolidación democrática podría estar influenciada por la calidad de la institucionalización. Durante los últimos años, numerosos expertos han señalado que esta relación causal debería ser revisada. Aunque existe un amplio consenso sobre el impacto de una baja ISP y sus efectos perversos para la democracia (Mainwaring y Scully, 1995;

Mainwaring y Torcal, 2005), no está claro que la ISP genere consolidación democrática (TORCAL et al., 2015). Es decir, la ISP podría ser una condición necesaria pero no suficiente para la consolidación democrática (KUENZI y LAMBRIGHT, 2001; MARKOWSKI, 2000; PAYNE, 2006). Ahora bien, futuras líneas de investigación deberían confirmar si la institucionalización de los sistemas de partidos no es una condición suficiente para la consolidación democrática, pese a ser necesaria o si es suficiente siempre y cuando esta sea de calidad y, por tanto, más estable en el tiempo.

Finalmente, se ha comprobado la equifinalidad causal de la ISP en la región sudamericana. Se ha comprobado que la institucionalización en la región puede ser alcanzada por medio de dos caminos. Primero, la combinación entre organizaciones partidistas robustas y estructuradas programáticamente, como en el caso de Chile 2006-2010. Sin embargo, aunque el sistema cuente con sus principales organizaciones estructuradas programáticamente no es suficiente para generar ISP si los partidos no logran estructurar la competición electoral. Este es el caso de Argentina 2007-2011, tras la fuerte crisis económica que asoló el país, los partidos volvieron a fortalecer sus posturas programáticas pero los partidos habían perdido el apoyo ciudadano, de manera que no consiguieron estructurar la competición y asegurar los niveles de volatilidad. Segundo, la combinación entre organizaciones partidistas robustas y un contexto económico positivo, como en Brasil 2006-2010, Colombia 2006-2010 y Uruguay 2009-2013.

Luego, se confirma la hipótesis **H1. Los sistemas con partidos políticos sólidos deberían generar mayores niveles de institucionalización.** Sin embargo, esta condición no es suficiente por sí misma para generar institucionalización, aunque sí es una condición necesaria para la existencia de la ISP. Ya la existencia de partidos estructurados programáticamente no es una condición necesaria ni suficiente por sí misma para que los sistemas de partidos latinoamericanos se institucionalicen. De manera que la hipótesis **H2. La presencia de partidos programáticamente estructurados tiende a estar más institucionalizados** no ha sido corroborada. Pese a que los partidos programáticamente pueden contribuir a la institucionalización en la región al combinarse con partidos políticos robustos, no son una condición necesaria ni suficiente por sí misma. El caso de Argentina 2007-2011 demuestra que la existencia de partidos estructurados programáticamente combinada con un contexto económico positivo no logra generar ISP, debido a la ausencia de partidos sólidos. Por lo que la existencia de partidos estructurados programáticamente de poco parece servir si estos no consiguen conectar con el electorado,

tornándose partidos robustos. No refutar esta hipótesis es especialmente relevante, durante años los expertos en sistemas de partidos y su institucionalización se han centrado en el papel determinante de la estructuración programática (LEVITSKY et al., 2016; LUPU, 2014; ROBERTS, 2014; SEAWRIGHT, 2012). Por tanto, futuras investigaciones sobre la causalidad de la ISP deben centrarse en otras condiciones.

Consecuentemente, tanto los estudios sobre la causalidad de la ISP necesitan continuar avanzando y considerar el Análisis Cualitativo Comparado como una técnica fundamental, combinado o no con otras técnicas, así como los estudios sobre los niveles de institucionalización y sus diferencias. Al mismo tiempo, los principales hallazgos y futuras agendas de investigación propuestas en esta investigación necesitan ser testados en otras regiones para continuar contribuyendo a los estudios sobre institucionalización.

REFERENCIAS

- ALBALÁ, A.; VIEIRA, S. ¿Crisis de los partidos en América Latina? El papel de los partidos políticos latinoamericanos en el escenario reciente. *Revista de Ciencia Política*, v. 52, n. 1, pp. 145-170, 2014.
- ALBARRACÍN, J.; GAMBOA, L.; MAINWARING, S. Desinstitutionalization without collapse: Colombia's party system. In: MAINWARING, S. (Ed.) *Party system in Latin America: Institutionalization, Decay and Collapse*. Cambridge: Cambridge University Press, 2018.
- ACHEN, C. 1992. Social Psychology, Demographic Variables, and Linear Regression: Breaking the Iron Triangle in Voting Research. *Political Behavior*, v.14, n. 3, pp.195-211, 1992.
- ALCÁNTARA, M. Partidos políticos en América Latina: precisiones conceptuales, estado actual y retos futuros. *Documentos Cidob América Latina*, n. 3, 2004.
- ALCÁNTARA, M. 2012 *El oficio de político*. Madrid: Tecnos, 2012.
- ALCÁNTARA, M.; BARRAGÁN, M.; SÁNCHEZ, F. Los presidentes latinoamericanos y las características de la democracia. *Colombia Internacional*, n. 87, pp. 21-52, 2016.
- ALCÁNTARA, M.; DEL CAMPO, E.; RAMOS, M. L. La naturaleza de los sistemas e partidos políticos y su configuración en el marco de los sistemas democráticos en América Latina. *Justicia Electoral*, v. 15, pp. 57-86, 2001.
- ALCÁNTARA, M.; FREIDENBERG, F. Partidos políticos na América Latina. *Opinião Pública*, v. 8, n 2, pp. 137-157, 2002.
- ALCANTARA, M.; LUNA, J. P. Ideología y competencia partidaria en dos post-transiciones: Chile y Uruguay en perspectiva comparada. *Revista de Ciencia Política*, v. 24, n. 1, pp.128-168, 2004.
- ALDRICH, J. *Why Parties? The Origin and Transformation of Political Parties in America*. Chicago e Londres: The University of Chicago Press, 1995.
- ALTMAN, D.; LUNA, J.P. Uprooted but stable: Chilean parties and the concept of party system institutionalization. *Latin American Politics and Society*, v. 53, n. 2, pp. 1-28, 2011.
- ALTMAN, D.; LUNA, J. P. ¿Partidos hidropónicos en un sistema de partidos muy institucionalizado? El caso de Chile. In: TORCAL, M. (Ed.) *Sistemas de partidos en América Latina: causas y consecuencias de su equilibrio inestable*. Barcelona: Anthropos Editorial, 2015.
- ALTMAN, D.; LUNA, J. P.; PIÑEIRO, R.; TORO, S., Partidos y sistemas de partidos en América Latina: aproximaciones desde la encuesta a expertos 2009. *Revista de Ciencia Política*, v. 29, n. 3, pp.775-798, 2009.
- AMES, B. *The Deadlock of Democracy in Brazil*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 2001.

- ARRETCHE, M. Continuidades e descontinuidades da federação brasileira: de como 1988 facilitou 1995. *Dados*, v. 52, n. 2, pp. 377-423, 2009.
- ARTIAGA, A. Fluidez y volatilidad en la institucionalización de los sistemas de partidos: Notas metodológicas para su medición. *América Latina Hoy*, n. 19, pp. 125-129, 1999.
- BAPTISTA, E. A.; TELLES, H. Lava jato escândalo político e opinião pública. In: KERCHER, F.; FERES J. (Eds) *Operação Lava jato e a democracia brasileira*. São Paulo: editora contracorrente, 2018.
- BAQUERO, M. *A vulnerabilidade dos partidos políticos e a crise da democracia na América Latina*. Porto Alegre: Universidade Federal do Rio Grande do Sul, 2000.
- BARTOLINI, S. Electoral and Party Competition: Analytical Dimensions and Empirical Problems. In: GUNTHER, R.; MONTERO, J.R.; LINZ, J.J. (Eds.) *Political Parties: Old Concepts and New Challenges*. Oxford: Oxford University Press, 2002.
- BARTOLINI, S. AND MAIR, P. *Identity, Competition, and Electoral Availability: The Stabilization of European Electorates 1885–1985*, Cambridge: Cambridge University Press.
- BEST, R. Increasing Irrationality? The Equilibrium Relationship between Electoral and Legislative Party System Size, 1950–2005. *Electoral Studies*, v. 29, n. 1, pp. 105-116, 2010.
- BIELASIAK, J. The Institutionalization of Electoral and Party Systems in Post-Communist States. *Comparative Politics*, v. 34, n. 2, pp. 189-210, 2002.
- BIRNIR, J.K. Stabilizing party systems and excluding segments of society? The effects of formation costs on new parties in Latin America. *Studies in Comparative International Development*, v. 39, n. 3, pp. 3-27, 2004.
- BIRNIR, J.K. Public Venture Capital and Party Institutionalization. *Comparative Political Studies*, v. 38, n. 8, pp. 915-938, 2005.
- BRAGA, A.M.; RIBEIRO, P.; AMARAL, O. El sistema de partidos em Brasil: estabilidade e institucionalização (1982-2014). In: FREIDENBERG, F. (Ed.) *Los sistemas de partidos en América Latina 1978-2015*, Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2016.
- BORBA, F. A influência das campanhas nas eleições presidenciais: o papel da mídia. *Revista de Ciências Sociais*, v. 8, n. 2, pp. 300-322, 2008.
- BOTERO, F.; LOSADA, R.; WILLS-OTERO, L. Sistema de partidos en Colombia (1974-2014): ¿la evolución hacia el multipartidarismo? In: FREIDENBERG, F. (Ed.) *Los sistemas de partidos en América Latina 1978-2015*, Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2016.
- BUQUET, D. Sistema de partidos y democracia en América latina: una relación compleja. In: Quinto Congreso Uruguayo de Ciencia Política, “¿Qué Ciencia Política para qué Democracia?”, Asociación Uruguaya de Ciencia Política, 2014.
- BUQUET, D. El cambio político en el cono sur: institucionalización partidaria y alternancia en Argentina, Chile y Uruguay. In: TORCAL, M. (Ed.) *Sistemas de partidos*

en América Latina: causas y consecuencias de su equilibrio inestable, Barcelona: Anthropos Editorial, 2015.

BUQUET, D.; PIÑEIRO, R. La consolidación de un nuevo sistema de partidos en Uruguay. *Revista Debates*, v. 8, n. 1, pp. 127-148, 2014.

CAICEDO ORTIZ, J.A. Estabilidad y crisis de representación en los sistemas de partidos latinoamericanos: ¿El triunfo de la participación electoral? *Revista Bogotá*, v. 8, n. 1, pp. 161-188, 2013.

CHASQUETI, D. Retornar a las reglas, el efecto de las instituciones: partidos y parlamentares en Brasil, Chile y Uruguay. In: TORCAL, M. (Ed.) *Sistemas de partidos en América Latina: causas y consecuencias de su equilibrio inestable*, Barcelona: Anthropos Editorial, 2015.

CAMARGOS, M. Refinando la teoría del voto económico: América latina revisitada. In: TELLES, H.; MORENO, A. (Eds.) *El votante latinoamericano: comportamiento electoral y comunicación política*. México D.F: Centro de estudios sociales y de opinión pública, 2014.

CAMPBELL et al. *The American Voter*. Nueva York: John Wiley & Sons, 1960.

CARRERAS, M. Party Systems in Latin America after the Third Wave: A Critical Re-assessment. *Journal of Politics in Latin America*, v. 4, n. 1, pp. 135-153, 2012.

CAREY, J.M.; SHUGART, M.T. Incentives to Cultivate a Personal Vote: A Rank Ordering of Electoral Formulas. *Electoral Studies*, v. 14, n. 4, pp. 417-40, 1995.

CASAL BÉRTOA, F. Neither huge nor beautiful nor strong but... simpler! A sociological explanation to party system institutionalization in East Central Europe, In: the III ECPR Graduate Conference, Ireland, 2006.

CASAL BÉRTOA, F.; ENYEDI, Z. Party System Closure: Conceptualization, Operationalization and Validation. *DISC Working Paper Series*, n. 11, 2010.

CASAL BÉRTOA, F. Parties, regime and cleavages: explaining party system institutionalization in East Central Europe. *East European Politics*, v. 28, n. 4, pp. 452-72, 2012.

CASAL BÉRTOA, F.; ENYEDI, Z. Party System Closure and Openness: Conceptualization, Operationalization and Validation. *Party Politics*, v. 23, n. 3, pp. 265-277, 2014.

CASAL BÉRTOA, F. Political parties or party systems? Assessing the 'myth' of institutionalization and democracy. *West European Politics*, v. 40, n. 2, pp. 402-429, 2016.

CASAL BÉRTOA, F.; MAIR, P. Party System Institutionalization across Time in Post-Communist Europe. In: MÜLLER-ROMMEL, F.; KEMAN, H. (Eds.) *Party Government in the New Europe*. London: Routledge, 2012.

CONVERSE, P.E. Of time and partisan stability. *Comparative Political Studies*, v. 2, pp. 139-171, 1969.

- COPPEDGE, M. Explaining Democratic Deterioration in Venezuela through Nested Inference. In: HAGOPIAN, F.; MAINWARING, S. (Eds.) *The Third Wave of Democratization in Latin America: Advances and Setbacks*, Cambridge: Cambridge University Press, 2005.
- COX, G.W. Centripetal and Centrifugal Incentives in Electoral Systems. *American Journal of Political Science*, v. 34, n. 4, pp. 903–35, 1990.
- COX, G.W. *Making votes count: Strategic coordination in the world's electoral systems*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997.
- CRISP, B.F.; OLIVELLA, S.; POTTER, J. Comparación de distintos indicadores de consolidación de sistemas de partidos. In: TORCAL, M. (Ed.) *Sistemas de partidos en América Latina: causas y consecuencias de su equilibrio inestable*, Barcelona: Anthropos Editorial, 2015.
- DIAMOND, L. *Developing Democracy. Toward Consolidation*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1999.
- DIAMOND, L.; GUNTHER, R. *Political Parties and Democracy*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2001.
- DALTON, R.J. Cognitive Mobilization and Partisan Dealignment in Advanced Industrial Democracies. *Journal of Politics*, v. 46, n. 1, pp. 264–84, 1984.
- DALTON, R. *Democratic Challenges, Democratic Choices: The Erosion of Political Support in Advanced Industrial Democracies*. Oxford: Oxford University Press, 2004.
- DALTON, R.; WELDON, S. 2007, Partisanship and Party System Institutionalization. *Party Politics*, v. 13, n. 2, pp. 179-196, 2007.
- DASGUPTA, A. et al. *Programatic Parties*. Sweden: International Idea, 2011.
- DIX, R.H. Democratization and the Institutionalization of Latin American Political Parties. *Comparative Political Studies*, v. 24, n. 4, pp. 488-511, 1992.
- DOWNS, A. *An Economic of Theory of Democracy*. New York: Harper and Bros, 1957.
- DUVERGER, M. *Los partidos políticos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- ENELOW, J.; HINICH, M. *The spatial theory of voting: an introduction*. Cambridge: Cambridge University Press, 1984.
- EVANS, G.; WHITEFIELD, S. The Emergence of Class Politics and Class Voting in Post-Communist Russia”. In: EVANS, G. (Org.). *The End of Class Politics?* Oxford: Oxford University Press, 1999.
- HAGOPIAN, F. Government Performance, Political Representation and Public Perceptions of Contemporary Democracy in Latin America. In: HAGOPIAN, F.; MAINWARING, S. (Eds.) *The Third Wave of Democratization in Latin America: Advances and Setbacks*, Cambridge: Cambridge University Press, 2005.
- HAGOPIAN, F et al. From Patronage to Program: The Emergence of Party-oriented Legislators in Brazil. *Comparative Political Studies*, v. 42, pp. 360-391, 2009.
- HINICH, M.; MUNGER, M. *Ideology and the Theory of Political Choice*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1994.

- HUNTINGTON, S. Political Development and Political Decay. *World Politics*, v. 17, n. 3, pp. 386-430, 1965.
- HUNTINGTON, S. Political Order in Changing Societies. New Haven: Yale University Press, 1968.
- INGLEHART, R. Culture shift in advanced industrial society. Princeton: Princeton University Press, 1990.
- FIORINA, M.P. Economic Retrospective Voting in American National Elections: A Microanalysis. *American Journal of Political Science*, v. 22, n. 2, pp. 426-443, 1978.
- FREIDENBERG, F. Mucho ruido y pocas nueces: organizaciones partidistas y democracia interna en América Latina. *Polis*, v. 1, n. 1, pp. 91-134, 2005.
- FREIDENBERG, F.; ALCÁNTARA, M. (Eds.) *Selección de candidatos, política partidista y rendimiento democrático*. México: Tribunal Electoral del Estado de México, 2009.
- FREIDENBERG, F. (Ed.) *Los sistemas de partidos en América Latina 1978-2015*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2016.
- GIMENES, E.R. Mobilização cognitiva e apartidarismo: a relação dos eleitores com os partidos políticos na América Latina (2006-2014). In: *39 Encontro Anual de ANPOCS*, Brasil, 2015.
- GERVASONI, C. Argentina's declining party system: fragmentation, desnationalization, factionalization, personalization and increasing fluidity. In: MAINWARING, S. (Ed.) *Party system in Latin America: Institutionalization, Decay and Collapse*. Cambridge: Cambridge University Press, 2018.
- GOERTZ, G. *Social Science Concepts: A User Guide*. Princeton: Princeton University Press, 2005.
- GONZÁLEZ, L.E.; QUEIROLO, R. Izquierda y derecha: formas de definir las, el caso latinoamericano y sus implicaciones. *América Latina Hoy*, n. 65, pp. 79-105, 2013.
- GREENE, F.; SÁNCHEZ-TALANQUER, M. Authoritarian legacies and party system stability in Mexico. In: MAINWARING, S. (Ed.) *Party system in Latin America: Institutionalization, Decay and Collapse*. Cambridge: Cambridge University Press, 2018.
- GUTIERREZ, P.; ZOVATTO, D. (Eds) *Financiamiento de los partidos políticos en América Latina*. México: Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral, Organización de Estados Americanos y Universidad Nacional Autónoma de México, 2011.
- HAWKINS, K.A. Populism in Venezuela: The Rise of *Chavismo*. *Third World Quarterly*, v. 24, n. 6, pp. 1137-60, 2003.
- HAWKINS, K.A.; MORGENSTERN, S. Ideological Cohesion of Political Parties. In: KITSCHELT, H. et al. *Latin America. Latin American Party Systems*. Cambridge: Cambridge University Press, 2010.

- JOHNSON, E. P. *Streams of least resistance: the institutionalization of political parties and democracy in Indonesia*. Ph.D. Thesis, University of Virginia, 2002.
- JONES, M.P. The role of parties and party systems in the policymaking process. In: *State Reform, Public Policies and Policymaking Processes*, Banco Interamericano de Desarrollo, 28 de febrero–2 de marzo, Washington, D.C, 2005
- JONES, M.P. Political Parties and Party Systems in Latin America. In: *Symposium, Prospects for Democracy in Latin America*, University of North Texas, Texas, 2007.
- KITSCHOLT, H. (Ed.) *Post-Communist Party Systems: Competition, Representation, and Inter-party competition*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.
- KITSCHOLT, H. Linkages between citizens and politicians in democratic politics. *Comparative Political Studies*, v. 33, n. 6/7, pp. 845-879, 2000.
- KITSCHOLT, H. et al. *Latin America. Latin American Party Systems*. Cambridge: Cambridge University Press, 2010.
- KRAMER, M. Short-term fluctuations in U.S. voting behavior, 1986-1964. *American Political Science Review*, v. 65, pp. 131-143, 1971.
- KUENZI, M.; LAMBRIGHT, G. Party System Institutionalization in 30 African Countries. *Party Politics*, v. 7, n. 4, pp. 437-468, 2001.
- KUENZI, M.; LAMBRIGHT, G. Party Systems and Democratic Consolidation in Africa's Electoral Regimes. *Party politics*, v. 11, n. 4, pp. 423-446, 2005.
- LAGO, I.; MARTÍNEZ, F. Why new parties? *Party Politics*, v. 17, n. 1, pp. 3-20, 2011.
- LAGO, I.; MONTERO J.R. Defining and Measuring Party System Nationalization. *European Political Science Review*, v. 6, n. 2, pp. 191-211, 2014.
- LASERNA, R. Gobernabilidad democrática y reforma política en Bolivia, 2005
<https://www.insumisos.com/lecturasinsumisas/Gobernabilidad%20democratica%20en%20Bolivia.pdf>. Accesado en 21/01/2019.
- LEVITSKY, S. (Ed.) *Challenges of Party-Building in Latin America*. New York: Cambridge University Press, 2016
- LEVITSKY, S.; CAMERON, A. Democracy without Parties? Political Parties and Regimen Change in Fujimori's Peru. *Latin American Politics and Society*, v. 45, n. 3, pp.1-33, 2003.
- LEVITSKY, S. LOXTON, J.; VAN DYCK, B. Introduction: challenges os party building in Latin America. In: LEVITSKY, S. (Ed.) *Challenges of Party-Building in Latin America*. New York: Cambridge University Press, 2016
- LEVITSKY, S.; MURILLO, M.V. Argentina Weathers the Storm. *Journal of Democracy*, v. 14, n. 4, pp. 152–66, 2003
- LEWIS-BECK, M.S.; PALDMAN, M. Economic voting: An introduction. *Electoral Studies*, v. 19, n. 2-3, pp.113-121, 2000.

- LEWIS-BECK, M.S.; RATTO, M.C. Economic Voting in Latin America: A General Model. *Electoral Studies*, v. 32, pp. 489–93, 2013.
- LEWIS-BECK M.S.; STEGMAIER, M. Economic Determinants of Electoral Outcomes. *Annual Review of Political Science*, v. 3, n. 1, pp. 183-219, 2000.
- LEWIS-BECK, M.S.; STEGMAIER, M. The VP-function revisited: a survey of the literature on vote and popularity functions after over 40 year. *Public Choice*, v. 157, pp. 367-385, 2013.
- LIJPHART, A. *Las democracias contemporaneas*. Barcelona: editorial Ariel, 1991.
- LINZ, J.J. (1994): Presidential or Parliamentary Democracy: Does It Make a Difference? In: Linz, J.J.; Valenzuela, A. (Eds.) *The Failure of Presidential Democracy*. Londres: The Johns Hopkins University Press, 1994.
- LIPSET, S.; Rokkan. R. Estructura de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales. 1967. In: Battle, A. *Diez textos básicos de Ciencia Política*. Barcelona: editorial Ariel, 1992.
- LUNA, J.P. Representación política en América Latina: el estado de la cuestión y una propuesta de agenda. *Política y gobierno*, v. 14, n. 2, pp. 391-435, 2007.
- LUNA, J.P. Party system institutionalization: the case of Chile and why we need to unpack the concept and its measurement. In: Columbia University (draft version), 2009.
- LUNA, J.P. Institucionalización de sistemas de partidos: ¿por qué es necesario un nuevo concepto? In: TORCAL, M. (Ed.) *Sistemas de partidos en América Latina: causas y consecuencias de su equilibrio inestable*, Barcelona: Anthropos Editorial, 2015.
- LUNA, J.P.; ROSENBLATT, F.; TORO S. Programmatic Parties: A Survey of Dimensions and Explanations in the Literature. In: *Politics Meets Policies: The Emergence of Programmatic Political Parties*. Stockholm: IDEA-International. 2014.
- LUNA, J.P.; ZEICHMEISTER, E. Political Representation in Latin America: A Study of Elite-Mass Congruence in Nine Countries. *Comparative Political Studies*, v. 38, n. 4, pp. 388-416, 2005.
- LUPU, N. Nacionalización e institucionalización de partidos en la argentina del siglo XX. In: TORCAL, M. (Ed.) *Sistemas de partidos en América Latina: causas y consecuencias de su equilibrio inestable*, Barcelona: Anthropos Editorial, 2015.
- LUPU, N. *Party Brands in Crisis: Partisanship, Brand Dilution and the Breakdown of Political Parties in Latin America*. New York: Cambridge University Press, 2016.
- LUPU, N. Party brands, partisan erosion and party breakdown. In: MAINWARING, S. (Ed.) *Party system in Latin America: Institutionalization, Decay and Collapse*. Cambridge: Cambridge University Press, 2018.
- LUPU, N.; RIELD, R. Political Parties and Uncertainty in Developing Democracies. *Comparative Political Studies*, v. 46, n. 11, pp. 1339–65, 2013.
- MADRID, R. Ethnic Cleavages and Electoral Volatility in Latin America. *Comparative Politics*, v. 38, n. 1, pp. 1–20, 2005.

- MAINWARING, S. Presidentialism, Multipartyism and Democracy: The Difficult Combination. *Comparative Political Studies*, v. 26, n. 2, pp. 198-228, 1993.
- MAINWARING, S. *Rethinking Party Systems in the Third Wave of Democratization: The Case of Brazil*. Stanford: Stanford University Press, 1999.
- MAINWARING, S. Political Parties and challenges to Democracy. In: *First Annual Reunion of the IAFPP*, Miami, December 2001.
- MAINWARING et al. Extra- and Within-System Electoral Volatility. *Party Politics*, v. 23, n. 6, pp. 623-635, 2016.
- MAINWARING, S. (Ed.) *Party system in Latin America: Institutionalization, Decay and Collapse*. Cambridge: Cambridge University Press, 2018.
- MAINWARING, S.; BEJANO A.M.; PIZARRO, E. (Eds.) *The Crisis of Democratic Representation in the Andes*. Stanford, CA: Stanford University Press, 2006.
- MAINWARING, S.; BIZARRO, F. Democratization without Party System Institutionalization: Cross-national Correlates. In: MAINWARING, S. (Ed.) *Party system in Latin America: Institutionalization, Decay and Collapse*. Cambridge: Cambridge University Press, 2018.
- MAINWARING, S.; GERVASONI, C.; ESPAÑA-NÁJERA, A. E. The Vote Share of New and Young Parties. *Kellogg Institute*, working paper n. 368, 2010.
- MAINWARING, M.; JONES, M. The Nationalisation of Parties and Party Systems: An Empirical Measure and an Application to the Americas. *Kellogg Institute Working Paper* n. 304, 2003
- MAINWARING, S.; PEREZ LIÑAN, A. La democracia a la deriva en américa latina. *POSTData*, v. 20, n. 2, pp. 267-294, 2015.
- MAINWARING, S.; POWELL, T.; BIZZARRO, The Uneven Institutionalization of a Party System: Brazil. In: MAINWARING, S. (Ed.) *Party system in Latin America: Institutionalization, Decay and Collapse*. Cambridge: Cambridge University Press, 2018.
- MAINWARING, S., SCULLY, T. *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*. Stanford: Stanford University Press, 1995.
- MAINWARING, S.; SHUGART, M. (Eds.) *Presidentialism and Democracy in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997.
- MAINWARING, S.; ZOCO, E. Political Sequences and the Stabilization of Inter-party Competition. *Party Politics*, v. 13, n. 2, pp. 155-178, 2007.
- MAINWARING, S.; TORCAL, M. La institucionalización de los sistemas de partidos y la teoría del sistema partidista después de la tercera ola democratizadora. *América Latina Hoy*, v. 41, pp. 141-173, 2005.
- MAIR, P. Party Systems and Structures of Competition. In: LEDUC, L.; NEMI, R.; NORRIS, P. (Eds) *Comparing Democracies*. Londres: Sage, 1996.

- MAIR, P. *Party System Change. Approaches and Interpretations*. Oxford: Oxford University Press, 1998.
- MAIR, P. The Freezing Hypothesis: An Evaluation. In: KARVONEN, L.; KUHNLE, S. (Eds.) *Party Systems and Voter Alignments Revisited*. London: Routledge, 2001.
- MAIR, P. Party Systems and Alternation in Government, 1950-2000: Innovation and Institutionalization. In: GLOPPEN, S.; RAKNER, L. (Eds.) *Globalisation and Democratisation: Challenges for Political Parties*. Bergen: Fagbokforlaget, 2007.
- MARENCO, A. Reformas eleitorais na América Latina: grandes expectativas, poucos casos, resultados perversos. *Sociologias*, n. 31, pp. 238-268, 2012.
- MARKOWSKI, R. Party System Institutionalization in new democracies: Poland: A Trend-Setter with no Followers. In: Re-thinking Democracy in the New Millennium, University of Houston, February 16-19, 2000.
- MEDINA et al. Análisis Cualitativo Comparado (QCA). Cuadernos Metodológicos, n. 56, Madrid: CIS, 2017.
- MEDINA, L.; TORCAL, M. La institucionalización del sistema de partidos español. El peso de los anclajes de clase, religión e ideología en la competencia PSOE/PP: 1988-2004. In: Congreso de la AECPA, Madrid, septiembre 2007.
- MELESHEVICH, A. *Party Systems in Post-Soviet Countries: a Comparative Study of Political Institutionalization in the Baltic States, Russia, and Ukraine*. New York: Palgrave, 2007.
- MELO, C. R.; CÂMARA, R. Estrutura de competição eleitoral pela Presidência e consolidação do sistema partidário no Brasil. *Revista de Ciências Sociais*, v. 55, n. 1, pp. 71-117, 2012.
- MÉNDEZ DE HOYOS, I. El sistema de partidos en México: fragmentación y consolidación. *Perfiles latinoamericanos*, n. 29, pp. 7-45, 2007.
- MOLINA, J.E. Consecuencias políticas del calendario electoral en América Latina: ventajas y desventajas de elecciones simultáneas o separadas para presidente y legislatura. *América Latina Hoy, Revista de Ciencias Sociales*, v. 29, pp. 15-29, 2001.
- MOLINA, J.E. Nivel de institucionalización del sistema de partidos y personalización de la política en América Latina (1990-2008). In: TORCAL, M. (Ed.) *Sistemas de partidos en América Latina: causas y consecuencias de su equilibrio inestable*, Barcelona: Anthropos Editorial, 2015.
- MONTERO, J.R.; GUNTHER, R.; TORCAL, M. Actitudes hacia la democracia en España: legitimidad, descontento y desafección. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n. 83, pp. 9-50, 1998.
- MORALES, M. Tipos de identificación partidaria: América Latina en perspectiva comparada (2004-2012). *Revista de Estudios Sociales*, n. 57, pp. 25-42, 2016.

- MORGAN, J. *Bankrupt Representation and Party System Collapse*. University Park, PA: Pennsylvania State University Press, 2011.
- MORLINO, L. *Democracy between Consolidation and Crisis: Parties, Groups, and Citizens in Southern Europe*, Oxford: Oxford University Press, 1998.
- MOSER, R.; SCHNEIDER, E. *Electoral Systems and Political Context: How the Effects of Rules Vary Across New and Established Democracies*. New York: Cambridge University Press, 2012.
- NAVIA, P.; SOTO CASTRO, I. It's not the economy, stupid. ¿Qué tanto explica el voto económico los resultados en las elecciones presidenciales en Chile 1999-2013? *Política*, v. 53, n. 1, pp. 161-186, 2015.
- NOHLEN, D. Presidencialismo, sistemas electorales y sistemas de partidos. Reflexiones exploratorias para América Latina. In: NOHLEN, D.; FERNANDEZ, M. (Orgs.) *Presidencialismo versus Parlamentarismo. América Latina*. Caracas: Nueva Sociedad, 1991.
- O'DONELL, G. The State, Democratization, and Some Conceptual Problems: A Latin American View with Glances at Some Post-Communist Countries. In: SMITH, W.; ACUÑA, C., GAMARRA, E. *Latin American Political Economy in the Age of Neoliberal Reform: Theoretical and Comparative Perspectives for the 1990s*. Miami: North-South Center, 1994.
- PACHANO, S. *Partidos políticos en la Región Andina: entre la crisis y el cambio*. Lima: Ágora Democrática-IDEA, 2004.
- PACHANO, F. *La trama de Penélope. Procesos políticos e instituciones en el Ecuador*. Quito: FLACSO, International IDEA, Ágora Democrática, NIMD, 2007.
- PALERMO, V. Como se governa o Brasil? O debate sobre instituições políticas e gestão de governo. *Dados*, v. 43, n. 3, 2000.
- PAVÃO, N. *Failures of Electoral Accountability for Corruption: Brazil and Beyond*. PhD dissertation, University of Notre Dame, 2015.
- PAYNE, M. Sistemas de partidos y gobernabilidad democrática. In: PAYNE, M.; ZOVATTO, D.; DÍAZ, M. *La política importa. Democracia y desarrollo en América Latina*. Washington: Banco Interamericano de Desarrollo, 2006.
- PEDERSEN, M. The dynamics of European party systems: Changing patterns of electoral volatility. *European Journal of Policy Research*, v. 7, pp.1-26, 1979.
- PEDERSEN, M. Changing Patterns of Electoral Volatility in European Party Systems, 1948-1977. In: DAALDER, H.; MAIR, P. (Eds.) *Western European Party Systems: Continuity and Change*. Beverly Hills, CA: Sage, 1983.
- PÉREZ LIÑAN, A. Crisis Presidenciales: Gobernabilidad y Estabilidad Democrática en América Latina. *Instituciones y Desarrollo*, n. 8-9, pp. 281-298, 2001.

POWELL, E.; TUCKER, J. New Approaches to Electoral Volatility: Evidence from Post-Communist Countries. In: *Annual Meeting of the Midwest Political Science Association*, Chicago, IL, April 3-6, 2008.

POWELL, E.; TUCKER, J. Revisiting Electoral Volatility in Post-Communist Countries: New Data, New Results, and New Approaches. *British Journal of Political Science*, v. 44, n. 1, pp. 123-47, 2014.

PRZEWORSKI, A. Institutionalization of voting patterns or is mobilization a source of decay. *American Political Science Review*, v. 69, pp. 49-67, 1975.

PRZEWORSKI, A.; ALVAREZ, M.; CHEIHUB, J.A.; LIMONGI, F. What makes democracies endure? In: Diamond, L.; Plattner, M.; Chu, Y.; Tien, H. *Consolidating the Third Wave Democracies*. Baltimore: John Hopkins University Press, 1997.

RAE, D.W.; TAYLOR, M. *The Analysis of Political Cleavages*. New Haven: Yale University Press, 1970.

RAGIN, C. *Fuzzy-Set Social Science*. Chicago: University of Chicago Press, 2000.

RAGIN, C. *Redesigning Social Inquiry: Fuzzy Sets and Beyond*. Chicago: University of Chicago Press, 2008.

RATTO, M.C. Accountability y voto económico en América Latina. *Revista Mexicana de Análisis Político y Administración Pública*, v. 2, n. 1, pp. 49-80, 2013.

RIEDL, R. *Authoritarian Origins of Democratic Party Systems in Africa*. New York: Cambridge University Press, 2014.

RIVERA, S. W. Historical cleavages or transition mode: influences on the emerging party systems in Poland, Hungary and Czechoslovakia. *Party Politics*, v. 2, pp. 177-208, 1996.

ROPER, S.D. The influence of Romanian campaign finance laws on party system development and corruption. *Party Politics*, v. 8, n. 2, pp. 175-192, 2002.

RUIZ, L. Coherencia partidista: la estructuración interna de los partidos en América Latina. *Revista Española de Ciencia Política*, n. 14, pp. 87-114, 2006.

RUIZ, L. Oferta partidista y comportamiento electoral en América Latina. In: TELLES, H.; MORENO, A. (Eds.) *El votante latinoamericano: comportamiento electoral y comunicación política*. México D.F: centro de estudios sociales y de opinión pública. México, 2014.

RUIZ, L.; OTERO, P. *Indicadores de partidos y sistemas de partidos*. Cuadernos metodológicos. Madrid: CIS, 2014.

RANDALL, V.; SVÅSAND, L. Party Institutionalization in New Democracies. *Party Politics*, v. 8, n. 1, pp. 5-29, 2002.

- REMMER, K. The political impact of economics crisis in Latin America in the 1980s. *American Political Science Review*, v. 85, pp.777-800, 1991.
- REMMER, K. The Politics of Institutional Change: Electoral Reform in Latin America, 1978–2002. *Party Politics*, v. 14, n. 1, pp. 5–30, 2008.
- ROBERTS, K. *Deepening Democracy? The Modern Left and Social Movements in Chile and Peru*. Stanford, CA: Stanford University Press, 1998.
- ROBERTS, K. Market Reform, Programmatic (De)Alignment and Party System Stability in Latin America. *Comparative Politics Studies*, v. 46, n. 11, pp. 1422-1452, 2012.
- ROBERTS, K. 2014 Roberts, Kenneth. 2014. *Changing Course in Latin America: Party Systems in the Neoliberal Era*. New York: Cambridge University Press, 2014.
- ROBERTS, K.; WIBBELS, E. Party system and electoral volatility in Latin America: A test of economic, institutional and structural explanations. *American Political Science Review*, v. 93, n. 3, pp. 575-590, 1999.
- ROCHA, M. *Comportamento eleitoral e instituições na América latina 2018*.142f. Universidade Federal de Minas Gerais, Programa de Pós-Graduação em Ciência Política do Departamento de Ciência Política da Faculdade de Filosofia e Ciências Humanas, Belo Horizonte, 2018.
- ROMERO VALLIBIÁN, El sistema de partidos en Bolivia (1952 - 2015): del partido hegemónico al partido predominante. In: FREIDENBERG, F. (Ed.) *Los sistemas de partidos en América Latina 1978-2015*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2016.
- SARTORI, G. *Parties and Party Systems. A Framework for Analysis, Volume I*. Cambridge: Cambridge University Press, 1976.
- SARTORI, G. *Partidos y sistemas de partidos*. Madrid: Alianza editorial, 1980.
- SANI, G.; SARTORI, G. Polarization, Fragmentation and Competition in Western Democracies. In: DAALDER, H.; MAIR, P. (Eds.) *Western European Party Systems: Continuity and Change*. Beverly Hills, CA: Sage, 1983
- SAMUELS, D. From Socialism to Social Democracy: Party Organization and the Transformation of the Workers' Party in Brazil. *Comparative Political Studies*, v. 37, pp. 999-1024, 2004.
- SAMUELS, D.; SHUGART, M. *Presidents, Parties, and Prime Ministers: How the Separation of Power Affects Party Organization and Behavior*. New York: Cambridge University Press, 2010.
- SAMUELS, D.; ZUCCO, C. Crafting Mass Partisanship at the Grass Roots. *British Journal of Political Science*, v. 45, n. 4, pp. 755–75, 2015.
- SCHATTESNEIDER, E. 1942. *Party Government*. New York: Farrar and Rinehart, 1942.
- SEAWRIGHT, J. *Party System Collapse: The Roots of Crisis in Peru and Venezuela*. Stanford, CA: Stanford University Press, 2012.

- SINGER, M. Economic Voting in an Era of Non-crisis: The Changing Electoral Agenda in Latin America 1982–2010. *Comparative Politics*, v. 45, pp.169–85, 2013.
- SPECK, B.; BRAGA A.M.; COSTA, V. Estudo exploratório sobre filiação e identificação partidária no Brasil. *Revista de Sociologia e Política*, v. 23, n. 56, pp. 125-148, 2015.
- STOKES, S. *Mandates and democracy: neoliberalism by surprise in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.
- STOKES et al., *Brokers, Voters, and Clientelism*. Cambridge: Cambridge University Press, 2013.
- TANAKA, M. *Agencia y estructura: el colapso de los sistemas de partidos en los países andinos*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2008.
- TANAKA, M. Agencia y estructura y el colapso de los sistemas de partidos en los países andinos. In: TORCAL, M. (Ed.) *Sistemas de partidos en América Latina: causas y consecuencias de su equilibrio inestable*, Barcelona: Anthropos Editorial, 2015.
- TAVITS, M. The Development of Stable Party Support: Electoral Dynamics in Post-Communist Europe. *American Journal of Political Science*, v. 49, n. 2, pp. 283-298, 2005.
- TAVITS, M. Party Systems in the Making: The Emergence and Success of New Parties in New Democracies. *British Journal of Political Science*, v. 38, n. 1, pp. 113–33, 2008.
- TAVITS, M. *Post-Communist Democracies and Party Organization*. Cambridge: Cambridge University Press, 2013.
- TELLES, H.; MORENO, A. (Eds.) *El votante latinoamericano: comportamiento electoral y comunicación política*. México D.F: centro de estudios sociales y de opinión pública. México, 2014.
- TELLES, H.; STORNI, T. Ideología e valores: o voto dos eleitores de direita e esquerda. *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, v. 1, pp.87-146, 2011.
- TOOLE, J. Government Formation and Party System Stabilization in East Central Europe. *Party Politics*, v. 6, n. 4, pp. 441-461, 2000.
- TORCAL, M. Desafección institucional en las nuevas democracias. *Revista SAAP*, v. 2, n. 3, pp. 591-634, 2006.
- TORCAL, M. (Ed.) *Sistemas de partidos en América Latina: causas y consecuencias de su equilibrio inestable*, Barcelona: Anthropos Editorial, 2015.
- TORCAL, M. LAGO, I. Volatilidad endógena y exógena: Una nueva medida de institucionalización. In: TORCAL, M. (Ed.) *Sistemas de partidos en América Latina: causas y consecuencias de su equilibrio inestable*, Barcelona: Anthropos Editorial, 2015.
- TORCAL, M.; MONTERO, J.R. Political Disaffection in Comparative Perspective. In: TORCAL, M.; MONTERO, J.R (Eds.) *Political Disaffection in Contemporary Democracies: Social Capital, Institutions and Politics*. Londres: Routledge, 2006.
- TUCKER, J. *Regional Economic Voting: Russia, Poland, Hungary, Slovakia, and the Czech Republic, 1990-1999*. New York: Cambridge University Press, 2006.

VALENZUELA, N.; SOMMA, N.; SCULLY, T. Resilience and change: the party system in redemocratized Chile. In: TORCAL, M. (Ed.) *Sistemas de partidos en América Latina: causas y consecuencias de su equilibrio inestable*, Barcelona: Anthropos Editorial, 2015.

VEIGA, L. O partidarismo no Brasil (2002/2010). *Opinião Pública*, v. 17, n. 2, pp. 400-425, 2011.

VIEIRA, L.; CAVALCANTE, T.; OLIVEIRA, L. Democracia económica: determinantes políticos del desempeño económico en América Latina. *Revista do Serviço Público*, v. 68, n. 1, pp. 65-84, 2017.

WEFLING, M.B. *Political Institutionalization: Comparative Analysis of African Party Systems*. Beverly Hills: Sage, 1973.

WILLS-OTERO, L. From party system to party organizations: the adaptation of Latin America parties to changing environments. *Journal of Politics in Latin America*, vol 1, n 1, pp. 123-141, 2009.

Zovatto, D. La reforma político-electoral en América Latina: evolución, situación actual y crisis, 1978-2005. *Elecciones*, v. 5, pp. 75-104, 2005.

ZUCCO, C. Estabilidad sin raíces: institucionalización de Sistema de partidos brasileño. In: TORCAL, M. (Ed.) *Sistemas de partidos en América Latina: causas y consecuencias de su equilibrio inestable*, Barcelona: Anthropos Editorial, 2015.

ZUCCO, C. A ideologia dos partidos políticos brasileiros. In: POWER, T.; ZUCCO, C. (Eds.). *O Congresso por ele mesmo: autopercepções da classe política brasileira*. Belo Horizonte: Editora UFMG, 2011.

ANEXO

Análisis Cualitativo Comparado Crispy Set: Dimensiones suficientes y necesarias para la operacionalización de la ISP en América del Sur

Analysis of Necessary Conditions

Outcome variable: ISP

Conditions tested:

Consistency Coverage

[ele] 1.000000 0.833333

~[ele] 0.000000 0.000000

[ofe] 0.800000 0.800000

~[ofe] 0.200000 0.111111

[est] 1.000000 0.625000

~[est] 0.000000 0.000000

TRUTH TABLE ANALYSIS

File: C:/Users/nrami/Dropbox/Final tesis 2018/analisis csQCA/BANCO DE DATOS DIMENSIONES OPERACIONALIZACIÓN ISP.csv

Model: ISP = f([ele], [ofe], [est])

Algorithm: Quine-McCluskey

--- COMPLEX SOLUTION ---

raw unique

coverage coverage consistency

[ele]*[est] 1 1 1

solution coverage: 1

solution consistency: 1

TRUTH TABLE ANALYSIS

File: C:/Users/nrami/Dropbox/Final tesis 2018/analisis csQCA/BANCO DE DATOS DIMENSIONES OPERACIONALIZACIÓN ISP.csv

Model: ISP = f([ele], [ofe], [est])

Algorithm: Quine-McCluskey

--- INTERMEDIATE SOLUTION ---

Assumptions:

[ele] (present)

[est] (present)

raw unique

coverage coverage consistency

[ele]*[est] 1 1 1

solution coverage: 1
solution consistency: 1

Análisis Cualitativo Comparado Crispy Set de condiciones causales: ¿Cuál es el impacto del contexto económico, la solidez de los partidos y los partidos estructurados programáticamente en la institucionalización de los sistemas de partidos sudamericanos?

Analysis of Necessary Conditions

Outcome variable: ISP

Conditions tested:
Consistency Coverage
[eco] 0.800000 0.500000
~[eco] 0.200000 0.166667
[sol] 1.000000 0.555556
~[sol] 0.000000 0.000000
[pro] 0.400000 0.666667
~[pro] 0.600000 0.272727

TRUTH TABLE ANALYSIS

File: C:/Users/nrami/Dropbox/Final tesis 2018/Analisis csQCA CAUSAL/Banco condiciones ISP.csv
Model: $ISP = f([eco], [sol], [pro])$
Algorithm: Quine-McCluskey

--- COMPLEX SOLUTION ---
raw unique
coverage coverage consistency

[eco]*[sol] 0.8 0.6 1
[sol]*[pro] 0.4 0.2 1
solution coverage: 1
solution consistency: 1

TRUTH TABLE ANALYSIS

File: C:/Users/nrami/Dropbox/Final tesis 2018/Analisis csQCA CAUSAL/Banco condiciones ISP.csv
Model: $ISP = f([eco], [sol], [pro])$
Algorithm: Quine-McCluskey

--- INTERMEDIATE SOLUTION ---

Assumptions:

[sol] (present)

raw unique

coverage coverage consistency

[eco]*[sol] 0.8 0.6 1

[sol]*[pro] 0.4 0.2 1

solution coverage: 1

solution consistency: 1